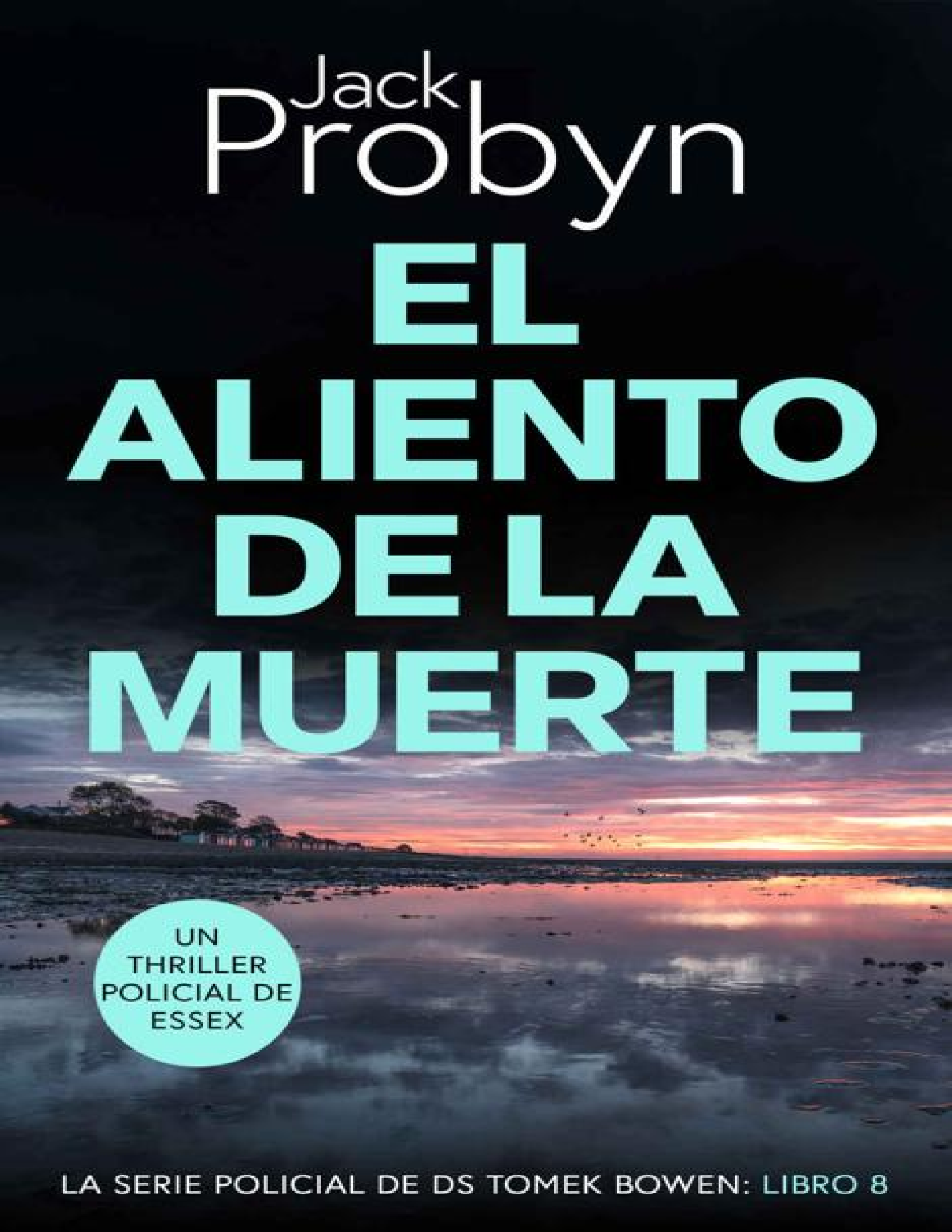

Jack Probyn
EL ALIENTO DE LA MUERTE
UN THRILLER POLICIAL DE ESSEX
LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 8

EL ALIENTO DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 8

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

ÍNDICE

Sobre El Libro
Únete al Club VIP

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65

Otras Obras de Jack Probyn
Deja una reseña
Únete al Club VIP
Sobre El Autor

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-187-8

ISBN: 978-1-80520-188-5

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

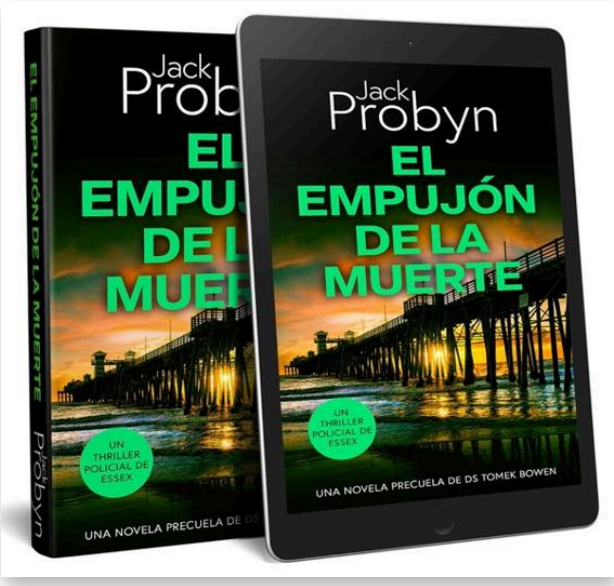
SOBRE EL LIBRO

Isla de Mersea. Más de 2.500 acres de tierras de cultivo, marismas y varios parques de caravanas. Normalmente, alberga a 7.000 personas. Pero durante el fin de semana festivo de agosto, cuenta con dos residentes más: el DS Tomek Bowen y su hija, Kasia, que buscan aprovechar al máximo el final de las vacaciones escolares, el final del verano y el final del prolongado tiempo de Tomek fuera del trabajo.

Pero cuando una mañana se descubre un cadáver amarrado a una boya, Tomek se ve arrastrado al turbio mundo del asesinato y la muerte antes de lo previsto. Aislado de su equipo y del resto de la policía, Tomek se ve obligado a poner en práctica sus años de experiencia. Pero a medida que la marea se acerca, cortando la conexión con el mundo exterior, ¿podrá atrapar al asesino antes de que vuelva a atacar?

ÚNETE AL CLUB VIP

Tu libro GRATIS te espera



Disponible al unirte al club

Consigue tu copia GRATIS de la novela precuela de la serie DS Tomek Bowen ahora en jackprobynbooks.com al unirte a mi club VIP por correo electrónico.

CAPÍTULO
UNO

Gilipollas. Gilipollas por todas partes. Gilipollas que *supuestamente* eran sus amigos. Gilipollas que ella creía que tenían un mínimo de respeto por ella y su establecimiento. Gilipollas que, según habían dado a entender, apreciaban su arduo trabajo y esfuerzo. Pero si el desastre que tenía delante era una muestra de su respeto, su lealtad, su *amistad*, sabía que solo podía confiar en ellos hasta donde pudiera empujarlos, directo a las profundidades del agua turbia que se encontraba a solo unas decenas de metros.

Bolsas vacías de patatas fritas se esparcían por las mesas y sillas, y aún más migas estaban dispersas por el suelo. Parecía como si las hubieran abierto y vaciado a propósito. O eso, o sus amigos se habían embarcado en una especie de guerra de almohadas, lanzando patatas al aire sin preocuparse por el pobre desgraciado que tendría que limpiarlo después. Esas eran las únicas dos explicaciones que tenía para semejante salvajismo maleducado.

—No pasa nada —probablemente dijeron—. Charlene lo limpiará. No tiene nada mejor que hacer que trabajar como una mula todo el día alimentándonos y sirviéndonos pintas, mientras gasta el único tiempo libre que tiene planificando eventos para la comunidad. Es lo que le da vida. Es lo único que hace.

Sí, limpiaría tras ellos. Y sí, continuaría proporcionando para la comunidad, aunque a veces demostraran que merecían lo contrario. Pero eso no significaba que pudieran pisotearla.

A veces solo pensaba: que les den, que les den a todos, los bastardos desagradecidos. No merecían su caridad, no merecían su tiempo, esfuerzo y energía. Tiempo, esfuerzo y energía que nunca recuperaría. Pero entonces recordaba las sonrisas emocionadas y alocadas en las caras de los niños mientras deambulaban por la isla, tirando de los brazos de sus padres en diferentes direcciones, arrastrándolos a los puestos del mercado y llevándolos en busca de los huevos de dragón que había colocado por todas partes aquella Semana Santa. Eso hacía que todo valiera la pena. Disfrutaba viendo a otros felices. Disfrutaba creando recuerdos para la gente. Sería vulgar decir que se consideraba una versión moderna y femenina de Robin Hood, pero exactamente así era como se sentía. Su tiempo, energía y esfuerzo a cambio de recuerdos que durarían toda la vida.

Excepto que los únicos *recuerdos* que tenía en ese momento eran de frotar mesas y limpiar la barra cada veinte segundos porque parecía que, cada vez que pasaba, una nueva mancha o gota de cerveza se había formado en lugar de otra. Sin mencionar los recuerdos de estar a cuatro patas recogiendo patatas fritas con las uñas.

Mientras dejaba caer su bayeta en la bandeja de cerveza, que necesitaba ser vaciada antes de irse por la noche, una ráfaga de viento silbó a través de una grieta en una de las ventanas e hizo que el postigo golpeara contra la pared. El ruido la sobresaltó durante una fracción de segundo antes de ser reemplazado por frustración. Damien le había prometido que lo arreglaría a principios de esa semana. Le había dicho que era una prioridad, que lo tendría listo para el final del día. El final del día había llegado, y claramente la prioridad había salido volando por la grieta de la ventana.

¿Qué pensarían los visitantes? Que era un antro, un pub ruinoso y una pobre excusa de establecimiento. Y como era el *único* pub de la isla, tenía una reputación que mantener, estándares que cumplir. No quería caer en malos hábitos y dejar que el lugar se deteriorara como había hecho el dueño anterior. Solo porque fuera el único pub de la isla no garantizaba que la gente viniera. La competencia ahí fuera era feroz, y podía apostar que, tan seguro como que la marea

subía y bajaba dos veces al día, los agujeros en la ventana pronto serían tan grandes como el agujero de deudas en el que había caído.

Charlene cogió una jarra de cerveza vacía que había a un lado, la inspeccionó y luego la colocó debajo del mostrador. Le dio un repaso al suelo antes de dirigirse al sótano. El pub necesitaba estar impecable para el día siguiente. Los clientes, nuevos y viejos, inundarían esas puertas, donde beberían, comerían, reirían y posiblemente incluso llorarían. Y con suerte, los nuevos clientes volverían y se convertirían en habituales. Y así el ciclo se repetiría, dando nueva vida al establecimiento.

Cuando se volvió hacia el sótano, un sonido, como un gruñido profundo, retumbó escaleras arriba. Se detuvo, esperó, escuchó.

Su ritmo cardíaco aumentó.

El gruñido se intensificó.

Y luego fue reemplazado por el ruido ensordecedor y paralizante de vidrios rompiéndose.

Charlene se quedó inmóvil, mirando fijamente la puerta, con el corazón ahora desgarrando su pecho, tratando de escapar. Quería correr, pero estaba clavada en el sitio, sus pies sujetos por una fuerza invisible. Su corazón saltó a su boca y contuvo la respiración, manteniéndola allí.

Alcanzó una botella vacía de Peroni y la empuñó por el cuello como un bate de béisbol. Solo había una entrada y una salida, y no quería bajar desarmada.

Afuera, el viento de repente se detuvo y todo lo que podía oír era el sonido ronco de su respiración entrecortada y aterrorizada.

—¿Hay alguien ahí abajo? —gritó.

Silencio. Aunque realmente no esperaba que nadie respondiera.

—Si hay alguien ahí, quiero que salga ahora y se marche de mi propiedad. Si se va tranquilamente, no presentaré cargos.

Seguía sin haber respuesta. Seguía sin entender por qué esperaba que funcionara. Quizás era el consuelo de oír su propia voz. Como si alguien de su lado estuviera en la habitación con ella, sujetándola, apoyándola mientras sus rodillas se debilitaban por el miedo abyecto.

—¡Esto no tiene gracia! —volvió a gritar—. Te doy hasta tres antes de bajar ahí y... ¡y *hacerte daño*!

Con mi botella de cerveza vacía.

—Uno...

Nada.

—Dos...

¿De verdad iba a hacer esto? ¿Adentrarse en lo desconocido?

—Tres.

En el primer escalón, las piernas le fallaron y se tambaleó. Para el tercero y cuarto había recuperado la compostura y se agarraba a la pared como apoyo. Para el séptimo y octavo, la adrenalina y la furia recorrían su sangre mientras el sótano se hacía más visible.

El espacio estaba completamente a oscuras, salvo por la luz ambiental que se disipaba en el suelo desde la parte superior. Buscó el interruptor y encendió la luz. Un amarillo más intenso y brillante inundó el entorno, iluminando a sus atormentadores.

Excepto que no había ninguno.

Allí, en el suelo, en el lado izquierdo de la habitación, estaba el vaso de cerveza roto que había causado el alboroto, con cientos de fragmentos esparcidos por la superficie. El culpable: otra ventana que necesitaba ser reemplazada. Una corriente de aire había entrado por ella y había tirado el vaso al suelo.

Que te jodan, Damien.

Vaya que sí le cantaría las cuarenta mañana. No sabría ni qué le había golpeado. Se arrepentiría tanto que desearía haber arreglado las ventanas *antes* de que se convirtieran en un problema.

Suspirando, Charlene subió las escaleras para coger un recogedor y un cepillo. Los guardaba bajo el mostrador para las irritantemente frecuentes roturas que ocurrían. Para cuando llegó al último escalón, su pulso y ritmo cardíaco habían disminuido drásticamente, casi volviendo a un nivel normal. Se sirvió una generosa medida de whisky para completar el proceso, y se la bebió de un trago.

Cuando apartó el vaso de sus labios, volvió el viento, y con él el sonido de golpes, martilleando contra la pared. *Bang, bang, bang*. Maldiciendo entre dientes, Charlene se acercó furiosa al postigo y lo cerró de golpe.

Al mismo tiempo, una ventana en el otro lado del pub se abrió violentamente, haciendo llover cristales sobre las alfombras. Charlene gritó y dejó caer su vaso de whisky. Se hizo añicos al impactar. Pero no le importaba eso. Lo único que le importaba era el ladrillo que acababa de atravesar la ventana.

Se agachó para recogerlo. Lo reconoció al instante: en una de las esquinas estaba grabado DW Bricks.

Ladrillos Damien Westwood.

Y entonces lo vio. La inscripción en el otro lado, tallada en el lateral del ladrillo.

Decía: *¡BU!*

Aún faltaban un par de meses para Halloween, y sin embargo acababa de llevarse el susto de su vida.

CAPÍTULO
DOS

VIERNES

La música inundaba el coche. La música de Kasia, hay que admitirlo. Aunque ella no la había elegido; Tomek había tomado esa decisión por ella. Había supuesto que querría escuchar a su artista favorito durante el trayecto, que quizás la haría sentir mejor. Que podría animarla. Aunque estaba teniendo poco efecto. Y llevaba tiempo sin funcionar. Tomek había intentado conversar, intentado conectar con su hija, pero había sido difícil. Alguna que otra palabra de tres o cuatro sílabas seguida de oraciones ocasionales más largas era todo lo que había conseguido. Algunos días eran buenos, otros malos. Su estado de ánimo fluía y refluía como la marea. Era de esperar en una adolescente, claro. Pero más aún después de lo que había pasado al principio de las vacaciones de verano. En una escala del uno al diez —siendo uno miserable y deprimida, sin querer nada más que quedarse en su habitación, y diez tan feliz como un niño goloso ante un pastelillo— Tomek la situaba firmemente en el número cuatro.

Con margen notable para mejorar.

—¿Te he contado alguna vez que traje a tu madre aquí? —preguntó. Probablemente no era el mejor momento para hablar de su madre, pero ¿cuándo lo era?

—Sí. Tres veces.

—Nunca la traje tres veces. Solo una.

Ella frunció el ceño y puso los ojos en blanco, girándose lentamente hacia él con una expresión cargada de desdén. —No, me refiero a que me lo has *contado* tres veces.

—Ah. Vale.

Llevaba tanto tiempo rascando el fondo del barril de la conversación que había empezado a devolver parte del serrín.

—¿Y te dije que se lo pasó muy bien?

—Me dijiste que chilló en la playa porque no le gustaba la arena, gritó en el barco, y luego se quejó cada segundo de la noche porque

las camas eran muy incómodas.

Tomek se rio. —Tengo recuerdos mucho más agradables. La arena es como la de cualquier otra playa del mundo, solo tienes que dejar que se filtre entre los dedos de los pies. Un barco es un barco; no puedes evitar el balanceo por mucho que lo intentes. Y, bueno, en cuanto a dormir... no hubo mucho de eso, pero...

—¡Puaj! —Kasia se tapó los oídos con las manos y sacudió la cabeza con asco.

—No lo decía en ese sentido —dijo él, intentando redimirse—. Te alegrará saber que no fuiste concebida allí, si es lo que estás pensando.

El movimiento de cabeza cesó y Kasia bajó las manos y se giró lentamente para mirarlo, su expresión pasando del asco a la angustia.

—*No* estaba pensando en *eso*. ¡Pero ahora sí! —Su cuerpo se estremeció ante la idea de Tomek y su madre manteniendo relaciones, algo que ningún hijo, independientemente de su edad, debería tener que imaginar.

Antes de que Tomek pudiera disculparse por las inquietantes imágenes que sin duda revoloteaban en su cabeza, el tráfico disminuyó. Dejó la carretera principal por una serie de estrechos y sinuosos caminos rurales llenos de curvas cerradas y setos que necesitaban desesperadamente un recorte. Tomek conocía las carreteras rurales como la palma de su mano. Años conduciendo hacia y desde las casas de la gente por Essex le habían hecho sentirse como un taxista practicando para El Conocimiento.

Aquella mañana, el sol brillaba con intensidad, y ya podía sentir cómo su antebrazo comenzaba a quemarse mientras lo dejaba colgar por la ventanilla. Era el fin de semana del puente de agosto, una época que señalaba el final de las vacaciones escolares y el final del verano. Pronto, las noches comenzarían a acortarse y las sonrisas exuberantes y los rostros alegres retrocederían con la luz del día. Los pantalones cortos, camisetas y chanclas pronto darían paso a zapatos impermeables y largos abrigos de invierno acompañados ocasionalmente de gorros y guantes de lana. La

felicidad colectiva de un país tan obsesionado con las conversaciones sobre el tiempo caería tan drásticamente como la temperatura.

Excepto ese fin de semana.

Ese fin de semana estaba ocupado por la Regata anual de la Isla de Mersea, un fin de semana de navegación y actividades acuáticas, coronado con veladas de socialización y bebida.

Era la décima de Tomek, la primera de Kasia.

Y era evidente quién de los dos estaba más emocionado.

Después de casi una hora de viaje, finalmente llegaron al Strood, un tramo largo y estrecho de carretera que conectaba la isla de Mersea con el territorio continental del Reino Unido. Se situaba por debajo del nivel del mar y se inundaba dos veces al día cuando la marea subía en la costa. Durante varias horas al día, la isla de Mersea quedaba aislada del resto de la civilización y solo era accesible por barco o embarcación. Algunos, con más dinero que sentido común, habían intentado cruzar el Strood y fracasado, obligando a los residentes y otros visitantes a rescatar a pasajeros abandonados a pie. Finalmente llegaban al otro lado sanos y salvos; los vehículos, sin embargo, no siempre tenían tanta suerte.

Cuando Tomek y Kasia llegaron, la marea estaba subiendo, y la carretera ya se había sumergido en agua de un par de centímetros de profundidad.

En la distancia cercana, podían ver el paisaje plano y discreto de la isla de Mersea, acechando a unos pocos metros sobre el nivel del mar. En lo alto, bandadas de gaviotas se dispersaban por el cielo, y a la derecha, una serie de mástiles de barcos sobresalían del horizonte como mini rascacielos.

—¿Qué le pasa a la carretera? —preguntó Kasia, luego miró rápidamente la señal de tráfico a su lado—. ¿Qué significa *inundación*?

—Cuando sube la marea, la carretera se inunda y nadie puede salir ni entrar en la isla.

—¡Dios mío! ¿Y se está inundando ahora?

—Eso parece.

—Bueno, ¿qué estás haciendo? Deberíamos dar la vuelta. Deberíamos volver más tarde. ¿Y si nos ahogamos?

Tomek apoyó suavemente el pie en el acelerador y comenzaron a atravesar el Strood. Kasia empezó a respirar agitadamente.

—Estaremos bien —dijo él, colocando una mano reconfortante sobre su antebrazo—. Esto ocurre todos los días, y hasta ahora nadie ha muerto por ello.

Su explicación hizo poco por aliviar los temores de ella. Era natural que su paranoia y sus sentidos estuvieran agudizados. Después de todo lo que había pasado, habría estado más preocupado si los acontecimientos de aquella noche no la hubieran afectado en absoluto. Había esperado que las últimas seis semanas juntos, explorando el país, viajando a algunos de los lugares que ella quería visitar, alejándose de Essex y de los recuerdos de Zeus y Las Arpías, le hubieran hecho mucho bien. Pero no estaba tan seguro. No había forma de saber cuánto del impacto era superficial y cuánto había penetrado bajo la superficie. Dudaba que cualquiera de los dos lo supiera con certeza hasta que ella volviera al colegio, al aula. De vuelta a la *vida* cotidiana, donde la burbuja que Tomek había colocado a su alrededor pronto estallaría y de repente estaría expuesta al ridículo y al acoso. Claro, el colegio había preparado a los profesores y enviado a los padres una carta cuidadosamente redactada detallando el incidente (sin ofrecer detalles específicos ni revelar demasiado), pero los niños podían ser unos auténticos capullos incluso cuando no pretendían serlo, y aún peores cuando sí lo pretendían.

El capullo de la sobreprotección pronto se abriría, y él esperaba que una mariposa hermosa, más empoderada y segura de sí misma emergiera de su interior.

Solo el tiempo lo diría.

Poco después, cruzaron el Strood y pasaron a la isla. Desde allí, fue un corto trayecto hasta West Mersea, el corazón vibrante y bullicioso de la isla. Se alojarían en el parque de caravanas Rosebank durante el fin de semana largo. El parque estaba a un corto paseo de las marismas y solo era accesible a pie. Tomek aparcó en el estacionamiento cercano e inhaló profundamente, llenando sus pulmones de aire.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kasia.

—Este es uno de los aires más puros que jamás respirarás.

Ella puso los ojos en blanco. Antes de que Tomek pudiera decir algo, fue asaltado por un bostezo y estiró los brazos hacia el cielo.

—Solo estuvimos conduciendo durante una hora —comentó Kasia.

—A mi edad, una hora se siente como diez.

—¡No me lo cuentes a mí!

La voz había venido desde detrás de Tomek. De un hombre alto de unos cincuenta y tantos años con hombros anchos, una gran barriga, manos grandes y una gran cabellera para completar el conjunto. Parecía que había sido levantador de pesas en algún momento de su vida. O quizás había recibido un conjunto particular de atributos de la reserva genética. Llevaba unas gafas que hacían que sus ojos parecieran abultados, y vestía un pantalón de pana y una americana con parches en los codos que parecía no haberse lavado desde los años setenta.

Kasia se tensó inmediatamente.

—No hay necesidad de alarmarse —dijo el hombre, y luego se dirigió hacia ellos—. Me llamo Montgomery Fletcher. Soy el dueño de este lugar. ¿Sois huéspedes?

Tomek extendió una mano. Quedó empequeñecida en la de Montgomery.

—Estamos aquí para el fin de semana.

—¿La regata? ¡Bienvenidos! Es estupendo teneros aquí. Es fantástico ver a tanta gente de fuera de la isla asistiendo al evento. De eso se trata la regata. Un verdadero espectáculo. ¿Queréis hacer el check-in ahora o explorar primero una parte de la isla?

—Check-in, si no es demasiado temprano.

Montgomery desestimó el comentario con un gesto de la mano. —No pasa nada. Solo pongo última hora de la tarde en la web en caso de emergencias. Los limpiadores suelen terminar hacia las once.

Después de descargar el coche, Tomek y Kasia siguieron a Montgomery hasta su caravana estática. Una pequeña maleta cada uno. Nada demasiado extravagante. Solo lo suficiente para unos días de turismo y exploración por la pequeña isla.

Su hogar durante las próximas noches estaba situado a una fila del borde del recinto, a solo unos metros de un pequeño sendero que discurría a lo largo de la orilla. Dos camas. Ducha e inodoro. Cocina. Salón. Todo en uno. Todo lo que necesitaban. Un lugar para que Kasia se relajara y se recuperara mentalmente si todo se volvía demasiado para ella. Un lugar para que Tomek durmiera y cagara, las dos cosas que más necesitaba de cualquier estancia. No tenía que ser extravagante, no tenía que ser caro, ni siquiera tenía que estar limpio. Siempre que tuviera esos dos elementos esenciales, estaba bien. Después de todo, no era ajeno a las camas incómodas; en el pasado había pasado varias semanas en un sofá cama en casa de un amigo, y nada decía menos relajación que el armazón metálico de un sofá cama de IKEA clavándose en tu espalda.

La temperatura dentro de la caravana era fresca. En el techo, una unidad de aire acondicionado expulsaba aire frío por las rejillas de ventilación. Tomek comprobó el tiempo exterior; un ligero desajuste, pero si se podía confiar en el pronóstico, sería útil durante el fin de semana. Fuera, una bandada de gaviotas pasó graznando por la ventana.

—¿Qué os parece? —preguntó Montgomery, sacando a Tomek de sus pensamientos.

—Es perfecta. Más que suficiente para nuestras necesidades, ¿no crees, Kasia?

La adolescente se encogió de hombros.

—Es su favorita —respondió Tomek por ella.

—Excelente. Todo lo que necesitáis debería estar aquí, pero si hay algo más, estoy a la vuelta de la esquina en el recinto y estaré encantado de ayudar. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

—¿Cuándo encuentras tiempo para dormir? —preguntó Tomek.

El hombre se rio, con su gran barriga rebotando arriba y abajo. —Buena pregunta. No recuerdo la última vez que dormí toda la noche, si soy sincero, pero ese es el precio que pagas cuando diriges tu propio negocio. ¿Os gustaría un tour por el recinto, o posiblemente por la isla? —preguntó Montgomery, haciendo lo posible por levantar el bajón en la conversación.

Tomek negó con la cabeza. —Estaremos bien. He estado aquí muchas veces antes. No puedo imaginar que haya cambiado demasiado desde la última vez que vine.

CAPÍTULO
TRES

Tomek colocó el cubo en el pontón con tanta fuerza que el agua se derramó sobre la superficie. El sol de media mañana comenzaba a calentar el pontón, y Tomek podía sentir el calor en las plantas de sus pies. Debajo, la marea subía, y con cada ondulación de las olas el pontón se estremecía. En su mano sostenía un paquete de jamón y un trozo de hilo de nylon. Estaban a punto de embarcarse en un rito de iniciación de Bowen.

—¿Qué hacemos aquí, papá? —preguntó Kasia, sentada con las piernas cruzadas en el pontón, colocando su móvil en su regazo.

—¡Pescando cangrejos! —respondió él con la emoción de un niño hablando del último videojuego—. ¿Lo has hecho alguna vez?

Ella negó con la cabeza. —¿Qué es eso?

La sonrisa en el rostro de Tomek se hizo aún más amplia. —Te lo mostraré.

Dejándose caer al borde de la plataforma y metiendo los dedos de los pies en el agua, Tomek desenrolló la línea de pesca, metió un trozo de jamón en la bolsita al final del sedal, y lo bajó cuidadosamente al agua.

Se volvió hacia ella emocionado, esperando ver la misma reacción en su cara. En cambio, vio lo contrario: la cara de una adolescente a quien acaban de decir que tiene que limpiar su habitación todas las noches durante una semana.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—¿Cómo que "y ahora qué"? Pones la comida en el agua, esperas y luego recoges los frutos.

—¿Cuánto tiempo?

El suspiro que salió de los labios de Tomek fue intencionadamente audible. —Suspende tu mundo de gratificación instantánea por un momento, ¿quieres? Estas cosas llevan tiempo. Hay que tener paciencia. Es como pescar.

—No me gusta pescar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has hecho alguna vez?

Ella no respondió a la pregunta, simplemente evitó el contacto visual.

—¿Entonces cómo puedes decir que no te gusta? Es como decir que no te gusta ganar un millón de libras en la lotería porque nunca lo has hecho. No creo que exista nadie en el mundo a quien no le gustaría ganar un millón de libras.

—A un multimillonario probablemente no...

Tomek abrió la boca para responder, pero no se le ocurría nada que decir. La lógica de una adolescente lo había dejado completamente perplejo. Así que respondió con: —Coge tu sedal, pon algo de jamón en él y mételo en el agua. No es difícil.

Con un resoplido y un gruñido, Kasia hizo lo que se le indicó. Llegó hasta el paquete de jamón antes de detenerse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tomek, mirándola con ligera incredulidad.

—¿Puedes hacerlo tú por mí?

—¿Por qué?

—No me gusta el jamón.

—Claro que te gusta. Te lo comes todo el tiempo en tus bocadillos.

Al menos, había estado comiendo más jamón *últimamente*.

—No me gusta cómo se siente. Es asqueroso en los dedos.

—Es jamón...

—Es horrible.

Tomek dudó. ¿Realmente iba a discutir con ella por poner un trozo de jamón en una pequeña bolsa para pescar cangrejos? No. Había cosas más importantes en el mundo de las que preocuparse, y

después de todo lo que ella había pasado, le pareció insignificante. Al final, tomó el jamón de sus manos, arrancó un trozo y lo metió en la bolsita.

Mientras se lo devolvía, ella le dio las gracias y luego soltó la bolsa en el agua. Al hacerlo, el jamón se aflojó, y en un segundo un cangrejo apareció en la superficie, arrebató el jamón, y desapareció de nuevo. Tomek alcanzó su propio sedal, que llevaba un tiempo ahí, solo para descubrir que su jamón también había desaparecido. Un cangrejo había ido y venido sin que se diera cuenta.

Unos momentos de descontento después, ambos sedales estaban bajo la superficie, llenos de nuevos manjares apetitosos. Kasia estaba a cargo de su propio sedal mientras Tomek vigilaba el suyo atentamente, esperando las vibraciones más suaves y débiles en sus dedos, y listo para entrar en acción.

Disfrutaba días como aquel. El sol golpeando su espalda, quemando su nuca. El sonido de las olas rompiendo contra la orilla en la distancia. El fresco aire veraniego erizando los vellos de sus brazos. Y la sensación del sedal pasando por su mano.

De niño, su padre lo había llevado a él y a sus hermanos a la isla de Mersea algún que otro fin de semana para una hora o dos de pesca de cangrejos, sentados al borde del pontón, observando, esperando a que los pequeños crustáceos mordisquearan la comida. Aunque sus hermanos pudieran haber tenido más éxito, eso no disminuía su disfrute de la experiencia. Era uno de sus recuerdos fundamentales. Excepto que solo había durado hasta los diez años. Después de la muerte de Michał, él y su familia habían dejado de venir. Habían dejado de visitar la isla. Habían dejado de ir a la playa en familia. Sus vidas enteras se habían detenido.

Tomek quería que lo contrario fuera cierto para Kasia. Después de los acontecimientos del verano, quería hacer *más* cosas con ella, quería mostrarle que la vida seguía, que la vida continuaba independientemente de lo que sucediera en el pasado. Todo lo que podías hacer era seguir adelante. No sabía si el mensaje estaba calando todavía; quizás estaba siendo demasiado pasivo, demasiado vago al respecto, pero esperaba que lo hiciera en algún momento.

Dos minutos después, el sedal de Kasia empezó a ondular. Tomek fue el primero en notarlo. Le dio un toque en el hombro, sacándola de sus profundos pensamientos, y le dijo que tirara hacia arriba. Rápidamente, Kasia pasó el sedal entre sus dedos hasta llegar al extremo. Allí, enganchado al fondo de la bolsita, había un cangrejo del tamaño de su puño, con su pinza atrapada dentro.

Al verlo, Kasia gritó, chillando como una niña asustada. Tomek alcanzó el sedal antes de que ella pudiera soltarlo, y luego sumergió el cangrejo en el cubo. Una vez que se hubo calmado, Tomek le pasó el cubo.

—¿Te gustaría echarle un vistazo?

—¡Es asqueroso!

—Aunque está delicioso.

—Puaj, no puedes comértelo.

—¿Por qué no?

—Porque es tan... —Finalmente bajó su cara de disgusto hacia el agua—. Es tan pequeñito. Probablemente tiene esposa e hijos.

—No creo que funcione así, Kash —dijo Tomek—. Sí, tendrá crías... Pero no como nosotros.

—Eso no importa. ¡No puedes comértelo!

—No vamos a hacerlo. La idea es atraparlos y devolverlos al agua.

Kasia miró al cangrejo un momento más mientras este se arrastraba frenéticamente por el fondo del cubo. —Ya no quiero comer pescado.

Oh, genial. Está teniendo una crisis de conciencia.

—¿Solo pescado? ¿Qué hay del pollo? ¿La ternera? ¿El reno?

—¿Reno? ¿La gente come *eso*?

Tomek asintió.

—Dios mío, entonces no, absolutamente no. No quiero volver a comer carne ni nada nunca más. Me haré vegetariana.

Genial, pensó Tomek para sí mismo. No solo era gravemente alérgica a los cacahuetes, sino que ahora decidía volverse aún más difícil cada vez que salieran a comer o a cenar en restaurantes.

Miró al cangrejo y luego al paquete de jamón. —Parece que solo quedamos tú y yo para disfrutar de las cosas buenas, colega.

CAPÍTULO
CUATRO

Los movimientos de Tomek eran suaves, constantes, controlados. Los de Kasia, por el contrario, eran inexistentes.

Se dio la vuelta en el kayak biplaza para verla allí sentada, completamente inmóvil, con una mezcla de cansancio y miedo en su rostro mientras miraba por encima del borde y contemplaba el agua. Durante los últimos diez minutos, él había estado remando por los dos, llevándola a ella gratis.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada.

—¿No te gusta? ¿Es otra de esas cosas que dices que no te gustan pero nunca has probado?

—Bueno, lo estoy probando ahora, y creo que no me gusta. Da miedo estar aquí fuera. El agua... el mar... ¿Y si hay tiburones?

—No hay tiburones en West Mersea, Kasia. Tienes más probabilidades de encontrar al monstruo del Lago Ness en estas aguas que a un tiburón, tía.

No pareció creérselo.

—Es muy profundo —dijo.

—Probablemente podrías estar de pie —le explicó.

Ella agarró las correas de los hombros de su chaleco salvavidas y las sujetó con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Tomek se retorció aún más en su asiento, pero al hacerlo, el kayak se inclinó de lado a lado. Kasia, soltando el agarre de las correas, agarró los laterales del kayak y gritó hasta que casi se le revientan

los pulmones. El sonido se extendió por la vasta extensión de marismas saladas, atravesó los bordes de hierba y se propagó sobre el agua.

—¡Eso no tiene gracia! ¿Lo estás haciendo a propósito?

Tomek giró hasta quedar de cara a la proa. Dejó caer el remo en su regazo y levantó las manos en señal de rendición.

—No estoy haciendo nada —explicó, mientras el grito seguía resonando por el paisaje llano—. Solo intentaba ver si estabas bien.

—No lo estoy. No me gusta. Es... tengo miedo. No... quiero volver.

—¿Por qué? —preguntó Tomek involuntariamente. Sabía que debería haber respetado sus deseos. Después de todo, el fin de semana era para ayudarla a recuperarse mentalmente y celebrar su cumpleaños, pero fue una respuesta refleja, un músculo que había sido entrenado durante los últimos veinte años en la policía y que se flexionaba al menor indicio de resistencia.

—No me gusta —repitió ella, esta vez con un tono más profundo —. Podría ahogarme.

—No vas a *ahogarte* —explicó, intentando suavizar la situación con un tono más amable—. Llevas puesto el chaleco salvavidas, sabes nadar y estás con...

—¡No sé nadar!

Las palabras parecieron hacer eco en las marismas durante una eternidad, resonando todavía treinta segundos después de que las hubiera dicho.

Y los treinta segundos se convirtieron en sesenta, y Tomek seguía sin decir nada. Se quedó sentado en la parte delantera del kayak, mirando el agua, ajeno al somormujo crestado que flotaba por la proa mientras el sol de primera hora de la tarde le daba en los muslos y antebrazos. Hasta que finalmente las sinapsis de su cerebro se recuperaron del repentino impacto de la revelación.

—¿Qué quieres decir con que no sabes nadar?

Quería darse la vuelta y mirarla, pero decidió no hacerlo. En su lugar, giró el cuello cincuenta grados hacia la izquierda y captó por el rabillo del ojo a una Kasia abatida y avergonzada.

—Yo... —empezó ella, con un nudo en la garganta—. Nunca aprendí. Mamá nunca me llevó cuando era pequeña, y nunca lo hice en el colegio. Siempre me daban justificantes médicos. Ella... Cada vez que mis amigos querían ir a la playa, yo siempre me echaba atrás, por miedo a que quisieran ir a nadar.

Tomek reflexionó un momento antes de responder. No era culpa suya que no supiera nadar; esa culpa recaía por completo en su madre, la mujer con la que había tenido la desgracia de pasar más tiempo en su vida del que hubiera deseado. ¿Arruinaba esto algunos de sus planes para el fin de semana? Sí, pero no podía enfadarse con su hija, y tampoco tenía sentido dejar que esto estropeara los próximos días.

—¿Por qué no dijiste nada antes? El tipo de la tienda incluso te preguntó si te sentías cómoda en el agua.

Kasia bajó la cabeza.

—No quería decepcionarte. Sé que has dedicado mucho tiempo y esfuerzo a organizar este fin de semana. Sé lo ilusionado que estás. Yo solo...

Una sonrisa estalló en el rostro de Tomek, y toda la oscuridad y la tristeza que habían nublado su experiencia del día de repente se levantaron y se volvieron brillantes con la luz del sol.

—Olvídalo —le dijo—. Lo bueno de este sitio es que hay un montón de cosas que hacer. Y si prefieres volver a la caravana y quedarte allí doce horas, está perfectamente bien. Es tu fin de semana, ¿vale?

Ella lo miró lentamente.

—Vale... —dijo, aunque la duda en su voz sugería que no se lo creía.

—Venga —dijo él mientras agarraba su remo—. Vamos a llevarte de vuelta a tierra firme.

Tomek metió el remo en el agua y empujó con fuerza, haciendo que el kayak girara ciento ochenta grados. Luego remó, izquierda, derecha, izquierda, derecha. Movimientos suaves y fluidos por el agua. Excepto que esta vez el kayak se sentía más pesado. Quizás se sentía más cargado porque *sabía* que Kasia no estaba aportando su parte. O quizás era por la culpa que sentía al saber que

potencialmente había puesto en riesgo la seguridad de Kasia al llevarla al agua.

Después de un corto trayecto trazando líneas uniformes en el agua, algo captó la atención de Tomek. Una masa gruesa y negra en un terraplén de hierba, rodeada por una bandada de cuervos que saltaban sobre ella.

Con el interés despertado, Tomek maniobró el kayak hacia el objeto en la orilla. Kasia lo llamó, cuestionando sus movimientos como un pasajero aterrorizado a bordo de un avión, pero él no se dio cuenta.

A medida que el objeto se acercaba, finalmente se dio cuenta de lo que había captado su atención desde tanta distancia: un perro muerto, un labrador negro. Había visto muchos cadáveres en su vida, desde los sangrientos y destrozados hasta los pacíficos y serenos, pero cuando se trataba de animales muertos, solo podía contar el número de víctimas con los dedos de una mano.

Ahora acababa de ver su sexta.

Tomek detuvo el kayak a diez metros de la orilla, hundiendo el remo en el agua. No había causa visible de muerte. Ninguna herida en la cabeza, ni laceraciones en su cuerpo. No había sangre empapando su pelaje, y sin embargo las aves ya habían comenzado a darse un festín con su cadáver, devorándolo desde atrás, y un olor acre a muerte y descomposición flotaba hacia ellos, llenando sus fosas nasales. El único indicio de que el perro hubiera sufrido algún tipo de lesión o dificultad —aparte del hecho evidente de que estaba muerto— era un conjunto de patas traseras gravemente rotas y destrozadas.

—Papá, ¿qué está pasando? —preguntó Kasia.

Tomek no podía apartar la mirada del hermoso animal. De nuevo, le recordó la idea de conseguir un perro para Kasia, que la apoyara, una mascota familiar. Había descartado la idea tan rápido como había surgido. Él siempre estaba trabajando, y Kasia en la escuela. Los perros suponían una gran atadura, y temía no poder darle el cuidado y la atención que requería. Apenas era capaz de apoyar a Kasia en ese aspecto, y mucho menos a un animal necesitado y dependiente. Además, ver a este tendido allí, destrozado y tirado en

el suelo, era solo una razón más para no hacerlo. Había afrontado la muerte de seres queridos en el pasado, pero no podía imaginar la pérdida de una mascota.

—Papá, ¿por qué hemos...?

Se interrumpió tan pronto como puso sus ojos en el animal. Un pequeño jadeo escapó de sus labios y se llevó la mano a la boca.

—No lo mires —le dijo, y comenzó a dar la vuelta al kayak.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé —dijo él.

Mientras empezaba a avanzar por una de las innumerables vías acuáticas, oyó que se acercaba un barco. La cabina fue lo primero en aparecer por encima de un terraplén cubierto de hierba, sobresaliendo como un decorado en un teatro de marionetas, seguida pronto por el resto de la embarcación. En el costado se veía el nombre MT MERSEA TOURS. Al timón había un hombre de unos sesenta años, vestido con una camiseta y unos pantalones cortos que parecían haber sido blanqueados por años de exposición al sol y la sal. Su largo pelo grasiento se estaba volviendo escaso, mientras que su barba era abundante y espesa, como si alguien hubiera tirado de todo el pelo desde lo alto de su cabeza hasta su barbilla. El hombre le recordó inmediatamente a Tomek al tío Albert de *Only Fools and Horses*.

—¡Buenos días! —gritó el hombre con un fuerte acento de Essex mientras giraba el barco y se acercaba hacia ellos con un traqueteo.

—Buenos días —respondió Tomek cuando el hombre se detuvo junto a ellos.

El capitán bajó una palanca en el panel de control y se inclinó por el costado.

—¿Os habéis perdido? —preguntó, con el habla ligeramente arrastrada—. Un día precioso para ello.

—¿Un día precioso para perderse o en general?

—Ambos —respondió el hombre—. Si vas a perderte, mejor hacerlo con el sol golpeándote la espalda, bronceando tu piel con un color hermoso.

Tomek miró los brazos y la cara del hombre. Todo su cuerpo era del color del cuero, casi mediterráneo.

—Menos mal que no estamos perdidos —dijo.

—No sois de estas aguas, ¿verdad? No puedo decir que reconozca tu cara.

Tomek explicó que estaban allí para la regata.

—Eso pensaba. El lugar es tan pequeño que después de un tiempo acabas reconociendo la cara de todo el mundo.

El hombre se bajó al borde de su barco y dejó colgar las piernas por el costado. Cuando se acercó, Tomek percibió un tufo a alcohol en su aliento.

—¿Habéis estado antes en la regata? —preguntó el hombre.

—Esta es la primera vez de mi hija.

—Excelente. Bueno, bienvenidos. La regata no es lo que era, pero sigue siendo un momento fantástico. Seguro que os encantará.

—¿Qué haces tan lejos? —preguntó Tomek.

—Recogiendo clientes potenciales. —El hombre señaló los adhesivos con el logo en el costado del barco—. Me llamo Mick Thorne. Dirijo mi propia empresa de tours, llevando a turistas y otros visitantes alrededor de la isla. Sí, ya no es lo que era, con todo el mundo pudiendo conseguir sus propios kayaks y demás hoy en día, especialmente cuando mi último maldito barco se hizo un jodido agujero, pero la temporada alta siempre es la mejor, siempre es cuando gano justo lo suficiente para seguir otro año. Bueno, solía ser así...

Tomek dejó que la última frase quedara suspendida en el aire. Intuía que Mick Thorne quería dar más detalles, pero solo lo haría si Tomek lo presionaba o lo empujaba en la dirección correcta. Al final, decidió continuar la conversación por otro camino.

—¿No sabrás algo acerca de eso de allí, verdad? —preguntó en cambio.

—¿El qué de dónde?

Antes de que Tomek pudiera siquiera señalar, Mick pareció saber a qué se refería.

—Hay un perro muerto —explicó Tomek—. Tiene las patas traseras rotas. Parece que podría haberlo atropellado un coche. El pobre no parece llevar allí mucho tiempo, pero las aves ya han llegado a él.

Los ojos de Mick se ensancharon. Abrió y cerró la boca varias veces antes de responder. —Sí... los cabrones hacen eso. Aunque, no puedo imaginar que el calor haya ayudado mucho tampoco. —Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza, limpiándose la parte inferior de la nariz—. Terrible. Absolutamente terrible. ¿Un perro dices? Aún peor. El mejor amigo del hombre, simplemente... simplemente dejado allí para pudrirse. Hay algunas personas en este mundo, tío. Me ponen enfermo. —Otro chasquido, otra sacudida de cabeza. Una larga pausa—. Déjalo en mis manos, y me aseguraré de que lo recojan. No podemos tener eso tirado por ahí cuando comience el espectáculo mañana. ¿Qué pensarían los visitantes y competidores del lugar?

Mucho mejor de lo que estoy pensando de ti ahora mismo, pensó Tomek mientras se despedía de Mick Thorne y comenzaba a regresar hacia el centro de alquiler de kayaks en la isla.

CAPÍTULO
CINCO

Tomek seguía pensando en el animal muerto más de una hora después, mientras entraban en el Café Fowler por la Carretera de la Costa. Después de devolver el kayak, habían vuelto a la casa estática para ducharse y refrescarse, y luego habían salido a tomar un almuerzo tardío.

Tomek guardaba buenos recuerdos de Fowler's. Al ser el único café en el lado oeste de la isla, era el lugar que él y su familia frecuentaban más cuando buscaban desayuno, comida o un tentempié temprano. Como tres chicos hambrientos que eran, mantenían a su padre con los bolsillos vacíos y siempre se aseguraban de tener el estómago lleno.

Era imposible visitar Fowler's sin probar su sándwich de ostras de la casa. Tomek se lo comentó a Kasia mientras se sentaban en una mesa que acababa de ser desocupada por una pareja de ancianos, quienes la habían dejado en perfecto orden, con los platos y los cubiertos apilados pulcramente unos sobre otros.

No era raro que Fowler's estuviera concurrido, pero esto era algo distinto. Grupos de personas, algunos de cinco o seis, estaban apiñados, hablando en voz alta como suele hacer la gente de Essex, devorando su comida, sorbiendo de manera escandalosa sus refrescos y café sin preocuparse por nadie más. La clientela era una mezcla de jóvenes y mayores, delgados y corpulentos, ruidosos y callados —y a Tomek le encantaba. Fowler's le recordaba al café que solía frecuentar en Hadleigh: Monika's. Aquél también había sido

hogar del mismo crisol de estereotipos de Essex y servía una comida igual de buena.

—¿Vas a probar el sándwich de ostras? —preguntó Tomek.

Kasia dejó el menú y le miró, profundamente poco impresionada. —¿No recuerdas la conversación que tuvimos hace literalmente dos horas? Soy vegetariana ahora, ¿recuerdas?

Tomek pensó que la conversación había sido hace un poco más de tres horas, pero decidió no corregirle el uso de *literalmente*.

—Ah, cierto. Perdona. Lo olvidé. ¿Sigues con eso entonces?

—¡Sí!

Tomek cogió una servilleta limpia, sacó un bolígrafo imaginario del bolsillo y fingió garabatear. —Dos horas... ¡Comprobado! Lo siguiente en la lista de tareas es llegar a las cinco horas. Veamos cuánto duras antes de decirle a alguien que ahora eres vegetariana. Esa es la *verdadera* prueba.

Kasia puso los ojos en blanco y volvió a mirar el menú. Entre dientes, murmuró, *Capullo*. Tomek lo oyó pero optó por no tomar represalias; era merecido, como lo habrían sido todas las demás palabras que podría haber usado para describirle. De hecho, estaba agradecido de que no hubiera elegido algo más fuerte. No quería tener que reprenderla en un lugar tan público.

Unos momentos después, un joven apuesto de unos treinta y pocos se acercó a ellos. Iba vestido con unos pantalones chinos beige con varias manchas de grasa, un polo holgado de Ralph Lauren y un delantal. Sus rasgos eran rudos y atractivos, con una espesa barba negra y ojos aún más oscuros. Debajo de ellos, Tomek vio un par de maletas que parecían haber sido arrastradas por medio mundo. Sin embargo, a pesar de la evidente falta de sueño y la cantidad considerable de estrés por el que estaba pasando, les sonrió con entusiasmo, tratándolos como si fueran sus primeros clientes.

—Perdón por la espera —comenzó, y entonces notó la torre de platos en la mesa. Los cogió, los dejó en la cocina al fondo del café, y regresó un segundo después—. Bienvenidos a Fowler's. Me llamo Bradley y seré vuestro anfitrión por hoy. ¿Puedo traeros algo de beber?

Tomek se volvió hacia Kasia y esperó a que ella eligiera. Ella reflexionó sobre el menú plastificado antes de pedir finalmente un chocolate caliente. Lo normal para una chica de trece años, aunque quizás para su decimocuarto cumpleaños debería sugerirle que probara algo más fuerte.

—¿Y para usted?

A Tomek le llevó unos momentos darse cuenta de que se dirigían a él. —Un café cortado, por favor.

—¿Alguna comida?

—Dos minutos —respondió Tomek—. Para cuando hayas preparado las bebidas, ya sabremos lo que queremos.



Excepto que pasaron veinte minutos antes de que les sirvieran las bebidas, y para entonces, Tomek estaba considerando marcharse; algo que había visto hacer a varios otros clientes potenciales mientras tanto.

—Menos mal que no tenemos hambre —susurró a Kasia antes de que Bradley llegara y dejara las bebidas en la mesa.

—Disculpad por la espera —dijo el hombre.

—Pareces desbordado de trabajo.

Bradley silbó entre dientes y se puso las manos en las caderas, mirando alrededor. En ese momento, pareció hacer una pausa, reflexionar y tomarse un descanso por primera vez en semanas.

—Esto solo va a ponerse más concurrido este fin de semana —respondió.

—Si te resulta más fácil, pediremos lo mismo cada vez que vengamos.

—Dudo que eso marque la diferencia. Ahora mismo solo somos yo y otra persona. Necesito al menos dos más.

Señalando a Kasia, Tomek dijo en tono de broma: —Bueno, si necesitas alguien que lave platos o un ayudante, tengo a una chica de trece años, casi catorce, que es más que capaz.

Tomek apenas fue consciente de que sonaba como si estuviera ofreciendo a su hija, algo que debería haber sido dolorosamente obvio para él dados los recientes acontecimientos. Afortunadamente, Bradley le ahorró la vergüenza y declinó la oferta.

Después de tomar su pedido, Tomek le retuvo para preguntarle: —¿Cuánto tiempo llevas con este local? La última vez que vine estaba regentado por otros dueños.

Y funcionaba mucho mejor.

—¿Maureen y Rob?

—Son ellos.

Una expresión ausente cruzó el rostro de Bradley. —Eran mis padres. Fallecieron el año pasado; mamá se fue primero, y resultó que papá no pudo seguir con el local él solo, así que la siguió poco después, y yo lo heredé de ellos. He estado cuidándolo por mi cuenta desde entonces. —Bradley se volvió hacia la adolescente que estaba al fondo, que en ese momento luchaba con la máquina de café—. Bueno, Naomi y yo hemos estado cuidando del lugar.

Tomek le ofreció al hombre una sonrisa comprensiva. —Lo estás haciendo bien. No debe ser fácil, dado el clima actual.

—Ya lo creo —respondió Bradley con una risa delicada, del tipo que sugería que tenía mucho más que decir—. Puede que haya un poco de espera con la comida —añadió.

—No pasa nada —respondió Tomek—. No tenemos prisa. Tomaos todo el tiempo que necesitéis.

CAPÍTULO
SEIS

Lo primero que notaron al acercarse a la playa de West Mersea fue el sonido de charlas y risas. Lo segundo que percibieron fue el olor: madera quemándose, tan intenso que les hacía arrugar la nariz desde varios cientos de metros. Lo último que observaron fue el suave resplandor amarillo que iluminaba la arena.

En el centro de la playa, lo suficientemente lejos de las famosas casetas de playa de la Isla de Mersea para no chamuscarlas, y lo bastante cerca de la orilla por si surgía una emergencia, ardía una gran hoguera. Las llamas, de casi dos metros de altura, lamían y danzaban contra el negro telón de fondo del cielo y los pantanos. El humo se elevaba aún más alto, y el acre hedor de la madera carbonizada se intensificaba. Al verlo, Kasia se tensó y sus músculos se endurecieron. Su paso se ralentizó hasta que finalmente se detuvo.

—Eh —comenzó Tomek, colocando una mano en su espalda—. Está bien, ¿vale? Todo está bien. Estás a salvo. Estoy contigo. No va a pasar nada.

Mientras frotaba su mano arriba y abajo por su espalda, la herida de cuchillo en el dorso de su mano ardió de dolor. Un dolor que no había sentido desde el incidente. Un dolor que servía como pertinente recordatorio de lo que había ocurrido aquella noche. Pero no era ni de lejos tan doloroso como las cicatrices emocionales que seguían atormentando a Kasia. Durante un largo momento, ambos permanecieron allí, mirando fijamente las llamas. En lo más

profundo de ellas, Tomek vio el reflejo del hombre que les había causado tanto sufrimiento y dolor: Zachary Godson. Imaginó que Kasia veía al mismo hombre también, excepto que sus visiones serían marcadamente diferentes, pues él lo veía completamente inmóvil, congelado en una instantánea de arrepentimiento y agonía insoportable, con la piel carbonizada y clavada a la vía de tren que lo había matado.

Tomek sospechaba que la imagen que Kasia tenía del hombre era algo menos brutal.

No fue hasta que Tomek oyó su nombre cuando sus pensamientos regresaron a la playa. Acercándose a ellos, vestido con un jersey de color crema claro y unos pantalones cortos beige, estaba Montgomery. Fue entonces cuando Tomek reparó en las otras personas que había en la playa. Muchas. Docenas, de hecho. Hombres, mujeres, niños. Socializando, charlando, bebiendo, jugando alrededor de la hoguera.

Montgomery llegó un segundo después.

—Buenas noches a los dos —dijo—. ¿Habéis encontrado el sitio sin problemas?

Kasia había encontrado la invitación metida en la puerta de la caravana después de que regresaran de cenar en Fowler's. (La espera para la comida fue tan larga que decidieron combinar las comidas en una sola).

—Afortunadamente, es una isla pequeña —contestó Tomek.

—Ciertamente lo es. Realmente llegas a conocer el lugar, y a la gente, en muy poco tiempo. —Montgomery hizo un gesto hacia la congregación de personas junto al fuego—. ¿Os gustaría que os presentara, o...?

Tomek se giró hacia Kasia, que seguía mirando fijamente las llamas, como hipnotizada. Le dio un golpecito en el brazo, pero no surtió efecto.

—Kash...

Nada.

Otro golpecito. Seguía sin reaccionar.

Tomek miró a Montgomery con incomodidad. Justo cuando estaba a punto de abrir la boca, una voz aguda perforó el aire.

—¡Papá!

Montgomery giró sobre sus talones. A unos veinte metros, un niño pequeño emergió de detrás del resplandor de la hoguera y corrió hacia ellos. Montgomery se arrodilló, preparándose para abrazar al niño, que se lanzó contra su padre a toda velocidad. Montgomery soltó un grito y, al dejar al niño en el suelo, fingió sujetarse el estómago como si le hubieran sacado el aire.

—Tomek, Kasia, este es mi hijo, Jacob.

Tomek saludó educadamente al niño. No podía tener más de nueve o diez años. Sus rasgos eran infantiles y, sin embargo, había una mirada en su rostro —una expresión, un destello en los ojos— que sugería que era mayor, con más experiencia vital. Como si fuera una persona mayor que hubiera nacido en el cuerpo de un niño.

—Encantado de conocerte, Jacob. Me llamo Tomek y esta es Kasia.

Esta vez, el golpecito en el brazo funcionó; Kasia volvió en sí y saludó frenéticamente al niño.

—Un placer conocerles a ambos —respondió Jacob. Su educación y elocuencia sorprendieron a Tomek—. ¿Están aquí para la regata?

—Sí —contestó Tomek, desconcertado.

—Mi papá fue una de las personas que ayudó a organizarla. ¿Puedo preguntar si van a participar?

—Puedes. Estaba pensando en quizás hacer lo del palo engrasado. ¿Qué te parece?

—No muchas personas pueden completar el palo engrasado —dijo el joven—. Puede que te cueste.

—¿Lo hará tu padre?

Todas las miradas se dirigieron a Montgomery. El dueño del camping se mostró repentinamente tímido. —A los organizadores del evento no se nos permite participar, ¡por si ganamos! Entonces todos podrían pensar que está amañado. No, estoy perfectamente bien viendo todo desde mi barco, muchas gracias.

La conversación cayó en un silencio natural, hasta que Jacob se desplazó por la arena y tiró del brazo de Kasia. El movimiento no fue brusco ni violento, pero después de todo lo que Kasia había pasado,

no estaba muy receptiva a ser tocada inesperadamente, y apartó el brazo de un tirón, retrocediendo de un salto.

—Jacob, no puedes agarrar así a la gente —dijo Montgomery mientras hacía exactamente lo mismo con su hijo y lo apartaba. Sus gigantescas manos y antebrazos engulleron al niño por completo.

—Solo quería preguntarle si le gustaría venir a jugar conmigo y algunos de mis amigos.

—Sí, pero con tus palabras. No con tus manos —Montgomery miró a Tomek, luego a Kasia, que se había quedado ausente, mirando fijamente la arena como si estuviera reviviendo lo que le había sucedido en el castillo—. Lo siento mucho por eso, él-

—Está bien —dijo Tomek, y luego dirigió su atención a Kasia—. ¿Te gustaría ir? Podría ser bueno para ti estar con gente más cercana a tu edad. Seguro que estás harta de verme la cara.

Kasia se volvió gradualmente hacia él, con la consternación grabada en sus poros. Lentamente, asintió, aunque Tomek percibió que solo estaba de acuerdo porque se lo había pedido delante de otras personas, y sentía que no tenía otra opción.

—¡Excelente! —soltó Jacob, y se apresuró hacia su lado. Le tendió la mano como un botones que espera ansiosamente una propina, y dijo—: Señorita, ¿puedo tomar su mano? Conozco todos los lugares más interesantes de la isla, perfectos para recién llegados, y le prometo que estará segura.

Kasia observó la mano durante un largo momento, tensó los hombros, respiró profundamente, y luego se decidió y envolvió su mano en la de él.

—Cuidaré bien de ella —le dijo Jacob a Tomek.

—Estoy seguro de que lo harás. Llamadme si necesitáis algo, cualquiera de los dos.

Kasia asintió y, con una sutil expresión de absoluto miedo, siguió a Jacob hasta el otro extremo de la playa, por el mismo camino por el que ella y Tomek acababan de llegar. Un momento después, desaparecieron de vista, y fue entonces cuando se dio cuenta de que acababa de enviarla a la oscuridad con un completo desconocido.

—Estarán perfectamente seguros —comenzó Montgomery, como si percibiera la preocupación de Tomek—. No ha pasado nada en esta isla durante décadas. Y cuando ocurre, suele ser un incidente relacionado con barcos u ostras. Llevo aquí el tiempo suficiente para recordar aquella vez que Murph perdió la mano con una hélice —el hombre hizo una arcada—. Tanta sangre... No he visto nada parecido desde entonces. Afortunadamente. ¡En fin! ¿Por qué estoy estropeando el ambiente hablando de sangre?

—Tiene usted un hijo muy educado —Tomek decidió que era mejor reconducir él mismo la conversación, en lugar de dejar que lo hiciera el otro hombre.

—¿Oh, Jacob? Gracias. Es muy amable por tu parte. No ha sido fácil, no desde que su madre nos dejó, pero poco a poco se está acostumbrando. Y yo también.

Tomek miró la mano del hombre; seguía llevando su anillo de boda, como si se aferrara a una tenue esperanza de que su mujer pudiera regresar algún día.

—Lo criamos para que fuera educado y respetuoso, pero a veces... como has visto, olvida sus modales.

Tomek desestimó el comentario con un gesto—. Cosas de críos —añadió, aunque no tenía ni idea de cómo se comportaban realmente los niños de esa edad—. Espero que no se tome demasiado en serio la reacción de Kasia. Es que ha estado pasando por algunas cosas últimamente.

—¡Como todos!

Tomek se rio. La conversación había llegado a su fin natural, y ambos hombres permanecieron en silencio. Pero exactamente lo mismo estaba sucediendo a poca distancia. Las conversaciones que, momentos antes, bullían con vitalidad, ahora eran inexistentes, y los asistentes sostenían sus bebidas con torpeza, habiéndose quedado sin temas de conversación. Poco después, un quinteto de veinteañeros deambuló hacia la playa, llevando a través de la arena fundas de guitarra y otros equipos musicales.

—¡Por fin! Ya están aquí —exclamó Montgomery—. El entretenimiento de esta noche, y justo a tiempo. El lugar se estaba convirtiendo en un pueblo fantasma. Si me disculpas...

Tomek despidió al hombre con un gesto. Mientras Montgomery se alejaba apresuradamente, otro hombre se acercó a Tomek desde la dirección opuesta. Conversaron durante unos momentos, antes de que el nuevo hombre finalmente se dirigiera hacia Tomek. Unos hombros gruesos y bien formados sobresalían de su parte superior, y en la inferior tenía un par de piernas del tamaño de troncos de árbol, un tamaño que Tomek solo podía soñar con tener. Tomek calculó que tendría una edad similar a la suya, quizás menor, finales de los treinta. Su pelo era lacio, y sus ojos estaban hundidos en su rostro. El hombre extendió su mano.

—Flynn. ¿Qué tal estás?

—Tomek. Bien, pero me vendría bien una de esas.

En su otra mano, Flynn sostenía una botella de cerveza. Le dijo a Tomek que esperara, se dirigió hacia el fuego y luego regresó corriendo con la cerveza en la mano. Antes de pasársela a Tomek, se puso el tapón en la boca y lo abrió con los dientes. Tomek se estremeció.

—Un día eso te va a salir seriamente mal —dijo.

—Ya me ha pasado —dijo Flynn mientras procedía a mostrarle a Tomek una cicatriz de unos dos centímetros en su barbilla—. Herida de guerra de mis años rebeldes cuando creía que era guay hacer estupideces como esa.

—Me alegra ver que aprendiste la lección.

—Algunas cosas nunca cambian, así que ¿para qué luchar contra ello? Como solía decir mi madre.

—Mujer sabia.

—Sí que lo era.

—Oh, lo siento.

—No, no es así. Todavía está viva, *apenas*. Está en una residencia, pero la vieja aún se aferra a la vida.

Tomek no supo cómo responder a eso.

—Supongo que estás aquí para lo de mañana —preguntó Flynn.

Tomek asintió.

—¿Primera vez?

Tomek le contó su historial con la regata.

—Bienvenido de nuevo —dijo Flynn—. Siempre es bueno ver que la gente viene una y otra vez.

—¿Participarás?

Flynn dio un largo trago a su cerveza—. Quizás. Depende de si puedo encontrar el tiempo. Me han contratado para fotografiar el día. Me llaman el fotógrafo oficial del evento.

—¿Un apodo que te has puesto tú o...?

Otro trago. Flynn negó con la cabeza. Luego, al hablar, comenzó a arrastrar ligeramente las palabras, como si los dos últimos tragos de cerveza se le hubieran subido repentinamente a la cabeza.

—Los organizadores —Montgomery, Derry, Charlene— todos forman parte del comité que lo organiza. Antes, siempre hacía la fotografía por mi cuenta y gratis. Pero ahora quieren que parezca más oficial, "ampliar el atractivo" —colocó las últimas palabras entre comillas aéreas.

—Al menos te pagarán.

—¡Bah! Ni puta posibilidad. Charlene no te pagaría ni aunque fueras un indigente y ella acabara de encontrar veinte libras en el suelo.

—¿Charlene? —preguntó Tomek, consciente de que podría estar a punto de provocar un ataque de rabia en Flynn.

—Es la dueña del pub Victory Inn. Pero también es la presidenta del comité. Lleva menos de un año en el cargo y ya ha cambiado muchísimas cosas, en ambos sitios. Y la mayoría de la gente con la que hablas diría que ninguno de esos cambios ha sido para mejor. ¿Puedes creer que esto, *todo esto*, fue idea suya? El fuego, la reunión, la banda, todo. Y ni siquiera está aquí para verlo. Se supone que es para unir a todos, para incentivar a la gente a que aproveche más el fin de semana de la regata, en lugar de venir solo el sábado, y ni siquiera se digna a aparecer. Es como si todo el trabajo que ha supuesto no le importara una mierda.

Tomek miró hacia la playa y se tomó un momento para apreciar el "trabajo" al que Flynn se refería: un montón de leña, algunas pastillas de encendido, algunos barriles y un par de cajas de cerveza (que presumiblemente había proporcionado la propia Charlene). Sin

mencionar a la banda que estaba en medio de su preparación. Tomek no creía que hubiera habido mucho trabajo involucrado.

—¿Alguien se ha puesto en contacto con ella para ver si está bien? —preguntó—. Quizás le haya pasado algo.

—Lo dudo. Es la persona más ruidosa de la sala, y le gusta pensar que también es la más importante. Pero siempre llega tarde a todo. Sin importar de qué se trate.

Eso no respondía exactamente a la pregunta, pero Tomek decidió no insistir más. Flynn conocía a Charlene mejor de lo que él podría pretender.

Flynn dio otro trago a su bebida, la acabó, y luego miró el vaso, profundamente poco impresionado, como si nunca hubiera esperado llegar al final.

—¿Otra? —le preguntó a Tomek.

Tomek miró la suya y declinó la oferta. La suya todavía estaba casi llena. La expresión de decepción en la cara de Flynn se profundizó.

—¿A qué te dedicas?

Tomek se había preguntado cuánto tardaría en surgir ese tema de conversación en particular. De hecho, lo había estado temiendo. No quería que la gente supiera que era detective. No porque estuviera avergonzado por ello, o tímido por el hecho de que estaba suspendido pendiente de una investigación más exhaustiva; más bien no le gustaban las miradas que la gente le daba cuando anunciaba el hecho. Típicamente era una mezcla: algunos lo trataban con desprecio, como si él fuera el único responsable de todos los problemas relacionados con la vigilancia policial de hoy en día; mientras que otros estaban encantados de escuchar su profesión. Se sentían seguros, protegidos de alguna manera, como si fuera un superhéroe capaz de desarmar a cualquier atacante o amenaza con una sola mirada.

Lamentablemente, en balance, los primeros superaban a los segundos, así que había decidido mantenerlo en secreto. Durante el mayor tiempo posible, eso sí.

—Trabajo en administración —ofreció. No era una mentira completa: había demasiada mierda administrativa innecesaria

involucrada en el trabajo.

—Qué bien —respondió Flynn, aunque su entonación contradecía su elección de frase. Parecía como si no creyera a Tomek, luego le dirigió una ceja curiosamente levantada—. ¿Corres?

—*¿Que si corro?*

—Sí. Ya sabes. Un pie delante del otro, pero más rápido.

—Sí, corro. No tanto como solía hacerlo, eso sí, pero todavía corro.

—¿Lo llamarías un *trote rápido*, entonces?

—Algo así.

—¿Te apetece salir a correr mañana? —preguntó Flynn—. Normalmente doy una vuelta a la isla por la mañana, pero a veces puede ser solitario.

—¿Así que necesitas un amigo?

Flynn se encogió de hombros. —Algo así.

Una sonrisa creció en la cara de Tomek. —Puedo vivir con eso. Es una cita. ¿Quedamos antes del amanecer fuera del camping Rosebank?

CAPÍTULO
SIETE

Un frío otoñal fuera de temporada barrió la playa y las calles mientras se dirigían de vuelta a la caravana. Era casi medianoche. Las calles estaban bañadas por un resplandor blanco lunar y sobre sus cabezas Tomek vio uno de los mejores cielos nocturnos que había contemplado jamás: cientos de pequeñas luces blancas salpicaban el lienzo negro, guiñándole. Aparecían nuevas cada vez que miraba hacia un área vacía del oscuro espacio, mientras otras parecían ganar intensidad. Y estaba casi seguro de que, en una zona con poca contaminación lumínica, podía distinguir los tenues contornos de la Vía Láctea, el espectáculo más grande y magnífico del cielo nocturno.

Se detuvo para echar otro vistazo, para deleitarse con aquella visión, pero Kasia continuó su rápido caminar.

—¡Vamos! —insistió ella, con voz en susurro áspero—. Quiero irme a la cama.

¿Dormir antes de medianoche? ¿Qué clase de adolescente eres?

Tomek olvidó rápidamente el cielo nocturno y se apresuró tras ella.

—¿Qué hicisteis Jacob y tú? —preguntó.

—Me enseñó un pequeño escondite que tiene.

—¿Ah, sí?

—Sí, y... todos sus amigos no son... bueno, no son reales. Son imaginarios. De camino al escondite, me estuvo hablando de

Stanley, de Archie, de Henley. Sobre sus vidas, cómo eran, qué les gustaba hacer. Pero cuando llegamos, no había nadie allí.

—Pobrecillo.

—Luego me enseñó el búnker en el otro extremo de la isla. Resulta que es donde le gusta jugar al escondite con ellos. Y a veces practican para sus concursos de ortografía en equipo y fingen que están en *University Challenge*.

Tomek no supo qué decir. Pensó que usar "pobrecillo" una segunda vez sería demasiado.

—Es realmente dulce —continuó Kasia—. Y quiere que vaya a su casa mañana.

—Eso está bien.

—Me dijo que tiene montones de otros amigos que puedo conocer allí. Seguro que también son todos imaginarios.

Tomek chasqueó la lengua. No le gustó el tono de burla en su voz. —Sé amable. Algunas personas afrontan de manera diferente el ser hijo único. Y algunas personas tienen dificultades para hacer amigos.

—Los haré cuando vuelva al colegio —murmuró Kasia por lo bajo.

Llegaron a una curva en la carretera que conducía hacia el pontón donde habían pasado la mañana pescando cangrejos. Un puñado de farolas, distribuidas a lo largo de la vía, iluminaban el pontón y una cabaña de ostras, situada en el borde del camino. A su lado, a su izquierda, había una serie de veleros apretujados en el hormigón, y un pequeño embarcadero que se adentraba en el agua. A su derecha inmediata estaba el café Fowler. Junto a él, la taberna Victory. Dos negocios vecinos con un tercero enfrente, un poco más abajo en la carretera. El olor a agua salada, algas húmedas y el inconfundible hedor a pescado fresco flotaba en el aire, espeso y pegajoso como si estuviera incrustado en el hormigón, en los postes telefónicos, en las paredes de ladrillo. Docenas de líneas blancas, como pelos en la cara de un octogenario, sobresalían por detrás del pontón, balanceándose y cabeceando suavemente con la corriente. El suave sonido del agua lamiendo gentilmente la orilla era el único ruido audible, salvo por el distante rugido de un avión que se dirigía hacia un clima aún más cálido.

Tomek se sentía en paz allí. Todo era tan tranquilo, tan relajado, tan idílico. La escapada perfecta para ambos.

Continuaron por la carretera hasta que algo captó la atención de Tomek. Frente a la taberna Victory, mirando hacia el agua, había un jardín cervecero. Mesas y bancos de madera salpicaban el espacio, con pequeñas cápsulas cilíndricas aisladas como forúnculos ocupando el lado izquierdo. Entre los bancos, Tomek divisó un resplandor naranja claro, y olió el hedor del tabaco flotando en su dirección. Sosteniendo el cigarrillo estaba la silueta de una mujer, recostada contra el banco, sus rasgos disimulados en la oscuridad.

—Buenas noches, chicos —dijo ella. Tomek y Kasia se detuvieron; Kasia le agarró la mano y la apretó con fuerza—. Perdón si os he asustado —continuó. Al principio su tono era brusco, profundo, casi masculino. Pero luego tosió para quitarse el alquitrán de los pulmones, y habló con suavidad—. No voy a haceros daño ni nada por el estilo, eso queda perfectamente claro desde el principio. Además, nadie os haría daño aquí. Este lugar es segurísimo, como suelen decir. ¿Qué os mantiene fuera tan tarde?

El agarre de Kasia se aflojó un poco.

—Hemos estado en la fiesta de la playa —explicó Tomek.

—¡La fiesta! ¿Qué tal estuvo?

—Agradable.

—¿Y la banda?

—Mejor de lo que esperaba.

—Me alegra oírlo. Siempre es agradable saber que tu trabajo duro ha dado sus frutos.

A Tomek se le encendió la bombilla. —¿Tú debes de ser Charlene?

Charlene levantó las manos en señal de rendición. —Culpable de los cargos. ¿Cómo sabías mi nombre?

—Algunos de los chicos nos explicaron que tú lo habías organizado todo. ¿Por qué no apareciste?

Dio otra calada al cigarrillo. —Porque no es para que yo disfrute. Es para que los demás se diviertan. Además, si hubiera estado allí, habría estado preocupada todo el tiempo.

—¿Pero estarás en la regata mañana?

—Por supuesto que sí. No me perdería esa oportunidad por nada del mundo. ¿Os veré allí?

—Absolutamente. —Tomek le dio otro codazo a Kasia en el brazo —. Estamos realmente entusiasmados. Debería ser bueno.

Charlene se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. —Si queréis mi consejo, llegad temprano. Va a estar hasta los topes, y aseguraos de poneros al frente de las líneas de carrera. Si os perdéis en medio de la multitud, no tenéis ninguna posibilidad, a menos que seáis realmente buenos nadando o remando, claro.

Tomek no era particularmente bueno en ninguna de esas cosas. Era mediocre en una, y completamente amateur en la otra.

—No os entretengo —dijo Charlene, despidiéndolos con un gesto de sus manos—. Tenéis que dormir bien si queréis tener alguna posibilidad de ganar.

—¿Algún consejo para caminar por el palo engrasado?

Charlene soltó una risita. —¿Aparte de llevar calzado con agarre? Yo diría que lo mejor es no caerse.

CAPÍTULO
OCHO

Tomek despertó de golpe. Se quitó las sábanas de encima, se deslizó por el pequeño espacio entre la cama y la pared, y luego corrió al dormitorio de Kasia. Las paredes eran tan finas que el grito que lo había despertado sonaba casi como si hubiera sido a su lado. La encontró sentada completamente erguida, con el pelo despeinado, enmarañado y empapado de sudor, con el rostro contraído como si estuviera poseída.

Cuando extendió la mano para tocarla, ella se asustó y la apartó de un manotazo, antes de lanzar un ataque físico contra él. Abofeteándolo. Golpeándolo. Arañándolo. Gritándole que se alejara. Como si él fuera la causa de que la pesadilla volviera para un segundo asalto.

Para terminar lo que había empezado.

No fue hasta que la rodeó con ambos brazos y la estrechó en un fuerte abrazo cuando finalmente se calmó y sus músculos se relajaron. Poco después, su cuerpo comenzó a temblar incontrolablemente mientras sollozaba contra su pecho desnudo. Él continuó abrazándola, haciéndole saber que estaba allí para ella, que no iba a marcharse, y que mientras él estuviera allí, ella estaría a salvo.

—Está bien —susurró mientras comenzaba a acariciarle el pelo—. Está bien. Se ha ido. No va a volver. Me aseguré de ello, ¿recuerdas?

Los temblores se debilitaron, pero ella no dijo nada.

Las pesadillas habían comenzado casi inmediatamente después de la muerte de Zachary Godson, el hombre que había manipulado y lavado el cerebro a Kasia para que se uniera a su secta del fin del mundo. Y habían continuado desde entonces. A veces eran frecuentes: cuatro, cinco noches seguidas. Otras veces había períodos de calma, algunos días sin que apenas murmurara en sueños. Por lo que Tomek podía deducir, no había ningún desencadenante, ningún incidente emocional o recuerdo que las provocara. Eran, en más de un sentido, similares a sus propias pesadillas.

—Está bien —repitió, meciéndola suavemente de un lado a otro —. Todo va a estar bien. ¿Quieres que encienda la luz?

Ella asintió. Tomek la soltó y encendió la luz, sintiendo un calambre muscular en las costillas mientras se estiraba para alcanzar el interruptor.

—¿Quieres hablar de ello?

Kasia se sentó en la cama, con su camiseta de dormir torcida sobre el hombro, jugueteando con sus manos. Era incapaz de mirarlo. —Estábamos en su habitación otra vez.

—Ya veo.

—Y él estaba dando el masaje.

Tomek sabía hacia dónde iba esto: Zachary Godson bajándose de su hija para coger una máscara de cisne, preparándose para penetrarla, solo para ser interrumpido por alguien más entrando en la habitación. Aunque Tomek sabía que nada sexual había ocurrido entre Kasia y Zachary —Kasia había reforzado ese hecho repetidamente durante las últimas semanas—, eso no impedía que Tomek ardiera de furia ante la idea.

—Y entonces me desperté —terminó.

Tomek le frotó la espalda delicadamente. —¿Quieres algo? ¿Agua? ¿Un tentempié de medianoche? Siempre y cuando no sea queso.

—¿Queso?

—Aparentemente te da...

Se dio cuenta de su error demasiado tarde.

—¿Te da qué?

—Te da... te da... pesadillas.

Ella no parecía muy impresionada.

—A menos, claro está, que te apetezca queso, en cuyo caso, todo tuyo.

Ella se tomó un momento para responder. —No... no quiero queso.

—¿No? ¿Un tentempié de medianoche?

—Te quiero a ti.

—Estoy aquí, colega.

Entonces ella señaló la cama individual a su lado.

—Quiero que duermas aquí conmigo esta noche —susurró, apenas audible—. No me gustan los ruidos de fuera. El viento. El agua. Suena como pisadas cada dos segundos. Solo... ¿Te importaría?

Tomek quitó las maletas que estaban colocadas encima, luego tiró de las sábanas de la otra cama y se metió directamente. —En absoluto. Siempre que a *ti* no te importe los ronquidos. Nunca se sabe, tal vez descubras que te ayudan a dormirte de nuevo, como si estuviera cantando una nana. Excepto que soy un oso pardo y las paredes reverberan.

CAPÍTULO
NUEVE

SÁBADO

La vista a lo largo de la playa era como una postal. Tonos de púrpura, naranja, rojo, rosa y amarillo se mezclaban en un espejismo en el cielo, perturbado solo por delgadas vetas de nubes, casi transparentes. En el fondo, unos grados hacia el sur, la mitad superior del sol se asomaba por encima del borde del horizonte, explotando en una bola amarilla, trayendo consigo un reconfortante calor y la promesa de un buen día. En el plano medio, Tomek disfrutaba de vistas de marrón y verde entrelazados entre sí. La marea estaba baja, dejando los profundos barrancos de los riachuelos, que parecían pequeños surcos de piel arrugada. Dentro de ellos había una masa de barcos, escorados, atascados en el lodo. Pronto, el puro poder de la marea levantaría las embarcaciones y las sostendría, permitiendo a cientos, miles de navegantes y marineros la oportunidad de experimentar el poder monumental del océano. En el primer plano inmediato, la playa brillaba y resplandecía mientras el sol la teñía con un resplandor efervescente.

Era un nuevo día. Un comienzo perfecto para el día.

No había lluvia, ni viento, y la vista era espectacular.

La única parte que no era perfecta, sin embargo, era el dolor que actualmente invadía los pies, los muslos, el estómago, el pecho y los pulmones de Tomek. Todo su cuerpo le gritaba, reprochándole su idiota decisión de correr tan lejos y tan rápido después de semanas de inactividad. Hasta ahora habían recorrido más de once kilómetros, corriendo en sentido horario alrededor de la costa de la isla, siguiendo la ruta de las Carreras Alrededor de la Isla que les había hecho atravesar diferentes paisajes, incluyendo asfalto, grava, hierba y raíces de árboles expuestas. Pero ninguno era tan difícil como avanzar penosamente por la arena. Tomek debería estar acostumbrado viviendo a lo largo de la costa sur de Essex, pero los últimos meses alejado del ejercicio le habían pasado factura. Y como resultado, se quedaba continuamente rezagado y se veía obligado a

detenerse con frecuencia para recuperar el aliento. Mientras tanto, Flynn había continuado sin problemas, a pesar de quejarse de sufrir una leve resaca al principio. El cabrón, completando la carrera como si fuera algo tan trivial como caminar hasta el final de la calle. Incluso llevaba una mochila consigo, el muy cabrón.

La respiración de Tomek era áspera y sus piernas se sentían como gelatina cuando, misericordiosamente, Flynn los detuvo junto a la hilera multicolor de casetas de playa de la isla de Mersea. Tomek les echó un vistazo rápido y recordó la vez que había visto un cadáver encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay a principios de ese año. A poca distancia de él estaba el cubo metálico que había sido utilizado para la hoguera de playa la noche anterior. El olor a humo y ceniza chamuscada permanecía en el aire.

Flynn se quitó la mochila, la colocó delicadamente en la arena, y luego, aún con más cuidado, sacó una cámara DSLR. Una Nikon D780.

—Madre mía, qué grande es —dijo Tomek, boquiabierto ante el enorme tamaño.

—Eso mismo dijo ella —respondió Flynn, examinando el dispositivo en su mano—. Dicen que el tamaño no siempre importa, pero créeme, cuando se trata de esta preciosidad, realmente importa.

Tomek se rio, pensó en algo que decir, pero lo descartó. Luego, con un silencio divertido entre los dos, Flynn comenzó a tomar fotos del amanecer. Tomó disparos desde varios ángulos. Alto. Bajo. Horizontal. Vertical. Para una de ellas se tumbó en la arena y sacó algunas fotos con el ojo en la lente como si fuera un fotógrafo de moda de segunda categoría de los noventa.

¡Trabájatelo, nena!

¡Dame más!

¡Oh, sí, esa es la toma perfecta!

¡Enséñame más muslo, cariño!

Al menos, eso era lo que Tomek esperaba que dijeran los semiprofesionales, de todos modos. Para cuando el fotógrafo terminó, Tomek casi había recuperado el aliento.

—Lo siento.

—No pasa nada. A menudo me olvido de detenerme y admirar la vista —mintió—. Gracias por mostrarme la belleza en la simplicidad.

Mientras Flynn guardaba la cámara en su mochila, dijo:

—Las editaré en Lightroom esta noche y las compartiré contigo. Si te quedas el tiempo suficiente, podría imprimir una y enmarcarla para ti antes de que te vayas.

—Sería estupendo, pero por favor no te molestes.

—Tonterías —Flynn se colgó la mochila al hombro. Golpeó contra su espalda—. Te la daré gratis si me ganas en el tramo final.

—¿Y si pierdo? ¿Estamos hablando de duplicar el precio?

—Triplicarlo.

Tomek examinó el rostro del hombre buscando un indicio de insinceridad, pero no encontró ninguno.

—Preparados... —comenzó Flynn—. Listos...

Pero Tomek ya había salido disparado. No era de los que dejaban pasar la oportunidad de conseguir algo gratis, así que esprintó por la arena hacia el otro extremo de la playa como el caballo de un anuncio de Lloyds TSB. Solo logró avanzar diez metros antes de que la sensación de gelatina volviera a sus piernas y sus rodillas se doblaran, provocando que cayera de cabeza. Se llenó la boca de arena y la escupió en la playa.

Flynn no le mostró compasión alguna y corrió por delante, riendo sonoramente con una sonrisa presuntuosa en su rostro mientras lo adelantaba.

El cabrón incluso estaba presumiendo corriendo hacia atrás.

Tomek finalmente lo alcanzó unos cientos de metros más adelante. No porque hubiera esprintado o realizado algún esfuerzo superior al normal para alcanzarlo, sino porque Flynn había reducido su ritmo a un paseo.

—No voy a cobrarte el triple del precio. Por la forma en que lo apilaste ahí atrás, incluso estoy pensando en darte *yo* dinero a ti —dijo tras la sonrisa arrogante que, en el tiempo que había tardado

Tomek en alcanzarle, casi se había duplicado en tamaño—. Como en *Vídeos de primera* de hace años.

Tomek habría aceptado fácilmente las 250 libras de premio. Siempre y cuando no tuviera que pasar por la vergüenza de aparecer en televisión que venía con ello. Tristemente, se dio cuenta, no se podía tener lo uno sin lo otro.

—¿Qué tal si no volvemos a hablar de esto nunca más y así nadie tiene que enterarse?

Los labios de Flynn temblaron ligeramente. —No prometo nada.

Poniendo los ojos en blanco, Tomek dijo: —Doble o nada. Tú y yo en el palo engrasado esta tarde. Si gano, me llevo la impresión gratis y tú mantienes la boca cerrada sobre mi pequeño tropiezo. Si ganas tú, pago el doble del precio habitual por la impresión y puedes contarle al mundo entero lo que pasó.

Flynn meditó la propuesta durante un rato. —¿Estás bastante seguro de ti mismo, eh?

—No, solo tengo una adicción grave e incapacitante al juego —dijo Tomek.

—¿En serio?

—No —respondió—, estaba bromeando.

—Bueno, hay personas ahí fuera que *sí* tienen problemas con el juego —murmuró Flynn, apartando la mirada de Tomek—. Pero yo no soy una de ellas, así que, pensándolo mejor, acepto tu oferta.

Todo quedó acordado. Un trato justo. Los hombres se estrecharon las manos y continuaron el resto del camino a un trote constante. Mientras pasaban junto a jardines que daban al paseo marítimo, algo captó la atención de Tomek. Detuvo a Flynn y señaló una forma en el barro. Se movía, llevaba pantalones de pescador y emitía ruidos de animales, entre una conversación casual consigo mismo.

—Ese es Derry —explicó Flynn.

—¿Derry?

—Waterman. Es el dueño del Cobertizo de Empaquetado. El negocio familiar lleva años en marcha.

Flynn señaló un pequeño cobertizo de madera que se asentaba pulcramente sobre pilotes encima de un pequeño montículo de tierra

a unos cien metros hacia el sureste. Se alzaba serenamente contra el fondo rosa y púrpura del amanecer. Tomek lo conocía bien. Se había construido por primera vez en 1890 y seguía siendo uno de los lugares más emblemáticos de Mersea. Durante principios del siglo XIX, la industria de las ostras había florecido, y el edificio se había construido para ayudar a los residentes a limpiar, clasificar y empaquetar las ostras para su envío a Londres. Con los años, se había deteriorado, pero gracias a un proyecto de restauración a principios de los noventa, el sitio histórico permanecía en pie.

—Ha estado intentando mantener vivo el comercio de ostras en la isla durante años —continuó Flynn—. El lugar apenas es funcional y casi nunca está abierto, pero a veces organiza jornadas de puertas abiertas en verano con niños y eso. Ha tenido que mantener las cosas en marcha viniendo aquí cada mañana para recoger la captura del día. Es todo lo que tiene. —Flynn caminó hacia el agua, saludando con la mano—. ¡Buenos días, Dezza!

Encontraron lo que era visible de Derry a poco más de diez metros de distancia. Su mitad inferior había sido engullida por el barro. A su alrededor había varios cubos, una botella de agua y un cuchillo de pesca que brillaba bajo el sol. Pero no era eso lo que había llamado la atención de Tomek. Sus ojos, junto con los de Flynn, estaban fijos en el labrador negro que yacía a su lado, cubierto de barro.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó Flynn, acercándose más al borde del barro—. ¿Es ese... es ese el perro de Mick?

—Eso creo. —Derry, un hombre de unos cincuenta y tantos años con papadas caídas y lóbulos de las orejas aún más caídos, asintió solemnemente. Sus ojos estaban llenos de pena—. El pobre solo llevaba unos días desaparecido.

—¿Es este el mismo Mick que dirige los tours? —preguntó Tomek.

—Sí. Es él —respondió Flynn—. ¿Le conoce usted?

Tomek asintió. —Le conocí ayer, mientras mi hija y yo hacíamos kayak por las marismas. Vimos al perro en la orilla de uno de los arroyos.

—¿Estaba vivo?

—Muerto.

—Si no lo estaba antes, ciertamente lo está ahora. —Derry acarició cuidadosamente al animal, con una mirada contemplativa en los ojos. Luego volvió su atención a Flynn y Tomek—. ¿Ha dicho que estaba con usted cuando vieron al perro?

—Llegó unos momentos después.

—¿Cómo parecía estar?

Tomek hizo una pausa para reflexionar. —Ahora que lo pienso, su reacción cambió cuando vio al animal. Como si lo hubiera *reconocido*...

—Pobre desgraciado —respondió Derry. Luego se volvió hacia Flynn, compartiendo ambos una mirada—. ¿No crees que... —Examinó los alrededores, y luego bajó la voz—. ¿No crees que tuvo algo que ver con esto?

—¿Con qué? —respondió Flynn, comunicándose con Derry como si Tomek ya no estuviera allí—. Su perro se había escapado. Recuerdo que lo dijo. Debió haber ido a nadar, quedarse varado y luego morir.

—¿Pero qué hay de cuando lo encontró ayer? ¿Por qué no lo enterró?

Flynn se encogió de hombros. —Quizás lo intentó pero estaba demasiado abrumado para hacerlo correctamente.

—O intentó darle un entierro de marinero —dijo Derry, como tratando de convencerse a sí mismo de que eso era lo que había ocurrido.

—Sí. Ahí lo tienes —dijo Tomek—. Estoy seguro de que hay una explicación perfectamente razonable para ello. Tendréis que preguntárselo cuando le veáis.

Pero Tomek quería estar allí. Quería presenciar la justificación de Mick Thorne por haber dejado a su mascota muerta en medio de las marismas de Mersea.

CAPÍTULO
DIEZ

La Regata de la Ciudad de West Mersea se dividía en tres eventos a lo largo del día. El primero era el Maratón de Cobmarsh y las Carreras de Embarcaciones, una serie de pruebas individuales y por equipos en las que matrimonios, amigos y compañeros, y veteranos de más de sesenta años corrían alrededor de la isla de Cobmarsh en una variedad de barcos.

El segundo evento del día eran las regatas de vela, que consistían en seis categorías diferentes, desde barcazas hasta cruceros, navegando alrededor de la costa de la isla, embarcándose en un recorrido similar al que Tomek y Flynn habían hecho esa misma mañana.

El tercero, y más importante, eran los deportes acuáticos. Varias horas de distintas carreras de remo, natación y un concurso para el barco mejor decorado. Esta parte del día atraía a las multitudes más numerosas y ruidosas. Excepto que, por primera vez en sus más de cien años de historia, la tradición estaba a punto de romperse, ya que había un nuevo evento. Uno que, se esperaba, entusiasmaría a una generación de aficionados más jóvenes: el Soapbox Náutico, una variante marinera de la popular carrera de autos artesanales de Red Bull, donde los concursantes tenían que completar un eslalon en flotadores decorativos y disfrazados. En lugar de transformar sus coches para que parecieran el Reliant Robin de Del Boy o la Máquina del Misterio de Scooby-Doo, tenían que realizar la transformación en barcas de madera y completar un circuito de obstáculos en el agua.

Pero nada de eso se acercaba al evento principal: Caminar por el Palo Engrasado.

El evento de Tomek.

Era el número cincuenta y seis en la lista. Llevaba su número grapado a su camiseta con orgullo. Parecía que, con el calor veraniego, los pantalones cortos eran obligatorios; sin embargo, para muchos de los concursantes, las camisetas y otras prendas en la parte superior del cuerpo eran opcionales. Kasia observó con desdén a la multitud de concursantes semidesnudos, de todas las formas y tamaños, haciendo cola a lo largo del pantalán.

—¿Estás segura de que estás bien aquí? —le preguntó Tomek.

Ella miró el agua y se perdió en su propio reflejo durante un momento. —Estoy bien.

—¿Quieres subir a uno de los barcos?

—Estoy bien.

En el agua, docenas de embarcaciones habían anclado en una larga fila paralela a la costa y junto al puerto, y ahora se balanceaban al unísono, dando la impresión de estar en Mónaco durante el fin de semana de la Fórmula Uno. La gran diferencia era que los espectadores no eran multimillonarios. A bordo de los barcos había antiguos concursantes, ahora secándose bajo el sol de la tarde, junto con un puñado de invitados y espectadores. Tomek escudriñó la masa de rostros buscando a Flynn, pero no logró encontrarlo.

Entonces escuchó su número.

—¡Cincuenta y seis. Sr. Tomek Bowen!

Un gran rugido surgió de la multitud. Tomek sintió momentáneamente que un nudo de ansiedad se tensaba en su estómago. Se volvió hacia Kasia.

—Deséame suerte —le dijo.

—Rómpete una pierna —respondió ella con la sinceridad de alguien que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—¿Que me rompa una-? ¡No estoy actuando en una versión teatral de *Piratas del Caribe*!

—¿No? Pensaba que habías estado practicando tu andar de Jack Sparrow.

Sí, lo había hecho. Pero ese no era el punto.

Le lanzó una mirada de desaprobación y luego se dirigió hacia la orilla. Mientras se adentraba, los nervios comenzaron a invadir su cuerpo. El agua estaba fría, la adrenalina fluía por sus venas, y de repente se dio cuenta de que tenía miles de ojos observándole mientras nadaba hacia el gran barco donde se celebraba el evento. Se volvió muy consciente de su estilo de natación, de sus brazadas, y de la forma en que salía del agua. Lo último que necesitaba era que sus pantalones de baño se le deslizaran por el trasero delante de miles de espectadores.

El evento del palo engrasado tenía lugar en un barco llamado Thames Barge Committee Boat. La cubierta era de madera que crujía con cada ondulación de la marea. El lado de estribor estaba anclado con una cuerda que parecía tener varios cientos de años, y el barco olía a pulimento para madera y cera.

De pie en el borde de estribor, a pocos metros del palo engrasado, estaban Charlene y Derry, el hombre que había vadeado el barro para rescatar al perro.

—Eso es lo que le dije —comentó Derry.

—Le dije que no lo hiciera de esa manera, pero no me escuchó —respondió Charlene.

—Siempre te crees tan jodidamente lista, ¿verdad? En serio.

Hablaban en voz baja y su conversación se detuvo inmediatamente en cuanto Derry vio a Tomek en la cubierta. Le sonrió tímidamente, y luego le indicó con un gesto que se deslizara hacia el palo engrasado. Mientras Tomek pasaba junto a Charlene, Derry le cogió la mano y la levantó en el aire como si fuera un vencedor. La exhibición provocó otro rugido de la multitud.

—Aquí está, señoras y señores —dijo Charlene, hablando de nuevo por su micrófono. Consultó su tablilla—. Tomek Bowen. ¿De dónde eres, Tomek, y te ves capaz de llegar hasta el final?

Charlene le puso el micrófono en la cara.

Tartamudeando, respondió: —Soy de Leigh-on-Sea, y no, no tengo absolutamente ninguna aspiración de llegar hasta el final.

Creyó oír una ligera risita de la multitud que se extendió por el agua.

—Bien, Tomek —comenzó Derry, dándole una palmada en la espalda—. El objetivo es reclamar la bandera al final del palo. Hasta ahora, solo un concursante ha estado cerca, y si hubiera llevado sus zapatos adhesivos, podría haberlo conseguido. Cuando estés listo, hijo. El palo es todo tuyo.

El palo es todo mío, se dijo Tomek. Repetidamente.

Y entonces el mundo pareció atenuarse, de fuera hacia dentro, hasta que no quedó nada más que el palo. Sin multitud en la playa. Sin barcos balanceándose de un lado a otro en el agua. Sin Kasia. Sin Flynn. Sin Charlene.

Solo él y el palo. Él y la oportunidad de poner en práctica sus semanas de entrenamiento.

En años anteriores, había intentado la misma táctica: correr por el palo, resbalar y caer. Lo más lejos que había llegado fue justo a la mitad, antes de que la grasa finalmente lo lanzara al agua. Pero este año había practicado una táctica diferente, algo inspirado en un ganador anterior.

El andar de Jack Sparrow.

El mayor problema de ascender por el palo engrasado era el centro de gravedad descentrado. Para contrarrestarlo, Tomek planeaba caminar como si estuviera borracho, tambaleándose de lado a lado mientras su cuerpo luchaba por estabilizarse en la pendiente. Durante las últimas semanas, había estado practicando en el salón y en el jardín, y su técnica había funcionado mejor de lo esperado. Pero ahora era la prueba de verdad, y o iba a funcionar extraordinariamente bien, o terminaría rompiéndose la espalda y cayendo de cabeza al agua.

Solo había una forma de averiguarlo.

Pero primero, necesitaba un bis. Antes de empezar, comenzó con un aplauso lento, reduciendo gradualmente el tiempo entre cada palmada. Al instante, la multitud le siguió, hasta que les dejó continuar sin él. Mientras el ruido alcanzaba su crescendo, su mirada se clavó en la bandera roja que ondeaba lánguidamente al final del palo.

Cinco metros de madera se interponían entre Tomek y la bandera.

Cinco metros de madera se interponían en su camino hacia la fama local.

Conteniendo la respiración, tensando el abdomen y relajando los músculos de las piernas, se lanzó a por ello. El primer paso le pilló por sorpresa, y casi se cae. El nivel de grasa era muy superior al que había encontrado antes. Pero lo superó. Y el segundo, y el tercero.

Para el cuarto paso, la gravedad comenzaba a desequilibrarle. Quería tirarle a cualquier lado del palo, pero sus piernas sueltas y su postura errática milagrosamente le mantuvieron erguido, y continuó subiendo por el palo.

Cinco metros se convirtieron en cuatro.

Cuatro se convirtieron en tres.

En el segundo metro, imágenes de todos sus intentos anteriores destellaron en su mente, seguidas rápidamente por todos los intentos fallidos que ya había visto ese día.

Las desterró y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Unos pocos pasos más, y ya estaba allí.

Jugó con la idea de saltar, de lanzarse hacia adelante para reclamar la bandera como suya, pero ¿dónde estaba la gracia en eso? Era mucho mejor agarrarla y reclamarla con confianza que lanzarse ciegamente en un salto de fe.

Dos metros se convirtieron en uno.

En este punto, notó que la grasa del palo comenzaba a disminuir, y su agarre en el palo aumentaba. Y entonces, enroscando los dedos de los pies y las plantas alrededor de la curva del palo como si fuera una bailarina a punto de saltar hacia un final frenético, extendió la mano hacia la bandera y la arrancó de su soporte.

Durante un breve momento, durante una fracción de segundo, fue capaz de mantenerse perfectamente quieto y absorber el resonante vitoreo que resonaba entre la multitud, antes de finalmente precipitarse al agua. Cuando volvió a la superficie, todavía sostenía firmemente la bandera en sus manos, y la alzó victoriosamente sobre su cabeza. El clamor de la multitud se intensificó. Absorbió la vista y la atmósfera mientras coreaban su nombre.

¡Tomek! ¡Tomek! ¡Tomek!

Lo había conseguido. El primer concursante en conquistar el palo engrasado ese año. Sería un héroe al final del día. Un hombre común elevado a alturas casi estratosféricas. Estaba seguro de que erigirían una estatua en su nombre y le adorarían desde ese día en adelante. Era lo único lógico que podían hacer.

CAPÍTULO
ONCE

Lamentablemente no habría ninguna estatua en su nombre. Charlene se lo había confirmado. Pero eso no desinfló su ego. Más bien, todo lo contrario. Cada año, a las afueras del Victory Inn y de Fowler's, a lo largo de Coast Road, se celebraba el Mercado de Mersea. Vendía de todo, desde decoraciones y adornos artesanales reciclados hasta libros ajados y amarillentos con las esquinas dobladas que alguien había encontrado en el desván, desde mercancía oficial de la Regata del Pueblo de West Mersea hasta vestidos de fiesta de segunda mano. El mercado se extendía por casi cien metros, con negocios locales independientes a cada lado, y siempre estaba abarrotado. Si los eventos acuáticos no eran lo tuyo, entonces el mercado casi seguro que lo sería. El olor de los puestos de comida callejera preparando deliciosas ofertas se esparcía por el aire. En el menú: paella y falafel. Un mar de gente fluía a través del mercado, paseando a su propio ritmo, entrelazándose suavemente. En la mano de Tomek, sostenía la bandera. Por encima de su cabeza para que todos la vieran.

Y vaya si la vieron. Docenas de desconocidos lo vitorearon. Lo felicitaron. Le estrecharon la mano. Le dieron palmadas en la espalda. Alimentaron su ego hasta niveles de presunción sin precedentes, tanto que estaba seguro de que la multitud había formado una avenida para que él caminara, como si fuera una especie de miembro de la realeza.

Después de tomar una bien merecida comida tardía de victoria, Tomek y Kasia deambularon por el mercado, deteniéndose en varios puestos, examinando las mesas y los percheros, admirando la artesanía que había ido a parar a la fabricación de los artículos, antes de seguir finalmente hacia el siguiente.

Mientras avanzaban lentamente con el resto de la multitud, Tomek sintió un toque en el hombro. Se detuvo, se dio la vuelta y observó la estatura del hombre bajo frente a él. El hombre le recordó a Tomek al DCI Nick Cleaves en todos los aspectos. El pelo, o la falta de él. El cuello gordo y redondo. El estómago abultado. Y los ojos... Había algo en ellos. Una extraña mezcla de esperanza y desesperación.

—Enhorabuena, colega —dijo el hombre, estrechándole la mano y sin soltarla—. Me sorprende que no estés ahí fuera vigilando por si alguien más se acerca a reclamar tu trono.

Tomek miró la bandera. —Seguiré siendo el *primero* en hacerlo hoy.

—Y con razón. Nunca he visto a nadie hacerlo como tú lo hiciste. Superimpresionante.

—Bueno, gracias... —Tomek le ofreció al hombre una sonrisa educada que decía que había terminado con la conversación y quería seguir adelante.

Pero antes de que pudiera darle la espalda, el hombre murmuró: —Yo... soy Stuart. Stuart Simms. Pero la mayoría de la gente me llama Stu.

—Espero que no te llamen el SS.

Stuart se rió torpemente. Tomek tuvo la impresión de que no entendía la referencia.

—Sí. Buena esa. En fin, solo quería presentarme. Soy el responsable de organizar todo esto.

—¿Ah, sí?

—Dirijo el mercado semanal en el lado este de la isla. Tenemos otro evento el próximo lunes festivo, ¿estaréis por aquí? He oído de Montgomery que estáis aquí todo el fin de semana. Sería bueno ver caras nuevas en el mercado. Se vuelve bastante aburrido ver a la misma gente semana tras semana.

Y los mismos productos viejos y cansados también, imaginó Tomek.

—Seguro que podemos pasarnos —dijo.

Stuart dejó escapar un fuerte suspiro de alivio por la nariz, alimentando aún más la impresión de Nick que tenía Tomek.

—Sería genial. No hay nada como tener a un ganador allí para atraer a más gente.

Stuart se despidió, luego se alejó, y con una ligera cojera en la pierna izquierda, desapareció lentamente entre la multitud.

—¡Papá, mira!

Lo siguiente que Tomek sintió fue un pequeño tirón en su brazo, arrastrándolo en dirección opuesta. Kasia lo guió a través del mar de gente como una chica en una misión, abriéndose paso entre los que venían hacia el otro lado del mercado. Se detuvieron frente a un puesto verde. Una mesa, llena de plantas de interior, ocupaba el espacio. Pero lo que inmediatamente llamó la atención de Tomek fue el bonsái sentado en el medio, ocupando el lugar central. Un olmo chino. De casi cincuenta centímetros de altura. Plantado en una hermosa maceta de cerámica roja y dorada con bandeja a juego. Los ojos de Tomek se iluminaron.

—Lo vi y pensé en ti, papá —comenzó Kasia—. Pensé que podríamos conseguirlo para reemplazar... bueno, ya sabes... reemplazar los viejos. Y estaba pensando... estaba pensando que tal vez podría comprártelo. Ya sabes... para decirte que lo siento.

El corazón de Tomek se enterneció. Era dulce por su parte ofrecerse a reemplazar el que había destruido, y una parte de él pensó que ella le debía al menos eso, pero entonces miró el precio.

—No te lo puedes permitir, pequeña —respondió. Pasó el brazo por su hombro y la atrajo hacia él.

—Haré un montón de tareas por la casa. Lavaré el coche. Haré la colada durante seis meses. Haré la colada y fregaré los platos, e incluso plancharé tus camisas.

—Vaya —dijo la mujer sentada en una silla de jardín detrás de las plantas—. Ojalá fueras *mi* hija. La mía nunca se ofrece a hacer ninguna de esas cosas por mí.

Tomek masajeó el hombro de Kasia. —Tengo la mejor hija del mundo —dijo. Y añadió—: Gracias por la oferta, Kash. Pero quizá en otra ocasión. Lo pensaré. —Levantó la mirada hacia la mujer—. ¿Estará usted aquí el lunes?

Ella confirmó que sí estaría.

—Ahí lo tienes —dijo, esta vez a Kasia—. Si todavía está ahí, lo miraremos. Y al menos eso te dará algo de tiempo para conseguir doscientas libras.

CAPÍTULO
DOCE

Aquella noche, en el jardín de la cervecería, Tomek era incapaz de oír sus propios pensamientos, y mucho menos lo que Kasia le estaba diciendo. El aire estaba lleno del sonido de riffs de guitarra desgarradores y del fuerte ritmo de la batería. La misma banda de la noche anterior, formada por un cantante principal, dos guitarristas, un bajista y un batería, estaba versionando en ese momento «I Bet You Look Good on the Dancefloor» de Arctic Monkeys. Una elección extraña, considerando que no había pista de baile y el público no parecía lo suficientemente joven como para conocer la canción. Había algo que no encajaba, y Tomek no creía que fuera culpa de la banda. Aunque agradecía no tener que escuchar parte de la música pop mediocre que existía hoy en día. Rap murmurado sobre acostarse con tantas mujeres como fuera posible y conseguir tantas drogas como fuera posible. O las canciones formulaicas que no significaban absolutamente nada para nadie.

Era un esnob musical y solo admiraba lo bueno. Rock de finales de los ochenta y principios de los noventa. Que le dieran The Stone Roses, Oasis y Nirvana cualquier día de la semana antes que la porquería que existía hoy en día. Todo era pura basura, diseñada para vender tantos discos como fuera posible.

—¿Crees que son buenos, papá? —le preguntó Kasia por segunda vez, tras haberse quedado claramente sin temas para la charla trivial.

—No están mal, considerando que deben tener... ¿qué, quince años?

—Cállate. No tienen mi edad —Kasia hizo una pausa para examinar a los miembros de la banda. Su mirada pareció detenerse en uno en particular: el cantante principal.

—¿Te gusta?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué dirías...? —bajó la cabeza y evitó su mirada—. No me gusta. Dios, eres tan vergonzoso.

Riéndose, Tomek dijo:

—Está bien decir que te gusta. No voy a enfadarme. Se *permite* que te guste. Con lo que *sí* tendré un problema es si lo traes a casa.

—Pero cualquier músico sería mejor que traer a Zeus a casa, ¿verdad? —respondió Kasia, con una leve sonrisa dibujándose en su rostro.

Tomek se quedó desconcertado. No esperaba esa respuesta en absoluto. Pero le alegraba que lo hubiera dicho. Demostraba que estaba creciendo, que estaba sanando, que estaba usando la comedia y el humor negro para reírse de la situación y seguir adelante.

—Si me traes a casa a alguien como Zeus, me aseguraré de que ocurra lo mismo que la última vez. Lo mismo va para cualquier hombre que te haga daño.

Y entonces la expresión de Kasia decayó. El momento de alegría había terminado.

Antes de que Tomek pudiera decir algo para animarla, un desconocido se acercó a ellos. Anunció su presencia con un gesto de la mano y luego colocó la otra en el hombro de Tomek.

—Enhorabuena por la victoria de hoy —dijo el hombre—. Tendrás que volver el año que viene. A ver si puedes defender tu título.

Tomek agradeció al desconocido y luego le despidió con un gesto. Era la quinta persona esa noche que le felicitaba por su actuación en el palo resbaladizo. Le trataban como a un héroe, y le encantaba. Su ego nunca había estado tan inflado.

Cuando el hombre se alejó tambaleándose hacia el pub, fue rápidamente reemplazado por una figura más familiar.

Desde la última vez que Tomek le había visto, Flynn se había echado el pelo hacia atrás y recortado un poco la barba. Tomek se levantó de su asiento y le estrechó la mano.

—¿Has venido a postrarte a mis pies?

—En realidad había venido a ofrecerte mi aprecio, pero si vas a ser un capullo al respecto, entonces podría pensármelo dos veces, y quizás le cuente a todo el mundo sobre tu pequeña caída de antes —Flynn se volvió hacia Kasia—. ¿Tu padre siempre ha sido tan creído?

La sonrisa volvió a su rostro.

—Desgraciadamente.

—Solo puedo imaginar cómo debe ser vivir con él —dijo Flynn, y luego le dio una palmada amistosa en el hombro a Tomek. Miró los platos vacíos en el banco—. Espero no estar interrumpiendo nada.

—Hemos terminado —respondió Tomek—. Aunque Kasia y yo estábamos discutiendo cuál de los miembros de la banda le gustaba más.

—¡Papá!

—Los miembros de la banda, ¿eh? ¿Y cuál...?

—¡No he dicho nada parecido! ¡Se lo está inventando! —protestó Kasia.

Antes de que Tomek o Flynn pudieran responder, Jacob, el hijo de Montgomery, llegó corriendo desde el otro lado del jardín de la cervecería, llevando consigo un dinosaurio de juguete.

—¡Buenas tardes! —exclamó el pequeño. Su rostro y expresión resplandecían de inocencia. Colocó el velociraptor sobre la mesa y miró expectante a Kasia.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Tomek, después de buscar rápidamente con la mirada al dueño del camping.

—En la oficina. Han llegado nuevos huéspedes.

—¿Sabe que estás aquí?

El niño asintió, sin dejar de mirar con anhelo a los ojos de Kasia.

Tomek abrió la boca para hablar, pero Jacob le interrumpió.

—¿Te gustaría venir a jugar? —le preguntó a Kasia—. No viniste esta tarde. Te esperé todo el día.

Los ojos de Kasia rebotaron entre Tomek, Jacob y Flynn. Una mirada ambivalente cruzó por su rostro. Por un lado, quería alejarse de la vergüenza de estar con su padre en ese momento, y por otro, no quería pasar tiempo con Jacob por cualquier justificación adolescente que pudiera tener.

Al final, Tomek respondió por ella.

—Pasamos más tiempo en la regata de lo que habíamos planeado. Podéis iros los dos. Pero tened cuidado. Y mantenme informado de dónde estáis.

Con eso, Kasia se deslizó a regañadientes de debajo de la mesa y siguió de cerca a Jacob mientras serpenteaban entre la multitud hacia el final del jardín de la cervecería y salían por la salida.

—¿Una copa? —preguntó Flynn, una vez que Kasia se había ido —. Invito yo. Hay que comprarle una pinta de felicitación al héroe del día.

Tomek miró su vaso vacío de Pepsi y luego a Flynn.

—Acepto tu oferta.

Mientras los dos se dirigían hacia la barra, Tomek cedió felizmente la mesa a una familia de cuatro, y la banda comenzó a tocar una versión de «In The End» de Linkin Park. A pesar de que las guitarras potentes y las letras gritadas bajaban inmediatamente el ambiente, Tomek lo disfrutó.

En el interior, la barra ocupaba la parte trasera del pub y, en ese momento, era atendida por Charlene, y solo por Charlene, sirviendo media docena de pintas a la vez, pasándolas por la caja registradora y tomando pedidos de comida al mismo tiempo. Era como una máquina, moviéndose a toda velocidad por la barra. Era su castillo y tenía completo control sobre él. Sentado en la barra, precariamente encaramado en un taburete, encorvado, con los dedos rodeando el vaso de cerveza como si temiera que alguien se lo fuera a quitar, estaba Mick Thorne, el operador del barco turístico. El hedor a alcohol, denso y empalagoso, emanaba de su ropa, y el olor llegó hasta la nariz de Tomek. Al detenerse junto al hombre, sintió el repentino impulso de darle un toque, para asegurarse de que estaba bien, de que seguía vivo.

Antes de que pudiera hacerlo, el hombre se le adelantó.

—¿Qué hay, muchachos? —balbuceó Mick, girándose lentamente para mirar a Tomek y Flynn, con el cuerpo todavía encorvado como el Jorobado de Notre Dame—. ¿Venís a por una copa?

—¿Esto es la barra? Pensaba que era el servicio de caballeros —respondió Tomek con sarcasmo.

Mick se burló—. Tendrás más suerte consiguiendo algo en los retretes que aquí —hizo una pausa para dar un diminuto sorbo a su pinta—. Lo único que os puedo decir es buena suerte. No hay garantías de que esa os vaya a servir.

Tomek se dio cuenta rápidamente de que con "esa" Mick se refería a Charlene, quien, como si sintiera que le ardían las orejas, se acercó a ellos.

—No le hagáis caso, chicos —dijo Charlene, con una mano en el grifo de cerveza más cercano—. Solo está cabreado porque le he cortado el suministro temprano por esta noche.

—¿Es por eso que bebe esa pinta como si fuera una ración durante un bombardeo? —preguntó Flynn.

—Sin mencionar que la acuna como a un niño —añadió Charlene.

—¡Callaos todos! —siseó Mick—. He perdido a mi perro. ¿No lo sabíais? Este pobre desgraciado me lo encontró ayer, ¿y ahora queréis burlaros de mí por ello? Jerry se ha ido... y ahora no me queda nada. Era mi mejor amigo, el pequeño chucho. Le encantaba la comida, sí. Y no me importa decir que tampoco tenía problema en beberse un par de pintas de vez en cuando —Mick miró solemnemente dentro del vaso, perdiéndose en la miríada de burbujas que flotaban hacia la superficie—. Esta era su favorita, ¿sabéis? Una buena pinta fría de Amstel. ¿No podrías darme otra, Charlene? Solo una más. ¿Podrías? Hazlo por Jerry.

Charlene lo pensó un momento, aflojando su agarre en la palanca de cerveza.

—Imposible, Mick —dijo con firmeza—. Ya estás muy pasado de límite, y si te doy más, no podrás conducir el barco mañana.

Mick se burló—. No tengo a nadie que llevar. Nadie quiere pagar cincuenta libras por un tour de la isla que pueden ver en el puto Google Maps o en una de esas mierdas de redes sociales. Desde que me hiciste subir los precios, me han jodido por completo —un poco

de saliva salió disparada de los labios de Mick mientras siseaba la última palabra—. Me han *jodido*.

Charlene se encrespó con repugnancia. Se inclinó hacia Mick y susurró—: No es el momento ni el lugar para montar una escena. Termínate la bebida y luego vete.

—Sí, me terminaré la bebida, por supuesto. Y tardaré lo que tenga que tardar. No te atreverás a ponerme un dedo encima, o haré que desees no haberlo hecho.

Las cabezas preocupadas de otros clientes en el pub lentamente dirigieron su atención a la incipiente discusión, con expresiones de desaprobación. Charlene fulminó a Mick con la mirada, y luego dirigió rápidamente su atención a Tomek y Flynn. En un instante, su sonrisa de clientela había vuelto, esta vez revelando unos dientes manchados de tabaco—. ¿Qué os pongo, chicos?

Flynn hizo el pedido, y mientras Charlene estaba ocupada sirviendo sus pintas, Tomek se desplazó al otro lado de Mick, apoyándose de espaldas contra la barra. Algo le carcomía por dentro, le inquietaba. Algo que el detective en él estaba deseando saciar.

—Siento lo de tu perro —comenzó—. ¿Qué le pasó?

—¿Qué quieres decir con qué le pasó? ¡Se escapó y murió, joder!

—¿Lo reconociste como tu perro cuando te lo mostré ayer?

—Claro que sí. ¿Has tenido alguna vez una mascota? Son como un hijo. No los olvidas fácilmente. Especialmente los perros. No los llaman el mejor amigo del hombre por nada.

—¿Qué hiciste con él después de que nos fuéramos? La única razón por la que pregunto es porque Derry Waterman lo encontró en el barro esta mañana.

—¿Ese capullo? ¿Por qué está interfiriendo con él? Tiré al chucho por la borda del barco. Le di una despedida apropiada. Era un perro de mar, y merecía descansar en el mar. ¿Qué derecho tiene ese cabrón a meterse con mi perro muerto?

Casi como si fuera una señal, Derry Waterman apareció desde el otro lado de la barra.

—¿Alguien ha dicho mi nombre?

—Aquí está, el *cabrón* rastrero.

—¿Qué has dicho?

Tomek intervino antes de que la situación se descontrolara. Puso una mano en el pecho de Derry, manteniéndolo a raya. En la barra se había formado un público, y Tomek podía sentir docenas de pares de ojos mirándolos. No había pretendido montar una escena, pero eso era exactamente lo que había sucedido. Incluso el sonido de la banda desde fuera pareció disminuir, como si hicieran una pausa para escuchar.

—Muy bien, lo siento, Mick, pero ya has tenido suficiente. Se acabó para ti por esta noche. Fuera —espetó Charlene.

Mick abrió la boca para replicar, pero, sintiendo la repentina atmósfera tensa, lo pensó mejor, se deslizó de la silla y se escabulló entre la multitud con el semblante de un hombre que no tenía nada más que perder, aún con el vaso de cerveza en la mano.

Tan pronto como se fue, la música y la charla ociosa se reanudaron, como si Charlene hubiera encendido el interruptor.

—Lo siento por eso, chicos —dijo mientras pasaba las bebidas por encima de la barra.

Tomek ya no tenía ganas de beber, pero la aceptó de todos modos. Dio las gracias a Flynn y luego dirigió su atención a Derry.

—¿Siempre es así?

Derry gruñó—. Tiene sus momentos —se quitó unas gafas de montura gruesa de la nariz y limpió los cristales con su camisa—. Ya estoy acostumbrado a él. Aunque eso no le impide sacarme de quicio de vez en cuando —puso una mano firme en el hombro de Tomek, tan fuerte que casi fue una bofetada, como si fuera personal —. En fin, basta de hablar de él. Cuéntame de ti, héroe del palo engrasado.

Tomek se estremeció—. Nadie debería ser llamado así —dijo—. A menos que seas una estrella porno masculina. En ese caso, vale.

—Supongo que no eres una estrella del porno masculina entonces.

—Trabaja en *administración* —interrumpió Flynn—. Lo cual creo que es una mentira, porque ¿qué tipo de tío que trabaja en administración puede manejar un palo engrasado así?

—El tipo que tiene la bandera y el trofeo actualmente en su caravana —respondió Tomek. El toma y daca entre ellos era bueno, aunque Tomek no podía evitar sentirse ligeramente inquieto por el comentario de Flynn. Había esperado que el hombre no sospechara que estaba mintiendo sobre su trabajo.

—Asegúrate de tener esa cosa bajo llave —añadió Derry—. Muchos han luchado y muerto por ese título.

Tomek arqueó una ceja.

—Estoy bromeando. Pero su prestigio no puede subestimarse. Los hombres son capaces de llegar a extremos de locura cuando su mente se obsesiona con algo —Un breve silencio se instaló entre ellos mientras los tres hombres reflexionaban sobre lo que Derry había dicho, aunque la reacción inmediata de Tomek fue muy diferente a la de los otros—. Y las mujeres, por supuesto —se apresuró a añadir Derry.

Tomek bebió de su vaso. El líquido fresco tocó sus labios y refrescó su cuerpo mientras bajaba por su garganta. Había sido un día cegadoramente caluroso, y el aire dentro del pub se sentía bochornoso y denso. El aire acondicionado libraba una batalla perdida.

Durante las siguientes dos horas, Tomek, Flynn y Derry hablaron sobre el clima, la regata, la emoción del espectáculo, su historia y qué más podían esperar del resto del fin de semana. Tomek aprovechó el tiempo para conocer a Derry con más profundidad. El hombre había sido propietario y trabajado en el Packing Shed durante treinta años después de heredarlo de su padre, quien a su vez lo había heredado de *su* padre. Había estado en la familia Waterman durante más de noventa años, pasando de generación en generación. Aunque parecía que eso se detendría pronto en el caso de Derry: era soltero, nunca se había casado y no tenía hijos ni nietos a quienes pudiera traspasar el negocio y el patrimonio. Ahora tenía que encontrar a alguien a quien pasar el negocio cuando llegara el momento, de lo contrario, uno de los monumentos más famosos de Mersea permanecería allí inactivo, cayendo víctima de los elementos, sin duda siendo devorado por el mar y destruido. Derry amaba su trabajo. Le encantaba despertarse cada mañana,

aventurarse en el agua y pescar ostras. Era todo lo que había conocido desde los diez años, y no podía pensar en hacer otra cosa. Había días, sin embargo, en los que se sentía solo y contemplaba dejarlo. Pero entonces recordaba que necesitaba la isla tanto como la isla le necesitaba a él. El negocio no era lo que había sido. De hecho, se estaba desmoronando, casi inexistente, pero había sido toda su vida.

Después de tres pintas más de las que había previsto inicialmente, Tomek finalmente dio por terminada la noche a las once. Se despidió de sus nuevos amigos y se dirigió hacia la salida. Para cuando se marchó, la multitud había disminuido drásticamente. La mayoría de los visitantes y familias se habían llevado a los niños a dormir, y solo quedaban los lugareños. La banda, que había agotado su repertorio y ahora estaba repitiendo la lista de canciones, había dejado de tocar brevemente.

Al cerrar la puerta del pub tras de sí, Tomek se detuvo a escuchar. Había un silencio perfecto. No había coches en la carretera, ni sonido de bocinas pitando a conductores erráticos, ni pitidos de pasos de cebra ni sirenas. La marea estaba baja, así que ni siquiera se oía el sonido de las olas lamiendo suavemente la orilla, y el viento había amainado. Todo estaba perfectamente quieto, silencioso.

Hasta que oyó un altercado en la parte trasera del pub.

Una discusión acalorada. Hombre y mujer.

—No puedes pedirme que haga eso —dijo el hombre.

—Puedo y lo estoy haciendo. Soy tu jefa.

Tomek se acercó de puntillas a la parte trasera del pub, encontró un pequeño hueco en la valla y miró a través. Charlene estaba de pie en un escalón. A unos metros de ella estaba el chef, un hombre de poco más de treinta años vestido con su uniforme blanco. El humo se elevaba del extremo de su cigarrillo, ascendiendo lentamente hacia el cielo.

—Tengo una vida fuera de este lugar. Tengo cosas que hacer — Dio una calada larga, muy larga a su cigarrillo y la mantuvo allí durante un tiempo aún más largo, como si absorbiera todas las

toxinas y el alquitrán para liberar su frustración, antes de expulsarlo por la nariz.

—Es simple, Leon —dijo ella—. O lo haces, o encuentro otro chef para dirigir este sitio. Tú y el resto sois fácilmente reemplazables.

Tomek decidió que no quería oír más. No era su discusión. Así que se alejó del pub y se dirigió hacia la caravana. Cuando llegó, encontró a Kasia esperando fuera de la puerta, con la cara iluminada por un suave resplandor azul de la pantalla de su teléfono.

—¿Qué haces? —le preguntó—. ¿Cuánto tiempo llevas sentada ahí?

—Alrededor de una hora.

—¿Por qué no me mandaste un mensaje?

—Lo hice. No contestaste.

Tomek revisó rápidamente su teléfono. Una llamada perdida y varios mensajes de WhatsApp informándole exactamente dónde estaba ella.

—Ha sido culpa mía —dijo—. ¿Por qué no viniste a buscarme al pub?

Ella se encogió de hombros.

—No quería hablar con nadie.

Tomek decidió no insistir.

—¿Adónde ha ido tu nuevo amigo?

—A la cama. Solo tiene diez años, ¿recuerdas?

—Cierto —respondió Tomek mientras subía los escalones y abría la puerta.

—He quedado en verle mañana, si te parece bien.

—Está bien —dijo Tomek.

Una vez dentro, Tomek encendió las luces, bañando el interior de la caravana en un cálido resplandor anaranjado. Mientras cerraba la puerta tras Kasia, miró hacia la oscuridad de la marisma más allá, pensando en lo silencioso y perfecto que estaba todo.

CAPÍTULO
TRECE

Gilipollas, por todas partes. Todos ellos. Incompetentes y arrogantes. Cuestionando todo cada vez que se les pedía hacer algo. Montando un numerito cuando la vida se les ponía un poco difícil. ¿Por qué no podían simplemente hacer lo que se les decía? ¿Qué tan difícil era seguir una simple instrucción, y más aún viniendo de la propietaria?

La sangre de Charlene seguía hirviendo más de dos horas después mientras enderezaba el taburete donde Mick Thorne había estado sentado horas antes. No podía asegurarlo, pero juraba que podía oler orina emanando de las fibras del cojín. Si resultaba que el cabrón se había meado en su pub, le esperaba una buena bronca al día siguiente. No podía tolerar eso. Ni tampoco podía tolerar la forma en que le había hablado con desdén. Y en medio del pub durante su noche más concurrida, además. Estaba fuera de lugar. Desearía poder decir que aquello no era propio de él, pero sería mentir.

Desde que le había sugerido que subiera los precios de sus paseos en barco, Mick Thorne la había tomado con ella. La había culpado por la falta de clientela en las últimas semanas, en lugar de culpar a su pésima higiene personal, el hedor a alcohol en su aliento y sus malos modales. El hombre era un cerdo que no respetaba a las mujeres. No podía tolerar que una mujer exitosa, una *emprendedora*, le hubiera hecho una sugerencia que ayudaría a su

negocio. Y así había iniciado un monumental caso de autosabotaje y se lo había cargado todo él solito.

Solo podía culparse a sí mismo.

Y al alcohol.

¿Se sentía Charlene culpable por suministrarle el vicio que estaba destruyendo rápidamente su identidad? No especialmente. No después de lo que había hecho. Si acaso, era lo mínimo que se merecía.

Charlene se inclinó y olisqueó la tela del asiento. El hedor a orina le inundó la nariz.

El cabrón *sí* se había meado. Quizás por eso se había quedado tan perfectamente quieto: para empapársela como el animal que era. O tal vez no había querido moverse para no perturbar las partículas y dar la alarma sobre lo que había hecho. De cualquier manera, se había aliviado en su propiedad.

Suspirando profundamente, Charlene levantó el taburete de al lado de la barra y lo llevó abajo. Cuando llegó al último escalón, su bíceps gritaba de agonía, y su antebrazo dolía de donde el taburete se había clavado en su carne. A continuación, cogió una pequeña bandeja de limpieza de plástico y la colocó en el suelo. Dentro estaba todo lo que necesitaba para una limpieza a fondo: spray antibacteriano, una variedad de paños de diferentes colores, lejía, un cepillo de madera con cerdas de caballo y un pequeño bote de T-Cut (para eliminar los arañazos que dejaban sus clientes). Pero para esto, para el taburete manchado de pis, iba a necesitar algo más fuerte, y no solo en el departamento químico.

En la parte trasera del sótano había una botella de solución de grado industrial, que no se encontraba en cualquier tienda, que había tomado prestada de un amigo y que había olvidado por completo devolver. Tan pronto como abrió la tapa, una explosión de químicos le subió por la nariz y la hizo estremecerse. El olor era tan abrumador que apenas podía mantener los ojos abiertos, y lo sintió llegar directamente a su cerebro, haciendo hormiguear las neuronas dentro de su cráneo.

—Me cago en la puta —siseó mientras los químicos descendían por su garganta.

No tenía ni idea de lo que contenía, ni para qué servía. Lo único que sabía era que era bueno para quitar manchas de tela. Cogió un paño rosa fluorescente de la bandeja y lo colocó sobre la botella. Al verter la solución sobre el paño, inmediatamente deseó no haberlo hecho. Los químicos traspasaron la tela y le abrasaron la piel. Rápidamente dejó caer el paño sobre el taburete e inspeccionó su mano. Un pequeño bulto rojo de piel inflamada se había formado en su palma y sentía como si estuviera ardiendo.

Maldiciéndose por cometer semejante estupidez —un error del que culpaba a Mick Thorne— buscó un par de guantes de goma extra gruesos para proteger su piel, luego frotó la solución en el paño. Los químicos burbujearon y chisporrotearon al entrar en contacto con el material, eliminando rápidamente lo que hubiera allí. Pero entonces se dio cuenta de su segundo error, antes de que fuera demasiado tarde. La solución era tan potente que quemó la tela, disolviéndola. Maldijo por lo bajo, maldiciendo a Mick Thorne. Todo era culpa de ese cabrón. Mientras colocaba la silla y los útiles de limpieza en la esquina de la habitación, oyó un ruido procedente de arriba.

Otra vez. El segundo en dos semanas.

Charlene suspiró. —Como me tiren otro puto ladrillo por la ventana, van a tener que responder ante mí.

Tirando los guantes a la bandeja, subió las escaleras con furia. Se detuvo en el bar. Esperó. Escuchó. El ruido había cesado. Por el momento. No había nadie dentro del pub; las mesas y sillas estaban exactamente como las había dejado, al igual que el equipo de la banda, tarea que quedaba para el día siguiente.

Estaba a punto de darse la vuelta y volver abajo cuando escuchó otro sonido. Provenía del exterior. De la parte trasera del pub. Junto a los contenedores. El ruido de cristal rompiéndose. Charlene contuvo la respiración. Su pulso se aceleró, y ya no sentía la sensación punzante en su mano. Antes de dirigirse hacia la cocina, agarró lo más cercano que pudo encontrar: un tenedor que necesitaba tirarse.

Esgrimiendo el pequeño objeto metálico como si supiera qué hacer con él, caminó de puntillas hacia la cocina. La zona estaba

inmaculada. Todo a la vista brillaba bajo la luz artificial de arriba, y el fragante olor a lejía permanecía en el aire. León había hecho un buen trabajo, después de todo. Pero no podía pensar en eso en aquel momento.

Lo único en lo que podía pensar era en el tenue resplandor anaranjado que venía de fuera de la puerta de la cocina. Y en lo que había al otro lado.

De camino, pasó junto a una fila de cuchillos de cocina de acero inoxidable. Eran tan afilados como bisturíes, capaces de perforar un cuerpo con facilidad, y causarían considerablemente más daño que el arma improvisada que había recogido para sí misma en el bar, pero su mente estaba tan concentrada en los contenedores, tan enfocada en lo que podría encontrar allí fuera, que ni se percató de ellos.

Diez pasos, tentativamente de puntillas, más tarde, llegó a la puerta. La vista desde dentro le permitía ver casi el noventa por ciento del exterior. Y en ese noventa por ciento no había nada: solo los cubos de basura con ruedas y la valla de madera. Pero era ese diez por ciento adicional lo que la desconcertaba. Lo desconocido. La idea de alguien parado allí con otro ladrillo en la mano, esperando para lanzárselo a la cara esta vez en lugar de a través de su ventana.

—¿Hay alguien ahí? —dijo, con la voz quebrándose a mitad de frase—. Porque si es así, te estoy dando la oportunidad de irte ahora antes de que salga y me asegure de que comas con pajita el resto de tu vida.

Con mi puto tenedor inútil... pensó.

—Te doy hasta cinco para que te largues de aquí.

Nada. Silencio. Ni siquiera el viento o el mar se movían.

—Cinco... —comenzó.

—Cuatro...

Ningún movimiento.

—Tres...

—Dos...

—*Uno*.

Excepto que no fue su voz la que había pronunciado la última palabra. Había venido de detrás de ella. Profunda, amenazante. Y con una cierta finalidad que le erizó los pelos de la nuca.

Con el corazón latiéndole fuera del pecho, Charlene giró en el sitio y se volvió hacia la cocina, blandiendo el tenedor en actitud desafiante.

El hombre frente a ella lo miró y luego se rio.

—Bájelo, Charlene. Ya ha causado suficiente daño a este pueblo, y a mí. No permitiré que cause más.

CAPÍTULO
CATORCE

DOMINGO

Tomek sentía tanto dolor en los músculos de las piernas como en la cabeza. Sabía que había sido una mala decisión quedarse y beber tanto —cuatro pintas, lo que para él era bastante— pero había disfrutado de la compañía y se había dejado llevar. Demasiado como para darse cuenta de que estaba un poco achispado, y que la habitación giraría más tarde cuando apoyase la cabeza en la almohada.

Ahora estaba arrepintiéndose de sus decisiones.

Afortunadamente, sin embargo, no era el único que lo estaba pasando mal. La diferencia era que Flynn tenía otra razón para correr a un ritmo mucho más lento: de alguna manera, durante el camino de vuelta del pub, se las había arreglado para resbalar del bordillo y torcerse el tobillo. No demasiado, había aclarado antes de empezar a correr. Aunque, a juzgar por cómo se sacudía e inclinaba hacia un lado cada vez que ponía una pierna delante de la otra, estaba sufriendo. Cuando se acercaron al mismo tramo de playa que el día anterior, Flynn los hizo detenerse.

Esa mañana de domingo, el aire era mucho más fresco y menos húmedo, con una suave brisa que les recordaba que el viento seguía presente. Al detenerse, Tomek sintió un hormigueo en los brazos y echó un vistazo a sus antebrazos. Estaban quemados y rojizos por el sol del día anterior. A pesar de que Kasia le había insistido incesantemente en que se pusiera crema, había tenido poco impacto. Su pálida complexión polaca le recordaba que no podía disfrutar del sol tanto como otros.

—Una mañana gloriosa para esto —dijo Flynn, repitiendo su comentario de veinticuatro horas antes.

Tomek tenía que admitir que lo era. Cintas de oro y rojo, esta vez entrelazadas con toques de naranja y verde, surcaban el cielo antes de fundirse en un lienzo de azul claro. En el plano medio, el sol brillaba intensamente a unos centímetros por encima del horizonte.

Desafortunadamente, como se habían quedado dormidos media hora más, se habían perdido el amanecer. Justo frente a ellos, disfrutaban de los mismos verdes y marrones que el día anterior. De la hierba vibrante que prosperaba en la tierra fértil. Del barro húmedo, que aún se aferraba a los últimos restos del mar, reluciendo bajo el sol de la mañana. Cada día era igual allí. Y cada día era una postal perfecta.

Flynn dejó caer su bolsa en la playa y comenzó a tomar fotografías del paisaje. Esta vez Tomek se sintió inspirado para hacer lo mismo, y tomó algunas instantáneas usando la cámara de su iPhone. La calidad sin duda sería muy inferior a la de Flynn, pero al menos tendría los recuerdos en su propio dispositivo en lugar de en el de otra persona.

—Simplemente hermoso —dijo Flynn mientras empezaba a guardar sus cosas.

—Es una vista de la que nunca te puedes cansar —dijo Tomek, más para sí mismo que para beneficio de Flynn.

—No son las Dolomitas, ni los Alpes o las Maldivas, pero es nuestro paisaje único —dijo Flynn—. Hay belleza en todo lo que miras. Ese árbol de allí. Ese saliente. Ese trozo de madera que sobresale del suelo —explicó Flynn, señalando los diversos puntos de referencia alrededor de la costa—. La belleza está en los ojos de quien la mira, como dicen.

Tomek estuvo de acuerdo. Aunque no creía que hubiera mucha belleza en la visión del hombre que actualmente vadeaba por el barro a gatas, acercándose hacia ellos.

—Aquí está —dijo Tomek, consultando su reloj—. Justo a tiempo.

—¡Rápido! —exclamó Derry, agitando un brazo frenéticamente en el aire—. ¡Deprisa! ¡Tenéis que venir rápidamente!

Tomek y Flynn se acercaron a la orilla.

—¡Rápido! ¡Necesito vuestra ayuda! Ha... ha... Ha pasado algo...

—¿Qué ocurre? —preguntó Flynn en el punto donde la arena daba paso al barro.

Derry estaba a solo unos metros, pero seguía hablando en voz alta. Llevaba la misma ropa que el día anterior y estaba cubierto de barro casi de pies a cabeza.

—Es Charlene —dijo, sin aliento—. La he encontrado ahí fuera. —Los miró a ambos a los ojos antes de terminar—. Está muerta.

El barro era más profundo de lo que Tomek había esperado. O eso, o pesaba más de lo que pensaba. Ahora entendía por qué Derry estaba tan sin aliento cuando se les había acercado.

Durante los últimos cinco minutos, Tomek y Flynn habían estado intentando, sin éxito, vadear el barro para acudir en ayuda de Charlene Harris. Tomek pensó cínicamente que era una suerte que ella no estuviera en proceso de morir, porque no habría habido forma de salvarla. El esfuerzo por atravesar el barro era arduo y largo. Cada paso le hundía al menos treinta centímetros, y requería una cantidad monumental de esfuerzo para sacarse a sí mismo. Y como alguien que ya estaba deshidratado y fatigado, Tomek jadeaba cuando llegó al cuerpo.

Era Charlene, sin duda. No había forma de equivocarse. Yacía perfectamente inmóvil, boca arriba, descansando pulcramente en la superficie, como si la distribución de su peso corporal le impidiera hundirse más en las arenas movedizas. Su pelo estaba sucio y enmarañado. El sol todavía no llevaba suficiente tiempo en alto como para haberlo secado, y su cabello y ropa se aferraban a su cuerpo. Su piel, bajo la gruesa capa de barro, era del color de varios de los barcos cercanos: un blanco nacarado. Sus ojos y boca estaban abiertos, como si estuviera tratando de decir algo, de gritar. El nombre de su asesino era un susurro en sus labios. Al principio, Tomek no pudo ver qué la había matado (aparte de la obvia posibilidad de que se hubiera ahogado). Pero entonces, mientras se agachaba a su lado, con cuidado de no tocarla ni desplazar ninguna parte de su cuerpo, notó la cadena enrollada que serpenteaba alrededor de su cuello. Sus ojos la siguieron hasta una boya naranja fluorescente a pocos metros de distancia.

Sin pensar, Tomek le agarró la muñeca y buscó el pulso. Bloqueó todo lo que le rodeaba —el viento, los pájaros chillones que se

habían alterado con el alboroto, el sonido del agua acercándose rápidamente con la marea— intentando sentir algo. Cualquier cosa.

No encontró nada.

—¿Qué le ha pasado? —Flynn se desplomó de rodillas a su lado y se pasó las manos embarradas por el pelo—. ¿Le ha hecho alguien esto?

Antes de que Tomek pudiera responder, Flynn alargó la mano hacia ella. Tomek le dio un manotazo y le gritó.

—¡No! ¡No la toques!

Su bramido llegó hasta lo alto del riachuelo donde estaban atrapados. Flynn retiró súbitamente la mano y la apretó contra su pecho, como si Tomek le hubiera agredido físicamente. Parecía asustado y ofendido a la vez.

—Tenemos que preservar su cuerpo lo mejor posible —explicó Tomek intentando justificarse.

—¿Por qué? —preguntó Derry—. Se ha ido...

Tomek observó al hombre antes de responder. —Sí, pero no se adentró en el riachuelo y se hizo esto a sí misma, ¿verdad?

—¿No lo hizo? —preguntó Flynn histéricamente, todavía sujetándose la cabeza.

Encogiéndose de hombros, Tomek dijo: —Vosotros la conocéis mejor que yo. ¿Os parece algo que ella hubiera hecho?

Los dos hombres se miraron entre sí, negaron con la cabeza y luego se volvieron hacia Tomek, lívidos.

—Bien, entonces. Si alguien le hizo esto, necesitamos averiguar quién. Y la mejor oportunidad que tenemos de hacerlo es preservando su cuerpo tanto como sea posible.

—¿Cómo? —preguntó Derry, vacilante—. Ha estado bajo el agua. ¿No se habrá... no se habrá lavado todo para ahora?

Tomek no había pensado en eso. Su mente había estado tan preocupada por asegurar la escena del crimen que ni siquiera había considerado la posibilidad de que no quedara evidencia en ella. También había estado tan ensimismado que no se había dado cuenta de que el nivel del agua estaba subiendo significativamente. En el tiempo que llevaban atrapados en el riachuelo, el agua, de un par de

centímetros de profundidad, se había filtrado y ahora les rodeaba rápidamente.

Se les acababa el tiempo, estaban en medio de la nada, sin presencia policial inmediata, y no tenían forma de transportar el cuerpo de manera segura hasta la orilla.

Tomek tendría que pensar rápido si quería proteger la mayor cantidad de pruebas posible.

Chasqueó los dedos a Flynn. El fotógrafo tardó un momento en responder.

—Dame tu cámara —le ordenó.

—Pero... pero, el agua. Se mojará.

—Me da igual. La necesitamos.

Tomek pasó por encima del cuerpo, forcejeó con Flynn por la mochila, y luego la dejó caer en el agua. Una vez abierta, buscó dentro la cámara profesional y la enfocó hacia el cuerpo. El único problema era que no tenía ni puta idea de cómo usarla. Intentar navegar por el menú de funciones era como tratar de operar la Estación Espacial Internacional. Recordaba los tiempos de apuntar, pulsar un botón y esperar lo mejor unas semanas después cuando llegaban las fotos. ¿Desde cuándo se habían vuelto tan complicadas?

—Dámela —espetó Flynn mientras le arrebataba el dispositivo a Tomek y realizaba su magia con él.

Cuando se la devolvió a Tomek, el menú de funciones había desaparecido. Ahora solo tenía que apuntar y pulsar un botón. Afortunadamente, las fotos aparecían en una pantalla digital, así que no había necesidad de esperar lo mejor. Empezó por la cabeza de Charlene Harris, fotografiando su cara, ojos, nariz, pelo y cuello desde todos los ángulos. Luego pasó a la parte superior de su cuerpo. Su polo que estaba manchado de barro. Sus manos, incluyendo una gran marca roja en la palma de su mano derecha, y un anillo verde sucio en la misma mano. Hasta llegar a sus pantalones y zapatos.

Cuando terminó con la cámara, se la devolvió a Flynn. Luego se volvió hacia Derry y dijo: —Necesitas llamar a la policía. Tienen que llegar aquí lo más rápido posible. Diles exactamente lo que ha

pasado y dónde estamos. Si no sabes las respuestas a alguna de sus preguntas, pregúntame a mí.

—¿Por qué? —dijo Derry, quedándose inmóvil, con las manos dentro de los bolsillos de su abrigo.

—Porque soy sargento detective —les informó.

Tomek volvió su atención al cuerpo de Charlene. Pero mientras calculaba la mejor manera de transportarlo, notó el silencio. No había movimiento. Ni sonido de pies chapoteando en el barro. Ni sonido de Derry hablando apresuradamente por teléfono.

Lentamente, se giró para mirar a ambos hombres. Sus expresiones eran idénticas. Una mezcla de sorpresa y preocupación. De incredulidad y miedo.

Esa era la mirada que Tomek había estado temiendo. Que ahora, por cualquier razón que pudieran tener, ya no confiaban en él. Que ya no estaban de su lado. Que él, en una sola frase, se había convertido repentinamente en el enemigo.

—¿Eres policía? —dijo Flynn con cautela, como si midiera cada palabra delante de Tomek.

—Sí.

—¿De la Policía de Essex? —preguntó Derry.

—Sí.

Flynn se echó la mochila al hombro. —Sabía que esa mierda de "oh, trabajo en administración y mi trabajo es muy secreto" era una patraña. ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque sabía que tendría esta reacción —replicó Tomek—. Y no quería el jaleo que conllevaba. Estoy de vacaciones, celebrando el cumpleaños de mi hija. Solo por este fin de semana no quería ser detective. Pero ahora parece que no tengo elección.

Lo que le recordó.

—¿Por qué no estás haciendo la llamada? —le preguntó a Derry.

El recolector de ostras le miró fijamente, con los ojos abiertos por el miedo. Pero no el tipo de miedo que le impedía moverse o tener acceso a sus músculos. Era el tipo de miedo que le convencía de que esto no era una buena idea, como entrar en un edificio encantado.

—Me cago en la leche —siseó Tomek—. Lo haré yo mismo.

CAPÍTULO
QUINCE

Tomek se dejó caer sobre la arena, jadeante, sin aliento. Sus pulmones le gritaban de agonía, y sus bíceps y músculos de los hombros ardían con la furia de mil soles. Se quedó allí tumbado unos instantes, mirando al prístino cielo azul, recuperando el aliento. Gracias a la marea entrante, él y Flynn, al ser los más jóvenes de los tres, se habían visto obligados a transportar a Charlene Harris a través de las marismas hasta la playa. Al principio, Tomek había intentado cargarla sobre los hombros como un bombero, pero pronto desistió después de quedar atrapado en el barro. Luego se habían turnado para arrastrar su cuerpo sin vida por la superficie, hasta que finalmente aprovecharon el nivel creciente del agua, y lo que quedaba de su flotabilidad natural, para llevarla flotando hasta tierra. No había sido fácil, ni bonito, pero lo habían conseguido. Habían recuperado el cuerpo de Charlene Harris lo mejor que pudieron, dadas las circunstancias.

Después de recuperar finalmente el aliento, Tomek se incorporó apoyándose en los codos. Una ráfaga de viento arrojó arena sobre sus piernas y brazos, arañándole suavemente la piel. A estas alturas, Flynn y Derry ya estaban de pie, mirando hacia el horizonte, con las manos en las caderas y en la cabeza, desconsolados, como si acabaran de ser abandonados en una isla desierta. Entonces la mirada de Tomek se posó en Charlene Harris, y tomó dolorosa conciencia de que había un cadáver en medio de una playa concurrida y muy transitada.

Antes de que pudiera reaccionar, un ruido lo distrajo. Un momento después, apareció un golden retriever, saltando por la arena, lanzando conchas tras de sí, precipitándose hacia Charlene.

—¡Mabel! —gritó el dueño—. ¡Mabel, ven!

Pero el perro no prestó atención a su dueño. Estaba demasiado interesado en los olores que emanaban del cadáver que tenía delante. Tomek reaccionó con rapidez, agarró al perro por el collar y lo apartó con cuidado. El perro no se resistió, como si estuviera acostumbrado a experimentar esa acción continuamente. Los dueños, una pareja de unos cincuenta y tantos años, se acercaron apresuradamente, disculpándose desde lejos por el comportamiento de su perro.

Se detuvieron tan pronto como se dieron cuenta de lo que había llamado la atención de Mabel.

—Dios mío, ¿esa es Charlene? —preguntó la mujer, llevándose las manos a la cara.

Antes de que alguien pudiera responder, gritó. El ruido resonó a lo largo y ancho de la playa. Su marido la sujetó y apartó su atención del cuerpo. La consoló un momento antes de acercarse rápidamente a Tomek para recuperar a su perro.

—Esto es la escena de un crimen —explicó Tomek—. Por favor, le pido que se mantenga alejado.

—¡Charlene! —gritó la mujer en un ataque de histeria. Por fortuna, su voz fue ahogada por otra ráfaga de viento.

El ambiente en toda la playa pareció descender. La presión atmosférica había caído drásticamente, y algunas nubes habían extendido sus extremidades sobre el sol, cubriéndolo parcialmente. Incluso el perro parecía afectado por la visión, con las orejas en punta y la cabeza inclinada hacia un lado.

Tomek necesitaba controlar la situación. Y rápido.

Señalando a Flynn y Derry, dijo:

—Tenemos que mantener a la gente alejada de la playa tanto como sea posible. Necesito que os disperséis a ambos lados e impidáis que alguien se acerque por aquí.

—¿Y qué hay de allá arriba? —Derry señaló una carretera que desaparecía en el continente.

—Me encargaré de ello —dijo Tomek—. La policía estará aquí pronto.

Entonces, casi como si fuera una señal, el sonido de una sirena policial resonó en la distancia. Un coche patrulla uniformado llegó unos minutos después, justo cuando Flynn y Derry alcanzaban los extremos opuestos de la playa.

Un joven agente, no mayor de veinte años, con pelo negro azabache corto peinado hacia un lado, salió del coche y se dirigió hacia Tomek. Todo su porte y la manera en que corría sugerían su nivel de experiencia: era nuevo en el trabajo. Tomek esperaba que el operador no hubiera enviado a la persona más joven del equipo para atender una posible investigación de asesinato.

—Hola —dijo, asombrosamente jovial dada la situación—. Estoy aquí por un posible asesinato.

Tomek miró al joven con incredulidad. Su cara de niño sugería que todavía le pedían identificación en todas partes y que su madre aún le compraba la ropa interior.

—No hay nada de posible en esto —dijo Tomek, y luego le explicó la situación al agente—. Se llama Charlene Harris.

—¿Estás bien, Charlene? —dijo el agente como si momentáneamente hubiera olvidado todo lo que Tomek acababa de contarle.

—Puedes hablarle todo lo que quieras, colega. No va a responder. —Tomek se agachó a su lado—. Sospecho que murió en algún momento de la madrugada, y que fue la cadena la que la mató o el agua. Ahora bien, gran parte del ADN y las pruebas habrán sido eliminadas por el agua y por el hecho de que tuvimos que arrastrarla a la orilla...

Pero el joven no estaba escuchando. Estaba demasiado ocupado mirando los ojos vacíos de la mujer muerta, perdiéndose irremediablemente en ellos. Tomek rodeó el cuerpo y agarró al hombre por los hombros.

—¡Eh! ¡Escúchame! ¿Estás ahí?

El agente volvió en sí gradualmente.

—¿Estás conmigo?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Es tu primer cadáver? —preguntó Tomek con franqueza.

—Sí.

—Bueno, asimílalo. Vas a ver muchos más en tu carrera. Recuerdo el mío. Te acompaña durante un tiempo, hasta que tristemente se convierte en la norma y te vuelves insensible a ello.

—¿Eres policía? —preguntó el agente, volviéndose lentamente hacia Tomek.

—Inspector detective. —Entonces Tomek se presentó—. ¿Y cómo debo llamarle?

—Agente Murray. Aidan Murray.

—Aidan, ahí lo tienes. ¿Puedo llamarte Aide para abreviar?

Un poco de calidez volvió al rostro del hombre.

—La mayoría de mis amigos lo hacen.

—Aide será. —Tomek volvió inmediatamente al modo de trabajo hiperfocalizado—. Sé que es tu primera vez, colega, y hay mucho a lo que acostumbrarse, pero voy a necesitar que me escuches y hagas lo que te diga.

El agente estaba a punto de tener un bautismo de fuego, y ni siquiera lo sabía.

—En primer lugar, ¿va a venir alguien más?

Los ojos de Aidan se abrieron de par en par. Negó con la cabeza. —Yo era el que estaba más cerca. Estuve ayer en la isla para la regata y mi zona es principalmente Maldon, así que me avisaron por radio.

—¿Pero no van a enviar a nadie más?

—No que yo sepa. Creo que querían que confirmara la pérdida de vida antes de traer al equipo de investigación.

—¿Pérdida de vida? ¿Jodida pérdida de...? Les dije explícitamente que tenía un puto cadáver en mis brazos.

Tomek se volvió hacia el agua. A estas alturas, la marea había subido considerablemente y no mostraba signos de disminuir. Pronto, el Strood quedaría cortado, dejándolos aislados sin ningún apoyo experimentado.

—*Kurwa mać* —susurró Tomek.

—Lo siento.

—No es culpa tuya que todos sean incompetentes, tío. Solo significa que vamos a tener que hacer las cosas por nuestra cuenta de momento. Pero primero necesito que hagas una llamada. Diles que necesitamos a todos aquí lo antes posible. Y que no se anden con tonterías. Si te cuestionan o dudan, asegúrate de anotar su nombre. Yo me encargaré de ellos cuando vuelva a la comisaría.

Visiblemente asustado por Tomek, Aidan asintió y luego se apresuró a volver al coche donde inició la llamada. Regresó unos momentos después.

—Están en camino —dijo.

—¿Cuánto tardarán?

—No lo dijo. Tan pronto como puedan llegar.

—¿Les diste un número de contacto?

Aidan negó con la cabeza.

Tomek se dio cuenta de que debería haber sido él quien hiciera la llamada. El pobre desgraciado no podía pensar con claridad. Estaba seguro de que Aidan era un tipo bastante despierto —acababa de terminar su formación, así que todos los conocimientos estaban aún frescos en su cabeza—, pero en ese momento se comportaba como si creyera que la tierra era plana.

—Bien. Entonces, ¿cómo sabrán *dónde* encontrarnos, *cómo* encontrarnos?

Aidan se encogió de hombros.

—Vamos, tío. Colabora conmigo. Facilítame las cosas, por favor. Llámalos de nuevo.

Aidan no necesitó que se lo dijeran dos veces. Esta vez hizo la llamada delante de Tomek y recabó toda la información que necesitaban: un miembro del equipo de investigación principal de Colchester bajaría lo antes posible, pero debido a las obras en la carretera y al tráfico como resultado de un choque anterior, el operador no podía decir con certeza cuándo. A Tomek no le gustaba, pero no tenía control sobre la situación. No había nada que pudiera hacer.

Mientras guardaba su teléfono, Aidan miró cabizbajo a Tomek y dijo: —Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Durante un largo momento, Tomek no dijo nada en absoluto. La verdad era que no lo sabía. No tenía la respuesta. Esto era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado. Normalmente, contaba con toda la fuerza de la Policía de Essex detrás de él y podía llamar a los equipos de SOCO, a los gestores de la escena del crimen y a los agentes de policía uniformados, con la seguridad de que llegarían puntualmente, si es que no estaban ya allí cuando él llegaba. Pero ahora, todo lo que tenía eran dos testigos clave y un agente de policía tan joven que no hacía mucho que había dejado los pañales. Menos que ideal.

Por su mente pasaron tantos pensamientos y acciones. Una lista de tareas prioritarias que aparecían, sin ayudar, al azar. No podía dar sentido a ninguna de ellas.

La primera tarea, como en cualquier escena de asesinato, era preservar las pruebas, crear un cordón para proteger tanto espacio como fuera posible. Pero dado que habían arrastrado a Charlene por el barro —literalmente, en este caso—, Tomek lo consideró menos prioritario.

Lo segundo sería localizar a cualquier testigo y tomar las declaraciones pertinentes. Lo tercero sería recabar toda la información posible de la escena del crimen.

Sin embargo, en la mente de Tomek, no quería hacer ninguna de esas cosas porque había otro asunto más urgente que necesitaba resolverse.

Charlene no iba a ir a ninguna parte por el momento. Tampoco Flynn ni Derry. Y Tomek necesitaba asegurarse de que lo mismo se aplicara al resto de la isla.

—Quiero que vayas al Strood y bloquees la carretera. Nadie sale de esta isla sin mi autorización.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Esto era emocionante. Terriblemente emocionante. Pero también terriblemente aterrador al mismo tiempo. Alguien había muerto. Es decir, realmente muerto. Acabado. Finito. Ya no existía. Desaparecido de esta vida y la siguiente.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, ni idea de lo que ocurriría después. Pero estaba agradecido de que Tomek estuviera allí. El hombre daba la impresión de saber de qué estaba hablando. De tener experiencia en este tipo de situaciones. Lo único que no tenía, pensó Aidan, era paciencia. Aidan ya podía ver en el rostro del hombre que estaba tenso, que no le gustaba la idea de tener que explicarlo todo.

Solo podía imaginar cómo habría sido si hubiera encontrado el cuerpo en la playa y Tomek no hubiera estado allí: habría estado agitándose y entrando en pánico como una tortuga panza arriba. Se habría encontrado completamente fuera de su elemento. De hecho, aún lo estaba. Pero al menos había esperanza. Tiempo para demostrarse a sí mismo y mitigar parte de la mala impresión que había causado delante del inspector.

Su siguiente tarea era sencilla. Dolorosamente sencilla. Simple, en realidad. Detenerse frente al Strood e impedir que la gente saliera.

Pero si se suponía que era tan fácil, ¿por qué sentía como si estuviera a punto de escalar el Everest con un camello atado a la espalda?

Cuando llegó al Strood, no quedaba nada del asfalto. El agua, de más de treinta centímetros de profundidad, lo había reclamado para la tarde hasta que, en poco más de seis horas, lo devolvería como un adolescente que cede a regañadientes el control del mando de la videoconsola cuando es hora de hacer los deberes. Pero eso no iba a impedir que la gente intentara salir de la isla. Cuando se detuvo en el Strood, había tres coches delante de él, todos en diferentes etapas del cruce.

Sin pensarlo, Adrian salió del coche. Se arrepintió inmediatamente. El agua le llegaba a los tobillos, y en un instante tenía el pie empapado. Poco después, el otro pie siguió el mismo camino y su ánimo se hundió junto con ellos.

El coche más cercano estaba parado. El conductor estaba al volante, calculando la profundidad, valorando las posibilidades, decidiendo si su impaciencia merecía un motor inundado y una cuantiosa factura del taller después.

Aidan se acercó vadeando. Llamó a la ventanilla, sobresaltando al conductor.

—No puede cruzar esta carretera —dijo—. Tiene que permanecer en la isla.

El hombre bajó la ventanilla. —¿Por qué?

—Porque ha habido un asesinato. Necesitamos que todo el mundo se quede en la isla por su propia seguridad.

—i¿Un asesinato?! ¿Quiere decir que han matado a alguien?

Aidan pensó que eso era obvio, pero asintió en respuesta.

—¿Alguien ha sido asesinado en la isla y usted quiere que me quede en ella? ¡Y una mierda!

Antes de que Aidan pudiera protestar, el hombre metió la primera marcha y pisó a fondo el acelerador. El motor rugió y el coche avanzó formando una gran estela al atravesar la marea.

El coche llegó hasta el centro del Strood antes de detenerse finalmente. El agua era mucho más profunda allí y había llegado hasta el capó del coche. El motor se inundó rápidamente y comenzó a salir humo de debajo del capó.

—Te lo dije —se rio Aidan para sus adentros.

Cuando estaba a punto de adentrarse en el agua para rescatar al hombre (y decirle que era un completo idiota), el sonido de otro motor acelerando le distrajo. Un Audi estaba aparcado a pocos centímetros detrás de su coche patrulla e intentaba desesperadamente salir.

Aidan saltó frente a él y colocó las manos sobre el capó.

—¿Qué cree que está haciendo? —gritó el propietario.

—¡Evitando que destroce su coche!

—Quiero salir.

—Pues no puede. Órdenes de la policía. No me obligue a ir hasta ahí y detenerle.

De repente se sentía lleno de energía. Como si pudiera enfrentarse a este imbécil y ganar.

Y entonces se le ocurrió. La cinta policial blanca y azul en el maletero. Se apresuró hacia la parte trasera del coche, recuperó la cinta y comenzó a extenderla entre las dos vallas que corrían a ambos lados del Strood. Eso funcionaría, pensó. Si no podían acordonar la playa, tendrían que acordonar toda la isla.

Poco después de que Tomek los hubiera mandado a alejarse, comenzaron a formarse multitudes alrededor de Flynn y Derry. Ambos hombres pronto se vieron rodeados de civiles que revoloteaban a su alrededor, formando líneas protectoras imaginarias como si estuvieran contenidos por una fuerza invisible. Tomek podía oír las preguntas desde lejos.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quién es?

—¿Le ha ocurrido algo malo?

Gritos y chillidos agudos perforaron el aire, recorriendo la playa de un extremo a otro. Era un pandemónium. Tomek no había instruido a ninguno de ellos para que mantuvieran la información en secreto, así que no tenía motivos para enfadarse con ellos cuando dejaron escapar que se trataba de Charlene la que estaba en la

playa. Sin embargo, eso no le impidió sentirse frustrado. Necesitaba controlar la situación, crear un perímetro improvisado, obligar a todos a retroceder tras la línea. Y lo más importante, necesitaba proteger el cuerpo. Protegerla de alguna manera de las miradas. Proteger su *dignidad*.

El único problema era que la playa estaba desierta, y a falta de arrastrarla a una de las muchas casetas de playa a lo largo de la extensión de arena, no tenía nada con que protegerla. Ojalá Aidan le hubiera dejado algún material. Un rollo de cinta policial, un abrigo de algún tipo. Cualquier cosa.

Y entonces se le ocurrió. Si no podía encontrar una lona o montar una tienda para protegerla de los elementos, tendría que hacer algo por su cuenta.

A estas alturas, la arena y el aire se estaban calentando rápidamente, y ya un puñado de moscas habían comenzado a revolotear sobre el cuello de Charlene, acercándose cada vez más a medida que crecían en confianza y hambre. Pronto comenzarían a darse un festín con su carne, y el hedor que ya persistía en la nariz de Tomek empeoraría. Pronto sería insoportable.

Cayendo de rodillas, Tomek hundió sus manos en la arena y comenzó a formar un montículo. Primero empezando por sus pies, luego moviéndose alrededor de su cuerpo como un castillo con foso y muralla. No era mucho, pero era lo mejor que tenía. Y después de unos minutos, hizo una pausa para descansar y evaluar su trabajo.

Era mediocre. Solo unos pocos centímetros de altura. No suficiente para protegerla completamente de la vista, y parecía algo que un niño podría lograr después de un largo y enérgico día en la playa. Y ahí estaba él, sin aliento, agotado y luchando por recuperar la respiración.

Era menos que inútil.

Necesitaba otra opción.

Metiendo la mano en su bolsillo, sacó su teléfono y llamó a Kasia. Ella respondió unos momentos después, cansada y adormilada.

—Siento despertarte —comenzó—. Pero ha habido una situación.

—¿Qué? —preguntó ella, con alarma inundando repentinamente su voz.

—Es... un asunto relacionado con el trabajo.

—¿Relacionado con el trabajo? Pero no esperabas tener noticias hasta el martes.

—No es *ese* tipo de asunto —dijo—. Diferente. Ha habido... ha habido un incidente con alguien en la isla.

—¿Un *incidente*? —repitió ella. Eso era todo lo que necesitaba decir al respecto. Ella entendió perfectamente.

—Necesito tu ayuda. Necesito que vayas al Strood y recojas cinta y cualquier otra cosa que pueda ser útil del policía que está allí.

—¿Cómo?

—Necesito que corras, que seas lo más rápida posible. ¿Puedes hacer eso por mí, Kasia? No te lo pediría si no fuera absolutamente necesario.

Una pausa.

—Sí. Creo que sí.

A veces, Tomek odiaba la naturaleza humana. En particular, odiaba la avidez del cerebro humano por los detalles escabrosos.

En los veinte minutos siguientes a la llamada de Tomek con Kasia, las multitudes en la playa, que habían sido un pequeño número de cinco a diez personas a cada lado, habían aumentado a casi el triple. Sin duda, los primeros espectadores habían inundado las bandejas de entrada de sus amigos con mensajes convocándolos o notificándoles lo que había ocurrido. Y así el número había aumentado rápidamente. Y, por supuesto, había habido transeúntes inocentes, paseadores de perros, corredores, caminantes, que, cediendo a sus deseos, se habían visto arrastrados por la histeria del momento.

Antes de que Tomek pudiera pensar en una forma de manejar a las multitudes, un grito lo distrajo.

Giró en el sitio para ver a Kasia precipitándose hacia él, su cabello rubio rebotando desordenadamente. En su mano llevaba un rollo de cinta policial.

—¡Papá!

Veinte pies los separaban. Tomek comenzó a avanzar hacia ella, pero ya era demasiado tarde. Tan pronto como puso un pie en la arena, notó el cuerpo y se detuvo en seco. Su mano voló hacia su boca, ahogando un grito. Tomek se apresuró hacia ella y la abrazó, alejándola de la vista.

—Te dije que esperaras en el aparcamiento —dijo, acariciando su pelo.

—Lo sé, lo sé. Lo siento.

Tomek la abrazó fuertemente contra su pecho, y la mantuvo allí, presionando su cara contra su pecho para bloquear todas las imágenes y sentimientos que estarían arremolinándose dentro de ella en ese momento.

—¿Está... está muerta? —preguntó Kasia.

—Sí —le dijo—. Pero no quiero que lo veas. Dame lo que tienes, y luego quiero que vuelvas directamente a la caravana y te quedes allí hasta que yo regrese, ¿vale?

Aflojó la presión sobre ella y miró su rostro. Las lágrimas brillaban en las comisuras de sus ojos, y sus mejillas estaban enrojecidas. No la había sentido llorar contra su pecho. Lo había ocultado bien. Se preguntó cuántas veces más habría hecho eso sin que él se diera cuenta.

—Todo va a estar bien —le dijo.

—¿Alguien le hizo eso? —preguntó ella.

—No estoy seguro en este momento, pequeña. Voy a tener que investigarlo.

—¿Tú? ¿Por qué tú? ¿Por qué no puede hacerlo otra persona?

Tomek apretó los dientes. —Porque no hay nadie más aquí ahora mismo. La marea ha aislado la isla, así que soy lo mejor que tiene Charlene. No me gusta más que a ti, pero es mi trabajo.

La expresión en su rostro le dijo lo que pensaba de eso. Que siempre era su trabajo. Que nunca terminaba. Que el trabajo era más importante que ella, que todo lo demás.

Ella se apartó de él y miró hacia el suelo. Luego, lentamente, se volvió hacia el cadáver en la playa. —A veces creo que Zeus tenía razón. El mundo realmente está llegando a su fin.

Tomek había enviado a Kasia de vuelta a la caravana antes de decir lo que realmente pensaba sobre su última declaración.

Estaba furioso con ella. La sinceridad con la que lo había dicho sugería que todavía pensaba en él, que sus tentáculos seguían aferrados a los estados de ánimo en su cerebro. Para calmarse, Tomek había desplazado su agenda de contactos hasta encontrar el número móvil de Montgomery.

Montgomery respondió después de casi un minuto.

—Rosebank Lettings, le habla Montgomery.

—Soy Tomek. Del número sesenta y nueve.

Un momento para que registrara el nombre y el número.

—Ah, Sr. Bowen. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Hay algún problema con su caravana? —preguntó el hombre jovialmente.

—No exactamente —dijo Tomek mientras echaba un vistazo al cadáver—. Hay un asunto urgente distinto con el que esperaba que pudiera ayudarme.

—¿Oh?

Tomek explicó la situación, sin omitir ningún detalle. Terminó solicitando una sábana, o algo lo suficientemente grande para cubrir a Charlene y protegerla de miradas hasta que llegara la policía. ¿Quién mejor que el propietario de un camping de caravanas? Por fortuna, Montgomery tenía bastantes por el lugar.

Llegó diez minutos después. En ese tiempo, Tomek había creado un cordón a ambos lados de la playa, atando la cinta entre las casetas de playa y postes improvisados que había formado con dos grandes palos que encontró arrastrados por la marea.

Montgomery se acercó a Tomek con cautela, con la aprensión de alguien que temía aquello hacia lo que caminaba. Como si Tomek fuera una bestia salvaje y fuera el único responsable del asesinato de Charlene.

Mientras caminaba pesadamente hacia Tomek, fue incapaz de mirar el cuerpo que yacía a pocos metros de él.

—¿Es... es realmente ella? —preguntó.

Tomek asintió.

Montgomery movió la cabeza una fracción, conteniéndose. —¿Quién podría haber hecho algo así?

—No lo sé —dijo Tomek—. Pero tengo la intención de averiguarlo.

Montgomery vaciló un momento, esta vez inclinando la cabeza hacia un lado. —¿Qué quiere decir?

—Soy policía. Detective sargento de la Policía de Essex, división de Southend. Hasta ahora, un agente de policía y yo somos las únicas personas capacitadas para gestionar este incidente.

—¿De verdad? Menos mal. Tenemos suerte de tenerle aquí. —Montgomery levantó la sábana en el aire, como si recordara que la tenía—. Y usted tiene suerte de tenerme a mí —dijo, y se la pasó a Tomek.

Tomek se la arrebató a Montgomery y se acercó al cuerpo. A medida que se aproximaba, el hedor acre de la descomposición le golpeó en la cara y fue directo a su cerebro. El olor pútrido le provocó náuseas, y luchó con todas sus fuerzas para mantener la cena de la noche anterior donde estaba. Empujando la náusea incipiente al fondo de su mente, colocó delicadamente la sábana sobre el cuerpo de Charlene, lastrándo las cuatro esquinas con montones de arena. No era perfecto —estaba lejos de ser perfecto y no era lo más profesional— pero era lo mejor que podía hacer con los recursos que tenía.

Al alejarse del cuerpo, dejó escapar un suspiro largo y profundo. Se le había quitado un peso de encima. Había completado la primera tarea de su lista. Había preservado el cuerpo. Ahora podía centrarse en la siguiente tarea: descubrir quién había matado a Charlene Harris.

CAPÍTULO
DIECISIETE

—Explícame qué ha ocurrido —comenzó Tomek—. Todo lo que pueda recordar y con tanto detalle como le sea posible.

Derry Waterman cambió el peso de un pie a otro con torpeza, mirando arriba y abajo de la playa, y la fina sábana blanca que ondeaba con la brisa.

Tras una cantidad preocupantemente grande de esfuerzo, Tomek había conseguido finalmente despejar la playa. Todo lo que quedaba era el cordón policial, el cuerpo de Charlene y un par de voluntarios que habían optado por quedarse para asegurarse de que nadie más se aventurara en la arena. Mientras tanto, Tomek había retenido a Derry.

Tenía algunas preguntas para las que quería respuestas.

—Bueno —comenzó Derry—, estaba en el agua. Recogiendo mis ostras. Como hago cada mañana. No fue diferente a ayer o al día anterior. Ya sabe cómo es; me vio usted ayer.

—Eso es cierto. Pero no estamos hablando de ayer. Estamos hablando de hoy. ¿A qué hora se despertó esta mañana?

La cara de Derry se contorsionó. —¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Conteste a la pregunta.

La contorsión aumentó y se amplificó con una ligera inclinación de cabeza. —¿Por qué usa ese tono conmigo?

—¿Por qué se pone a la defensiva?

—Porque nunca he tenido que hacer nada parecido, ¿vale? Quizá le sorprenda, pero nunca he visto un cadáver antes. Era un niño cuando murieron mis padres, así que nunca los vi. Y todas las demás personas de mi vida que han fallecido eran parientes lejanos. Estoy en estado de shock. No tengo ni idea de lo que podría haber pasado y no tengo ni idea de por qué me está haciendo estas preguntas.

—Porque usted fue quien la encontró. Ahora, necesito saber a qué hora se despertó esta mañana.

Derry reflexionó demasiado tiempo para el gusto de Tomek. Demasiado tiempo para alguien que había tenido la misma rutina matutina durante los últimos treinta años.

—A las cinco —dijo finalmente.

—¿En punto?

—Tengo una alarma en mi móvil si quiere verla.

—No será necesario —dijo Tomek mientras tomaba nota en su propio teléfono, a falta de papel y bolígrafo—. ¿A qué hora salió de casa?

—A las cinco y media.

—¿Cómo estaba la isla? Descríbamela.

—¿Estoy escribiendo un libro o qué?

Tomek ignoró el comentario. —¿Oyó algo extraño, vio algo extraño? Algo fuera de lo común. Cualquier cosa.

Derry volvió a considerarlo, esta vez mirando al suelo mientras lo hacía. —Mire, no sé qué decirle. Me levanté. Me puse mi equipo. Salí de casa. Bajé al agua y empecé a buscar ostras. Es lo mismo que he estado haciendo durante...

—Los últimos treinta años —completó Tomek—. Sí, lo sé. ¿Entonces está diciendo que no vio nada fuera de lo común?

Derry cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Aparte de Charlene, quiere decir?

Tomek suspiró internamente y decidió cambiar de enfoque. —¿Cuándo se dio cuenta de ella? Descríbamelo.

Esta vez le tocó a Derry suspirar. Más alto. Más fuerte. Como un niño petulante. —Estaba en el barro. A gatas. Después de aproximadamente una hora, antes de que pregunte, y fue entonces cuando vi algo por el rabillo del ojo, sobresaliendo por detrás de la

boya. Al principio pensé que podría ser otro perro —ahora una parte de mí desearía que lo fuera— pero cuando vi los zapatos, me di cuenta de que estaba equivocado.

—¿Se acercó al cuerpo?

—Primero le llamé, sí. Pero cuando no hubo respuesta, supe que algo no iba bien. Así que caminé con cuidado hacia ella. Intenté sacudirla un par de veces, pero estaba tumbada boca abajo en el barro. Sabía que no respiraba.

Tomek recordó la posición del cuerpo de Charlene cuando él y Flynn habían vadeado. Estaba tumbada boca arriba, con los ojos abiertos, mirando al cielo. Y había muy poco barro en su cara. No el suficiente como para sugerir que hubiera estado tumbada boca abajo en el barro.

—¿La movió? —preguntó Tomek.

—Lo intenté, sí. Pero pesaba una barbaridad. Como intentar mover un tronco de árbol. Se hundía en el barro cada vez.

—¿Y le limpió la cara?

—No intencionadamente. Tenía las manos mojadas y... y puede que la salpicara un par de veces con los pies. Pero no era mi intención.

Tomek gruñó mientras tomaba nota. —¿Recuerda haber visto a alguien?

Derry apretó los brazos contra su pecho, metiendo las manos más profundamente bajo las axilas. —¿Otra vez con esto?

—Es importante.

—No, no vi a nadie.

—¿Nadie en un barco, quizás?

—Había muchos de *esos* por ahí, pero no vi a nadie en ellos, no. Tendría que tener prismáticos por ojos para poder ver eso.

—¿No reconoció los barcos?

Derry negó con la cabeza. —Mi vista no es lo que solía ser.

Una ráfaga de viento pasó entre ellos, soplando hacia el continente. Tomek se volvió para enfrentarse al viento, vio cómo la sábana de Charlene ondulaba y se balanceaba como si ella se estuviera moviendo debajo. Milagrosamente, la arena la mantenía en su sitio, aunque a Tomek no le gustaba pensar cuánto podría durar.

—¿Hemos terminado? —preguntó Derry, apresuradamente.

—Todavía no —respondió Tomek con cierta dureza en su voz. Él estaba a cargo de la conversación y quería asegurarse de que Derry lo supiera—. ¿No le estaré reteniendo de algo, verdad?

—No —fue la respuesta tajante—. Solo me preguntaba qué más necesita saber.

—Si esta fuera una declaración de testigo normal —comenzó Tomek—, probablemente pasaría cerca de una hora, quizás dos, con usted. Y hasta ahora... —miró su reloj—. Llevamos hablando unos quince minutos, tal vez veinte.

El color desapareció de la cara de Derry.

—¿Qué más podría haber?

—Charlene —respondió tajantemente, como si eso debiera responder a la pregunta.

—¿Qué pasa con ella?

—Dígame todo lo que sabe sobre ella. ¿Era habitual que saliera de noche? ¿Tiene un barco en el que podría haber estado y que ahora podría estar desaparecido? ¿Puede pensar en alguien que pudiera haberle hecho esto? ¿Tenía enemigos?

—Oh, tenía enemigos de sobra —dijo Derry, sin añadir nada más.

—¿Incluido usted?

Derry soltó una risita, pero no dijo nada. Tomek exploraría esa vía más tarde.

—¿Quién más?

—Todo el mundo en la isla —dijo con franqueza—. A nadie le caía bien. Claro, todo era una actuación. Todos poníamos buena cara cuando estábamos con ella, algunos mejor que otros, pero en general, era la mujer más detestada que he conocido en mi vida.

—¿Por qué?

—Porque lo está cambiando todo. Subiendo los precios. Arruinando negocios. Cambiando la vida de todos a peor. Hay un grupo de nosotros que formamos parte de la Asociación de la Isla de Mersea. Somos como una mezcla entre vigilantes de barrio y miniayuntamiento. Cuidamos de la comunidad, y si hay algún problema con cualquier cosa —la basura, vecinos ruidosos, gente que no recoge las cacas de sus perros— nos lo hacen saber y

hablamos con ellos. Antes era gratis, un recurso gratuito abierto a todos los miembros de la comunidad. Ahora, como presidenta del comité, Charlene lo ha limitado solo a miembros. Así que, si eres miembro de pago y tienes un bache frente a tu casa, pueden arreglarlo. Sin problema. A toda velocidad. Mientras que si no lo eres, básicamente te pueden dar por culo. Eso es lo que está diciendo. —Derry se llevó las manos a las caderas y negó con la cabeza—. Ninguno de nosotros queríamos esto. Pero desde que ella entró, ha convertido lo que era una democracia —que fue como consiguió el poder en primer lugar, maldita sea— en una dictadura. Y no una buena.

Tomek no podía pensar en ninguna que lo fuera.

—¿Quién más forma parte de este grupo? —preguntó.

Derry enumeró varios nombres, y Tomek los anotó en su teléfono: Ian Kidd, el propietario del viñedo de la isla; Bradley Fowler, dueño del pequeño café que Tomek y Kasia habían visitado el viernes; Mick Thorne, con quien Tomek ya estaba familiarizado; Montgomery, igualmente. Y Stuart Simms, el hombre que se había acercado a Tomek en medio del mercado el día anterior.

Tomek colocó el emoji de verificación junto al nombre de Derry para indicar que había hablado con él y tomado declaración. Esperaba tener la lista completa terminada para el final del día.

—¿Algún otro enemigo que pudiera tener? —preguntó.

—Unos cuantos —respondió Derry secamente—. Está el pequeño Jimmy de la casa número trece; ella le quitó su pelota una vez porque casi atraviesa la ventana de su pub. O Deontae, que se negó a mover su coche en una ocasión, así que ella lo inmovilizó y no lo soltó hasta que pagó la multa. O-

—Me hago una idea —interrumpió Tomek—. Era detestada por mucha gente. ¿A alguien le caía bien?

—A usted parecía que sí —observó Derry.

Tomek se encogió de hombros. —Me pareció perfectamente agradable cada vez que hablé con ella.

Derry se dio un toque en la sien con un dedo muy marcado por cicatrices. —No puede juzgar a todo el mundo por las apariencias —dijo.

No era la primera vez que juzgaba mal el carácter de alguien. Ni sería la última.

—Una cosa más antes de dejarle marchar —comenzó Tomek.

—¡Por fin!

—¿Sabe qué hizo ella anoche después de que yo dejara el pub?

Derry negó con la cabeza. —Me marché poco después que usted, así que no tengo ni idea, lamentablemente. La banda me estaba volviendo completamente loco y necesitaba tumbarme un rato. Pero sí sé que justo después de que usted se fuera, estaba discutiendo con Leon en la parte de atrás. Todo el mundo podía oírlo.

—¿Leon?

—Sí. Leon Holland. Su jefe de cocina.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Tomek encontró a Leon en la cocina del Victory Inn. Era poco después de las diez de la mañana, y estaba en plena tarea de colocar una plétora de ingredientes en un plato. Se encontraba rodeado por un séquito de sous chefs y personal de apoyo vestidos con inmaculados uniformes blancos. El resto de la cocina lucía tan impecable como sus atuendos. Tan pronto como puso un pie en la puerta principal del pub, el olor a beicon y huevo, y otros ingredientes grasos, típicamente británicos del desayuno, le golpeó en la cara.

Tomek llamó a Leon por su nombre.

El hombre al que pertenecía fue el único que mantuvo la cabeza agachada. Tomek lo llamó de nuevo.

—Estoy ocupado —dijo, moviéndose apresuradamente por su estación de trabajo—. ¿Puede alguien traerme dos tostadas blancas, cuatro huevos revueltos y una loncha extra de beicon, por favor?

—¡Sí, chef! —respondieron al unísono.

La cocina estalló en otro frenesí de actividad, mientras el beicon era inmediatamente arrojado a una sartén donde empezó a chisporrotear, y los huevos comenzaban su viaje para convertirse en revueltos.

—¡Leon! Necesito hablar contigo —vociferó Tomek, con una voz apenas más alta que el ruido de la cocina—. Es urgente.

Esta vez, Leon fue el único que reconoció el grito de Tomek, mientras que el resto del personal se dio la vuelta incómodamente.

Leon dejó sus utensilios sobre la mesa, llamó a otro chef para que terminara su trabajo de preparación y se dirigió furioso hacia Tomek. Cuando rodeó la barra de la cocina, se reveló la estatura completa del hombre. Medía algo más de metro ochenta, era corpulento y tenía un estómago que sugería que le gustaba comer una o dos raciones de lo que cocinaba. Estaba quedándose calvo, tenía profundas arrugas en la frente y en las comisuras de los ojos, y su barba mostraba tonos entrecanos. Tomek lo situó en sus primeros cuarenta, pero sabía que podía estar muy equivocado; estaba seguro de que el estrés de trabajar en un entorno de cocina tan concurrido hacía poco por ayudar al proceso de envejecimiento.

—¿Qué ocurre y quién es usted? —espetó Leon—. Tengo una cocina que dirigir.

—Sí —dijo Tomek, igualando el nivel de desdén de Leon—. Es sobre su jefa.

—Oh, genial. ¿*Usted* sabe dónde está?

—Sí. Actualmente se encuentra tumbada boca arriba, rodeada de un montón de arena, sin nada más que una sábana protegiéndola, muerta.

Tardó un momento en registrarse la palabra final en el rostro de Leon.

—¿Muerta?

—Por eso estoy aquí. Para informarle y también para hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntas? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Eso es lo que necesito averiguar.

Leon se burló. —¿Qué es usted, una especie de poli?

Tomek le apuntó con un dedo en forma de pistola. —Bingo.

Leon, nada impresionado, miró con desprecio a Tomek. —Está de broma, ¿verdad?

—No bromeo sobre este tipo de cosas. Puede llamarme Sargento Bowen, si lo desea. O, ya que está acostumbrado a esa pequeña brigada que tiene montada, puede llamarme señor. Usted es un hombre con autoridad, supongo.

Leon se agitó incómodo, encogiéndose de hombros un par de veces, como si se rascara un picor inexistente. —¿Qué quiere decir

con que está muerta?

—De la misma manera en que están muertas las esperanzas de la nueva generación de poder permitirse una hipoteca. Y tengo la intención de averiguar cómo. Y por qué. —Tomek sacó su móvil y abrió la aplicación de Notas en una página nueva—. ¿Hay algún lugar quizás un poco más privado al que podamos ir?

Leon no dudó. Hizo un gesto para que Tomek se apartara, luego pasó a su lado y subió corriendo por unas escaleras cercanas, saltando los peldaños de dos en dos. Tomek lo siguió a su propio ritmo. En lo alto de las escaleras había dos puertas: una a la izquierda, con un cartel que decía "Huéspedes", y otra a la derecha, con otro cartel que rezaba "Oficina". Al entrar en la oficina, Tomek pensó que el término solo estaba vagamente relacionado con lo que encontró dentro: una mesa de comedor que había sido utilizada como escritorio; una serie de estanterías que contenían carpetas de archivo y libros de recetas; un armario, medio abierto, que contenía un surtido de ropa profesional y personal; un sofá cama, cubierto de papeles, recibos y cajas de vasos de cerveza nuevos; y finalmente una lavadora. A todos los efectos, parecía una oficina, pero Tomek tuvo la impresión de que quizás Charlene, o alguien más del equipo, la utilizaba frecuentemente como dormitorio.

Leon emergió de detrás de la puerta y la cerró tras Tomek.

—¿Tendré que cerrar el restaurante? —preguntó Leon.

Tomek se sorprendió de que esa fuera su principal preocupación.

—Probablemente sea una buena idea. —Hizo una pausa. Una idea le vino a la cabeza—. Sin embargo, puede que necesite usarlo para mis investigaciones. Me gustaría traer a gente aquí para poder entrevistarlos, en ausencia de una comisaría cercana. ¿Cuánto tiempo necesita para deshacerse del personal?

—Ah, joder. Voy a tener que decírselo, ¿verdad?

Tomek se encogió de hombros. —En algún momento. A menos que quiera que lo haga yo.

Colocando las manos en las caderas, Leon comenzó a pasearse por el poco espacio que quedaba en la oficina, su mirada quemando agujeros en la alfombra. —No, deberían escucharlo de mí. Se lo diré.

Pero ¿qué pasa con el servicio de comida y cena? Esperábamos muchos clientes de la regata.

En la lista de prioridades del hombre, Tomek sentía curiosidad por ver dónde aparecía Charlene.

Lo descubrió unos segundos después, después de que Leon terminara de preocuparse por pagar al personal por el día y la cantidad de comida que se echaría a perder y habría que tirar.

—Charlene... —dijo, como si de repente se acordara del motivo por el que estaban allí.

—Charlene... —repitió Tomek—. ¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando con ella?

—Unos seis años ya.

—Mucho tiempo —observó Tomek—. ¿Y siempre ha sido usted su jefe de cocina, o empezó desde abajo?

—La conocía antes de que se hiciera cargo de este local. Trabajábamos juntos en la cafetería cerca del viñedo. Así fue como nos conocimos. Luego, cuando se hizo cargo de este sitio, me trajo con ella.

—Apuesto a que eso sentó muy bien —dijo Tomek, mientras el pensamiento se le escapaba de los labios por error.

—Esa es una forma de decirlo. En cualquier caso, he estado aquí desde entonces y he sido feliz.

—¿Está seguro de eso?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Solo que les oí discutir anoche, fuera junto a los contenedores.

Leon de repente se mostró retraído y metió las manos en los bolsillos. —¿Cuándo? ¿A qué hora?

—¿Hubo más de una ocasión?

Cerrando los ojos, negó rápidamente con la cabeza. —No, no es eso lo que quería decir. No intente ponerme palabras en la boca. Solo... solo me preguntaba a qué hora fue, porque... porque se me había olvidado.

Tomek no se creyó ni una palabra. —Fue poco después de las once. Justo antes de que la banda empezara a tocar de nuevo su repertorio.

—Ah. Ya recuerdo. ¿Y qué pasa con eso?

Tomek tocó la pantalla con el dedo para activarla. —¿Sobre qué discutían? Parecía importante.

—Charlene quería que los chicos vinieran a las seis de la mañana, a pesar de que no habrían terminado hasta después de medianoche. Le dije que era ilegal pedirles que vinieran después de solo seis horas de descanso, cuando deberían haber tenido otras dos horas, pero no quiso escuchar.

—¿Por qué quería que vinieran tan temprano?

—Para preparar. Para estar listos para más clientes que vienen por nuestro nuevo servicio de desayunos. Solo recientemente hemos empezado a ofrecerlo, y está funcionando muy bien —los beneficios han aumentado alrededor del cincuenta por ciento— pero los chicos todavía se están acostumbrando a los horarios. Les ha descolocado completamente. A mí también, a veces. Es demasiado. Y no nos están pagando más por hacer estos turnos extra. A ninguno de los chicos. Así que anoche estaba luchando por ellos, defendiéndolos.

—¿Cuál fue el resultado?

—Yo abrí el restaurante e hice todo el trabajo de preparación antes de que llegaran a la hora normal.

—¿No sabían nada sobre la petición de Charlene?

Leon negó con la cabeza.

—Todo un mártir, ¿no?

—No sé qué significa eso. Lo único que sé es que no quiero que exploten a mi personal. Así de simple. No hay mucho más que eso, sinceramente. Yo ya he pasado por ello. He experimentado cómo es el otro lado de trabajar en una cocina. Intento proteger a los chicos de eso tanto como sea posible. Claro, tienen que aprender, pero hay formas mejores y diferentes de hacerlo.

Tomek terminó de escribir una nota en su teléfono. —¿A qué hora terminó *usted* anoche? Debe llevarle un tiempo limpiar todo, ¿no?

—Aproximadamente una hora. Me fui poco después de medianoche.

—¿Y dónde estaba Charlene?

—Todavía limpiando.

—¿Seguía aquí cuando usted se fue? —preguntó Tomek.

—En el sótano, reemplazando uno de los barriles.

Tomek hizo otra anotación sobre la hora que Leon acababa de mencionar. Poco a poco, estaba reduciendo el intervalo en el que pudo haber sido asesinada. Hasta ahora, tenía seis horas sin justificar. Entre la medianoche, cuando Leon se fue, y las seis, cuando Derry la descubrió.

—¿Y esa fue la última vez que vio a Charlene? —preguntó.

—Yo... supongo que sí —respondió Leon, con súbita comprensión.

—¿Qué hizo después de marcharse?

—Fui... fui a casa. Está a unos cinco minutos andando. Llegué y me fui directamente a la cama. —Hizo una pausa, reflexionó—. Estaba muerto de hambre y pensé en hacerme un sándwich de queso a la plancha o un tazón de cereales, pero estaba tan agotado que ni siquiera merecía la pena.

—¿Alguien le vio?

—No que yo sepa.

—¿No vio a nadie durante su trayecto?

Leon negó con la cabeza.

—¿Diría usted que fue la última persona en verla con vida?

Leon dudó antes de responder, al darse cuenta de la insinuación detrás de la pregunta de Tomek.

—Aparte de la persona que la mató, sí.

—¿Así que usted no tuvo nada que ver?

—¡No! Sí, probablemente fui la última persona que la vio, pero no tuve nada que ver.

Leon se estaba enfadando. Sus manos ya no estaban en los bolsillos, y uno de sus puños estaba cerrado.

—¿Qué hay de cuando vino esta mañana? ¿Notó algo extraño? ¿Signos de pelea?

Leon chasqueó los dedos de forma animada. —Ahora que lo menciona, había un tenedor en el suelo de la cocina.

—¿Un tenedor?

—Sí. No sé de dónde había salido ni por qué estaba allí.

—¿No le pareció raro?

Leon se encogió de hombros. —Simplemente supuse que Charlene lo había tirado por accidente y no se molestó en recogerlo. Probablemente estuvo aquí hasta tarde.

—¿Vio algo más que pareciera fuera de lugar?

—La puerta trasera estaba sin cerrar con llave, pero eché un vistazo y no parecía que faltara nada de allí. Tampoco se llevaron nada de dentro. No tenemos muchos problemas por aquí.

Eso es lo que me siguen diciendo. Hasta ahora.

—Supongo que tienen cámaras de seguridad aquí —preguntó.

Leon parecía preocupado. —Las tenemos, pero... pero ninguna funciona.

—¿Qué?

—Son más bien disuasorias. Solo tiene las cámaras ahí arriba, y cuando alguien arma jaleo, ella las señala en el techo y de repente paran.

—¿Por qué no las usa?

—Coste. Para ahorrar dinero. Son caras de mantener, según me han dicho.

—¿Quién fue la última persona que la vio antes que usted?

Antes de que Leon pudiera responder, un sonido estalló fuera de la puerta. Ambos hombres se giraron para encarar el origen del alboroto. Venía de lo alto de las escaleras.

Leon se sobresaltó, dirigiéndose hacia la puerta, pero Tomek le contuvo, una respuesta instintiva para proteger a todos excepto a sí mismo del peligro potencial. Esperó, esperó, esperó. Escuchando en silencio.

Oyó tres, quizás cuatro pares de pasos, atropellándose unos a otros y descendiendo rápidamente por las escaleras.

Tan pronto como llegaron abajo, Tomek los siguió. Fuera, en la escalera, los ruidos continuaban. Era como si estuvieran saqueando el lugar.

Tomek bajó los escalones a toda prisa hasta llegar al fondo. Allí, agrupados alrededor del improvisado escenario al otro lado del pub, manipulando y maniobrando su equipo, estaba la banda de la noche anterior.

—Ahí los tiene, Detective —dijo Leon desde detrás del hombro derecho de Tomek—. Ellos son a quienes busca. Las últimas personas que vieron a Charlene con vida. Antes que yo, claro está.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

La banda se llamaba BLADE. Un acrónimo de sus iniciales: Ben, Liam, Andrew, Drew y Ethan. Llevaban cinco años juntos, y se habían formado después de graduarse en la Universidad de East Anglia. Antes de eso, los jóvenes habían crecido juntos en la isla, asistiendo a la escuela y luego al instituto los unos con los otros.

—Somos todos mejores amigos —explicó Andrew, el cantante principal—. Moriríamos los unos por los otros.

Tomek pensó que eso era revelador, aunque el cínico que llevaba dentro se preguntaba cuánto duraría. Si la historia de las bandas de rock servía de ejemplo, sin duda habría una fecha de caducidad para el amor y la adoración que se profesaban cuando llegara la fama y la notoriedad, si es que llegaba.

—Debo admitir que fuisteis muy buenos —mintió—. Vuestra actuación de anoche fue mejor de lo que esperaba.

Los chicos chocaron los puños entre sí. Mientras Tomek los observaba darse palmadas en la espalda, se dio cuenta, bajo las luces del pub, de que todos eran iguales. Casi idénticos. Copias al carbón unos de otros. El pelo corto por los lados, con un montón de pelo ondulado y despeinado en la parte superior que les caía hasta los ojos. Las mismas mandíbulas cinceladas y pómulos pronunciados. El mismo aspecto de chico guapo que inmediatamente hacía que sus egos se inflaran gracias a chicas diez años menores que ellos. Las mismas camisetas holgadas con estampados de anime japonés que colgaban de sus hombros

delgados y parecían dos tallas más grandes para ellos. Y los pantalones extra anchos que se acampanaban en los tobillos. Todos parecían como si los hubieran soltado en una tienda de Urban Outfitters y hubieran salido sin cambio.

—Gracias, tío —dijo Andrew—. Realmente lo apreciamos. Hemos estado trabajando en nuestra música durante tanto tiempo. Es agradable volver a nuestra ciudad natal para un concierto como este. Y significa aún más escuchar comentarios como ese.

—¿Es vuestro primer concierto?

—No en toda nuestra carrera —respondió Drew antes de que Andrew pudiera intervenir. Ambos chicos se miraron.

—Hemos dado *montones* de conciertos —continuó Andrew—. Montones en el norte, en Norfolk, en Leicester. Hemos tocado un par de veces en Manchester y Solihull. La mayoría han sido en pequeños pubs, pero vamos avanzando. Nos estamos construyendo poco a poco. ¿Sabes?

Tomek no tenía tiempo para masajear sus egos. Ya les tenía manía porque le recordaban demasiado a Los Hijos de Zeus. De vez en cuando, mientras echaba un vistazo rápido al grupo, algunas de sus caras se transformaban en el recuerdo que tenía del músico que había causado tanto dolor y confusión a Kasia.

—¿Era la primera vez que actuabais aquí?

Andrew asintió. —Primera vez que este sitio tiene una banda local, creo. Nos apuntamos eso. Lo añadiremos al currículum. —El joven comprobó la hora en su móvil—. ¿Esto va a tardar mucho más? Es que queríamos marcharnos.

—¿Tenéis algo que hacer?

Los chicos se miraron con timidez. Era obvio que tenían algo que ocultar. Tomek quería averiguar qué era.

—Fuera de la isla.

—¿Por qué?

Andrew se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. —¿De qué va esto, colega? ¿De verdad eres policía?

—A menos que haya estado haciendo lo incorrecto durante los últimos veinte años, estoy bastante seguro de que soy policía, sí. Quería haceros algunas preguntas sobre Charlene.

—¿Qué pasa con esa *zorra*? —dijo Andrew. Luego se llevó la mano a la boca cuando se dio cuenta de lo alto que lo había dicho—. Lo siento, no quería decir...

—Se te ha escapado el tiro ahí, colega —replicó Tomek—. ¿A qué viene eso? ¿Tú y Charlene tuvisteis un enfrentamiento anoche?

—Algo así.

—¿Te importaría explicarlo?

De repente, Andrew hinchó su escuálido pecho, pero hizo poco para hacerlo parecer más grande o intimidante. —No hasta que nos digas de qué va todo esto.

Riéndose, Tomek respondió: —No funciona así. Yo hago las preguntas. Vosotros me dais las respuestas. Y luego, si estoy satisfecho, os dejaré ir a donde necesitéis ir.

Los chicos se comunicaron telepáticamente entre ellos, pasándose mensajes a través de la mesa. Los cinco estaban apretujados dentro del reservado más pequeño que Tomek pudo encontrar.

—Si eso nos saca de aquí más rápido —dijo Andrew—. ¿Ha presentado una queja sobre nosotros o algo así?

—¿Y por qué haría eso?

—Porque *nosotros* deberíamos ser quienes presentemos una queja sobre *ella*. No al revés.

—¿Por qué?

—Porque está intentando estafarnos.

Tomek no dijo nada. Esperó a que el cantante principal se explicara.

—Cuando nos contrató, dijo que nos iba a pagar mil quinientas libras por las dos noches. Eso son trescientas libras para cada uno...

—Soy capaz de hacer las matemáticas, pero gracias por preocuparte por mí. —Tomek anotó la cifra en su móvil.

—Y también dijo que podíamos quedarnos en las habitaciones de arriba durante las dos noches que estuviéramos aquí. Pero lo que no dijo fue que nos iba a cobrar por ellas, y que saldría de las mil quinientas libras.

Tomek confirmó su comprensión con un asentimiento.

—Y tampoco nos dijo que nuestra comida y bebida también saldrían del pago. Así que estuvimos bebiendo y bebiendo... ni siquiera sé cuántas pintas tomamos entre todos... pero estábamos bastante perjudicados al final de la noche.

No lo habrías adivinado mirándolos. Por supuesto, parecían pálidos y cansados —¿qué veinteañero desnutrido no lo parecía?—, pero él no había notado que estuvieran sufriendo resacas. Envidiaba los cuerpos jóvenes y su capacidad para tolerar el alcohol.

—Al final, dijo que le debíamos unas doscientas libras. ¿Te lo puedes creer? *Nosotros* le debíamos a *ella*. No iba a aceptar eso, así que fui a hablar con ella. Le dije que estaba siendo una imbécil y que era completamente injusto. Pero ella no quiso atender a razones. Dijo que no le importaba si no podíamos permitírnoslo. Que teníamos que saldar la cuenta de todas formas y tendríamos que encontrar otras maneras de hacerlo.

—Se suponía que íbamos a despertarnos más temprano para poder irnos sin pagar —dijo Liam, el bajista—. Pero nos quedamos dormidos.

Los chicos inmediatamente se volvieron hacia Liam, que estaba sentado al fondo del reservado, y comenzaron a darle golpecitos en el brazo.

—¿Por qué coño has dicho eso, gilipollas?

—Bien hecho, imbécil. ¡Ahora nos has delatado!

Los chicos continuaron lanzando ataques verbales a Liam, dando la vuelta a la mesa uno por uno, hasta que Tomek dijo:

—¿Planeabais marcharos sin pagar con todo ese equipo?

Andrew se volvió hacia la esquina de la sala que había sido convertida en un improvisado escenario, presumiblemente para si el tiempo hubiera empeorado el día anterior. Estaba lleno de piezas de batería, altavoces, guitarras y metros de cables. No había forma de que pudieran haberlo recogido y guardado a tiempo sin que nadie lo notara.

—Nadie dijo que fuera un plan bien pensado —respondió Andrew, como si leyera la expresión de Tomek—. Simplemente no creíamos que fuera justo pagar la cuenta.

Tomek no ofreció opinión alguna sobre el asunto. Por un lado, podía entender la frustración de los chicos. Les habían pedido que actuaran el fin de semana en su ciudad natal. Era un gran paso para ellos en sus carreras musicales. Pero, por otro lado, entendía la postura de Charlene. Tenía un negocio que dirigir, y si los chicos estaban bebiendo todo lo que había, entonces creía que estaba en su derecho de pedirles que pagaran lo que debían.

—¿Cómo terminó la discusión? —preguntó.

—Pues nos fuimos a la cama, ¿no?

—¿A qué hora fue eso?

Se miraron entre sí.

Ethan, el chico sentado más cerca de Tomek, respondió:

—Sobre las doce y media. No mucho después de que el pub cerrara y se lanzaran los fuegos artificiales.

La risita que salió de la nariz de Tomek se le escapó por error.

—¿Qué, nada de drogas, ni cocaína, ni strippers? No estáis a la altura del estilo de vida del rock and roll, ¿verdad?

—Los tiempos han cambiado, tío. No queremos envenenar nuestros cuerpos con esa clase de cosas.

¿Pero el alcohol, y mucho, sí estaba bien? Esta vez, Tomek fue capaz de contener la risa.

—Dejadme que lo aclare. Os fuisteis a la cama alrededor de las doce, doce y media. ¿Y luego os despertasteis hace unos veinte minutos? ¿Y no habéis visto ni hablado con nadie desde entonces?

—Sí, así es.

—¿Porque esperabais salir de la isla con todo vuestro equipo para poder evitar tener que pagar la cuenta?

—Sí.

—¿Es eso todo lo que necesitas de nosotros? —preguntó Ethan, mirando su reloj—. ¿O podemos irnos ya?

—¿Adónde vais a ir? —respondió Tomek—. La marea está alta. Tendréis que nadar a través del Strood con todo vuestro equipo.

Los chicos emitieron un quejido colectivo. De repente, a Tomek se le ocurrió una idea. Levantó un dedo en el aire y salió de la habitación. Volvió un momento después, con León detrás.

—Chicos —comenzó—. Me gustaría presentaros a este hombre. Es el jefe de cocina aquí, y dice que todavía tenéis una cuenta que saldar. Considerando que no vais a ir a ningún sitio en breve, estoy seguro de que entre los seis podríais llegar a un acuerdo.

CAPÍTULO
VEINTE

Kasia arrastraba los zapatos por la grava, pateando piedras a través de la superficie irregular. Se quitó el jersey y se lo colgó sobre el hombro. Hacía tanto calor fuera. Nunca había sudado tanto en su vida. Era como entrar en una sauna. Tenía la parte baja de la espalda cubierta por una fina capa de sudor, al igual que sus antebrazos y axilas, y para empeorar las cosas, todo estaba tan quieto. No había movimiento de aire, ni una suave brisa que la refrescara. Estaba segura de que podía oler su propio olor corporal subiendo lentamente por sus fosas nasales. Se dio un rápido vistazo a las axilas, pero no había nada allí. Solo su imaginación paranoica e hiperactiva jugándole malas pasadas.

Acababa de entrar en el camping y serpenteaba entre las caravanas estáticas. Había tantas, encajadas en la pequeña parcela de terreno, que parecía que todos vivían unos encima de otros. Podía ver el interior de las salas de estar mientras pasaba, ver a los propietarios sentados en el sofá, mirando la televisión o haciendo algo en la cocina. ¿Por qué no estaban fuera en sus terrazas, disfrutando del sol? Casi pensó en plantearle la pregunta a alguien, pero luego lo pensó mejor. No estaba de humor para una conversación. Todavía estaba procesando lo que había visto en la playa, intentando asimilar el hecho de que alguien había sido asesinado hacía unas horas.

Tristemente, no era ajena a la muerte. Casi la había presenciado, casi la había visto suceder justo delante de ella. Y ella misma casi

había muerto. Imágenes de aquella noche, atada a la cama, mientras su profesor de polaco esparcía cacahuetes y frutos secos sobre su cuerpo alérgico, aparecían en su mente de vez en cuando. Recientemente, las pesadillas sobre Zeus y lo que había intentado hacerle habían aumentado en ferocidad y frecuencia, y le costaba lidiar con ellas. Era difícil de explicar, pero sentía como si se estuviera ahogando, apenas pudiendo mantener la cabeza por encima del agua. Y nadie venía a rescatarla.

¿Significaba eso que tendría que aprender a mantenerse a flote por sí misma? No lo sabía. Lo único que sabía era que quería que las pesadillas cesaran, que se fueran, que desaparecieran para siempre.

Giró a la izquierda entre dos caravanas. Su hogar para el fin de semana estaba a unos pocos metros de distancia, al otro extremo de la fila. Mientras caminaba tranquilamente, mirando al suelo, pateó otra piedra. Esta salió volando a lo lejos y rebotó. Mientras surcaba el aire, Kasia contuvo la respiración y el corazón le dio un vuelco; se dirigía directamente hacia la casa estática de alguien.

—¡No, no! No golpees...—

Afortunadamente, la pequeña roca aterrizó justo antes de golpear el lateral de la caravana y rodó hasta detenerse debajo. Kasia finalmente soltó todo el aire de sus pulmones.

—Eso ha estado cerca.

La voz había venido de algún lugar a su derecha. Kasia examinó las casas, buscando su origen.

Encontró a la dueña unos momentos después. Una anciana antillana, vestida con una rebeca ligera, asomada por la ventana de su sala de estar, fumando. Saludó a Kasia con la mano.

—¿Has visto eso? —dijo Kasia.

—No te preocupes, cariño —respondió la mujer—. No se lo diré. Barry puede ser un poco capullo a veces.

Kasia se rió para sus adentros, aunque se esforzó por no mostrarlo en su rostro. Con cuidado, se acercó más a la caravana.

—Gracias —dijo—. Tampoco se lo dirás a mi padre, ¿verdad?

La mujer señaló con el cigarrillo hacia la caravana de ella y Tomek. —¿Sois los del número sesenta y nueve?

Kasia asintió lentamente.

—Pensé que te reconocía. ¿Estáis aquí para el fin de semana?

Otro asentimiento, aún más lento esta vez.

—Es un evento estupendo, ¿no? ¿Lo has disfrutado?

Otro asentimiento.

—¿Cómo te llamas?

Kasia dudó. Desde su experiencia con Zeus, había llegado a desconfiar de todo el mundo: de las personas que conocía, de sus profesores, de sus amigos, y aún más de los desconocidos. Pensaba que todos eran malvados, cínicos y que querían hacerle daño. Pero no esta mujer. Percibía bondad en ella. Una amabilidad, una dulzura que solo podía encontrarse en las almas más puras. Sentía que no había ni un solo hueso malo en el cuerpo de la mujer, y que solo hacía tantas preguntas porque estaba sola y necesitaba compañía. Lo mismo ocurría con el pequeño Jacob. Era tan curioso y hablador porque no tenía a nadie más con quien hablar, nadie más a quien llamar amigo.

Su amigo *de verdad*, es decir.

—Kasia —dijo finalmente.

—Kasia. Es un nombre poco común. El mío es Dayana. ¿Te gustaría entrar a tomar algo y salir de este calor? Tengo una lata de Coca-Cola en la nevera, si quieres.

Su respuesta inmediata fue decir que no. Salir corriendo de la desconocida. Dirigirse en la dirección opuesta y encontrar a Tomek, contarle lo que había pasado. Pero entonces recordó que Dayana había prometido no contarle a su padre lo de la piedra, y que tal vez necesitaba ganarse un poco a la mujer para asegurarse de que eso sucediera.

—¿Tienes light? —preguntó Kasia.

—¿Una chica delgada como tú vigilando tu cintura? Nunca había oído semejante disparate. Todo lo que tengo es normal, y eso es todo lo que vas a tomar, me temo. Si no te gusta, tengo un poco de agua del grifo de la cocina. —Se llevó una mano a la boca y habló en un susurro—. Aunque no se lo digas a Barry, no sabe que la estoy robando de su suministro.

Kasia soltó una risita y entró en la caravana. La distribución del hogar era casi idéntica a la que ella y Tomek ocupaban. La única

diferencia era que los efectos y el mobiliario en la de Dayana eran mucho más acogedores y personales. Mientras que la suya era una copia exacta de algo sacado de un catálogo, la de Dayana contenía fotos familiares y recuerdos que había adquirido a lo largo de su vida, alfombras estampadas y papeles pintados que solo podrían haber sido elegidos por alguien con un gusto ecléctico.

Kasia encontró un hueco en el extremo del sofá y colocó las manos sobre su regazo. A pocos metros, un ventilador eléctrico luchaba por combatir el calor, soplando suavemente aire tibio hacia ella. Dayana trajo la bebida un momento después, y colocó un plato de galletas en el sofá junto a ella. Entre ambas había una mesa de café que contenía las evidencias del hábito de fumar de Dayana, aparte del hedor a tabaco que se había impregnado en la tela de los muebles.

—No te preocupes, no las he envenenado —dijo Dayana, señalando las galletas.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que las hubiera envenenado —respondió Kasia.

Dayana soltó una risa ronca. —Muy lista —dijo—. Eres bastante avispada, ¿verdad?

Kasia se encogió de hombros. —Mis profesores lo creen. Para algunas de mis clases, al menos. Pero no en matemáticas. No me gustan las matemáticas.

Dayana se inclinó sobre el sofá y susurró: —Déjame contarte un pequeño secreto: a mí tampoco. Nunca pude con ellas. Aunque tuve un profesor muy guapo, lo que ayudaba. ¿Tienes a alguien así dándote clase?

Kasia pensó en el Sr. Hendry, se estremeció y negó con la cabeza.

—Bueno. A tu edad, probablemente estéis todas centradas en chicos, amigas y pasarlo bien, ¿no?

Kasia se encogió de hombros incómoda. En un intento de desviar la conversación de sí misma, preguntó: —¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—¿Yo? Casi cuarenta años ya. Encontré este lugar cuando trabajaba en la isla. Conseguí comprarlo muy barato. El anterior

propietario del terreno, antes de que Montgomery se hiciera cargo, me hizo una oferta de Black Friday. Ni siquiera sabía lo que significaba en aquel momento. Parte de mí incluso pensó que era algún tipo de estafa. Pero al final me alegro de haberlo hecho. Así que, sí, he vivido aquí desde entonces. Y no tengo planes de irme pronto tampoco. Tiene todo lo que necesito. Estoy cerca de la playa. Me despierto con el sonido del agua en la distancia y los pájaros. Y hay un suministro casi interminable de pescado.

—¿No te da náuseas el olor? —Kasia hizo una arcada al pensar en el olor cerca del embarcadero.

Dayana se rio. —Al principio sí. Pero me acostumbré, a mi manera. ¡Son las personas las que me dan más asco que nadie!

—¿Ah, sí? —preguntó Kasia, incapaz de ocultar la curiosidad en su voz.

—Te lo diré así, hagas lo que hagas, *no* mires, y digo *no* mires, bajo ninguna circunstancia, dentro de la caravana del Sr. McGowan en el número cuarenta y nueve por la mañana. Siempre anda paseándose en calzoncillos con todas las cortinas abiertas, independientemente del tiempo que haga.

—¡Puaj!

—Un par de veces he visto más de lo que esperaba, y tuve que regañarle. ¿Pero sabes qué hizo? Lo hizo más a menudo. Intenté contárselo a Montgomery, pero no hizo nada al respecto. Creo que tenía miedo del Sr. McGowan.

Dayana cogió una de las galletas y se la metió cuidadosamente en la boca. La mordió y luego la colocó sobre su rodilla. Kasia hizo lo mismo. Excepto que ella estaba hambrienta y devoró la galleta de un bocado. Luego dirigió su atención a la bebida y se tomó la mitad de un trago.

—¿No te está alimentando tu padre allí?

Kasia se rio incómoda. —Claro que sí. Es solo que no he desayunado. Ha estado ocupado.

—¿Ocupado? ¿De vacaciones? ¿Nadie le ha dicho que se supone que hay que relajarse cuando estás de vacaciones?

—Él... ha estado ocupado con algo importante. Algo en la playa...

Kasia dirigió la mirada a la alfombra y se quedó mirándola hasta que se perdió en ella. Lentamente, las fibras color crema se transformaron en arena y el cuerpo de Charlene Harris comenzó a aparecer en el espacio. Su ritmo cardíaco aumentó.

—¿Estás bien, querida?

—Bien.

—¿Qué está pasando? Normalmente sé todo lo que ocurre aquí.

Kasia se volvió lentamente hacia Dayana. —¿Conoces a Charlene?

—¿Charlene? Sí, somos buenas amigas.

Tragando profundamente, Kasia explicó que habían encontrado el cuerpo de Charlene en la playa, y que Tomek estaba investigando su posible asesinato. Dayana reaccionó como Kasia había esperado: con la mano sobre la boca y un jadeo audible.

—No —dijo—, eso no puede ser posible. No lo creo. Algo así nunca ocurriría aquí. Nunca. Debe haber un error, un malentendido.

Justo cuando Kasia estaba a punto de responder, algo fuera de la ventana del salón llamó su atención. Una lancha policial uniformada pasaba a toda velocidad por delante de la ventana, con luces azules y blancas parpadeando, saltando sobre el agua y formando una gran estela.

—Dios mío —dijo Dayana mientras se levantaba del sofá y se apresuraba, tan rápido como le era posible, hacia la ventana—. No me lo puedo creer. Pobre Charlene.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Tomek observó cómo el barco se acercaba al embarcadero. Había recibido la llamada del operador unos momentos antes, notificándole que un sargento detective y un equipo de dos oficiales de escenas del crimen, junto con un jefe de escena del crimen, estaban en camino. Uno de los SOCO saltó al embarcadero, cogió una cuerda del capitán y amarró el barco al hormigón. Poco después, el equipo procedente de Colchester, donde se ubicaba la sede central de la Policía de Essex, desembarcó precariamente en la plataforma. Tomek se presentó con la mano extendida.

—Soy el sargento detective Rick Lawson —dijo el detective. Tenía una espesa cabellera rubia, con una barba igualmente densa a juego, y una mirada que sugería que se sentía superior a todos los que conocía. Especialmente a Tomek, como evidenciaba el hecho de que ni siquiera se molestó en mirarlo a los ojos, ni le estrechó la mano durante mucho tiempo. La retiró bruscamente y de inmediato comenzó a examinar el entorno, dirigiéndose hacia la isla.

—Jane Evers —dijo la jefa de la escena del crimen. Hablaba con suavidad, educadamente y con un ligero acento de Devonshire—. Y estas son mis compañeras, Karina y Farrah. Nos llevaremos el cuerpo de vuelta con nosotros en el barco para la autopsia.

—Entendido —afirmó Tomek con un gesto de cabeza—. ¿Querrías...?

—¿Dónde está ese cadáver? —gritó Rick desde el pavimento, con un tono impregnado de impaciencia. Miró su reloj—. ¿Crees que

puedes mostrarnos dónde está?

Jane miró a Tomek con gesto de disculpa.

—Está estresado —dijo, defendiéndole.

—Él no es quien encontró un cadáver esta mañana y tuvo que arrastrarlo hasta la playa intentando que toda la isla no se quedara mirando.

—¿Vais a venir o no? —gritó Rick.

Tomek ignoró al hombre y comenzó a ayudar al equipo de la escena del crimen a descargar su equipo del barco. Si había algo que no le gustaba ni apreciaba, era que le metieran prisa. El capullo le había hecho esperar más de dos horas para su llegada; estaba más que contento de tomarse un poco más de tiempo del necesario.

Estuvieron listos unos minutos después. Tomek, con la ayuda del equipo de la escena del crimen, llevó la mayor parte del equipo por las calles hacia la playa. Allí, se vistieron con sus trajes forenses de papel blanco y se desplazaron hacia el cuerpo de Charlene. Para su sorpresa, la sábana blanca seguía cumpliendo su función, al igual que el montículo de arena que la rodeaba.

—¿Hiciste tú esto? —preguntó Rick, con tono acusatorio.

—Fue lo mejor que pude hacer con los recursos limitados que tenía.

Las mujeres del equipo SOCO le ofrecieron cada una un gesto de apreciación. Entendían que las condiciones habían sido menos que ideales, y que Tomek se había visto obligado a actuar rápida y eficientemente si querían tener alguna posibilidad de recuperar cualquier evidencia de Charlene. Había puesto a trabajar sus años de experiencia, y ellas podían verlo.

Rick, mientras tanto, lanzó a Tomek una mirada de desdén mientras se agachaba y levantaba la sábana del cuerpo de Charlene. Al hacerlo, un torrente de arena voló por el aire y golpeó la cara de Tomek, raspando su piel y entrando en sus ojos. El hombre no ofreció ninguna disculpa, ni indicación alguna de que hubiera hecho algo malo.

Gilipollas.

Durante un rato, Tomek no dijo nada mientras el equipo de Colchester comenzaba a examinar el cuerpo. Una de las SOCO,

Farrah, sacó una cámara y comenzó a fotografiar el cadáver. Tomek le explicó que él ya había fotografiado el cuerpo y podía compartir las imágenes, si era necesario. A la cabeza del cuerpo, Jane y Rick apartaron el pelo de la cara de Charlene y estaban inspeccionando la marca roja que se había formado en su cuello. Una ráfaga de viento llevó el rancio hedor a las fosas nasales de Tomek. Este, combinado con el olor de las algas secándose, le hizo tener arcadas.

—¿Nunca has visto un cadáver antes? —gritó Rick, mientras Tomek se alejaba—. ¿O es que no tenéis que lidiar con este tipo de cosas en Southend? Solo tenéis un montón de crímenes con arma blanca y muertes relacionadas con drogas por vuestra zona, ¿no?

—¿Es eso lo que os ha llevado tanto tiempo en llegar? —replicó Tomek después de tragar la bilis—. ¿Habéis tenido un pequeño ataque de pánico porque por una vez teníais trabajo de *verdad* que hacer?

A eso, Rick no tuvo comentario.

Si existía algún tipo de rencilla o desacuerdo tácito entre las regiones de Southend y Colchester de la Policía de Essex, Tomek lo desconocía, pero por la forma en que Rick le había hablado, parecía que tenía algo personal contra él. Como si Tomek se hubiera meado en la puerta de su madre y le hubiera arruinado el jardín en algún momento. Sin embargo, si así era como Rick quería jugar, Tomek estaba más que feliz de complacer al hombre. Tenía frustración acumulada que necesitaba liberar después del asunto de Zeus y su suspensión. Y Rick parecía el objetivo perfecto.

—¿Cómo la encontraste? —preguntó Rick.

—A unos treinta metros dentro del agua, en medio del arroyo. —Señaló la herida en su cuello—. Eso fue por una cadena metálica. Estaba atada a una boya.

Rick parecía no estar escuchando.

—¿Cuándo se encontró el cuerpo?

Tomek consultó las notas en su teléfono y se lo dijo.

—¿Quién lo encontró?

—Un hombre llamado Derry Waterman. Trabaja en el Packing Shed en el agua. Estaba recogiendo ostras en ese momento. Lo hace todas las mañanas.

Rick le miró de reojo.

—¿Sabes todo eso?

—He estado ocupado. No iba a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada mientras os esperaba, ¿no? Menos mal que sé lo que hago.

—Ya veremos —susurró Rick mientras centraba su atención en los brazos y manos de Charlene. Un enjambre de moscardones zumbaba y revoloteaba en todas direcciones alrededor de su cuerpo. Rick espantó algunos, pero era inútil; seguían volviendo. Mientras tanto, dejaban a Tomek en paz. Quizás ellos también habían percibido que Rick era un imbécil, y habían decidido ponerse del lado de Tomek.

—¿Qué es esto? —Rick señaló la marca roja en la mano de Charlene.

—No tuve tiempo de examinarla —respondió él—. Esperaba que nuestro patólogo pudiera asesorarnos. O, mientras tanto, ¿nuestro equipo SOCO?

Jane, la jefa de la escena del crimen, dejó lo que estaba haciendo y se agachó para inspeccionar la mano. Su traje emitió un crujido mientras se movía.

—Parece algún tipo de quemadura química. La piel está muy inflamada. Podría haber entrado en contacto con algo, o tal vez alguien se lo hizo. No creo que el agua salada haya ayudado mucho.

—¿Qué podría causarla?

—Productos químicos, colega —intervino Rick antes de ponerse de pie y alejarse para hacer una llamada telefónica.

—Brillante —replicó Tomek cuando el hombre estaba fuera del alcance de su oído—. No se me había ocurrido. Habrá que añadirlo al Salón de la Fama del Pensamiento Brillante junto con el inventor del pan de molde y la fisión nuclear.

Cuando volvió a mirar a Jane, ella le estaba sonriendo.

—Ups, ¿he dicho eso en voz alta?

—Lo suficientemente alto para que yo lo oyera, al menos. —Se rio—. Ignóralo. Solo está estresado en este momento. Su mujer está a punto de dar a luz.

—Ah, ¿quieres decir que no es solo un gilipollas?

—Por desgracia, también lo es. Es solo que, ahora, está siendo *extra* gilipollas. Está bajo mucha presión.

—No puedo imaginar cómo se siente su pobre mujer: embarazada *y* además tiene que aguantarle.

—Solía fumar mucha marihuana, eso lo sé. Lo dejó cuando empezaron a salir. Así que probablemente solo se pone en ese estado mental cuando necesita calmarse y desconectar de sus quejas.

—¿Marihuana? ¿Él lo sabe?

Jane negó con la cabeza. Tomek sintió que las comisuras de sus labios se elevaban involuntariamente. No era una información particularmente útil para usar contra Rick. No había ningún beneficio en que él lo supiera. Pero, sin embargo, se sentía como una victoria, como si tuviera algo sobre el hombre que este desconocía por completo. Como si Tomek se hubiera subido a un pedestal infinitesimalmente más alto.

—No puedes decírselo —añadió Jane—. Eso realmente aplastaría su ego. Por no mencionar el matrimonio.

Tomek se hizo la señal de la cruz en el pecho y juró que moriría antes de hablar. No diría nada. A menos que fuera provocado, claro.

Un momento después, Rick regresó, guardando su teléfono en el bolsillo.

—Era la oficina —comenzó—. Jane, quieren el cuerpo lo antes posible. ¿Os parece bien a los tres embolsarlo y llevarlo al barco? Debería seguir allí.

Jane examinó el cuerpo frente a ella. No parecía sentirse cómoda.

—Te echaré una mano —ofreció Tomek.

—No, no lo harás. Tú y yo tenemos que hablar con Derry Waterman.

—No inmediatamente. No va a ir a ninguna parte. Como todos nosotros, está atrapado en la isla. Y la última vez que lo comprobé, los sargentos no superaban en rango a otros sargentos.

—Lo hacen cuando Colchester es quien lleva la investigación.

Tomek ignoró al hombre y se volvió hacia Jane. Karina y Farrah ya habían comenzado a descargar la bolsa negra para cadáveres de

su bolsa de viaje y la estaban colocando junto a Charlene.

—Déjame ayudarte con eso —dijo Tomek, mientras se acercaba a la cabeza y colocaba una mano debajo del cráneo de Charlene y otra en la parte superior de su espalda.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Encontraron a Derry sentado en un banco del parque a unos cientos de metros de la playa, todavía con su equipo de pesca, mirando al vacío en la distancia, contemplando los barcos y las aves. La depresión y la desesperación estaban profundamente marcadas en las líneas de su frente y mejillas, y sus ojos vidriosos parecían perdidos en sus pensamientos. Un cigarrillo colgaba de su mano y, a juzgar por la punta, llevaba ardiendo bastante tiempo.

Tomek lo llamó dos veces, pero no hubo respuesta. No fue hasta que se paró frente a él cuando Derry se dio cuenta de su presencia.

—Perdona por eso —dijo, dando golpecitos a la punta del cigarrillo y llevándoselo a la boca—. Estaba en las nubes.

—¿En algún sitio agradable? —preguntó Tomek.

Negó con la cabeza. —No sabría adónde ir. He vivido en la isla toda mi puñetera vida. Nunca he estado en el extranjero, nunca he visto nada del mundo aparte de lo que muestran en la tele. Una existencia bastante triste, ¿verdad?

—Sí, eso es realmente triste —espetó Rick—. Pero si no te importa, tenemos algunas preguntas que hacerte.

La espalda de Derry se tensó mientras se giraba hacia Tomek. —¿Quién es este?

—Mi homólogo. De la Policía de Colchester.

—Rick Lawson —dijo el hombre, mostrando su placa a Derry—. Soy el oficial investigador principal de este caso.

—¿Qué significa eso?

—Significa que estoy al mando.

Rick lo dijo con tal autoridad que Tomek supo que la afirmación iba dirigida a él. Rick lo había expresado, lo había lanzado al mundo, reclamando el papel de investigador principal antes de que Tomek pudiera hacerlo. Y como la Policía de Colchester llevaría la investigación desde sus oficinas, sin mencionar el hecho de que Tomek seguía suspendido, tenía todo el sentido que Rick estuviera al mando. Tomek simplemente habría preferido que el cargo fuera para alguien que fuera menos gilipollas.

—¿No puede simplemente contarle lo que ya le he dicho a él? —preguntó Derry a Rick, señalando con el dedo a ambos hombres—. Nos ahorraríamos tiempo todos.

—Prefiero oírlo de ti, si no te importa.

Derry puso los ojos en blanco sin molestarse en ocultar su descontento por la molestia. —¿Qué quieres saber?

—Cómo encontraste el cuerpo de Charlene Harris.

Derry suspiró sonoramente. —Me levanté por la mañana. Como hago siempre. Fui a las marismas, como hago siempre. Empecé a buscar ostras, como hago todos los días. Entonces vi su cuerpo en el barro, lo cual fue una mejora respecto al perro muerto que vi ayer, si quieres tanto detalle.

—¿Estaba el perro en el mismo lugar?

—No. A unos metros de donde encontré a Charlene.

—¿Están relacionados de alguna manera?

—¿Quiénes? ¿El perro y Charlene? No creo que ella estuviera metida en ninguna de esas relaciones con animales.

—No, idiota —soltó Rick—. Me refiero a si el perro era de Charlene.

—Era de Mick —respondió Tomek.

—¿Mick?

—Un tío que tiene una empresa de barcos turísticos en la isla.

—Vale. —Rick se volvió hacia Derry, aparentemente sin interés en más información sobre Mick—. ¿Y tú no tuviste nada que ver con la muerte de Charlene, verdad?

—No. ¿Por qué lo tendría?

—Tú dímelo. Fuiste quien la encontró.

—Eso no significa que la matara.

—¿La viste anoche?

—Estábamos en el pub con ella.

—¿Cuándo te fuiste a casa?

Derry se encogió de hombros. —Sobre la medianoche. Después de los fuegos artificiales.

—¿Qué hiciste después?

—Me fui a casa, como acabas de decir.

—¿Estás seguro?

La cara de Derry se contrajo como si estuviera sufriendo. Luego se giró hacia Tomek. —¿Es sordo?

—Responde a la pregunta, por favor —interrumpió Rick antes de que Tomek pudiera responder.

—Sí, estoy seguro de que me fui a casa. No estaba tan borracho. Aún conservaba todas mis facultades.

—¿Lo suficiente para matarla?

—Por el amor de Dios —dijo Derry, negando lentamente con la cabeza—. ¿Qué te hace pensar que lo hice yo?

Tomek sabía la respuesta a eso. Era la solución más fácil y rápida. Incriminar al hombre que la encontró. Echarle la culpa a Derry para poder volver a casa a tiempo para la emisión de la tarde de *Pointless* con un paquete de galletas Hobnob y una taza de té y, con suerte, el nacimiento de su hijo. Tomek lo veía claramente.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —respondió Rick.

—Sí, bueno, *él* ya hizo su trabajo antes y no me estaba acusando de haber tenido nada que ver —replicó Derry.

Rick habló con Derry pero miró a Tomek. —Bueno, quizá debería haberlo hecho.

Tomek mantuvo la mirada del hombre durante un largo momento. La mantuvo hasta que finalmente Rick cedió y apartó la vista.

Toma esa, capullo, pensó Tomek. —No hay nada malo en cómo actué e hice mi trabajo —dijo—. ¿Cómo te atreves? Si tienes algún problema con ello, te recomendaría que me enviaras un correo electrónico. Le echaré un vistazo cuando regrese. Hasta entonces,

agradecería que trataras a nuestro testigo clave con un poco más de respeto. Ha tenido una mañana traumática.

—Te has ablandado —fue la réplica.

—Nunca me has conocido antes. ¿Cómo puedes hacer tal afirmación?

Rick abrió la boca, pero Tomek lo interrumpió con un gesto de la mano. No iba a hacer esto delante de Derry. No iba a tener una discusión improfesional a pleno pulmón con un igual delante de un testigo clave. Había un momento y un lugar para eso.

—¿Has pensado algo más sobre quién podría haberle hecho esto, Derry? —preguntó Tomek.

—Ahora que lo mencionas —dijo Derry con animación, como si de repente cobrara vida al hablar con Tomek—. Ella había discutido con un tipo llamado Damien Westwood el otro día. Trabaja al otro lado de la isla, cerca del viñedo. Tiene su propia empresa de albañilería. Construye casas y eso. Y también hace algunos trabajos ocasionales por la isla para la gente.

—¿De qué iba la discusión?

—Bueno, hace un par de semanas, se suponía que él debía haber arreglado una grieta en una ventana, pero no lo hizo. Y luego alguien lanzó un ladrillo a través de una de las ventanas del pub, y tenía las iniciales de su empresa de albañilería, así que naturalmente ella pensó que él podría haber tenido algo que ver con eso.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Tomek estaba disfrutando del sonido del silencio. Le encantaba, de hecho. Sentado en el asiento del conductor, al mando del coche, con Rick a su lado, quien sin duda estaba encontrando fallos en su forma de conducir. Rick había optado por apagar la radio. Al principio, Tomek se había opuesto a la idea, pues quería algo que llenara el vacío, pero rápidamente empezó a disfrutar del sonido de la respiración pesada y frustrada de Rick. Había pensado en entablar una conversación educada —preguntarle sobre su carrera, sus aspiraciones; preguntarle por su esposa embarazada que estaba a punto de dar a luz—, pero luego decidió que no le importaba. El hombre le había dado una recepción tan gélida que no merecía las cortesías algo forzadas de Tomek.

La viña de Ian Kidd, "Wine by the Mer-Sea", estaba en el lado este de la isla, a diez minutos en coche. Antes de llegar allí, pasaron por el negocio de albañilería de Damien Westwood, un pequeño almacén construido, irónicamente, de acero y metal corrugado. En la explanada, palés de ladrillos de diferentes colores y tamaños estaban apilados unos sobre otros.

Tomek redujo la velocidad hasta detenerse en el aparcamiento de grava, y dejó el motor en marcha. La música, que retumbaba a través de unos altavoces, se filtraba en el coche. A través de las puertas abiertas del almacén, Tomek vio a un hombre atlético de pie junto a una hormigonera, vertiendo mezcla con cuidado.

—¿Es él? —preguntó Rick.

—¿Cómo voy a saberlo? No llevo una foto suya en la cartera —replicó Tomek—. Sé tanto de esta gente como usted.

Rick puso la mano en la manilla de la puerta.

—Podría haberme engañado. Les hace hablar con usted como si fuera un local.

Cerró la puerta de golpe después de salir. Tomek abrió la boca para protestar, pero el hombre ya estaba a medio camino a través de la explanada. Tomek observó cómo Lawson se acercaba cautelosamente al albañil, anunciando su llegada desde lejos, por si acaso le lanzaba un ladrillo a la cara por sorpresa.

Cuando se aburrió, Tomek metió primera y dejó a Lawson a lo suyo. Habían decidido separarse, para dividir y conquistar. En parte porque no querían estar en compañía el uno del otro, y en parte porque ambos pensaban que sabían más: Tomek insistía en hablar primero con el dueño del viñedo, y Lawson insistía en averiguar el paradero del albañil. Eran como dos bolas de bolos de igual peso dirigiéndose la una hacia la otra y, tras chocar, habían acordado rodar por caminos separados.

Tomek llegó al viñedo unos momentos después. La entrada estaba indicada por un pequeño letrero de madera. Tan pequeño, de hecho, que si no hubiera sabido lo que estaba buscando, lo habría pasado por alto. A su izquierda se extendía el viñedo, hilera tras hilera de parras, a igual distancia unas de otras. El sol brillaba sobre ellas magníficamente, iluminando su verde vibrante y saludable. A su derecha había una pequeña casa con un gran barco que resplandecía bajo el sol. Al final del camino de entrada, había una pequeña zona de recepción y tienda de regalos. Al lado, escondido detrás de un arbusto denso, estaba el letrero del Log Cabin Café que, también irónicamente, no estaba hecho de troncos en absoluto; en su lugar, estaba construido con ladrillos y acero negro. A lo lejos, una espesa columna de vapor salía de un edificio, ascendiendo hacia el cielo antes de finalmente desaparecer de la vista. Tomek aparcó en el lugar más cercano a la salida y se dirigió tranquilamente hacia la recepción. Familias deambulaban por el lugar, con niños pequeños corriendo arriba y abajo por el viñedo, sus gritos jubilosos resonando

por todo el espacio. Cuando se acercaba a la recepción, un hombre salió del edificio.

—¿Ian Kidd? —preguntó Tomek.

—No. Lo siento, colega —dijo el hombre y siguió su camino.

Tomek detuvo la puerta antes de que se cerrara, y se deslizó dentro. En el interior había un pequeño escritorio sin nadie detrás, sobre el cual descansaba un monitor de ordenador. Folletos de negocios locales colgaban de un tablón de anuncios detrás del escritorio. Tomek los examinó: carpinteros y mecánicos autónomos buscaban trabajo, junto con el Fowler's Café y el Victory Inn.

—¿Hola? —llamó Tomek—. ¿Hay alguien?

Pero no había nadie más alrededor.

A continuación, probó en el Log Cabin Café. Estaba lleno de clientes. Familias y parejas de ancianos que venían a comer algo ocupaban las mesas y sillas. La sala estaba decorada con objetos reciclados y reutilizados que colgaban de las paredes. Tomek nunca había visto tantas herraduras y cadenas de barco en su vida.

—Buenas tardes, señor —comenzó la adolescente detrás del mostrador—. ¿Qué puedo ofrecerle?

—A Ian Kidd, si está disponible.

La adolescente frunció los labios y negó con la cabeza.

—No le he visto hoy.

—¿Alguien le ha visto?

Ella apartó a su jefa de una máquina de café cercana. El nombre en su placa decía: Ariana.

—¿Ian? —comenzó ella—. Le vi esta mañana. Pero no sé dónde se ha metido. ¿Le necesita para algo? Puedo llamarle.

Tomek sonrió educadamente a las dos mujeres.

—Si no le importa.

Lo último que quería era que Ian Kidd hubiera huido.

—¿Esto no tiene que ver con lo que pasó con Charlene, verdad? —preguntó Ariana, cubriendo el micrófono del móvil con la mano.

Las noticias viajaban rápido en la isla.

—¿Qué le hace pensar que es por eso?

De repente, la mujer se volvió reservada. No respondió a la pregunta y un segundo después, colgó el teléfono.

—No contesta. Estoy segura de que no ha ido muy lejos. Puede quedarse a esperarle si quiere. Seguiré intentándolo mientras tanto.

—Gracias.

—¿Le apetece algo de beber mientras espera?

Tomek examinó el menú y los precios, se sorprendió por el coste de un simple café de filtro negro, nada demasiado extravagante, y luego decidió que no tenía sed, y que Ian Kidd era o bien un empresario astuto, o un ladrón.

Tomek encontró una silla cerca de la entrada y la apartó de debajo de la mesa. Mientras se acomodaba en el borde, sacó su teléfono y desplazó la pantalla por su historial de llamadas recientes. En la parte superior, encontró el nombre de Aidan Murray, y pulsó el número. El agente de policía acababa de responder a la llamada cuando algo llamó la atención de Tomek.

—¡Ian! —gritó Ariana, y rodeó el mostrador para correr hacia el hombre que estaba fuera.

La puerta se abrió de golpe y un momento después ella regresó, arrastrando a Ian Kidd detrás de ella como si fuera su madre y lo hubiera traído para disculparse con el profesor por una travesura anterior. Tan pronto como lo vio, Tomek no pudo evitar notar el parecido inquietante entre Ian Kidd y el actor de *Life on Mars* Philip Glenister. Los dos eran casi idénticos. El mismo pelo, la misma estructura facial, los mismos ojos severos y poderosos. La única diferencia, afortunadamente, era la voz. Ian hablaba con una voz profunda, de barítono, que tenía la misma frecuencia que un taladro neumático.

—¿Tiene algún lugar privado donde podamos hablar? La recepción estaba vacía cuando la visité hace un momento.

Ian se volvió hacia la gerente del café, dándole una mirada. Ariana entró en acción, rodeó el mostrador y le lanzó un juego de llaves.

—Sígueme —dijo Ian—. Sé exactamente dónde ir.

Tomek se había preguntado si le estaban llevando a su muerte. La realidad fue mucho menos aterradora: Ian lo había conducido al barco, *The Vineyard*, que había pasado con el coche al entrar. Era sorprendentemente espacioso por dentro, con un camarote y un espacio bajo cubierta lo suficientemente grande para cuatro o cinco personas. El olor a sal y algas impregnaba el aire, y Tomek podía sentir la sensación de sal seca en las superficies y los muebles.

—Menudo sitio —dijo mientras admiraba la decoración náutica.

—Apenas lo uso —respondió Ian—. La vida está tan ocupada que no puedo utilizarla tanto como me gustaría. Fue bueno sacarla al agua para la regata de ayer, sin embargo —Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras examinaba el interior del barco. Cuando sus ojos se posaron en Tomek, lo miró fijamente durante un largo momento. Luego chasqueó los dedos y dijo—: Pensé que te reconocía. ¡Eres el tipo que conquistó el palo engrasado!

—He hecho otras cosas en mi vida.

—Pero nada puede compararse con la descarga de adrenalina y el sentimiento de orgullo que sentiste ayer, ¿verdad que sí?

Ian Kidd colocó una mano firme en el hombro de Tomek, luego comenzó a palmearle los brazos. Como si fueran colegas. Como si fueran hermanos. Tomek había experimentado ese tipo de táctica antes. Esperaba que, en unos minutos, Ian Kidd quisiera abrazarlo fraternalmente.

Un paso demasiado lejos.

—Deberías estar orgulloso de ti mismo —continuó Ian—. Eso es todo lo que estoy diciendo, ¿de acuerdo? Lo hiciste muy bien.

—Hablando de eso —dijo Tomek—, tengo otro trabajo que hacer. Soy sargento detective de la Policía de Essex.

Con eso, el amor fraternal que había estado emanando por cada poro de la cara de Ian desapareció rápidamente.

—¿Un sargento detective? Oh, vaya. Eso no puede ser bueno. No estaré en problemas, ¿verdad? —Otra palmada, más débil esta vez, como si Ian de repente fuera consciente de que hacerlo con más fuerza podría justificar que Tomek lo arrestara por agresión.

Ian estaba pisando la delgada línea con mucho cuidado. Y Tomek quería estar allí para atraparlo cuando cayera.

—¿Cuánto tiempo lleva siendo dueño de este lugar? —preguntó.

—Ya veo —respondió Ian, cruzando los brazos sobre el pecho—. Clásica pregunta para desviar el tema. Jugando duro, ¿eh? Ya veo cómo es esto. ¿A qué lugar te refieres: a la cafetería o al viñedo?

—Al-

—Pregunta trampa. He sido dueño de ambos durante el mismo tiempo. Casi quince años. Soy originalmente de Peterborough, pero siempre he tenido familia por aquí. Y cuando mi padre falleció, entré en posesión de algo de dinero y pensé en darle un buen uso, así que compré este lugar, cuando la tierra era más barata y el coste de vida era como vivir en Europa del Este.

Tomek gruñó y pensó menos del hombre por la comparación.

—El negocio no siempre ha sido viento en popa, si me perdonas el juego de palabras, pero me ha mantenido a flote... ¡si me perdonas también ese!

Joder, el hombre era insufrible. Pero si Tomek quería información, iba a tener que perseverar.

—¿Dónde vende su vino?

—Estamos en todo el país. Por todas partes.

—Conozco el término. ¿Cuánto tiempo estuvo trabajando con Charlene Harris?

—¿Charlene? —Ian se rascó la parte inferior de la barbilla—. Creo que estuvo aquí unos tres años. Buena trabajadora. Mujer agradable. Destinada a cosas más grandes y mejores, que es exactamente lo que está haciendo. Ha dado buenos pasos allí en el Victory Inn.

Tomek estuvo de acuerdo con un sutil asentimiento de cabeza.

—¿Tuvisteis alguna vez peleas o discusiones?

—¿Peleas? En absoluto. No mientras trabajó para mí, al menos. Desde que se convirtió en la directora de la Asociación de la Isla de Mersea, no siempre nos hemos entendido, pero eso es igual con casi todos los demás miembros.

Tomek tomó nota mental. —¿En qué no estaban de acuerdo?

Ian se encogió de hombros. —En esto y aquello. Cosas relacionadas con el negocio. Nada importante en el gran esquema

de las cosas. Ella me sacaba de quicio y yo la sacaba de quicio a ella. Era simplemente la forma en que funcionaba nuestra relación.

—¿Hasta el punto de que usted quería matarla?

—¿*Matarla*? —Ian casi escupió la palabra—. ¿De qué coño estás hablando?

—La encontraron muerta esta mañana.

—¿Muerta?

—Sí. ¿Está familiarizado con el término?

Ian no respondió a la pregunta. Se pasó los dedos por el pelo y tomó asiento en el sofá, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, mirando fijamente la mesa que había sido encajada en el espacio reducido.

—¿Muerta? ¿Cuándo sucedió esto?

—En las primeras horas de la mañana. Calculo que entre la una y las seis.

—En plena noche. ¿Quién podría haberle hecho eso?

—Por eso estoy aquí.

Ian giró bruscamente la cabeza hacia Tomek. —¿Crees que yo lo hice?

—¿Lo hizo usted?

—No. Por supuesto que no. Y no tienes nada en qué basar esa acusación. Me parece abominable.

El tono de Ian cambió inmediatamente. Ya no era el tipo autodestructivo, amigable y humilde. Era el empresario decidido que había enfrentado uno o dos negocios complicados en su vida y sabía cómo conseguir lo que quería.

Tomek tocó la pantalla para activarla. —No he sugerido nada. Simplemente he hecho una pregunta. Quizás es tu conciencia la que te está volviendo paranoico.

—¿Paranoico? ¡No estoy paranoico!

Eso es exactamente lo que diría una persona paranoica, pensó Tomek.

—¿Dónde estuviste entre la una y las seis de esta madrugada?

—Dormido —replicó Ian—. Como una persona normal.

—¿No hiciste ningún viaje nocturno en *The Vineyard*?

Tomek se había dado cuenta poco después de la llegada de Rick Lawson de que estarían buscando a alguien que tuviera acceso a un barco, o al menos supiera cómo manejarlo. La marea habría estado alta durante las horas de la muerte de Charlene, así que un barco, un kayak u otro dispositivo de flotación habría sido vital para llevarla al agua. Desde allí, imaginaba que el asesino había envuelto la cadena alrededor de su cuello y la había arrojado por la borda.

—No. El barco estuvo fuera toda la noche. Solo lo traje de vuelta esta mañana.

—¿Alguien puede corroborar eso?

—¿Como quién? —espetó Ian, cada vez más irritado—. ¿Te refieres a la policía de barcos, que viene a asegurarse de que no estoy aparcado en una línea amarilla doble? Pfft. Por favor.

—¿Estuviste con alguien anoche?

—No.

—¿Estuviste en el pub?

—Sí.

Tomek no recordaba haberlo visto.

—¿Tomaste algo?

—Sí.

—¿Alguien te vio salir?

—Probablemente.

Tomek tocó la pantalla con sarcasmo. —¿Tienes algún nombre para mí?

Ian miró al suelo de nuevo y comenzó a negar con la cabeza. Apretó los labios, luego comenzó a asentir. —De hecho, sí tengo uno. Sí que tengo un nombre para ti, colega. Y te garantizo que vas a querer escucharlo.

Tomek no contuvo la respiración. —Adelante.

—Derry Waterman.

—¿Qué pasa con él?

—Él es a quien debes vigilar.

—¿Por qué?

Tomek dudaba en poner el nombre del hombre en su teléfono. Quería escuchar primero la justificación de Ian.

—Porque la odia. La detesta absolutamente. La *aborrece*...

—Voy a necesitar algo más concreto que eso. ¿*Por qué* la odia?

—Porque ella lo ha estado arruinando, como ha estado haciendo con la mayoría de nosotros, para ser justos, pero Derry lo ha sentido con más fuerza. Charlene ha estado exprimiendo su negocio por completo. Pagándole cada vez menos por muchos más suministros. También le devolvió un montón de ostras y pescado porque no eran del color correcto. Incluso escuché que dijo que no iba a pagar un envío porque llegó tarde y ella se perdió el almuerzo por eso. Ah, y por si fuera poco, le ha subido tanto el alquiler que se está volviendo insostenible para él. No hace mucho, necesitó que le rescataran porque no podía pagar los impuestos de la tierra, así que ella se ofreció a comprársela y cobrarle un alquiler por el terreno donde está el cobertizo. Luego fue y subió el alquiler hasta que es casi insostenible. Ha hecho lo mismo con un montón de otras personas en la isla también.

Tomek no dijo nada. Absorbió lo que estaba escuchando.

—Sí, así es —Ian comenzó a agitar el dedo—. Casi lo ha sacado de su negocio. Además, nunca se han llevado bien. Simplemente creo que no se caen bien. Él es con quien deberías estar hablando. Él es quien tenía el mayor motivo de queja contra ella.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Veinte minutos después, Tomek estaba de vuelta en la caravana.

Poco después de dejar a Ian Kidd, había recibido una llamada alarmante de Kasia, citándole urgentemente en el campamento Rosebank. Había saltado al coche y conducido lo más rápido posible, sin darse cuenta de que había dejado a Rick Lawson abandonado en DW Bricks. Da igual. Como investigador principal, Tomek estaba seguro de que el hombre era lo bastante ingenioso para encontrar por sí mismo el camino de vuelta a West Mersea.

Cuando llegó al lugar, encontró a Flynn de pie ante su puerta, con Kasia encajada en la entrada, protegiendo la caravana del intruso.

—¿Flynn? —dijo Tomek con cierta alarma en su voz. Estaba seguro de que no estaba ocurriendo nada siniestro o impropio entre ellos, pero cuando vio a un hombre adulto hablando con su hija adolescente —y alguien tan corpulento y robusto como Zeus—, sus instintos paternales protectores se activaron.

—Tomek —dijo Flynn, girándose—. Justo a quien quería ver. —Se quitó la mochila de los hombros y la sostuvo triunfalmente—. Tengo las fotos de antes listas para enseñártelas, si tienes algo de tiempo.

Tomek miró su reloj.

—Diez minutos. Y luego tengo que irme.

Tomek le hizo un gesto afirmativo a Kasia, y ella se apartó para dejar entrar al fotógrafo. Tomek le siguió a la caravana y le dijo que se instalara en la encimera de la cocina. En pocos momentos, Flynn

había sacado su portátil, lo había colocado y había cargado las fotos en su pantalla. Antes de mirar, Tomek ordenó a Kasia que fuera a su habitación. Ya había visto suficiente del cadáver de Charlene Harris. No necesitaba ver más.

—Tuve que eliminar algunas de las que tomaste. Tenían demasiado movimiento y salieron borrosas.

—Tanto para apuntar, encuadrar, disparar —murmuró Tomek para sí mismo.

—No es tan fácil como parece. Por eso nos llaman "profesionales". —Flynn pulsó la tecla de flecha en su teclado para pasar las fotos. A medida que las imágenes de Charlene Harris desde varios ángulos parpadeaban en la pantalla, Tomek fue transportado a los lodazales, y luego a la playa; reviviendo los acontecimientos de esa mañana. Mirando su rostro desvaído, atontado, vacío. No sabía por qué, pero manipular físicamente el cuerpo de Charlene había tenido un impacto mental mayor en él de lo que había pensado.

—Tuve que ajustar un par de ellas —continuó Flynn—. Una mosca se había metido en uno de los encuadres, así que la recorté.

La imagen en cuestión apareció en la pantalla. Mostraba la mano inflamada de Charlene. Excepto que esta vez había una ligera diferencia. En ella, Charlene llevaba un anillo fino. Su gema verde estaba fuera del encuadre, pero Tomek podía ver, con su escaso conocimiento de joyería, que era caro y probablemente había costado una fortuna.

—¿Tienes otra foto donde se vea? —preguntó Tomek.

Un par de clics después, Flynn encontró una. Le devolvía la mirada una fila de tres esmeraldas perfectamente engastadas en el metal.

—¿Qué ocurre? —preguntó Flynn.

—Vi el cuerpo hace aproximadamente una hora, antes de que se lo llevara el equipo forense, y no recuerdo haber visto eso —explicó.

Tomek cerró los ojos y recordó aquel momento: Rick había señalado la mano, cuestionando el origen de la inflamación. Y desde el ángulo de Tomek, habría visto el anillo. Pero no había estado allí, ¿verdad? No podía afirmarlo con certeza; tendría que esperar a que

las imágenes del lugar del crimen fueran procesadas y compartidas con él.

Si es que alguna vez lo eran.

—¿Dónde crees que fue a parar? —preguntó Flynn.

—Dudo que se cayera. No la habían movido durante horas.

—¿Alguien lo cogió? —Flynn cerró lentamente la tapa del portátil, como para pausar la muestra de imágenes a Tomek hasta que obtuviera la respuesta que necesitaba.

—Posiblemente.

—¿Pero quién podría ser? ¿Quién más estaba allí? ¿Quién más habría estado cerca del cuerpo?

Tomek conocía la respuesta. El grupo era pequeño. A Flynn le llevó unos momentos deducirlo.

—¿Yo, tú y Derry?

—Posiblemente. No me gustaría comentar nada todavía. No hasta que sepa con certeza que realmente falta.

Antes de que Flynn pudiera responder, sonó un golpe en la puerta. El repentino sonido rompió el silencio e hizo que Flynn saltara. Al otro lado del panel de cristal texturizado de la puerta había dos figuras. Una alta y ancha, la otra baja y delgada.

Tomek reconoció a una de ellas inmediatamente. El chaleco policial y la gorra que llevaba uno de los visitantes le delataban.

Abrió la puerta de golpe y encontró a Aidan Murray allí de pie, sosteniendo su gorra policial bajo el brazo, con Montgomery a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tomek—. Más importante aún, ¿cómo sabes dónde me alojo?

—Disculpas —respondió Montgomery, saludando inocentemente —. Fui yo. Preguntó por ti y lo traje aquí. Pensé que como era asunto policial quizás querrías saberlo. ¿Espero que no te importe?

Tomek inhaló bruscamente.

—No es ideal, pero ya no puedo hacer nada al respecto. ¿Qué ocurre?

—Es el Inspector Lawson, sargento —comenzó Aidan.

—¿Ha hablado contigo?

—No exactamente, sargento.

Tomek esperó a que el hombre lo soltara de una vez.

—Usó *algunas* palabras para hablarme, sí. Pero ninguna de ellas fue agradable. Allí estaba yo, de pie junto al Strood, tal como me habías pedido, haciendo mi trabajo y asegurándome de que nadie más saliera de la isla, cuando de repente aparece esta furgoneta con DW Bricks en el lateral, y de ella salta el inspector Lawson. Pensé que venía a comprobar mi estado, pero simplemente pasó como una tromba por mi lado y comenzó a meterse en el agua.

—¿Meterse en el agua? —repitió Tomek.

—Sí. Se metió hasta la cintura. Intenté llamarle para que volviera, pero no me escuchó.

—No lo haría —respondió Tomek—. Su bebé está en camino. Nadie, ni tú ni yo, iba a detenerle. Gracias por avisarme.

Miró alrededor del espacio, se dio cuenta de que había tres completos desconocidos en su hogar temporal, y dijo:

—¿Por qué no continuamos esta conversación en el pub? Creo que deberíamos usarlo como nuestro centro de operaciones. Cualquiera que me necesite o tenga algo que quiera consultarme, puede encontrarme allí. Cuanta menos gente sepa dónde me alojo, mejor.

—¿Vamos al *Winchester* a esperar a que todo pase? —preguntó Flynn emocionado.

Tomek sonrió con suficiencia.

—Sí, algo así.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

De camino a su improvisado cuartel general, Tomek había notado que la Cafetería Fowler estaba tranquila, así que se coló dentro. La campanilla sobre la puerta tintineó cuando la cerró tras de sí. El lugar estaba desierto, desprovisto de cualquier ser viviente excepto Bradley y la chica adolescente que trabajaba para él. Era muy distinto del ambiente bullicioso que había encontrado el día anterior.

—Siéntate —le llamó Bradley después de verle entrar—. Estaré contigo en un minuto. Con suerte esta vez no tendrás que esperar tanto por la comida y la bebida.

Sonriendo, Tomek encontró un asiento junto a la entrada y se giró para mirar por la ventana. Fuera, la marea menguante brillaba y relucía bajo el sol de la tarde. Nubes algodonosas se extendían en lo alto, tan finas que eran casi transparentes. Justo delante de él, un trío de gaviotas con malas intenciones revoloteaba junto a la puerta. Una de ellas le miró con recelo, girando la cabeza de lado a lado como si estuviera sobre un pivote.

—Si no tienes cuidado, esa encontrará la manera de entrar y te quitará la comida, el móvil, la cartera *y* las llaves —dijo Bradley.

—Sin mencionar mi amor propio.

—Difícil de conseguir en estos tiempos. —Bradley sacó de su delantal un bolígrafo y una libreta—. ¿Qué te pongo?

—Un café con leche y un momento de tu tiempo, si puedes permitírtelo.

Bradley inspeccionó la cafetería a sus espaldas, luego se volvió hacia la chica, que estaba absorta haciendo scroll en su móvil. —Seguro que puedo permitírmelo —dijo, antes de llamar a su empleada y pedir el café de Tomek. Tan pronto como oyó el sonido de la máquina cobrando vida, Bradley preguntó—: ¿Qué tal te está pareciendo tu estancia aquí?

—Como ver un partido del West Ham. Ha habido algunas cosas buenas, momentos prometedores... pero en general todo se ha ido al garete.

—Ni que lo digas —respondió Bradley—. Pero esa no era la reacción que esperaba.

Un momento después, llegó el café de Tomek. Le dio las gracias a la chica, y luego dio un sorbo. El líquido le abrasó los labios y rápidamente lo dejó, arrepintiéndose de su decisión.

—Estáis tranquilos hoy —observó Tomek.

—Muchísimo. Es raro. No sé adónde ha ido todo el mundo. Y el Victory Inn también está cerrado.

—Hay una razón para eso —dijo Tomek, y procedió a explicar lo que le había pasado a Charlene.

—Joder... —fue la respuesta del hombre—. No... no me lo puedo creer. ¿Cómo lo... cómo lo sabes?

—Soy policía. Resulta que estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno.

Hasta ahora, de todas las personas a las que había revelado su profesión, la reacción de Bradley fue la más genuina: parecía contento al escuchar la noticia, como si fuera algo bueno (que lo era, en realidad), mientras que todos los demás le habían dado a Tomek la impresión de que tenían algo que ocultar.

—¿Estás investigándolo ahora? —preguntó.

Tomek asintió lentamente. —Trabajas cerca de su local. Probablemente la ves con bastante frecuencia. Pensé en venir y ver qué sabes, si es que sabes algo.

—¿Yo? He estado aquí todo el día.

—¿Y en las primeras horas de la mañana?

—Estaba en casa. Dormido. Fui a la fiesta posterior un rato, pero me marché después de media hora. Estaba muerto de sueño.

—¿Fiesta posterior? —preguntó Tomek.

—Después de los fuegos artificiales, suele haber un gran evento en la playa. No oficial, claro. Fuego, música, baile, bebida. Charlene intentó convertirlo en algo oficial, pero por suerte no pudo ponerle las manos encima, de lo contrario habría eliminado toda la diversión, y el lugar habría estado repleto de niños y familias.

Tomek asintió lentamente. —Así que era una fiesta posterior solo para adultos.

—Sí. Pero no *en ese sentido*. No es sórdido ni nada parecido. Simplemente no queremos que el ambiente decaiga, si sabes a lo que me refiero.

A Tomek no le importaba. Estaba demasiado interesado en los detalles de la fiesta. Y más importante aún, en los asistentes.

—¿Quién estaba allí? —preguntó.

—Yo. Mi hermano, Tony. Damien. Flynn. Un puñado de personas que conozco del colegio y con las que he crecido.

—¿A qué hora te marchaste?

—Sobre la una, más o menos. Quizás antes.

Tomek tomó nota de la hora, comparándola con lo que ya sabía: a la una de la madrugada, Charlene todavía estaba en el pub, recogiendo. Leon no se había ido hasta aproximadamente esa hora, y había sido el último en ver a Charlene con vida.

—¿Dónde vives?

Bradley se lo dijo.

—¿Tienes que pasar por delante del Victory Inn de camino a casa?

—No.

—¿Te fuiste directamente a casa?

Bradley asintió.

—¿Te vio alguien?

—No.

—¿Viste a alguien?

—No.

—¿Alguien que pueda corroborar algo de esto?

—Mi hermano. Vivimos juntos en casa de mis padres. La heredamos después de que murieran.

—¿A qué hora regresó él?

Bradley se encogió de hombros. —Tendrás que preguntárselo. Yo estaba dormido, y salí por la puerta antes de que se despertara.

—¿A qué se dedica?

—Es fontanero. Autónomo. La verdad es que es muy útil tenerlo en la isla. Siempre está haciendo trabajos por ahí y siempre está disponible para arreglar cualquier cosa, ya sea aquí o en casa —explicó Bradley, intentando añadir algo de ligereza a la conversación.

—Si tengo algún problema con nuestra caravana ya sé a quién contactar.

Bradley se rio incómodamente. La gravedad de la situación se estaba filtrando lentamente, junto con la comprensión de que Charlene Harris estaba muerta y que a *él* le estaban interrogando en relación con ello. A Tomek le habría gustado tranquilizar al joven, pero esa no era su responsabilidad.

—Siento lo de tus padres —dijo.

El comentario sacó de repente a Bradley de su ensimismamiento y lo trajo de vuelta a la realidad. —Gracias. Fue duro, todavía lo es, pero lo vamos superando. Un día a la vez. Fines de semana ajetreados como este ciertamente ayudan a distraer mi mente.

—Excepto por lo que pasó esta mañana.

—Excepto por lo que pasó esta mañana —repitió Bradley.

—¿Cómo describirías tu relación con Charlene? ¿Erais amigos? ¿Teníais algún tipo de relación profesional? Tengo entendido que también formas parte de la Asociación de la Isla de Mersea...

Bradley asintió lentamente, procesando cada pregunta individualmente.

—Nos llevábamos bien —dijo, mirando fijamente la mesa. Mientras hablaba, Tomek dio otro sorbo a su café—. Éramos cordiales, profesionales. Pero no la conozco lo suficiente como para considerarnos *cercanos*. Y tampoco la llamaría mi amiga. Era una conocida.

—¿Y qué hay de vuestros negocios? ¿Os considerabais competidores? ¿Habéis tenido algún desacuerdo o altercado desde que te hiciste cargo?

Bradley intuyó que era una pregunta con segundas intenciones y levantó la mirada.

—¿Con quién más habéis hablado? —preguntó.

—Eso no es importante. Te agradecería que respondieras a la pregunta.

Inspirando profundamente, Bradley contuvo el aire un momento. Dos. Tres. Luego lo soltó por la nariz. —Quiero decir, has estado allí, ¿no? Seguro que has visto el menú. Es casi una copia exacta del nuestro. Especialmente el desayuno. Sabes, solo empezó a hacerlo hace unas semanas y ya está robándome un montón de clientes. Es más barata, tiene mejores cocineros y usa los mismos ingredientes frescos. Está creando un monopolio y me está sacando del negocio. Es verdad que queda algo de dinero en el banco de cuando fallecieron mis padres, pero eso no durará para siempre, así que he tenido que pensar en formas nuevas y creativas de reducir costes y ganar más dinero, pero con la reciente subida de cuotas que acaba de implementar, es casi imposible.

He tenido que pensar en formas nuevas y creativas de reducir costes y ganar más dinero, repitió Tomek internamente. ¿Te refieres a matarla y robarle el anillo?

—¿Tú también le debes esas cuotas?

Bradley asintió con solemnidad. —Todos los miembros de la Asociación tienen que pagar suscripción. Es algo nuevo que ella introdujo.

—¿Pero ella no es propietaria del terreno ni del edificio?

Bradley negó con la cabeza.

—¿Solo del Packing Shed, entonces?

—Ajá. Y del terreno para el mercado.

Tomek se tocó la barbilla. —Me da la impresión de que era una empresaria codiciosa que no temía aplastar al pequeño.

—Exactamente, y después de todo lo que mis padres hicieron por ella, ¿así es como nos lo paga? Nunca me ha parecido justo.

—¿Qué hicieron ellos?

—Cuando Charlene se hizo cargo del Victory Inn, enviaron a todos sus clientes allí, siempre hablaban muy bien de su comida y servicio al cliente, e incluso le dieron un préstamo para liquidar

algunas de las deudas pendientes que tenía. Creían que la marea creciente elevaba todos los barcos, y que podíamos compartir los clientes. Eso es lo que más me molestó de ella, sinceramente. Traicionó su amabilidad y la usó en su contra. Por eso, nunca he podido perdonarla.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

El olor a canela, que intentaba disimular sin mucho éxito el hedor a alcohol y arrepentimiento, impregnaba densamente el pub. Dentro, Tomek encontró a Flynn y Aidan apretujados en una pequeña mesa, cada uno con una Pepsi, sin mirarse el uno al otro, escudriñando la sala, habiéndose quedado sin temas de conversación. En cuanto Flynn reconoció a Tomek, el fotógrafo se levantó de un salto. Pero Tomek no le prestó atención. Algo más había captado su mirada y, como un urraca volando hacia el siguiente objeto brillante, se dirigió hacia allí con paso despreocupado.

—Creo que tendremos que poner tu nombre a ese taburete —dijo.

Lentamente, Mick Thorne, con su cabello lacio, grasiento y escaso, levantó la cabeza y se volvió hacia Tomek. Tenía los ojos inyectados en sangre, el rostro aún más, y el hedor a alcohol emanaba de sus poros sumándose al olor corporal. Su cuerpo se balanceaba de un lado a otro, como un barco meciéndose en el agua, y un fino hilo de saliva colgaba de la comisura de su boca, empapando su barba. Tomek dudaba que el hombre hubiera dejado de beber desde que lo habían mandado a casa. Aparte de la pinta medio vacía en su mano, la mayor evidencia era el arrepentimiento en sus ojos. El grito de auxilio. La mirada de desesperación, de desesperanza. El hombre necesitaba apoyo, y no había nadie a su alrededor para ofrecérselo.

—¿Qué dishessss? —masculló Mick.

En cuanto abrió la boca, la tristeza de sus ojos desapareció y quedaron vidriosos, como si la bestia que lo mantenía encerrado dentro de su propio cuerpo hubiera despertado y salido a la superficie, empujándolo hacia dentro. Muy, muy, muy adentro. Atrapado.

—Te pregunté si estás pagando alquiler por ese asiento. O si tiene tu nombre.

Mick lo miró con expresión vacía. —¿De qué cojnsss habss? Entraqui y t'mets con *misssentimients*. *Largatemi-puta-cara*.

A pesar de que las últimas palabras eran un completo sinsentido, Tomek entendió perfectamente lo que el hombre quería decir.

—No deberías estar aquí —continuó—. Se supone que este local está cerrado. ¿Cómo has entrado?

—¿Comocrss? —Se reclinó en la silla, desafiando las leyes de la física al hacerlo, y señaló la puerta detrás de él.

Tomek echó un vistazo a la barra. No había nadie allí. Todo lo que se podía oír era el sonido de Leon y los miembros de BLADE moviéndose por la cocina. Tomek agarró el vaso de Mick. El hombre intentó arrebatárselo, pero el movimiento fue tan cómicamente tardío que solo agarró el aire.

—¿Te has servido tú mismo, por casualidad?

Tomek podía ver que el hombre lo había hecho. Que se había servido un vaso o dos de detrás de la barra. Tomek se sorprendió de no haberlo encontrado tumbado detrás de la barra, con la boca bajo el surtidor de su cerveza favorita, dejando que un chorro constante de cerveza se vertiera en su boca como si fuera oxígeno.

—*Largateputa*. *Djam'ntranquilo*!

Tomek suspiró profundamente. Era evidente que el hombre no estaba en condiciones de ser interrogado sobre la muerte de Charlene. Pero eso no iba a impedirle intentarlo.

—No has salido al agua hoy, ¿verdad, Mick?

—¿Qué?

—Al agua. Tu barco. —Tomek hizo un sonido de motor—. No has salido al agua, ¿verdad?

—*¿De-q'habls?*

—¿Y anoche? No saliste a navegar anoche, ¿verdad, Mick?

Mick hizo una pausa. Tomek escudriñó el rostro del hombre buscando algún indicio de reflexión, pero no había nada. Había habido un leve destello de consciencia, como si el verdadero Mick hubiera salido a la superficie, pero inmediatamente había sido suprimido y había desaparecido.

—¿Has oído las noticias, Mick?

Mick lo miró con expresión vacía, con la cabeza bamboleándose y los labios moviéndose como los de un pez.

—¿Has oído lo de Charlene?

El hombre negó con la cabeza. Al menos, eso es lo que parecía, aunque Tomek no podía estar seguro.

—Ha muerto —continuó—. Anoche la mataron en el agua. No sabrás nada sobre...

—Bien —escupió el hombre. En su estado más que incoherente, esa fue la única palabra coherente que había pronunciado. Tomek pensó que era muy revelador.

—¿Por qué está bien, Mick?

Sin respuesta.

—¿Sabes algo sobre...?

Antes de que pudiera terminar la frase, Mick se dio la vuelta y se cayó de la silla. Su cuerpo parecía moverse a cámara lenta. Estaba en el aire antes de que sus brazos hubieran intentado agarrarse a algo. Se desplomó sobre la alfombra, cayendo pesadamente sobre su espalda y cabeza, con un sordo *golpe*. Sus ojos se abrieron de par en par antes de cerrarse lentamente de nuevo. La reacción inmediata de Tomek fue correr a su lado. Pero entonces Mick dejó escapar un constante gemido de dolor, y la preocupación de Tomek se disipó rápidamente.

—Suena como un animal moribundo —dijo Aidan Murray, acercándose apresuradamente. El agente de policía se inclinó junto a Tomek y, entre los dos, lo levantaron hasta sentarlo.

—¿Estás bien, Mick? —preguntó Tomek, pero fue en vano.

El hombre estaba fuera de combate. Tenía los ojos vidriosos, girando en la parte posterior de su cabeza. Perdido entre los demonios que lo habían absorbido.

Mientras lo izaban con gran esfuerzo, Aidan de repente soltó el brazo de Mick. El peso muerto del hombre tiró de Tomek y casi los envió a ambos al suelo.

—¿Por qué coño has hecho eso? —bramó Tomek.

—¡Se está meando encima!

Tomek no necesitó mirar los pantalones del hombre para ver de qué hablaba Aidan; el sonido de fluido corporal goteando sobre los zapatos de Mick, seguido por el olor a orina, fue suficiente.

—Por el amor de Dios. Este tío tiene la vejiga de un niño de dos años. Ayúdame, no puedo levantarlo yo solo.

—Pero...

—Es un poco de pis. Acostúmbrate. Verás mucho más de esto en tu carrera, y cosas mucho peores también.

Suspirando, Aidan agarró el brazo colgante de Mick y ayudó a Tomek a sentar al hombre en una silla más pequeña. Una gran mancha oscura se había formado en sus pantalones, y su cuerpo se inclinaba hacia un lado. Tomek y Aidan se cernían sobre él, con Flynn uniéndose poco después, pareciendo como si acabaran de matarlo y estuvieran tratando de decidir qué hacer con su cuerpo.

—Necesita ayuda —dijo Tomek.

—Necesita una ducha —respondió Aidan.

—Bien ofrecido —dijo Tomek, dándole una palmada en la espalda al agente—. Llévalo arriba, ¿quieres? Hay una habitación allí. Pídele a Leon que te dé la llave.

—¡No voy a ducharlo, joder. Eso no está en la descripción del trabajo!

—No he dicho eso. He dicho que lo lleves arriba. Nada de ducharlo. Cuando subáis, ponedlo en posición de recuperación y dejadlo dormir. Os ayudaremos.

A Flynn no le gustó la decisión más que a Aidan, pero a Tomek no le importaba. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse que hacer de niñera de dos adultos que no conocía. A regañadientes, y después de algunas miradas esperanzadoras hacia Tomek, Flynn y Aidan colocaron los brazos de Mick sobre sus hombros y comenzaron a arrastrarlo hacia las escaleras.

—Es tan vergonzoso —dijo Aidan.

—¿El qué?

—*Él*. Estar así.

—No —replicó Tomek mientras llegaban al primer escalón—. Lo que es, es triste. Hay que preguntarse por qué alguien acabaría así en primer lugar. Algo le ha llevado a depender del alcohol. Culpa a la causa, no al resultado.

Y por lo que Tomek había escuchado hasta ahora, Charlene Harris había sido claramente la causa.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Tomek reprimió un bostezo mientras se desplazaba silenciosamente por la gravilla. Estaba cansado, sorprendentemente cansado, y deseaba que el día terminara para poder sentarse frente al televisor y disfrutar de una cena de fish and chips que Leon había preparado para él y una gran ración de patatas para Kasia.

La bolsa de comida le calentaba la pierna mientras rebotaba contra su muslo. Todavía hacía calor, y el sol iba desapareciendo lentamente bajo el horizonte después de lo que había sido un día largo y agotador. El cielo era un tapiz de púrpuras y violetas, y una pesada quietud se había apoderado de la isla como si el lugar estuviera de luto, sus habitantes asimilando la muerte de uno de los suyos, conmocionados hasta la médula por el hecho de que alguien hubiera cometido un pecado cardinal.

Mientras Tomek deambulaba entre las casas prefabricadas, oyó a un niño gritar juguetonamente, rompiendo el silencio. Un muchacho, de no más de diez años, había comenzado a patear una pelota contra una caravana, y celebraba como si acabara de marcar un gol. Para festejarlo, imitaba la celebración de Cristiano Ronaldo, incluyendo su frase característica, que resonaba por todo el recinto. Un momento después, la pelota pasó rodando a su lado. Tomek se lanzó a por ella, casi desgarrándose el músculo isquiotibial, y la atrapó bajo su pie.

—¡Aquí! —gritó el chico.

Tomek bajó la mirada, levantó la pelota en el aire, dio un par de toques, y después la lanzó por encima de una de las caravanas.

—¡Cuidado con la cabeza! —exclamó, haciendo una mueca mientras la pelota desaparecía por el otro lado. Contuvo la respiración, preparándose para escuchar algo estrellándose contra el suelo.

Pero el ruido nunca llegó.

En cambio, el niño apareció por el otro lado de la caravana, con la pelota bajo su pie.

—¡Buen toque!

El chico le dio las gracias mientras Tomek se dirigía de vuelta hacia lo que sería su hogar durante el fin de semana.

—Eres como tu hija —dijo una voz.

El cuerpo de Tomek se tensó. Se volvió en dirección a la voz. Pertenecía a una mujer mayor que se asomaba por la ventana de su salón, aferrada a un cigarrillo.

—¿Perdone?

—Su hija. Kasia. Estaba pateando algunas piedras hace un rato. No se preocupe, no golpeó nada. Y además no quería que le contara nada al respecto, así que tendrá que guardárselo para usted. ¡Ups! ¡A veces no puedo contenerme!

—Ya —dijo Tomek, con un tono de cautela—. ¿Cómo sabe el nombre de mi hija?

—La invité a entrar hace un rato. Pensé que le vendría bien algo de compañía.

—¿Y ella entró?

—Estaba perfectamente segura.

A Tomek no le gustaba la idea de que Kasia se aventurara en la casa de una desconocida. Especialmente después de los recientes acontecimientos. Incluso si era una mujer dulce e inocente quien extendía la invitación.

—Me lo contó todo sobre usted —continuó la mujer—. ¿Es cierto lo de Charlene?

Tomek no respondió. Tuvo la clara impresión de que la mujer era de las que hablan, de las que abren la boca y comparten los

secretos más oscuros de sus amigos. Esperó a que ella le demostrara que tenía razón.

—Era una buena amiga mía —continuó la mujer—. Me llevaba muy bien con ella. Es una pena. No he podido pensar en otra cosa desde entonces. Me parece una locura que alguien pudiera querer hacerle esto.

Tomek permaneció en silencio.

—Kasia no dijo mucho sobre vuestra investigación, pero supongo que es porque solo es una adolescente y probablemente no sabe. No puedo creer que viera el cadáver. La pobre chica estaba tan conmocionada. —Bajó la voz e inclinó más el cuerpo fuera de la ventana—. ¿Ha hablado con Derry?

Tomek no dijo nada.

—¿Y qué hay de Ian? ¿Mick? ¿Stuart?

—¿Por qué pregunta específicamente por ellos? —inquirió Tomek, con el interés despertado.

—Porque ella tenía trapos sucios de todos ellos. Y más. Conocía los secretos de la mitad de la isla. Todos tenían algo contra ella por ese motivo. Y apuesto a que fue uno de ellos quien lo hizo. Y, como he dicho, Charlene y yo éramos amigas, lo que significa que yo también conozco todos los secretos. La cuestión es, Detective Sargento Bowen, ¿le gustaría a usted también escucharlos?

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Kasia soltó un pequeño grito cuando él entró en la caravana.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Casi me provocas un infarto!

Su pecho subía y bajaba rápidamente. Estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas contra el pecho, absorta en su móvil mientras la televisión zumbaba de fondo.

—Lo siento, colega. No pretendía asustarte —dijo, y luego levantó la bolsa de comida en el aire—. ¿Un poco de cena te hace sentir mejor?

Kasia se impulsó desde el sofá y corrió hacia él, dejando un rastro de cojines y mantas en el suelo a su paso.

—¡Me muero de hambre!

Tomek se rió. —Me lo imaginaba.

Colocó la comida sobre la mesa, buscó en los armarios platos y cubiertos, y luego preparó la comida. Kasia no perdió el tiempo. Cogió un tenedor y lo clavó en una patata antes de que él hubiera terminado de poner toda la comida en su plato.

—¡Está fría! —exclamó.

—Lo siento. Estaba caliente cuando salí, pero entonces me quedé charlando con tu nueva amiga, Dayana.

—Oh, ¿eso es lo que estabas haciendo? Me preguntaba por qué estuviste rondando por el recinto un rato. Por un momento pensé que la aplicación se había congelado.

Tomek inclinó la cabeza. —¿De qué hablas?

—Find My Friends. Miré antes para ver dónde estabas.

Tomek la miró como si estuviera hablando en un idioma diferente.

—Vas a tener que explicarme eso como si fuera tu abuelo.

Suspiró profundamente y puso los ojos en blanco. —A veces eres como el abuelo. Es una aplicación que te permite seguir las ubicaciones de algunos de tus contactos.

A Tomek le gustó cómo sonaba eso y le pidió a Kasia que lo configurara en su móvil. En cuestión de segundos, le había dado acceso para rastrear su ubicación tan rápido como si le hubieran dicho que parpadeara dos veces.

Cuando Tomek recuperó su móvil, dijo: —Dayana es todo un personaje, ¿verdad?

—Le encanta hablar —masculló Kasia con la boca llena de comida —. Es un poco entrometida.

—Sí... Muy curiosa —respondió Tomek pensativamente.

—¿De qué hablasteis? —preguntó Kasia.

—Más o menos de lo mismo que tú. De Charlene.

La adolescente de repente se quedó callada, pero continuó comiendo. Para Tomek era evidente que no quería abordar ese tema de conversación de nuevo.

—Hablando de amigos —dijo—. ¿Viste a tu otro amigo hoy?

Ella asintió lentamente y luego lo miró desde su plato, mientras se metía tenedores llenos de comida en la boca. —Es tan dulce, el pobre. Es adorable. A veces solo quiero cogerlo, meterlo en mi bolsillo y llevarlo conmigo a todas partes.

—Has cambiado de opinión.

—Porque me dijiste que fuera amable y abierta. Así que fui amable y abierta. —Dejó el tenedor y se acercó a la nevera—. Hoy me enseñó todos sus ositos de peluche. Tiene cientos, y dice que todos son sus favoritos. Luego hicimos algo de colorear. —Sacó una botella de Fanta de la nevera y corrió hacia el sofá. Regresó con una hoja de papel en las manos—. Me hizo este dibujo.

Tomek lo tomó. Era una imagen de la regata: el pontón, rodeado de docenas de barcos, con el palo engrasado ocupando el centro de la página. No era bueno ni técnicamente impresionante, pero era sincero y significativo.

—Pobrecito —dijo Tomek.

—Jacob me dijo que te lo diera.

—¿Tú recibiste uno?

Una sonrisa se extendió por su cara. —Me dio un dibujo de un barco.

—Qué bien.

Ella le mostró la imagen. En ella había un dibujo más logrado de un barco, como si Jacob lo hubiera practicado y dibujado docenas de veces.

—Muy bonito. ¿Y tú qué dibujaste?

—Nada. Todo era una porquería. Lo intenté, pero nunca he podido hacer otra cosa que no sean monigotes.

—Claramente eres hija de tu padre. Creo que lo máximo que puedo hacer es un sol, algunas nubes esponjosas y unos pájaros delgados como palillos que siempre parecen la letra M. —Tomek trazó el contorno en el aire.

Kasia se rió tan fuerte que casi escupió algo de comida.

—Al menos no voy a elegir arte para mis GCSE —dijo.

—¿Has pensado más en lo que quieres hacer?

—Un poco.

—¿Y?

—Historia. Español, quizás. E inglés. Quiero coger Tecnología de los Alimentos, pero no hay mucha gente más.

—Eso no debería importar. Haz lo que tú quieras. Siempre y cuando lo disfrutes. No elijas algo porque todos lo estén haciendo. Acabarás odiándolo y te arrepentirás.

—¿De dónde ha salido esa pieza de sabiduría tan perspicaz? —preguntó Kasia.

—¿De qué hablas? Siempre he sido muy *sabidurífico*.

Kasia se burló. —He tenido cepillos de dientes más *sabios* que tú. ¡Ni siquiera sabes decirlo correctamente!

—Ya basta. Puedes retirarte de la mesa y volver a lo que sea que estabas haciendo en el sofá.

Tomek le sacó la lengua mientras ella se dirigía al sofá, y comenzó a comer. Kasia tenía razón. Estaba fría. Casi tan fría como lo había estado el cuerpo de Charlene Harris. Pero no era eso lo que

le había quitado el apetito. Más bien habían sido las palabras de Dayana, y los secretos que había revelado sobre los residentes de la isla, que nadaban en su cabeza.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

La cabeza le palpitaba sin control. Sentía como si se hubiera hinchado hasta alcanzar el tamaño de un melón, presionando y presionando y presionando contra los laterales de su cráneo. Había intentado cerrar los ojos, ahuyentar el dolor y la intensa sensación de que se estaba muriendo, pero tuvo poco efecto. Incluso había intentado dormir, tragándose un puñado de somníferos y paracetamol con la esperanza de que lo dejaran inconsciente —sin matarlo—, pero incluso estos habían resultado ineficaces. Nunca antes había experimentado un ataque de pánico. Y esperaba no volver a hacerlo jamás; esa sensación abrumadora de pavor, de muerte, de que el mundo llegaba a un final repentino y horrible. La pesada e imposible presión en su pecho que lo había dejado tumbado en la cama, paralizado, incapaz de moverse o siquiera de responder a la puerta principal.

Sentía como si alguien, su propio monstruo de la parálisis del sueño, lo estuviera sujetando, riéndose de él, burlándose de él.

¡Charlene Harris estaba muerta! Charlene. *Charlene*. Era horrible, imposible. Le había costado asimilar el simple hecho de que estaba muerta, que se había ido para siempre.

Y lo que era peor, sabía quién era el responsable. Sabía cuál de las personas a las que llamaba vecino —*amigo*— la había llevado al agua, le había envuelto la cadena alrededor del cuello y la había dejado ahogarse.

Mientras yacía en la cama, había lidiado con la indecisión: contárselo a Tomek, el sargento detective, el profesional, el *policía*. O enfrentarse a la persona responsable.

Era una elección obvia. Por supuesto que lo era. Pero ¿y si se hubiera equivocado? ¿Y si sus ojos le habían confundido? ¿Y si hubiera visto algo que no estaba allí? ¿Y si su cerebro hubiera estado tan distraído por la maravillosa y decadente compañía de Crystal, tan atrapado en esa embriagadora euforia post-sexual, que su mente lo había inventado? ¿Y si hubiera visto a la persona equivocada y estuviera a punto de delatarla ante la policía? No podía permitirse cometer ese error.

No. Tenía que asegurarse. Sería mejor enfrentarse a esa persona. Hacerle saber lo que había visto.

Hacer que llegaran a algún tipo de... acuerdo.

Sí. Un acuerdo era lo que necesitaba. Uno que le favoreciera perfectamente.

Finalmente, tan pronto como tomó la decisión, la presión y el peso de su pecho desaparecieron, y sintió cómo el oxígeno inundaba sus pulmones. Por primera vez en horas, podía respirar de nuevo.

Ahora, inspirando rápidamente mientras recorría las calles oscuras, el aire se sentía espeso en sus pulmones, tanto que casi podía saborearlo.

La isla de Mersea dormía. Las calles estaban tranquilas. Las luces de las casas apagadas. El único signo de vida era el ocasional salón que parpadeaba en diferentes tonos de azul por la pantalla del televisor, y el sonido de música y risas que resonaba desde la playa en la distancia. Aun así, mantuvo la cabeza baja, su fina sudadera con capucha sobre la cabeza y su cuerpo en las sombras. Su cabeza giraba a izquierda y derecha, buscando a cualquiera que pudiera estar deambulando por la calle.

Afortunadamente, no vio a nadie.

Al acercarse a la puerta principal del asesino, redujo el paso y se detuvo después de cada pisada.

La luz del salón estaba encendida. Con cautela, conteniendo la respiración, con el cuerpo tenso de tensión, se acercó a la puerta principal y llamó.

En el profundo silencio, el sonido se amplificó, volviéndose casi ensordecedor. Escaneó los alrededores, alarmado. Y entonces el miedo se apoderó de él repentinamente; diciéndole que esto era un error. Que era un idiota por venir aquí. Que debería haber confiado en sus instintos e ir directamente a Tomek.

Al *profesional*.

Justo cuando se dio la vuelta para regresar a casa, la puerta principal se abrió, y apareció una figura, silueteada por la luz del interior. El hombre no dijo nada. Simplemente se quedó allí, inmóvil, con la mano en la puerta.

Fue entonces, mirando fijamente al hombre en el marco de la puerta, cuando se dio cuenta de que había acertado sobre el asesino. No cabía duda. Todas las dudas que habían invadido su mente habían desaparecido.

—Sé lo que hiciste —dijo, repentinamente invadido por la adrenalina—. Sé lo que hiciste, y lo sé porque te vi hacerlo. Te vi llevar a Charlene al agua y hacerle lo que le hiciste. Pero no diré nada, ¿vale? No diré nada, siempre y cuando tú y yo lleguemos a algún tipo de acuerdo. Uno que me beneficie más a mí que a ti.

El hombre dudó un momento, le observó con atención. Luego dijo:

—Muy bien. Creo que será mejor que entres.

CAPÍTULO
TREINTA

LUNES

Tomek jadeaba. Le dolían todos los músculos. Los hombros. Los antebrazos, los bíceps. Las piernas, las pantorrillas. Pero lo peor de todo era la parte baja de la espalda. La noche anterior había dormido como un muñeco de ventrílocuo —todo retorcido y desarticulado, con las extremidades desplazadas en ángulos extravagantes— gracias al horrible armazón de madera de la cama y al colchón de cartón que no le ofrecían ningún apoyo. Había dormido en algunos sitios particularmente desagradables en su vida, pero ninguno había sido tan malo como aquel.

Como resultado, todo su cuerpo le gritaba mientras se acercaba a la caravana. La carrera matutina alrededor de la isla había sido más rápida ahora que estaba acostumbrado a la ruta, y había completado su mejor tiempo hasta el momento. Aunque, no tener a Flynn con él para detenerse a hacer algunas fotografías y, por supuesto, no encontrar un cadáver en la playa, sin duda había contribuido a mejorar el tiempo, aunque se había permitido una breve parada en el lugar donde Charlene Harris había yacido sobre la arena. Un momento para contemplar y reflexionar, para meditar sobre todo lo que había visto, aprendido, *sentido*, durante el día anterior.

Se había equivocado respecto a Charlene Harris. Se había apresurado a juzgarla como una persona bondadosa y gentil, como una mujer para el pueblo. Pero cuanto más descubría, más se daba cuenta de que solo era una persona codiciosa y egoísta que tenía la intención de arruinar a todos los pequeños empresarios. Había inflado los alquileres y las cuotas de membresía para todos, y los había exprimido tanto que les costaba sobrevivir. Por eso, todos tenían un motivo, un rencor contra ella, una razón para detener el despojo.

Pero, más allá de eso, estaba lo que había descubierto la noche anterior. Lo que Dayana le había contado.

Había algo más en su asesinato que una simple vendetta empresarial. Charlene Harris sabía mucho más sobre sus vecinos del pueblo que el color de su pelo. Y ahora, Tomek también lo sabía.

Mientras corría por el perímetro de la isla, había visto a un puñado de residentes observándole atentamente, con sus ojos siguiéndole, vigilándole como si estuviera protagonizando una película. Los extraterrestres habían aterrizado y temían que Tomek revelara sus secretos al mundo.

Pero antes de que pudiera pensar en hacer algo, la puerta principal de la caravana se abrió justo cuando estaba a punto de insertar la llave. Kasia, con los ojos muy abiertos, sujetó la puerta para él y se hizo a un lado para dejarle pasar.

—¿Qué haces despierta? —preguntó Tomek, comprobando la hora en su reloj Garmin y deteniendo la actividad de carrera al mismo tiempo—. Son las siete y media. Esperaba que durmieras hasta las diez.

—¡Es mi cumpleaños!

—Exactamente. Por eso esperaba que durmieras hasta tarde. —Tomek puso su botella de agua en la encimera y examinó la sala de estar—. Ahora has estropeado la sorpresa.

—¿Te refieres a *esta* sorpresa?

Kasia corrió hacia su dormitorio. Apareció un momento después, llevando banderines de Feliz Cumpleaños y una bolsa llena de confeti.

—¿De dónde has sacado eso?

—Estaba en mi habitación, papá —dijo—. ¿De verdad creías que ibas a entrar, cogerlo *y* colocarlo sin despertarme?

—¿Sí? —dijo esperanzado. Debido a la falta de espacio en la caravana, se había visto obligado a colocar sus maletas en la cama vacía de la habitación de Kasia, y se había olvidado de sacar las decoraciones antes de irse.

—¿Puedo pedirte que vuelvas a dormirte durante unos diez minutos, por favor?

—No —dijo encogiéndose de hombros—. Te ayudaré.

—Ni de coña. No vas a ayudar a colocar *tus* decoraciones de cumpleaños. Eso destruye todo el propósito.

—No me importa —dijo.

—¿También te gustaría prepararte tu propio desayuno de cumpleaños? ¿Qué tal si te llevas a ti misma a comer y cenar? Me ahorras trabajo.

Y la vergüenza de explicar que no te he comprado nada.

La verdad era que no sabía qué regalarle. Y tampoco había encontrado tiempo para preguntarle. Había estado tan concentrado en distraerla de Zeus y Las Arpías que la había inundado de actividades y regalos en las semanas previas a su cumpleaños. Estaba sin blanca, ella ya había recibido todo lo que quería, y ahora no quedaba nada.

—Yo pondré las decoraciones —dijo—. Tú haz el desayuno.

—Negocias duro, joven Kasia, pero trato hecho. —Tomek se dirigió a la cocina—. Aunque, ya no puedo llamarte joven. Catorce años... te estás haciendo mayor. Antes de que te des cuenta tendrás veinte. Y luego, antes de que te des cuenta, tendrás *cuarenta*. Esa es mi edad. Y... y yo tendré setenta y algo...

—Cállate, papá. Puede que tú envejezcas así de rápido, pero yo no.

Riéndose para sí mismo, divertido por su inocencia y su ingenuidad, Tomek comenzó a preparar el desayuno: una doble ración de bacon y huevo, tres salchichas, dos hash browns y dos crujientes rebanadas de pan integral, coronadas con su propia receta de salsa holandesa para él. Y una versión vegetariana para Kasia, que consistía en lo mismo pero sin todas las partes buenas.

Veinte minutos después, el plato de comida grasosa estaba listo. Pero antes de que empezaran a comer, Tomek sacó una magdalena de uno de los armarios y encendió unas velas. Al verla, Kasia de repente se puso tímida. Hundió la cabeza entre las manos y miró a través de sus dedos mientras Tomek comenzaba una hermosa y francamente operística versión de "Cumpleaños feliz". Cuando terminó, Kasia sopló las velas, le agradeció con un abrazo, y luego dirigió su atención a su comida.

—Bien —dijo Tomek mientras se sentaba a la mesa—. Hora de comer. Feliz cumpleaños, colega.

Kasia no necesitó que se lo dijeran dos veces. Devoró la comida sin problemas, sin dejar nada en el plato. Mientras que Tomek, con poco apetito, dejó un tomate, un puñado de champiñones y medio hash brown en su plato.

—¿Vas a comerte eso? —preguntó Kasia, tenedor en ristre.

Tomek confirmó que no lo haría y Kasia se abalanzó con el utensilio, atravesando el tomate y el hash brown juntos antes de metérselos en la boca.

—Espero que hayas disfrutado de tu regalo —dijo él.

—¿Qué regalo?

—El desayuno.

—¿El desayuno?

—El tuyo, y lo que queda en mi plato.

Kasia miró lo que quedaba frente a ella. —Gracias... —dijo, sin estar muy segura.

—Solo bromeaba. En realidad no te he comprado nada —dijo él —. Pensaba que...

—No pasa nada —dijo ella con sinceridad—. No tienes por qué hacerlo. No quiero nada. Has hecho suficiente por mí este último año. Me has acogido. Me has ayudado con el colegio. Has comprado un nuevo lugar para nosotros. Y... y todo lo de Zeus... —Hizo una pausa para tragar el nudo que tenía en la garganta—. Sí, has hecho mucho. Un regalo de cumpleaños de mierda no va a suponer gran diferencia.

El cuerpo de Tomek se llenó de calidez. Era la primera vez que ella había expresado algún tipo de agradecimiento y aprecio por lo que él había hecho por ella en los últimos once meses que había estado en su vida. Lo llenó de orgullo, tanto que no supo qué decir. Sintió que se le enrojecían las mejillas.

—Como es tu cumpleaños, perdonaré las palabrotas. Tienes un pase libre por hoy, ¡pero solo por hoy!

La cara de Kasia se iluminó y sonrió, mostrando los dientes. —¡Joder, gracias por...!

Su momento de recién descubierta libertad para soltar palabrotas fue interrumpido por unos golpes fuertes y sostenidos en la puerta.

—¿Quién será ahora? —susurró Tomek mientras salía de debajo de la mesa y abría la puerta de golpe.

Frente a él, inclinado hacia delante como si estuviera escuchando a través de la puerta de cristal, estaba Stuart Simms, el dueño del mercado de la isla. El hombre que tanto le recordaba a Nick Cleaves parecía más cansado y angustiado desde la última vez que Tomek lo había visto, y estaba de pie con las manos detrás de la espalda, como esperando pacientemente algún tipo de aprobación.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Tomek con brusquedad. Salió de la caravana y cerró la puerta tras de sí—. ¿Cómo sabe dónde me alojo?

—Le pregunté a Flynn —dijo Stuart, con voz suave. Se masajeó la cabeza calva—. Me dijo que podía encontrarle aquí.

—Vale. Bueno, con todo respeto, preferiría que no se presentara sin avisar. Estoy celebrando el cumpleaños de mi hija.

Stuart levantó las manos en señal de disculpa.

—Por favor, perdóneme. Solo... necesitaba saber. Me enteré de lo de Charlene.

—De acuerdo...

—Y me preguntaba si ya habéis encontrado al que lo hizo.

—Las investigaciones continúan —respondió Tomek, soltando la respuesta estándar, la que había usado demasiadas veces cuando no tenía ganas de explicar la versión completa de los hechos o no creía que la persona al otro lado mereciera saberla—. Eso es todo lo que puedo decir en este momento. Pero tenga la seguridad de que estamos haciendo todo lo posible con los *limitados* recursos que tenemos.

Recursos limitados era quedarse corto. Todo lo que tenían era un sargento detective que estaba cumpliendo una suspensión, mientras que el otro estaba de baja por paternidad repentina e improvisada; un agente uniformado con tanta experiencia policial como un Jack Russell; y un pequeño equipo forense que presumiblemente había terminado su trabajo para el fin de semana y nunca volvería.

Recursos limitados ni siquiera empezaba a describirlo.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Stuart, empezando a retroceder lentamente.

Justo cuando Tomek estaba a punto de cerrarle la puerta a Stuart Simms, otra voz lo llamó. Esta vez era de una completa desconocida, alguien a quien no había tenido el lujo de conocer antes.

—Disculpe, señor detective —gritó ella, acercándose hacia ellos tan rápido como podía, vestida con unos vaqueros y botas de montaña—. ¡Señor detective, señor!

Joder, no. Otro más no.

—¿Alguien ha publicado mi ubicación en un grupo de WhatsApp o algo así? —susurró Tomek. Esto se estaba saliendo de control. Pronto tendría gente presentándose para pedir vales de comida y apoyo financiero.

—¡Es Derry, señor detective! —gritó la mujer mayor mientras se acercaba.

—¿Qué le pasa? —llamó Tomek.

—Ha desaparecido, señor. —Finalmente se detuvo al final de la casa estática. Claramente eso era lo más lejos que podía llegar—. Nadie lo ha visto.

—¿Ha mirado en las marismas?

Pero entonces Tomek recordó que no había visto al hombre en su carrera matutina. Lo había buscado, había rezado para que no hubiera más cadáveres, pero no lo había visto. En ese momento no le había dado importancia. Que quizás Derry estaba tomándose un día libre para recuperarse mentalmente del agotamiento y la emoción del día anterior. Que quizás, por primera vez en treinta años, no había querido aventurarse en las marismas por miedo a encontrar algo más allí fuera.

Quizás se había equivocado al pensar eso.

—He preguntado por ahí y nadie lo ha visto esta mañana. Y también ha desaparecido su barco. Nunca sale de la isla sin él.

Tomek miró fijamente a la mujer. —¿No cree que quizás haya salido al mar?

La mujer consideró el punto. Luego sacudió la cabeza vigorosamente, como si cualquier sugerencia que no fuera la suya fuera idiota.

—Usted no es de por aquí. Pero yo sí, y mi marido también. Y cuando él dice que algo va mal, algo va mal.

Tomek se volvió hacia Stuart Simms en busca de apoyo.

—Si no está en las marismas como suele estar, entonces no se me ocurre dónde más podría estar —dijo Stuart. Luego levantó el pulgar, señalando detrás de él—. Me voy a marchar, parece que tiene mucho que atender. Si tiene tiempo, me encantaría que ambos pasaran por el mercado hoy. Tenemos muchas cosas interesantes. Y ese bonsái que estaba mirando todavía está allí.

Con eso, Stuart se despidió con la mano y desapareció por la esquina de la caravana. Tomek no estaba seguro si era el sol de la mañana temprana que le golpeaba, el hecho de que todos en la isla sabían dónde vivía, la posible desaparición de Derry Waterman, o las salchichas y el bacon frescos que podrían haber resultado poco hechos, pero algo le estaba haciendo sudar.

Afortunadamente, antes de que pudiera comenzar a pensar en cualquiera de los asuntos urgentes de forma coherente, sonó la bocina de un coche. Tomek se asomó por el marco de la puerta y vio a Aidan aparcado en el pequeño estacionamiento, con el sol reflejándose en las franjas de su uniforme.

Tomek le indicó que tardaría cinco minutos, tranquilizó a la mujer con la promesa de que investigaría el asunto, se despidió de Stuart y luego cerró la puerta tras él.

—Lo siento, Kash, pero...

—No pasa nada —dijo ella—. El deber llama. Ve y diviértete. Pero no vayas al mercado sin mí.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

No había nadie en casa. Ni en la casa de Derry Waterman ni dentro de la cabeza de Aidan Murray. Tomek le había hecho una pregunta hacía treinta segundos, y seguía sin obtener respuesta.

La repitió.

—Un pajarito me ha dicho que ya habías tenido un encontronazo con Charlene Harris antes de ayer —dijo.

Aidan terminó de dar marcha atrás y luego avanzó con el coche. No fue hasta que iba a cincuenta y dos kilómetros por hora en una zona limitada a cincuenta que finalmente respondió a la pregunta de Tomek.

—No fue nada importante —contestó Aidan.

—Para ella sí lo era. Alguien había lanzado un ladrillo a través de su ventana.

—Sí, y le dije que me encargaría del asunto. Pero esa zorra no me dio tiempo, así que ¿sabes qué hizo?

Tomek lo sabía. Lo sabía de segunda mano por Dayana. Pero quería oírlo directamente del hombre en cuestión.

—Me delató. Fue por encima de mí y presentó una queja. ¡Era literalmente mi segundo día!

Tomek podía entender la frustración del hombre, él mismo había recibido su buena cantidad de quejas en el pasado, pero eso no justificaba su comportamiento. —Pero simplemente lo dejaste y no hiciste nada al respecto, ¿verdad? —señaló—. ¿Por qué?

Respirando profundamente, Aidan dijo: —No lo *dejé* simplemente, ¿vale? No soy así. Solo... extravié mis notas.

—¿Y no querías pasar por la vergüenza de volver y pedirle la información de nuevo?

—Sí.

—¿Así que en lugar de eso te complicaste las cosas diez veces más?

—No soy perfecto, ¿vale? La cagué. Sé que lo hice. No debería haber perdido la libreta, pero esa zorra no tenía por qué ir y presentar una queja sobre mí de esa manera, ¿verdad? Hizo ver como si yo no hubiera hecho nada respecto al incidente. Como si me estuviera tocando las narices sentado en mi trasero. Pero te aseguro que hablé con un par de vecinos para ver si habían oído o visto algo.

—¿Y lo habían hecho?

—No. Nadie había visto nada. Era un callejón sin salida. Un caso sin futuro. Y no creí que mereciera la pena gastar recursos en hacer análisis de ADN del ladrillo. Si ella hubiera tenido CCTV en el lugar, entonces tal vez podría haber hecho algo al respecto. Pero... no pensé que llegaría a ninguna parte.

—¿Cómo podrías haber sabido que la situación podría escalar y eventualmente culminar en su muerte? —comentó Tomek. No estaba seguro de si los dos sucesos estaban conectados de alguna manera, pero tampoco era un gran creyente en las coincidencias. Las cosas generalmente ocurren por una razón, y en su mente, quien hubiera lanzado ese ladrillo había tenido algo que ver con el asesinato de Charlene.

—Deberías haber visto su cara cuando me vio en la regata el otro día —continuó Aidan—. Estaba furiosa. Me hizo frente. Amenazó con hacerme echar de la isla para que enviaran a otra persona a vigilar el evento. —Se rio para sí mismo—. Poco sabía ella que nadie más quería venir. Yo era el único. Su ego y su importancia personal hipertrofiada se interpusieron. Al final, simplemente la ignoré y seguí con lo mío.

Tomek percibió que el hombre seguía furioso por dentro. Desde la forma de hablar hasta la manera en que apretaba la mandíbula, algo más profundo y quizás incluso más siniestro burbujeaba bajo la

superficie. Había una agresividad ahí, una frustración. Pero el hombre era aún joven, novato, inexperto. Tenía mucho que aprender, y pronto se daría cuenta de que había muchos capullos ahí fuera, y que a veces había que aguantarlos, olvidarlos y seguir adelante. No se podía dejar que las cosas se enquistaran, o de lo contrario te consumían. Tomek había sido igual a su edad. Había sentido lo mismo, reaccionado igual. Y había aprendido la lección por las malas.

Lo mismo le ocurriría a Aidan. Pero no ahora.

Llegaron al Victory Inn poco después. Cuando arribaron, el aire exterior estaba cargado y húmedo, y era un contraste desagradable con el aire acondicionado del interior del coche. De pie fuera del jardín de la cervecería, hablando por un auricular, había un hombre que Tomek no reconocía, y sin embargo alguien con quien inmediatamente sintió cierta familiaridad. La manera en que se paraba con el pecho hinchado. La postura que sugería que había estado de pie durante las últimas veinticuatro horas. Tomek tuvo la misma vaga sensación de reconocimiento que había sentido cuando vio a Rick Lawson saltar del barco.

Excepto que este hombre ya había llegado del barco y estaba esperando.

En cuanto vio a Tomek y Aidan acercarse, el hombre colgó el teléfono y se guardó el dispositivo en el bolsillo.

—Por fin —dijo, dirigiéndose a Aidan.

Luego su mirada cayó sobre Tomek. El hombre lo estudió intensamente, observando a Tomek con su camiseta y pantalones cortos.

—¿Y tú quién eres?

Tomek extendió una mano. —Detective Sargento Tomek Bowen. De Southend.

El hombre miró la mano de Tomek con desprecio. —¿El tipo suspendido? No deberías tener nada que ver con esta investigación.

Tomek ignoró el comentario. —Lo siento, no he captado bien. ¿Su nombre es?

Por el rabillo del ojo, Tomek vio cómo Aidan se agitaba incómodamente. Se volvió hacia Tomek, sorprendido por la

revelación.

—Inspector Hadland. Del mismo equipo que Rick. Asumiré el cargo de SIO en su ausencia. Y ciertamente no necesitaré *tu* ayuda en este caso. No después de lo que oí que pasó en el Castillo de Hadleigh. Puedes seguir con tu día.

Tomek hizo una pausa, contuvo la respiración, se mordió la lengua. El santurrón cabroncete. ¿Quién demonios se creía que era? Quería lanzarse en una diatriba contra el hombre, gritarle en la cara, criticarlo duramente por tomar una decisión tan estúpida. Pero entonces se dio cuenta de que eso solo reforzaría más la decisión.

—¿Está seguro? —preguntó Tomek—. Llevo aquí dos días más que usted. He visto el cuerpo, incluso lo he manipulado. He tratado con los testigos clave. He llevado a cabo la mayor parte de esta investigación sin ninguna ayuda de usted o de Rick, que decidió largarse en mitad del día. Me necesita. Pero si no me *quiere*, que así sea. Usted pierde. Tengo que celebrar el cumpleaños de mi hija.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

Tomek salió de la terraza del bar y se dirigió directamente a la cafetería Fowler's. Aunque había desayunado hacía menos de una hora, su estómago ya rugía. A menudo bromeaba diciendo que adoptaba una mentalidad militar en su día a día cuando se trataba de comida: come mucho porque nunca sabes cuándo será tu próxima comida. La única diferencia para Tomek era que aplicaba esa filosofía en cada comida: desayuno, almuerzo y cena. Excepto, al parecer, en sus comidas de este fin de semana; los acontecimientos del asesinato de Charlene claramente estaban afectando a su apetito.

El ambiente dentro de Fowler's aquella mañana contrastaba notablemente con la visita de Tomek del día anterior. La máquina de café silbaba y salpicaba con vida y la música sonaba de fondo, ofreciendo una agradable banda sonora al bullicio general y al murmullo de conversaciones en el interior. Era como si la isla hubiera terminado el luto por Charlene y hubiera seguido adelante rápidamente. O bien los clientes estaban allí para celebrar su vida, o para celebrar su fallecimiento.

Y si había algo que había aprendido sobre la relación de Charlene con los residentes, lo más probable es que estuvieran allí para celebrar lo segundo.

—Buenos días, Tomek —lo llamó Bradley mientras terminaba de colocar un plato de comida frente a un cliente—. Siéntate donde quieras y enseguida estoy contigo. ¿Lo mismo que ayer?

Tomek ignoró la oferta de asiento de una pareja que se marchaba, y en su lugar se dirigió al mostrador, siguiendo de cerca a Bradley. Unas oscuras bolsas colgaban bajo los ojos del hombre y sus mejillas parecían cerosas.

—Hoy es el cumpleaños de mi hija —comenzó Tomek—. Y me preguntaba qué tenías en cuanto a dulces. Un par de cupcakes o algo más grande. No necesitaremos mucho, solo somos dos. Y si pudieras prepararnos un café para cada uno, sería genial. Un moca para ella y un café con leche para mí.

Bradley asintió, y luego inmediatamente le dio la espalda a Tomek y alcanzó una bandeja con cupcakes y porciones de tarta. Justo cuando Tomek estaba a punto de hablar, un hombre de unos cuarenta y pocos años que estaba apoyado en el mostrador, vestido con un mono de trabajo y un polo gris sucio, comenzó a hablar en voz alta.

—Como te estaba diciendo, tío, solo digo que debería haberlo visto venir.

Los ojos de Bradley se abrieron de par en par. Rápidamente miró incómodamente entre el hombre y Tomek, y luego se quedó paralizado, demasiado perplejo para moverse.

—¿De quién hablas? —preguntó Tomek, olvidándose ya de los pasteles y las exquisiteces dulces.

—Ya sabes, ¿esa mujer que murió ayer? —dijo el hombre en voz alta. Su voz era profunda y de barítono, y resonaba por toda la cafetería. El tipo de voz que oirías desde el otro lado de un estadio de fútbol abarrotado.

—No la conozco personalmente.

—Vale. Bueno, ¿has oído lo que le pasó, verdad?

—Más o menos —respondió Tomek.

El hombre se acercó e intentó bajar la voz—. Bueno, según los rumores, la mataron dos personas.

Esto era nuevo para Tomek.

—¿*Dos* personas?

—Al parecer tenía tantas personas que la odiaban, que decidieron unirse y hacerlo.

Tomek fingió estar sorprendido. Mientras tanto, Bradley seguía mirando entre los dos hombres, tan absorto, tan inmerso en la conversación que no oyó a un cliente dirigiéndose a él—. ¿La policía ha encontrado alguna prueba de eso?

—¡Puff! Los polis tienen más posibilidades de encontrarse sus propias pollas que de encontrar pruebas que les digan quién lo hizo. Me sorprende que no hayan pasado por las casas de todo el mundo preguntando por dónde se va a la carretera principal para poder multar a alguien por exceso de velocidad en lugar de buscar a su asesino. Aunque, si me preguntas a mí, no hace falta pillarlos. Nos han hecho un favor a todos con esa.

Tomek estaba estupefacto. Llevaba puesto su manto de anonimato de nuevo, y el hombre estaba soltando todo, sin reservas.

—Perdona —dijo—, no he oído tu nombre.

—Tony —comenzó Bradley, introduciéndose repentinamente en la conversación—. Este es...

—Tomek Bowen. Pero puedes llamarme Tom.

—¡Tom! —exclamó Tony—. Un placer conocerte. Un nombre bueno y fuerte. Suena como Tony así que espero no olvidarlo. —Señaló con un dedo sucio a Bradley—. Veo que ya has conocido a mi hermano pequeño.

Tomek le lanzó una rápida mirada al menor de los Fowler—. Sí, he venido un par de veces. Bonito local que tenéis aquí. ¿Tú... tú también ayudas a dirigirlo?

—¿Yo? ¿En este sitio? —se burló Tony—. Nunca. No tengo paciencia con la gente. Prefiero que me dejen hacer mi trabajo sin que la gente me moleste o me cuestione cada dos segundos.

—¿Y a qué te dedicas?

—Tony es fontanero —intervino Bradley, como si no se lo hubiera dicho ya a Tomek—. Ha hecho un par de trabajos por aquí y para algunas otras personas en la isla.

—Sí, y también hice uno para esa zorra de al lado.

—¿Para Charlene? —preguntó Tomek, fingiendo inocencia.

—Sí. —Tony se frotó la parte inferior de la nariz con el dorso de la mano—. Hace un par de semanas. Tenía problemas con

radiadores que goteaban. Me llamó, me preguntó si podía echarles un vistazo. Le dije que no había problema, así que fui allí enseguida. Cuando llegué, resulta que solo necesitaban un poco de apriete, excepto uno que necesitaba un cabezal nuevo, y eso fue todo. Trabajo hecho. Pero cuando le dije cuánto iba a costar, perdió los estribos y se negó rotundamente a pagarme. Imagínate, yo, autónomo, tengo que pagar toda mi mierda, apenas gano lo suficiente a fin de mes, y ella no quiere pagarme lo que me debe. ¡Ridículo!

—¿Cuánto le cobraste?

—Doscientas libras.

Tomek casi estalla en carcajadas. No era la cantidad lo que hacía gracia a Tomek, sino la cara de póker con la que Tony lo dijo. Como si realmente creyera que su trabajo en los radiadores de Charlene valía tanto, y no iba a escuchar nada diferente.

—Y hasta hoy sigue sin pagarme —continuó Tony—. Ahora nunca voy a conseguir ese dinero. Tal vez debería ir al pub y llevarme a casa el equivalente a doscientas libras en cerveza. La verdad es que me hubiera venido bien anoche.

Los ojos de Bradley se abrieron con miedo. Por suerte para él, la barista le tocó en el hombro y le pasó las bebidas. Nervioso, las tomó y las colocó en la barra.

—¿Y también querías ese pastel, verdad?

Tomek ignoró a Bradley y se dirigió a su hermano. —¿Qué pasó anoche?

El fontanero se encogió de hombros. —Nada especial. Solo fuimos unos cuantos a la playa a tomar unas copas.

—¿Hasta qué hora?

Otro encogimiento de hombros. —Tarde. Después de medianoche quizás. Tal vez la una.

—¿Estaba Derry Waterman con vosotros?

Negó con la cabeza.

—¿Lo viste en algún momento?

—De camino a casa, sí. Iba caminando por la calle. Llevaba la capucha puesta y caminaba muy rápido. Parecía que iba a algún sitio. Pero no tengo ni idea de dónde.

—¿Hablaste con él?

Tony inclinó la cabeza hacia un lado. —¿Por qué tanto interés?

—He oído que ha desaparecido. Nadie lo ha visto esta mañana, y su barco no está en el agua.

—¿Desaparecido? —preguntó Bradley, con tono preocupado—. ¿No creerás que podría haber... podría haber hecho alguna tontería?

Tomek se encogió de hombros. —Ni idea. La policía tendrá que investigarlo.

—¡Bah! Pocas posibilidades de que eso ocurra. Llegará la próxima edad de hielo antes de que esos hagan algo. En cuanto a Derry, seguro que está bien. Probablemente iba a encontrarse con otra fulana o algo así. El pobre desgraciado seguramente todavía está intentando deshacerse de la de la otra noche.

—¿Una fulana? —preguntó Tomek, aunque conocía el rumor de que, en ocasiones, habían visto a Derry dejando entrar a mujeres desconocidas en su casa en plena noche. Y luego las echaba solo unos minutos después, una vez que había terminado con ellas...

—Prostitutas —explicó Tony—. El viejo Derry tenía debilidad por la compañía comprada y pagada, el muy perro.

Tomek asintió mientras asimilaba la información. Dayana no lo había expresado de manera tan elocuente, pero entendía a lo que Tony se refería.

—Vi entrar a una en su casa la noche del asesinato de Charlene —continuó el fontanero.

Eso era nuevo para Tomek. Derry no había dicho nada sobre pasar la noche con una prostituta. Si lo hubiera hecho, habría tenido una coartada más sólida. Antes de que Tomek pudiera decir algo al respecto, habló el hermano Fowler más joven.

—¿Algo más para ti? —Volvió a levantar el expositor de pasteles.

Tomek volvió en sí y negó con la cabeza. —Creo que lo dejaré por ahora. Los cafés servirán. ¿Cuánto te debo?

—Nada —respondió Bradley—. Invita la casa.

—¿Invita la casa? ¿Cómo es que a mí nunca me toca nada gratis? ¡Siempre me haces pagar! —intervino Tony.

—Me siento generoso —respondió Bradley, incapaz de mirar a su hermano a los ojos—. Tomek se lo ha ganado. Él... él ganó el palo

engrasado, después de todo.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Kasia vino corriendo por la playa como un perro excitado, levantando arena a su paso. Para sorpresa de Tomek, se había duchado y vestido en el tiempo que él había estado fuera. Casi como si hubiera sabido que él le pediría quedar en algún sitio. Si hubiera sido él —un adolescente de catorce años celebrando su cumpleaños— habría estado más que feliz de parecer y comportarse como un desastre todo el día. Sería su cumpleaños. El día giraría en torno a él. Así que podría hacer lo que quisiera. Pero no Kasia. Le había sorprendido.

A medida que se acercaba, la sonrisa en su rostro se transformó en una amplia mueca. No solo estaba feliz (mucho más feliz que antes), sino que estaba eufórica.

—Parece que acabas de ganar la lotería —le dijo mientras le pasaba el café.

—Solo estoy de buen humor. No lo estropees siendo *tú*. ¿Crees que podríamos acordar que durante un día al año no me molestes ni te burles de mí?

—¿Te refieres a hoy?

—Sí. En mi *cumpleaños*.

—Pero ese es el mejor momento para hacerlo. Cuando cumplas dieciocho, y tengas a todos tus amigos en casa para una noche tranquila —porque definitivamente no se te permitirá ir de fiesta, eso está claro— tendré que burlarme de ti. Es mi trabajo. Está escrito en el acuerdo padre-hija.

Kasia gruñó y puso los ojos en blanco. —Solo no hoy, ¿vale? Por favor. Probablemente tengas mucho que hacer con la investigación del asesinato.

Tomek se rio. —Buen intento, pero te alegrará saber que ya no estoy trabajando en ello... oficialmente, al menos.

—¿Por qué no? —preguntó Kasia, sorbiendo su café como una madre de tres hijos a la que acabaran de darle un descanso de veinte minutos.

Tomek le explicó su conversación con el inspector detective Hadland.

—¿Cómo se enteró?

—Probablemente escribió mi nombre en el sistema, o preguntó por ahí —respondió Tomek—. Así que, adivina qué, soy todo tuyo por hoy. Tienes toda mi atención.

Kasia no supo si parecer contenta o disgustada. En su lugar, dio otro sorbo a su café.

—Pensé que podríamos ir a dar un paseo. Disfrutar de la playa. Parar en algún sitio para comer, y luego ir al mercado.

—Suena como un *pluh* —respondió ella.

—¿Un qué?

—Un *pluh*. De *Friends*.

Tomek frunció los labios y negó con la cabeza. —Me has perdido.

—Cuando Phoebe dice que necesita un plan, pero ni siquiera tiene un *pluh*... como la primera parte de un plan.

—Tiene sentido. ¿Y eso es lo que dicen los jóvenes hoy en día?

Ella se encogió de hombros. —Lo vi en TikTok.

Por supuesto que sí. Toda su vida estaba gobernada por esa aplicación de redes sociales, junto con todas las demás. Tomek decidió no burlarse ni provocarla por ello. Era su día especial, después de todo.

Durante diez minutos, caminaron a lo largo de la costa de la isla de Mersea, siguiendo los pasos que Tomek había dado con Rick Lawson y los técnicos forenses, hasta que llegaron al lugar donde Tony Fowler y sus amigos habían estado bebiendo la noche anterior. Latas de cerveza vacías y botellas de vidrio se habían dejado en un montón sobre la arena, rodeadas de colillas y paquetes de cigarrillos

vacíos. Tomek negó con la cabeza ante la visión de la basura. Esta parte de la playa, junto con el resto de la isla, solía estar impecable. Los residentes cuidaban el lugar; era su hogar. Pero no Tony Fowler y sus amigos.

Mientras Tomek se agachaba para recoger un trozo de basura, sonó su teléfono. Sacó el dispositivo del bolsillo y miró la identificación de la llamada. Nick el Desagradable. Antes de responder la llamada, Tomek se alejó de Kasia, haciéndole saber que todo estaba bien con un pulgar hacia arriba.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa del pasado —dijo él.

—Ahí está, el hombre del fin de semana.

Tomek no dijo nada, esperando a que Nick elaborara antes de que Tomek metiera la pata diciendo algo inapropiado.

—Me he enterado de tu éxito sin precedentes en el palo grasiento. Enhorabuena, debes estar muy orgulloso.

—Es por lo que he trabajado toda mi vida.

Nick se aclaró la garganta. —Sabes, ahí hay una broma gay en alguna parte, pero estoy convencido de que Recursos Humanos ha puesto micrófonos en las paredes y están escuchando.

—O quizás te estás volviendo más sensible con la edad.

—Lo cual es extraño, porque normalmente es lo contrario. La mitad de los tíos de mi edad piensan que el mundo se ha vuelto demasiado progre, y que todos estamos meando contra el viento.

—Sí, pero tú eres un miembro respetable de la comunidad. No puedes permitirte tener opiniones, señor.

Nick volvió a aclararse la garganta. —Suficiente de eso. ¿Cómo está la isla de Mersea?

—Bien. Un pequeño problema, pero debería estar bien.

—¿Problema?

—¿No te has enterado? Me he encontrado en medio de una investigación de asesinato. Una mujer fue arrastrada hasta una boya y atada a ella por el cuello. O se ahogó o la cadena la estranguló. De cualquier manera, estoy justo en medio de todo esto.

—Pero estás suspendido —dijo Nick, dubitativo.

—Sí, un punto que el inspector detective Hadland de Colchester me gritó en la cara cuando me dijo que me fuera a la mierda y lo

dejara dirigir la investigación por su cuenta.

—¿Hadland? ¿*Ese* capullo? Buena suerte.

—¿Lo conoces?

—He tratado con él en el pasado, sí. Digamos que, si bacterias que se alimentan de cerebros invadieran su cabeza, se morirían de hambre. Pero él no lo ve así. Cree que es la hostia, y por lo que he visto, literalmente tiene testículos como de perro. No debe estar haciendo mucho por su ego.

—Bueno, tuvo un impulso cuando me dijo dónde meterme, justo delante de un agente de policía.

—Eso impondrá algo de autoridad. Por cierto, puedes dejar esa investigación, porque te llamo con el resultado de la investigación del IOPC... El momento de la verdad.

Tomek contuvo la respiración, mirando hacia Kasia, que estaba recogiendo la basura y llevándola a una papelera cercana.

—¿Y? —preguntó. Tenía el corazón en la boca. Su pulso se disparó en las muñecas y el cuello. Sus palmas de repente se volvieron sudorosas.

—Estás libre de cargos. Han considerado que actuaste conforme a la ley y dentro de los límites del trabajo, y que no hiciste absolutamente nada malo; han recomendado que seas completamente reincorporado cuando vuelvas de tu fin de semana fuera.

—¿He recuperado mi trabajo? —preguntó Tomek, con una voz no más alta que un susurro.

—Sí, has recuperado tu trabajo, colega.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

El grito de alegría que salió de los labios de Tomek había recorrido toda la playa. Kasia se había asustado y había corrido hacia él, solo para sentirse aliviada al recibir un gran abrazo. Para celebrarlo, Tomek había sugerido que fueran a comer algo. A algún sitio diferente para variar. Quizás a un lugar donde pudiera tomar una copa de vino con la comida.

Sabía exactamente adónde ir.

Entraron en Wine by the Mer-Sea casi veinte minutos después, sudando y con una desesperada necesidad de una bebida refrescante.

Tomek fue el primero en entrar en el Log Cabin Café. Mantuvo la puerta abierta para Kasia y le dijo que ocupara la última mesa antes de que desapareciera.

—Acaba de pasar —dijo Ariana, la encargada detrás de la caja, dirigiéndose a Tomek formalmente.

—¿Quién? —preguntó él.

—Ian.

—Hoy no le estoy buscando. He venido por otros asuntos.

—¿Ha muerto alguien más?

El tono de Ariana era tan casual que a Tomek le sorprendió. ¿Sabía lo de Derry? ¿Se había corrido la voz por la comunidad antes de su llegada? Tomek no lo consideraba descabellado.

—Esperemos que no. Aunque no habrás oído algo sobre la muerte de Charlene, ¿verdad?

—No, pero sí he oído algo sobre el perro de Mick Thorne —dijo, quitándose unas migas de la blusa.

—También está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo encontré yo.

—¿Tú *también* lo encontraste? —dijo Ariana, levantando una ceja —. Será mejor que tengas cuidado o la gente empezará a mirarte raro, como si tú lo hubieras hecho.

Tomek se rio. —Creo que hay muchas más personas que encajan en el perfil antes que yo.

—A eso me refería: al perro de Mick.

Tomek se acercó un paso más y metió las manos en los bolsillos. —¿Qué pasa con él?

Bajó la voz y esperó hasta que una pareja salió del café. —Bueno, me enteré por Debbie, que vive frente a Ryan, cuyo hijo va a la escuela en Colchester con el hijo de Azhar, que dijo que vio a Mick soltando al perro el otro día. El mismo día que dijo que había desaparecido y empezó a poner todos esos carteles.

—¿Soltó al perro?

—Sí, o sea, lo dejó allí, le quitó la correa y luego se marchó.

—¿El perro no le siguió?

Se encogió de hombros. —Al parecer no. Parece que Mick solo le dijo que se sentara y esperara, y el perro obedeció. Abandonó al pobre animal. —Se llevó la mano al pecho y puso una cara de disgusto—. ¿Cómo puede alguien hacer algo así?

Sí, pensó Tomek. ¿Cómo podían? Pero, más importante aún, si eran capaces de abandonar a su propia mascota, una de las mayores traiciones de la vida, ¿de qué más serían capaces?

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Kasia mientras Tomek ponía la comida en la mesa. Una tostada de jamón y queso a la plancha para Tomek, y un bagel de halloumi y pimiento rojo para Kasia.

—Solo me estaba hablando sobre Charlene —respondió él—. Pero no es importante. No quiero disgustarte con más de eso.

Ella no pareció importarle. Tomó el sándwich de Tomek y comenzó a metérselo en la boca inmediatamente.

—Oye, estaba pensando —dijo él, lo que hizo que ella se detuviera de repente—. Pensaba que quizás podrías ir a casa de tus abuelos.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Por qué?

—Por lo que está pasando aquí.

—Ya no estás involucrado en la investigación, y tienes que volver a tu trabajo *real* cuando volvamos, así que ¿cuál es el problema?

Dejó el sándwich en el plato, aparentemente ya sin interés en él.

—No es ese el punto —respondió—. Voy a hablar con Montgomery y Nick sobre quedarme, y no me gusta tenerte aquí cuando todo esto está ocurriendo. Y no me gusta el hecho de que una docena de desconocidos al día llamen a nuestra puerta, sabiendo dónde vivimos. No es seguro.

—Estoy bien —dijo ella—. No quiero ir a ninguna parte. Quiero quedarme aquí contigo.

—Puede ser, pero todavía te estás recuperando de-

—En algún momento tendrás que dejar que crezca, papá —espetó mientras su rostro se estrechaba—. Ya tengo catorce años. Puedo cuidarme sola.

Solo hacía unas semanas que había necesitado que la rescataran de un culto letal. ¿Qué podría haber cambiado en el transcurso del verano?

—Lo siento, pero si digo que vas a casa de los abuelos, entonces vas a casa de los abuelos. No discutas conmigo en esto. Hay mucho más sobre esta gente que tú no sabes. No... no me fío de ellos.

—Esto no es una película de terror, papá —replicó—. No todo el mundo va a venir a por nosotros.

Pero la atención de Tomek se distrajo con dos figuras que acababan de pasar fuera. Uno de ellos era Ian Kidd, el dueño del viñedo, vestido con botas de agua. Y el otro era alguien a quien

Tomek solo había visto de lejos: Damien Westwood, vestido con una camiseta blanca desaliñada que se ajustaba a sus músculos delgados, y pantalones cubiertos de polvo naranja quemado.

Se detuvieron frente a la ventana del café, enfrascados en una discusión, ajenos a Tomek sentado a pocos centímetros de ellos. Intentó leerles los labios, pero sus habilidades no eran lo que solían ser.

—Ahora vuelvo —le dijo a Kasia, mientras ya se levantaba de la mesa.

Ella dijo algo, pero él no pudo descifrar qué. Estaba demasiado concentrado en alcanzar a Ian y Damien. Se deslizó por la puerta y luego caminó tranquilamente hacia ambos hombres, fingiendo ser un simple observador.

—Escucha, se ha ido, ¿de acuerdo? —murmuró Ian—. Y no creo que vaya a volver.

—¿Pero qué pasa con el otro?

—Déjamelo a mí, ¿vale? Voy a encargarme, asegurarme de que todo esto desaparezca. Pero tienes que confiar en mí, ¿eh?

—Pero...

—Simplemente déjalo en mis manos, y todo irá bien.

—Pero...

Damien Westwood vio a Tomek y de repente se detuvo. No tenía motivos para desconfiar de Tomek, nunca se habían conocido hasta ahora, pero la interrupción en la conversación hizo que Ian se diera la vuelta.

—Ian —dijo Tomek con entusiasmo—, pensé que eras tú. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

—En absoluto —murmuró Ian, con el esfuerzo de intentar sonreír y fingir que un policía no acababa de escucharle reflejado en su rostro—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted hoy, Detective? ¿O debería decir detective *suspendido*?

Ian lucía una sonrisa de suficiencia y Tomek intentó pensar cómo era posible que Ian lo supiera tan rápido. ¿La Asociación de la Isla de Mersea? ¿Directamente a través de la policía? ¿O algún tipo de red clandestina de conspiradores y asesinos?

—Puedes empezar por decirme cómo sabes eso.

—Oh, solo son algunos pajaritos que tengo por la isla, trinando en mi oído.

—¿No serán los mismos pajaritos que te ayudaron a robar todo tu stock a principios de año y a cometer fraude al seguro, verdad?

La boca de Ian se abrió como la de un pez.

—Tengo curiosidad, ¿ya ha llegado todo el dinero del seguro o...?

—¿Cómo... cómo sabes...?

—Yo también tengo pajaritos por la isla —dijo Tomek.

Concretamente Dayana, quien estaba resultando ser el pájaro más grande y ruidoso que jamás había conocido.

—Ahora, ¿por qué no me cuentas de qué estabais hablando? —continuó Tomek.

—No —replicó Ian—. Es una conversación privada. Yo no te pido que compartas las tuyas conmigo.

—Porque no tengo nada que ocultar. ¿De *quién* estabais hablando? —Tomek se asomó por detrás de Ian y miró a Damien, con la esperanza de que el hombre revelara la información.

—Estábamos hablando de ti —dijo, nervioso.

Bingo.

—¿De mí? Qué halago. Presumiblemente yo soy al que Ian va a ocuparse, y mi colega Rick es el que ya ha abandonado la isla, ¿no?

El color desapareció del rostro de ambos hombres.

—¿O acaso no estáis hablando de Derry Waterman y alguien más?

—¿Derry? —respondió Ian, desconcertado—. ¿Qué tiene que ver Derry con esto?

Tomek se metió las manos en los bolsillos. —¿Tus pajaritos no te lo dijeron? O, déjame adivinar, ¿hicieron la vista gorda en este caso?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Dónde estuviste anoche?

—En casa.

—¿Con alguien?

—No. No soy como Derry. No necesito pagar por la compañía de mujeres.

—¿Y tú, Damien?

El albañil balbuceó, abriendo y cerrando la boca rápidamente. —¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo sé todo. —Tomek habló despacio, con autoridad, haciéndoles saber a ambos hombres que él estaba al mando—. Sé que ella te pidió que arreglaras una grieta en la ventana pero nunca te pusiste a ello. Sé que Charlene también te pidió presupuesto para un invernadero en el jardín de la cervecería no hace mucho. Sé que le presupuestaste mucho dinero y cuando no le gustó empezó a difamar tu nombre. Sé que el negocio ha estado sufriendo como resultado y que has recurrido a acercarte a este hombre para que te ayude. ¿Cómo funciona ese pequeño acuerdo? ¿Él te da parte del dinero del seguro para mantenerte a flote, y a cambio tú haces lo que él te pida?

Ian se enfrentó a Tomek, blandiendo un dedo en su pecho. Tomek se mantuvo firme, tensando los músculos para no caerse. —No tienes derecho a venir aquí y lanzar esas acusaciones.

—No tienen nada de acusatorio. Es la verdad. Y lo sé. —Tomek se alejó de Ian y se dirigió a Damien, el eslabón más débil de los dos —. ¿Es por eso que te dijo que lanzaras el ladrillo a través de la ventana de Charlene la otra semana, o lo hiciste por tu propia cuenta?

—¡Yo no hice eso! ¡Ya se lo dije al otro tipo ayer! No tuvo nada que ver conmigo.

—Fue tu ladrillo el que atravesó la ventana.

—Hago muchos ladrillos. Es mi *trabajo*. He ayudado a construir casi todas las casas de esta isla. Los pilotes sobre los que está tu caravana probablemente los construí yo en algún momento.

A Tomek no le gustó la idea de que otra persona más en la isla potencialmente supiera exactamente dónde se alojaba.

—¿Cuál es tu punto? —preguntó, esperando desviar la atención.

—Que cualquiera podría haber cogido uno de esos ladrillos y haberlo lanzado a través de su ventana. De la misma manera que cualquiera podría haber matado a Charlene. Cualquiera...

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

Tomek nunca había sido aficionado a los puestos de mercado. Pensaba que estaban llenos de baratijas que nadie necesitaba, y no creía en el dicho de que lo que para uno es basura, para otro es un tesoro. Para él, *todo* era basura. Pero no *este* mercado. Este mercado era diferente. De hecho, era espectacular. Incluso mejor que aquel por el que habían deambulado el sábado, aunque muchos de los mismos vendedores estaban presentes, y Tomek quedó impresionado por la inmensa multitud de productos a la venta. Tanto que ya había perdido la noción del tiempo. Consultó su reloj y se sorprendió al darse cuenta de que llevaban allí una hora, curioseando por los puestos, hablando con los dueños, obteniendo información sobre sus pequeños negocios paralelos, cuando solo le había parecido que habían pasado cinco minutos.

—¡Oh, papá, mira esto!

Kasia le tiró del brazo, apartándolo de un puesto que contenía caja tras caja de cómics de Marvel y DC de los ochenta. La mayoría estaban en perfecto estado, habiendo sido conservados en fundas de plástico toda su vida, pero incluso los expuestos parecían haber permanecido en contenedores herméticos durante décadas.

Tomek sostuvo en alto un ejemplar de *Spider-Man*. —¡Mira! Leí este de pequeño —le dijo a Kasia—. Recuerdo que a mis hermanos y a mí nos daban un par de libras a cada uno para ir a la tienda cuando éramos pequeños, y mientras ellos se lo gastaban todo en refrescos y golosinas, yo me compraba un par de estas maravillas. —

Señaló el precio del cómic en la esquina superior—. Por aquel entonces costaba setenta y nueve peniques. Era asequible. Ahora cuestan casi diez veces más, si no más.

—Eso es genial, papá —dijo Kasia, aunque la falta de entusiasmo en su voz contradecía su elección de palabras—. Pero quiero enseñarte algo. Mira. ¡Ven por aquí!

Finalmente, Tomek volvió a colocar la revista en la caja y siguió a Kasia. Ella lo llevó hasta el puesto de bonsáis que habían visto durante la regata.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Tomek.

—Comprar mi regalo de cumpleaños.

—No querrás un bonsái para tu cumpleaños.

—Sí que quiero. Y quiero que tú elijas uno para mí.

Tomek le lanzó una mirada de reojo. Estaría mintiendo si dijera que no había pensado en reemplazar uno de los bonsáis que Kasia y su amiga habían destrozado en un arrebato de ira. Había tenido sus queridas plantas durante casi veinte años, las había cuidado expertamente durante ese tiempo, las había tratado como a sus propios hijos. En cierto modo, las había llorado, y sentía que no podía reemplazarlas. Que era demasiado pronto. Pero ahora, mientras contemplaba el banco de olmos chinos y ficus, se sentía conforme con la decisión de Kasia. Como si fuera el momento.

—Elige tú —le dijo—. Es tu regalo, así que tú decides.

—¿Pero me ayudarás a cuidarlo?

—Por supuesto. Y sé que eventualmente dejarás de cuidarlo, porque eres adolescente y así es como funciona ser adolescente, y cuando llegue ese momento, yo seguiré cuidándolo, no te preocupes.

Kasia sonrió, y su sonrisa llenó a Tomek de calidez. Sabía lo que estaba haciendo —tratando de compensar la destrucción que había causado, sacrificando su propio regalo de cumpleaños por él— y lo agradecía, sintió que su cuerpo se hinchaba de amor.

—¿Qué te parece este? —preguntó Kasia mientras señalaba un pequeño árbol joven.

—Ese no.

—¿Y este?

—No. Ve a por aquel. —Tomek señaló un olmo chino de cincuenta centímetros de altura. Según sus cálculos, ya tenía una década de antigüedad y era lo suficientemente resistente como para sobrevivir al cuidado de Kasia.

—Pero es muy caro —dijo Kasia.

—No pasa nada —le dijo—. Es tu regalo de cumpleaños.

Unos momentos después, pagó por el árbol, y el dueño del puesto lo colocó en una gran caja de cartón antes de trasvasarlo a una bolsa del tamaño de las de IKEA. Tomek sostuvo el árbol triunfalmente con una gran sonrisa en su rostro mientras continuaban recorriendo los puestos. El mercado estaba situado en medio de un gran campo en el lado este de la isla, y estaba delimitado por una delgada hilera de árboles que parecían atrapar el calor de la tarde. La camisa de Tomek se le pegaba a la parte baja de la espalda, y estaba seguro de que podía oler su propio sudor corporal emanando de debajo de sus axilas. Pero no le importaba; ¡tenía un bonsái nuevo! Estaba feliz y se sentía como un niño pequeño otra vez.

Sin embargo, su estado de ánimo se vino abajo en cuanto vio a Stuart Simms abalanzándose hacia ellos.

—¡Habéis venido! —exclamó el hombre.

—¿Para qué son los lunes festivos si no? —respondió Tomek.

—¡Y también habéis comprado algo!

—Tienes que agradecérselo a mi hija.

Stuart miró a Kasia con una mirada lasciva y siniestra. —Tienes buen gusto, ¿verdad?

Kasia no dijo nada. En su lugar, asintió lentamente y luego retrocedió unos pasos.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Stuart, dirigiéndose a Tomek.

—Quería hablar contigo sobre eso —respondió—. Te fuiste rápidamente cuando te enteraste de la desaparición de Derry. ¿Por qué fue eso?

Los ojos del hombre destellaron con miedo.

—Yo... no quería involucrarme. No quería ser una distracción. Parecía importante, así que pensé que lo mejor sería dejarte

ocuparte del asunto.

—¿No tiene nada que ver con que sepas dónde podría estar o qué podría haberle pasado?

El hombre sacudió la cabeza tan violentamente que Tomek pensó que se le iba a desprender del cuerpo. —No tengo ni idea de lo que estás hablando. No he visto ni hablado con Derry en un par de días. Sería una pena si le hubiera pasado algo.

—¿Y qué hay de Charlene? ¿Eso también fue una pena?

Antes de que Stuart pudiera responder, un anciano se le acercó y le estrechó la mano, agradeciéndole un favor anterior. Stuart fue educado y cordial con el hombre antes de despedirlo. Mientras Tomek observaba, se dio cuenta de que estaban de pie en medio del mercado, rodeados de gente por todos lados. A él no le importaba, pero por la mirada nerviosa y agitada en el rostro de Stuart, a él ciertamente sí.

—¿Fue una lástima que Charlene muriera, Stuart, o te alegraste al oír la noticia?

Stuart miró incómodamente a las personas que pasaban.

—¿Podemos tener esta conversación en otro lugar? —Extendió una mano y la colocó en el brazo de Tomek, indicándole que se alejaran.

Tomek se estremeció y dijo: —Por favor, no me toques.

—Por supuesto. Lo siento. Perdóname. —Señaló un pequeño espacio detrás de una de las carpas de los puestos—. ¿Vamos?

Tomek miró a Kasia, le dijo que explorara el resto de los puestos y que la encontraría después, luego siguió a Stuart detrás de la carpa cercana.

—Tendrás que perdonarme —comenzó Stuart—. Todavía estoy conmocionado por la noticia de lo que le sucedió.

—Toda la isla lo está —respondió Tomek. Dejó el árbol bonsái en el suelo y sacó el móvil de su bolsillo—. ¿Erais cercanos vosotros dos?

Stuart bajó los hombros e inclinó la cabeza hacia un lado. Luego se rascó la papada antes de responder: —Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Crecimos en la misma calle en los ochenta. Este

lugar no era como es ahora. Todos solíamos jugar en las calles, divertirnos, quedarnos fuera hasta tarde.

—¿Y Charlene era una de tus amigas?

—*Era*. Cambió en los últimos meses. Empezó a volverse codiciosa. Quería y exigía mucho más.

—Oí que le estaba comprando este terreno al propietario.

Stuart arqueó una ceja e inclinó la cabeza de nuevo, esta vez moviéndola hacia el otro lado. —Así es —dijo lentamente, como si estuviera calculando su respuesta—. Los documentos se tramitaron la semana pasada. Ahora están con los abogados. Este va a ser el último Mercado de la Regata que tengamos aquí en este espacio.

—¿Te estaba echando?

—Sí, eso es lo que me dijo. "Cuando todo se formalice", dijo, "cuando compre este terreno, quiero que te vayas de aquí para siempre. Tengo grandes planes para este espacio, ya verás". Veinte años lleva funcionando este mercado. Veinte años cada domingo y lunes festivo. No me preguntes qué iba a hacer con el terreno, porque no lo sé. Probablemente montaría un nuevo pub o conseguiría un par de caravanas y crearía su propio recinto. La ubicación es bastante buena, y ella está acostumbrada a vender más barato que todos, así que probablemente habría funcionado.

Tomek reflexionó sobre eso por un momento. Por todo lo que había oído sobre Charlene hasta ahora, parecía que había estado estafando a sus amigos y colegas por todo lo que valían. Intentando sacarles todo el dinero posible. Pero, ¿y si todo hubiera sido para reunir capital para el terreno? Tomek no lo sabía. Pero le gustaba pensar que todavía había algo bueno en ella, que habría utilizado los fondos para otro proyecto empresarial que beneficiara a la comunidad.

—¿Cómo te hizo sentir eso? —preguntó Tomek.

—Furioso. Como he dicho, llevo veinte años dirigiendo esto. Ha sido bueno para la comunidad, ha ayudado a construir relaciones. Incluso conocí a mi mujer aquí. —Stuart jugó con su alianza instintivamente.

—¿La hermana de Mick?

Una mirada de sorpresa cruzó el rostro de Stuart. —¿Cómo sabes eso? ¿Has hablado con ella?

Tomek negó con la cabeza. —Solo lo oí de pasada que estabas casado con su hermana. Tengo curiosidad, ¿cómo es tenerlo como cuñado?

—Un idiota. Un auténtico gilipollas, pero como es mi cuñado, no puedo decir nada. Solo tengo que aguantarlo todo.

—¿Puedes ser más específico?

Stuart miró a su alrededor, asegurándose de que no hubiera nadie escuchando cerca, antes de continuar. —Se está bebiendo hasta la inconsciencia. Cuando perdió a su esposa hace cinco años, no supo cómo manejarlo. Todavía no lo sabe. Cree que la bebida es la única forma de lidiar con ello. Su negocio está fracasando. Toda su vida se está desmoronando. Ha estado en esta espiral descendente durante tanto tiempo, y no veo forma de que pueda recuperarse.

—Pero no sin un poco de ayuda por tu parte, ¿verdad?

Stuart hizo una pausa, lanzando una mirada evaluadora a Tomek. —No me gusta tu tono.

Lo que voy a decir te va a gustar mucho menos, pensó Tomek.

—Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad, Stuart?

El hombre no dijo nada.

—Vamos, sé sincero conmigo...

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Sí que lo sabes. ¿Por cuál quieres que empiece? ¿Por el hecho de que hiciste un agujero en uno de sus barcos y ayudaste a contribuir al hundimiento de su negocio, o por el hecho de que estás engañando a su hermana con Ariana de la Cafetería Log Cabin? Yo diría que lo primero ha contribuido a la ruina de su vida, ¿no crees? Pero imagina lo que le haría si se enterara de lo segundo.

—No sabes de qué estás hablando —siseó Stuart—. Eres un mentiroso. Todo lo que acabas de decir es una mentira descarada. No tienes derecho a hablarme así.

—Sí lo tengo cuando se trata del asesinato de Charlene Harris —respondió Tomek—. Dime, ¿cómo crees que reaccionaría Mick si se enterara de cuánto has arruinado su vida?

—No te atreverías...

Por el rabillo del ojo, Tomek notó que Stuart apretaba el puño.

—¿Quieres decir que no me atrevería a ser tan estúpido como estás pensando ser ahora mismo?

A eso, Stuart no tuvo respuesta.

Aclarándose la garganta, Tomek continuó: —¿Quizás podrías responder algunas preguntas más? ¿Dónde estabas la noche del asesinato de Charlene?

—En casa.

—¿Con tu esposa o con tu amante?

La cara de Stuart se arrugó como una bola. —Con mi *esposa*.

—¿Y ella puede corroborar eso?

—Sí, pero si se te ocurre mencionar el nombre de Ariana delante de ella, me aseguraré de que te arrepientas.

Tomek sonrió con suficiencia. Otro hombre con un temperamento que había quedado sin control.

—¿Es eso lo que pasó con Charlene? ¿Te confrontó sobre la aventura y la amenazaste de la misma manera que acabas de hacer conmigo? ¿Excepto que esta vez fuiste demasiado lejos y acabaste matándola?

Stuart abrió la boca para hablar, pero Tomek lo interrumpió.

—¿Cómo murió?

—No lo sé. Nadie me lo ha dicho.

Tomek observó atentamente la cara del hombre mientras hablaba, buscando una mentira. Los resultados fueron poco concluyentes.

—¿Seguro que la curiosidad no pudo contigo? ¿No? ¿Nada que te obligara a averiguarlo? ¿O es porque ya lo sabes?

—No sé nada.

—¿O pensaste que podías obtener algunas respuestas de mí esta mañana? ¿Es eso? ¿Pensaste que podías acercarte a mí sin que me diera cuenta, para poder ir un paso por delante?

El puño de Stuart se tensó. Se enfrentó a Tomek.

—Te sugiero que encuentres a tu hija y te largues. No sé cómo sabes todas esas cosas sobre mí, pero lo voy a averiguar. No quiero que vuelvas aquí nunca más.

—Bueno, con la mejor voluntad del mundo —comenzó Tomek—, después de que se complete la venta, parece que no podré hacerlo.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

El peso del árbol bonsái pronto comenzó a provocarle dolor en el brazo y el hombro, lo que hizo que el trayecto pareciera diez veces más largo. Lo que debería haber sido un paseo de quince minutos, a un ritmo tranquilo y relajado, ahora se había prolongado hasta casi treinta minutos.

Kasia caminaba entusiasmada junto a él, impaciente por llegar a casa para poder jugar con el iPod Nano que Tomek había visto entre los desechos de otra persona. Después de explicarle qué era y cómo funcionaba, Kasia se había encaprichado con la idea de comprar uno y usarlo para su música, enganchándolo a la cintura de sus pantalones cortos mientras paseaba con los auriculares blancos conectados. Lo retro estaba muy de moda, según decía ella. El vinilo, los pantalones de campana, los mullets, todos estaban volviendo, aunque a Tomek no le gustaba pensar que la tecnología de poco más de veinte años se considerara retro y estuviera "volviendo". Pero, ¿qué sabía él? Quizá los vídeos de aeróbic y los árboles navideños de cerámica pronto regresarían a los hogares de todo el país.

Poco después, llegaron a la calle principal. Tomek entró rápidamente en una tienda de licores para coger una botella de agua y un Lucozade para Kasia. Normalmente, habría protestado por que ella bebiera ese tipo de bebidas, pero dado que era su cumpleaños, había cedido.

Cuando Tomek cerraba la puerta tras de sí para regresar con Kasia, una figura se estrelló contra su espalda, casi haciéndole soltar las botellas.

—Perdona, colega —dijo Tony Fowler, pero se detuvo al reconocer a Tomek—. ¡Eh, tú!

Tomek se detuvo a medio girar. —¿Yo?

—Sí. *Tú*. —Soltó el tirador de la puerta y se acercó a Tomek, cubriendo la distancia en una sola zancada—. ¿Qué es eso que me han contado de que eres policía? ¿Un jodido *detective*?

—¿Por qué? ¿Estás buscando un cambio de carrera? —preguntó Tomek.

—No, no estoy buscando un maldito cambio de carrera. Quiero saber por qué no me dijiste quién eras antes de que empezara a hablar de Charlene. —Agitó un dedo frente a la cara de Tomek.

—Si lo hubiera hecho, no habrías dicho ni la mitad de lo que me contaste.

—Más te vale no haberle contado nada a nadie —dijo Tony.

Tomek se encogió de hombros. —Fuiste tú quien lo dijo. Solo tienes miedo porque tienes algo que ocultar. ¿Había algo más que quisieras añadir? Puedo sacar mi libreta y apuntarlo por ti, si quieres.

El hombre abrió la boca y luego dudó. Pensó en abrirla de nuevo, pero tras unos momentos decidió no hacerlo.

—Si se te ocurre algo más que quieras añadir, siempre puedes encontrarme en el Victory Inn —comenzó Tomek—. Es nuestra sede no oficial para la investigación.

—¿No en tu pequeña caravana del terreno de Montgomery?

Había veneno en las palabras del hombre, y también en sus ojos. Se estrecharon y oscurecieron, como los de una serpiente. La amenaza impregnaba su entonación y, como un oso protegiendo a su cría, Tomek sintió que la ira crecía dentro de él.

—Si alguna vez se te ocurre acercarte a mi casa en esta isla, te juro por Dios que te romperé todos los huesos de las manos y las piernas, y me aseguraré de que nunca vuelvas a trabajar —siseó.

Eso pareció surtir efecto. Tony Fowler inmediatamente cedió y su tamaño se redujo un veinte por ciento mientras se encogía sobre sí

mismo.

—Hablando de trabajo —comenzó Tomek—. Me imagino que el trato de Charlene hacia ti en los últimos meses ha sido muy difícil...

El hombre frunció los labios.

—Muchos negocios perdidos... Tu propia reputación arrastrándose por el barro... Tú mismo dijiste que eso te enfadaba mucho. ¿Cuánto de enfadado?

Tony no dijo nada.

—¿En una escala del uno al diez? ¿Uno significando que estabas tan tranquilo que solo querías abrazar a un cachorro; o diez, que estabas tan furioso que te viste obligado a matarla?

—Yo no...

—¿Conduces una barca, Tony?

—Todo el mundo en la isla lo hace.

—¿Incluido tú?

—Soy parte de la isla, ¿no?

—¿Cuándo fue la última vez que saliste en ella?

—La otra noche.

—¿*Noche*? ¿Qué día y a qué hora?

—El miércoles de la semana pasada. Sobre las once. Salí con algunos de mis colegas, eso es todo.

—¿Bebiendo?

—Ellos sí. Naturalmente, yo no.

—Naturalmente. Espero que no hayas hecho nada tan estúpido, porque sería *ilegal*. ¿Sabes qué más es ilegal? El asesinato. Nunca has asesinado a nadie, ¿verdad, Tony?

Tony escupió en el suelo. —No hice nada —siseó—. No tuve nada que ver con la muerte de Charlene.

—¿Qué hay de cualquier trabajo de construcción potencial que ella tuviera planeado cerca del mercado? ¿Te pidió que hicieras algo allí?

Tony pareció confundido por la pregunta. —¿Eso qué tiene que ver con nada?

—Nada. Solo es mi curiosidad que me puede. —Tomek se movió por el costado del hombre, hizo malabarismos con las botellas en una mano y mantuvo la puerta de la tienda abierta para él—.

Disfruta tu día, Tony. Ya sabes dónde encontrarme si tienes algo que quieras decirme.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

La puerta se abrió de golpe y fueron recibidos con una efusiva sonrisa de Jacob. En cuanto el joven puso los ojos en Kasia, su expresión se transformó en una de pura emoción, como si nada en el mundo pudiera disminuir su alegría.

—¡Has vuelto! —gritó, y de inmediato agarró la mano de Kasia, tirando de ella hacia el interior de la casa.

—¿Está tu padre en casa? —preguntó Tomek, pero antes de que pudiera terminar la frase, Kasia y Jacob ya estaban corriendo por la casa. Tomek decidió seguirlos.

—¿Quién era, Jacob...? —Montgomery se detuvo en el pasillo. Estaba secando una taza de porcelana con un paño de cocina—. Buenas tardes, detective. No le esperaba. ¿Está todo bien?

Tomek señaló hacia Kasia, que acababa de desaparecer en otra habitación.

—Kasia me pidió venir a ver a Jacob, si le parece bien.

El hombre se echó el paño al hombro y sonrió.

—Me parece estupendo. Casi nunca recibimos visitas, especialmente aquellas que vienen buscando a Jacob. Estará encantado. Venga, déjeme prepararle algo de beber.

Tomek siguió a Montgomery hasta la cocina. Aunque nunca había estado allí antes, el lugar le resultaba familiar, como si estuviera entrando en su propia cocina. La distribución era muy similar, al igual que los electrodomésticos y utensilios sobre la encimera. La única diferencia era que la nevera de Montgomery estaba cubierta

de dibujos de un niño de diez años, mientras que la de Tomek tenía un calendario, recordatorios de deberes y facturas.

Montgomery se acercó al hervidor y presionó el interruptor.

—¿Té o café?

—El té está bien. Con leche y dos de azúcar. Gracias.

Montgomery se dispuso a preparar las bebidas. Mientras el agua hervía, alcanzó un armario cercano y sacó un paquete de galletas digestive de chocolate.

—Mis favoritas —dijo Tomek—. ¿Cómo lo sabía?

—Son las favoritas de todo el país, así que me arriesgué.

Tomek se tocó la sien.

—Un hombre listo —dijo, y fue directo al plato, cogió una galleta delicadamente entre sus dedos y le dio un mordisco. Gimió cuando el sabor explotó en su boca—. Esta galleta está buenísima.

Acabó con la primera en dos bocados. La segunda y la tercera no duraron tanto. Para cuando Montgomery trajo el té, solo quedaban unas pocas.

—Lo siento —dijo Tomek—. Te estoy dejando sin provisiones.

—No, no. Te agradezco que estés aquí. Necesito a alguien con quien compartirlas, si no me comeré el paquete entero yo solo —Montgomery se dio una palmadita en el estómago—. Y luego me sentiré disgustado conmigo mismo el resto de la noche.

—Y luego volverás a hacerlo al día siguiente. Es un ciclo vicioso y perpetuo —Tomek se rio—. Nuestro metabolismo ya no es lo que era.

—No lo digas dos veces —respondió Montgomery—. Hace muchas lunas solía estar en forma y delgado. Pero luego me casé y, bueno...

—Creo que a eso lo llaman el peso de la felicidad.

Montgomery soltó una risita.

—Éramos felices en aquel entonces. Ahora ya no tanto...

La mirada del hombre cayó sobre el paquete de galletas, repentinamente nostálgico. Tomek percibió que Montgomery quería hablar de su matrimonio —que quizás no tenía muchas oportunidades de hacerlo, y tenía mucho en mente—, pero no quería hacer las cosas incómodas para su invitado.

—¿Cuánto tiempo... cuánto tiempo estuvisteis casados? —preguntó Tomek, tomando la decisión por él.

—Juntos durante veinte años, casados durante quince. Tuvimos a Jacob cuando estábamos preparados. De hecho, no creo que nunca estuviéramos *seguros* de que lo queríamos. Se sentía como... como lo que tocaba hacer. Como si algo faltara desde el principio, ¿sabes a qué me refiero?

Tomek negó con la cabeza.

—Lamentablemente, no. Yo solo descubrí que Kasia era mía hace poco menos de un año. Apareció en mi puerta un día, y me cambió completamente la vida.

Montgomery dejó su taza sobre la mesa.

—¿No sabías nada de ella? ¿Cómo?

Tomek abrió la boca para responder.

—Perdona si me estoy entrometiendo, pero... ¿Qué edad tiene?

—Catorce años hoy.

—Así que nunca supiste que tenías una niña de trece años por ahí, esperándote.

—Lo último que hacía era esperarme. No fue hasta que su madre entró en prisión cuando le dijeron dónde encontrarme. Lo único que esperó fue el tiempo entre llamar a la puerta y que yo abriera.

Los ojos de Montgomery se abrieron con una combinación de incredulidad y asombro.

—Es una locura. Y... ¿la madre de Kasia? ¿Dónde está ahora?

—Sigue en prisión. Estará allí durante mucho tiempo. No imagino que Kasia quiera tener una relación con ella, pero no la detendré si lo desea; ha elegido tener una relación conmigo, así que todo es posible.

—No debe haber sido fácil. Para ninguno de los dos.

Tomek dio un sorbo a su bebida y saboreó el gusto.

—No tienes ni idea. Hemos pasado por todo lo que esperas que pasen los adolescentes, y más.

—Más vale que no haya ningún embarazo adolescente —dijo Montgomery, riendo incómodamente.

A Tomek no le hizo gracia. De hecho, la idea de que llegara a casa embarazada era francamente aterradora. Aunque confiaba

discretamente en que nada parecido ocurriría. Había pasado por tanto en los últimos meses que le gustaba pensar que era más sabia y sensata como para hacer algo así.

—¿Cuánto tiempo lleváis separados tu mujer y tú? —preguntó Tomek, ansioso por alejar la conversación de sí mismo y de Kasia por el momento.

Antes de que Montgomery respondiera, una risita se filtró por los pasillos hasta llegar a la cocina.

—Parece que se lo están pasando bien —dijo Montgomery—. Jacob probablemente tiene a la pobre Kasia jugando a disfrazarse. Está pasando por una fase últimamente en la que le gusta jugar a Dragones y Mazmorras, pero se olvida de que mamá no está para hacer el papel de reina.

Tomek gruñó, sin saber qué decir.

—Seguro que Kasia lo está disfrutando. Nunca tuvo eso mientras crecía, así que probablemente sea bastante agradable para ella experimentarlo.

—Lo mismo para él. No tiene a nadie más. También tiene problemas en el colegio. El pobre. Recibo llamadas de sus profesores diciendo que ha sido acosado o que ha llorado porque nadie quiere ser su amigo. Realmente agradezco que tú y Kasia vengáis así.

—No hay problema —dijo Tomek con una sonrisa.

—Ha empeorado mucho desde que mi mujer se fue. La echa muchísimo de menos. No me malinterpretes, yo también, pero es diferente para él. Es su madre, ¿sabes? Se supone que debe estar con él para siempre, ¿sabes? Normalmente son los padres los que salen corriendo por una pareja más joven, en mejor forma y más atractiva.

—No en nuestras vidas —dijo Tomek—. Quizás nosotros somos el problema.

Montgomery se rio, apoyando la taza en su barriga.

—¿Tu exmujer se ha puesto en contacto?

Frunciendo los labios, Montgomery negó con la cabeza. —Ni una palabra para ninguno de nosotros. Pensé que al menos habría intentado ponerse en contacto con Jacob, ya sea a través de mí o de alguno de nuestros vecinos o familiares, pero no hemos sabido

nada. Empiezo a preguntarme si le habrá pasado algo, pero me siento demasiado dolido para que me importe. Ha encontrado a otra persona, ha tomado su decisión. Tiene que vivir con ello.

Un silencio se instaló entre ellos. Tomek se sirvió otras dos galletas, esta vez mojándolas en su té. Antes de que cualquiera de los dos pudiera hablar, sonó un golpe en la puerta principal.

Montgomery se disculpó, le dijo a Tomek que esperara y le dejó en la cocina. Oyó el sonido de pies arrastrándose por el pasillo. En el tiempo que tardó Montgomery en caminar hacia la puerta, el visitante había golpeado fuerte tres veces.

Luego se abrió la puerta principal, y el sonido del pánico se filtró por el edificio. Tomek, con su intuición activándose, se levantó de golpe de su silla.

Un momento después, el golpeteo de zapatos de goma pesados resonó por el pasillo. Allí, en la puerta de la cocina, jadeando y agotado, estaba Flynn, con el rostro pálido y los ojos abiertos de miedo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tomek.

—He venido en cuanto me he enterado.

—¿Qué?

—Y supuse que no sabías nada al respecto porque el otro detective del pub no quería decirme nada.

—Flynn. ¿Qué ha pasado?

—Es Derry —respondió—. Han encontrado su barco. Pero él no está con él.

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

Tomek fue el primero en atravesar las puertas, seguido de cerca por Flynn y luego Montgomery.

Encontraron al inspector detective Hadland en la barra, devorando una generosa ración de pescado con patatas, con una mano sujetando el cuchillo listo para usar y la otra sosteniendo su móvil pegado a la oreja. Estaba inmerso en una conversación.

Tomek se acercó a él a grandes zancadas, colocando la mano sobre la barra.

Hadland le lanzó una mirada de reojo llena de desdén y luego se dio la vuelta.

—Voy a tener que llamarte más tarde, acaba de entrar alguien.

Hadland finalizó la llamada y volvió a su plato de pescado con patatas.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Hadland, con el tenedor suspendido frente a su boca—. Permítame recordarle que es usted un civil y que no puede irrumpir así en una Sala de Incidentes Graves.

—Es un pub —replicó Tomek—. Están abiertos para todo el mundo. Además, si yo estuviera dirigiendo esta investigación, tendría las puertas bien abiertas para que la gente pudiera entrar y darme toda la información que necesito.

Masticando su bocado, Hadland respondió:

—¿Y si entrara el asesino y viera todo su progreso?

Tomek examinó rápidamente la sala. El lugar estaba completamente vacío y desprovisto de cualquier documentación o notas. Se rio entre dientes.

—Bueno, no parece que vaya a tener ese problema. Y, además, yo no sería tan jodidamente estúpido como para dejar información sensible a la vista, ¿verdad?

Hadland agarró el vaso de limonada que tenía al lado y dio un sorbo irritantemente largo.

—No, pero has sido tú quien se ha estado haciendo amiguito de todos nuestros sospechosos, ¿no es así?

Tomek hizo una mueca.

—¿De qué hablas?

—Te vi antes. Con Bradley Fowler, Tony Fowler... ¿Disfrutaste de tus visitas a la bodega y al mercado?

Tomek dudó, haciendo memoria de lo ocurrido antes.

—¿Me has estado siguiendo?

—En absoluto. Simplemente parece que nuestras investigaciones han estado discurriendo en paralelo. Y mientras tú te hacías amigo de los residentes, yo les interrogaba sobre el asesinato de Charlene.

Tomek se burló.

—Estás como una cabra, colega. He estado haciendo tu trabajo por ti. No me he *hecho amiguito* de nadie. Y ahora sé más que tú, y probablemente les he sacado toda la información, así que no van a estar dispuestos a soltarla otra vez.

Hadland dejó el tenedor en el plato.

—Tienes prohibido tener nada que ver con esta investigación.

—Sin problema. Estoy haciendo la mía propia —Tomek se puso las manos en las caderas. Odiaba lo mucho que aquel hombre le alteraba, pero tampoco quería parar—. Supongo que sabes lo de Derry, entonces.

La expresión en la cara de Hadland era obvia y muy reveladora. Tomek la interpretó inmediatamente, aunque Hadland intentó disimularla.

—Sí —dijo Hadland—. Estoy al tanto.

—¿Habéis encontrado su cuerpo entonces?

Hadland se removió incómodo en su asiento.

—Como ya he dicho, estás fuera de la investigación. No tengo que contarte nada.

Una sonrisa socarrona y presumida se dibujó en el rostro de Tomek.

—Estás lleno de mierda. Vine aquí pensando que quizás querrías mi ayuda, aunque sabía que sería difícil. Pero si así es como quieres que sea, así será. Nos vemos.

Cuando Tomek se dirigía hacia la salida, Hadland le llamó.

—¿Adónde vas?

—A dar un paseo en barca.

Hadland se bajó de su asiento tan rápido que casi se cae.

—No puedes ir ahí fuera. Es una escena del crimen activa.

Tomek le miró de arriba abajo.

—Tú no pareces estar haciendo nada *activo* al respecto.

—La lancha de la policía no llegará hasta dentro de cuarenta minutos. Nadie puede salir allí hasta que haya sido examinado por mí y el equipo forense.

Tomek ignoró al hombre y le dio la espalda.

—Si sales ahí, estarás manipulando una escena del crimen y me veré obligado a detenerte.

—No sé de qué me hablas —gritó Tomek mientras se dirigía hacia la salida con Montgomery y Flynn—. Voy a reunirme con algunos de mis cómplices. Vamos a hacernos amiguitos unos de otros.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

Por primera vez en mucho tiempo, Tomek se sentía enfermo en el agua. No estaba seguro si era por el calor sofocante que deshidrataba rápidamente su cuerpo, o los densos humos que escupía el motor del barco de Montgomery, o el constante balanceo y cabeceo que estaba causando estragos con su almuerzo sin digerir y la montaña de galletas que actualmente transitaban por su sistema. O si era porque posiblemente estaba a punto de enfrentarse a otro cadáver. En cualquier caso, solo quería cerrar los ojos, chasquear los dedos y aparecer en el barco de Derry. En cambio, había tenido a Flynn parloteando en su oído durante todo el trayecto, explayándose sobre cuánto odiaba a Hadland y lo injusto que era que Tomek hubiera sido suspendido y expulsado de la investigación.

—Si quieres mi opinión —continuó Flynn—, solo te conozco desde hace un par de días y ya sé que eres mejor tío que él. Parece un capullo.

Tomek estaba de acuerdo. Hadland era un capullo. Pero era un capullo con autoridad. Un capullo que tenía todo el peso de la ley respaldándole. Y Tomek sospechaba que era un capullo que no tendría miedo de usarlo.

Porque era un campeón de los capullos.

—Entraremos y saldremos —murmuró Tomek, todavía mirando fijamente el mismo punto en el horizonte desde que habían partido —. Rápido y fácil. Nadie sabrá que estuvimos allí.

—¿Has estado hablando con la mujer de Hadland sobre su vida sexual? —bromeó Flynn.

Tomek resopló. El movimiento repentino hizo que apartara la mirada de la tierra en la distancia y envió su estómago a dar volteretas.

—Todavía necesitas encontrar tus piernas marineras, colega —gritó Montgomery desde detrás del timón. Tan pronto como salieron del pub, Montgomery los había dirigido hacia su barco y, después de remar hasta él en una pequeña barca que habían dejado atrás, había tomado el control.

—Normalmente estoy bien —dijo Tomek.

—Eso es lo que todos dicen.

Tomek puso los ojos en blanco, y luego volvió a fijar la mirada en el horizonte. Inhaló profundamente, controlando su respiración. Cuanto más se alejaban de la isla, más le ahogaba el olor a diésel en la garganta. Intentó contener la respiración, pero sin éxito. Para combatir la náusea, se desplazó hacia un lado del barco y apoyó un brazo por fuera. El barco estaba lo suficientemente bajo en el agua como para que sus dedos rozaran la superficie. Inmediatamente, la sensación de náusea comenzó a disiparse, como si estuviera saliendo de él hacia el agua, y su cabeza empezó a despejarse.

La niebla regresó cuando su teléfono comenzó a vibrar contra su pierna, y se vio obligado a sacar la mano del agua.

Era Nick.

Tomek respondió a la llamada hablando en voz baja al auricular, y dándose la vuelta para alejarse de su compañero de viaje y del conductor.

—¿Qué es eso que me han dicho de que te has ido de paseo en un barco? —ladró Nick.

—No sé de qué me habla —respondió Tomek.

—¿Entonces qué es lo que oigo de fondo?

Tomek miró rápidamente al motor. —Es una moto.

—¿Una moto que flota?

—Quizás.

Nick suspiró profundamente a través del teléfono. —Imagínate esto por un momento, ¿quieres, tío? Ahí estaba yo, disfrutando de

un almuerzo tardío, a punto de hincarle el diente a un delicioso sándwich de chorizo y queso que Maggie me había preparado, cuando recibo una llamada del comisario Carlisle de Colchester, quejándose de que su inspector acababa de llamarle por teléfono, quejándose de un sargento detective de Southend, un completo inútil y meticuloso que está metiéndose en una investigación que no tiene nada que ver con él. Así que pensé, ¿a quién conozco que podría encajar con esa descripción?

—Su suposición es tan buena como la mía, señor —respondió Tomek—. ¿Sean ha vuelto a portarse mal?

—Y entonces recordé, espera un momento, solo hay un pedazo de mierda que conozco que tendría la audacia de pisarle los dedos a otra persona de esa manera.

—Bueno, espero que lo encuentre, señor.

—Yo también, porque cuando hable con él, le voy a dar un puto infierno.

—Antes de que haga eso, señor —dijo Tomek, justo cuando una columna de agua salada le salpicó la boca—, me preguntaba si podría investigar algo para mí. Hay algunas cosas que se habrían presentado como pruebas y que quería tener en mis manos, algunas anomalías que quería comprobar.

Una pausa.

—¿Crees que soy estúpido, Tomek?

—No, señor. ¿Nunca le he dicho que creo que es la persona más inteligente que he conocido jamás? Sin mencionar el más atractivo. En realidad, me gusta bastante el look calvo.

—Cierra la puta boca —espetó Nick. El mensaje se recibió alto y claro—. No creo que lo entiendas, Tomek. Sigues suspendido por el momento. No se supone que debas tener nada que ver con ninguna investigación de ningún tipo. Así que no, no te ayudaré.

—¿Incluso si ayudará a resolver el asesinato de una mujer? Deberías ver a estos pedazos de mierda de aquí, Nick. Son inútiles. Los dos tíos que han enviado no saben distinguir su ano de su boca, y me preocupa ser el único al que le importa Charlene Harris.

Tomek esperó una respuesta, pero no llegó ninguna. La experiencia le decía que eso significaba que tenía atrapada una pizca

de la intriga de Nick, que el hombre estaba balanceándose al borde. Todo lo que tenía que hacer ahora era darle un pequeño empujón.

—Soy un lobo solitario aquí. Como Jack Reacher o alguien así. Y necesito ayuda. Después de lo que le pasó a Zeus, he estado anhelando la necesidad de corregir algunos errores. Y esta es mi oportunidad. Puedo vengar la muerte de Charlene Harris, pero solo si me ayudas.

Una larga pausa, pero ni de lejos tan larga como el suspiro que salió de las fosas nasales de Nick.

—Eres como un grano en el culo, Tomek. De verdad que lo eres.

—Usted no lo querría de otra manera, señor.

Otro suspiro. Esta vez más corto.

—Puedo conseguirte lo que necesites. Pero tienes que ser rápido. Dime qué quieres.

Para cuando Tomek colgó el teléfono, habían llegado al barco de Derry. Lo encontraron medio hundido, sumergido en el agua hasta la cabina del capitán. Estaba a poco más de diez metros de la orilla de un pequeño arroyo, y se encontraban a casi una milla al sur de West Mersea.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Tomek a Flynn, mientras Montgomery bajaba el ancla.

—Un amigo navegante mío. Estaba en el agua y lo vio.

—¿Así que te lo contó a ti primero?

—Fue a la policía. Luego me lo contó a mí. Yo le había hablado de lo que vimos el otro día, y quería compartirlo conmigo.

Tomek echó un vistazo rápido a los restos del naufragio. Parecía que llevaba allí meses: hebras de algas marinas habían quedado colgadas por todo el interior; una gruesa capa de suciedad abrazaba los costados de la embarcación; y su pintura parecía descolorida.

—¿Tu amigo vio algún rastro de Derry por alguna parte?

Flynn negó con la cabeza. —Estuvo mirando por los alrededores, recorrió la zona por el agua, pero no pudo encontrarlo.

Tomek asintió, y luego centró toda su atención en el barco. Para él era igual que todos los otros barcos que había visto. No había nada particularmente diferente o único en él. Era indistinguible del resto. No había efectos personales dentro de la cabina, ni objetos que hubieran quedado abandonados. Intentó imaginar sus últimos momentos: Derry huyendo de la isla, conduciendo el barco en mitad de la noche. ¿Habría encallado? ¿Habría estado borracho y chocado contra algo, para luego golpearse la cabeza y caer inconsciente al agua? ¿O simplemente había huido, para no ser visto nunca más?

—¿Cuántos años lleva Derry sabiendo conducir un barco? —preguntó Tomek.

—Décadas —respondió Montgomery, uniéndose al lado de Tomek.

—¿Y alguna vez bebía mientras lo conducía?

—Nunca le he visto hacerlo. Siempre fue prudente y cauteloso con ese tipo de cosas. Incluso le he visto pillar a un par de personas en el pasado, así de estricto era con eso.

—¿A quién?

—A Stuart y a Mick. Siempre estaba encima de ellos por ese tipo de cosas.

Tomek tomó nota mental.

—¿No crees que le haya pasado algo? —preguntó Flynn—. No como... ¿no como a Charlene?

—O eso, o fue él quien la mató —respondió Montgomery, antes de que Tomek pudiera hacerlo. Miró a Tomek y luego se disculpó por interrumpir y pisarle el terreno.

—No tengo ni idea... —añadió Tomek, mirando fijamente la parte delantera del barco. Asomando justo por encima de la línea de flotación estaba el nombre del barco: *The Packing Shed.*

El nombre inmediatamente le recordó al negocio en declive que ahora se había quedado sin propietario.

—Hazme unas fotos, por favor, Flynn. Quiero echarles un vistazo más tarde. Ver si algo me llama la atención. Y si no te importa entrar en la cabina, sería estupendo.

CAPÍTULO
CUARENTA

Annoying as it may seem, cuando solo quedaban cinco minutos para terminar, la sensación de náuseas en lo profundo de su estómago se disipó y Tomek finalmente encontró su equilibrio marino. Era como si su cuerpo —o más bien, su mente— supiera que estaba regresando a tierra y decidiera dejar de jugar con él.

Al bajarse del barco y subir a la pequeña embarcación que habían utilizado para llegar hasta él, Tomek pensó en Derry. En la última vez que lo había visto: sentado en un banco junto a la playa, mirando fijamente el espacio en la arena donde Charlene había estado tendida. ¿Habría estado recordando los momentos que compartieron juntos? ¿O habría estado planeando su propia huida? Tomek no creía probable lo segundo. Su reacción, al encontrarla, había sido genuina. Si realmente hubiera querido salirse con la suya, ¿por qué habría dado la voz de alarma al encontrar su cuerpo en primer lugar? No, Tomek estaba casi seguro de que el hombre era inocente. Que no había huido porque temiera ser atrapado. Más bien, algo le había sucedido. El asesino de Charlene lo había obligado a adentrarse en el agua, tal como había hecho con Charlene, y lo había dejado allí para morir.

Solo esperaba que no hubieran atado su cuerpo a otra boya a un kilómetro mar adentro. Si ese fuera el caso, quizás nunca lo encontrarían.

Cuando llegaron al pontón, Tomek bajó de la embarcación con más dignidad y control que Rick Lawson, y se dirigió hacia el Victory

Inn. Flynn y Montgomery lo siguieron, corriendo tras él.

Tomek llegó hasta el pie del jardín de la cervecería antes de escuchar su nombre.

Se detuvo, giró sobre sí mismo, y miró en la dirección de la llamada.

Saliendo de un BMW negro había un hombre de unos cincuenta años, vestido con un traje caro que parecía haber sido confeccionado para dar la impresión de que era más ancho y esbelto de lo que realmente era.

—¿Quién pregunta? —respondió Tomek.

—DCI Carlisle —respondió el hombre—. Policía de Colchester.

Joder.

—¿Es así? ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Para empezar, puede mantenerse alejado de la investigación de mi equipo.

—Ya lo estoy haciendo.

—No es lo que me han contado.

—Bueno, su equipo ha llegado tarde a todo lo demás, así que no es sorprendente que se entere tarde de esto. ¿Hay alguna mujer en su equipo, o son todos hombres? —preguntó Tomek.

Sabía que se estaba propasando, jugando un juego muy peligroso. Pero no le importaba. El equipo de la Policía de Colchester había interferido y menospreciado su trabajo desde el principio. En resumen, le habían estado poniendo de los nervios y ya había tenido suficiente. O le querían, o no le querían.

—Acabo de hablar por teléfono con el Inspector Jefe Cleaves —continuó Carlisle—. ¿Quizás está familiarizado con él?

Mierda. Por favor, dime que no te han pillado, Nick.

—Conozco el nombre.

—Bien. Me ha dicho que han levantado su suspensión y que volverá a ser un agente en activo la semana que viene.

Mierda.

—¿Le gustaría que hablase con Recursos Humanos antes para asegurarme de que no regrese? Porque es bastante fácil de hacer. Lo único que ha hecho es interferir en esta investigación desde el

principio. Ha impedido que mi equipo trabaje de manera minuciosa y eficiente.

—Creo que la mujer de Rick y un plato de fish and chips son los responsables de eso.

Carlisle se rascó el lado de la cabeza, justo encima de la oreja. —Puedo asegurarme de que no vuelva al trabajo esta semana. Ni la siguiente. Ni la semana después de esa. Solo hace falta una llamada telefónica y un correo electrónico. La decisión es suya, Sargento Detective Bowen. Piénselo bien.

—¿Una llamada *y* un correo? —preguntó Tomek—. ¿Por qué no se ahorra la molestia y hace solo uno de los dos?

Antes de que Carlisle pudiera responder, Tomek se alejó de él y comenzó a caminar en la otra dirección, hacia el sendero que conducía al camping Rosebank.

—Eso ha sido una locura —dijo Flynn, casi trotando para alcanzarlo—. ¿Se te permite hablarles así?

—No. Tampoco se permite hacer bombas en la piscina, pero la gente lo hace de todos modos y se sale con la suya.

Tomek no pensaba que una actividad infantil estuviera al mismo nivel que ser desobediente e insubordinado ante un superior. Pero ya no había nada que pudiera hacer al respecto. Ese caballo ya había escapado del establo.

Entonces su teléfono vibró. Nick. Tomek miró la pantalla, y luego a los dos hombres frente a él.

—Tengo que atender esto —les dijo—. Podéis iros. Os buscaré si os necesito. Y gracias por el barco, Montgomery.

El hombre le ofreció a Tomek un saludo militar antes de girar sobre la punta de sus pies y dirigirse hacia el camping. Mientras tanto, Flynn parecía abatido, como si le acabaran de decir que ya no eran amigos. Finalmente, después de una educada despedida de Tomek, Flynn se marchó en la otra dirección.

Tomek respondió la llamada mientras caminaba hacia el pontón.

—No puedo creer que me hayas delatado —dijo.

—Querías información, ¿no?

—No veo cómo están conectadas ambas cosas.

—Bueno, zopenco, hay un registro de todo en HOLMES, ¿verdad? No podía simplemente ir husmeando sin motivo, así que tuve que contactar con Carlisle. Supongo que habéis tenido el lujo de conoceros.

—Hace un momento.

—Espléndido. ¿Era tan capullo en persona como lo fue por teléfono?

—Más.

—Bien. Conociéndote, probablemente te lo merecías. En fin, por teléfono fingí que quería discutir detalles sobre el caso para tener una excusa para ver las pruebas en HOLMES.

—Vale.

—Arriba para pensar...

—Abajo para bailar —completó Tomek por el inspector jefe. Se imaginó al hombre tocándose la sien mientras lo decía.

Tomek se detuvo al final del embarcadero y se sentó, cruzando las piernas. Toda la estructura vibró con una réplica.

—Venga, cuéntame —comenzó—. ¿Qué has averiguado para mí?

—¿Quieres la versión abreviada o...?

—¿La qué?

—Abreviada. Significa cuando algo ha sido acortado. Como tu línea de pelo.

—Mira quién fue a hablar —replicó Tomek.

—Descarado. No me hagas mandarte a la mierda, porque lo haré.

A eso, Tomek no tuvo respuesta. Quería la información y nada más.

—La versión desabreviada.

—Querrás decir *sin* abreviar —respondió Nick—. ¿Fuiste al colegio?

—Estuve allí para pasarlo bien, no para quedarme mucho tiempo.

—Se nota. Joder... —Se oyó un largo suspiro por el teléfono. Continuó—: Busqué lo que me pediste, y un poco más. Porque soy así de majo. Ya han hecho la autopsia. La causa de muerte de Charlene Harris fue ahogamiento. La cadena enrollada alrededor de su cuello la hundió mientras la marea subía gradualmente, y como

resultado se ahogó muy rápidamente. La hora estimada de la muerte es entre las dos y las cuatro de esa madrugada. Aunque gracias al insoportable calor...

—Sobre lo que no podía hacer nada, por cierto.

—Nadie dice que pudieras. No te pongas a la defensiva conmigo. Comprendo tu situación. Estabas solo y tuviste que hacerlo todo por tu cuenta. El punto es que los efectos del sol aceleraron rápidamente la descomposición, y han enturbiado un poco las aguas.

—¿Qué hay de la marca en su mano? —preguntó Tomek.

Nick consultó sus notas. —Nada de qué preocuparse. Parece una quemadura química, y por lo que he leído del informe de la Científica, encontraron algunos productos químicos en el sótano.

—¿Cuándo bajaron allí?

—Probablemente mientras tú estabas por ahí de juerga por la isla, coqueteando con todos los sospechosos.

Tomek ignoró la pulla. Resultó que Rick Lawson y la Científica habían hecho más de lo que él había previsto. Quizás los había subestimado.

—Lo más interesante de la autopsia, sin embargo —continuó Nick —, es el golpe en la parte posterior de la cabeza que recibió antes de morir.

—¿Fuerza contundente?

—Un ladrillo.

—¿Un ladrillo? —repitió Tomek.

—Sí. Analizaron su cuero cabelludo buscando residuos, pero no quedaba nada. Sin embargo, la autopsia dice que la forma y la hendidura probablemente provinieron de la esquina de un ladrillo.

Tomek se desconectó de repente, pensando en el otro incidente relacionado con ladrillos que había tenido Charlene. Un anticipo de lo que estaba por venir...

—También busqué ese anillo del que hablabas —continuó Nick, aunque su voz era tranquila, distante—. No vi ningún anillo en sus dedos en las fotografías del sistema.

Tomek tardó un momento en darse cuenta de lo que Nick estaba diciendo. —¿Lo habían robado?

—Quizás. Tú eres quien dijo que lo viste en su dedo cuando la sacaste.

Chasqueó los dedos. Frente a él, un pájaro voló sobre el agua y luego aterrizó delicadamente en la superficie. Tomek lo miró fijamente mientras intentaba reducir la lista de sospechosos potenciales. Solo dos personas, aparte de él, habían entrado en contacto físico con el cuerpo de Charlene antes de que Rick y el equipo de la Científica llegaran.

Flynn.

Y Derry.

Ahora uno de ellos probablemente estaba muerto.

¿Tenía el otro algo que ver con ello, o no estaban relacionados? Tomek de repente se sintió incómodo, y decidió que iba a tener que reducir drásticamente el número de personas en las que podía confiar a una: Dayana. Y aun así era complicado, considerando lo que le había contado la noche anterior.

—¿Qué más? —preguntó Tomek.

Una pausa mientras Nick revisaba sus notas, murmurando para sí mismo.

—Han realizado varias indagaciones puerta a puerta por la zona, pero hasta ahora nadie ha visto ni oído nada.

—¿Cuándo? —preguntó Tomek, sorprendido.

—Presumiblemente durante los últimos dos días.

Tomek hizo una pausa para reflexionar sobre eso. El equipo de Colchester había hecho más de lo que les había reconocido.

—Además, han profundizado en sus finanzas, no es que pensara que fuera necesario —continuó Nick—. Pero, de nuevo, no estoy allí, no la conozco, así que ¿qué sé yo?

—Nada.

—Por lo que parece, tenía una cantidad seria de deudas. Estoy hablando de decenas de miles de libras.

—¿De dónde venían?

—Del gran Ray Winstone.

—¿Apostaba?

—Ajá. Y era una adicta, por el estado de las cosas. Eso la dejó en un agujero serio del que tenía que salir. Incluso había puesto su pub

como garantía si las cosas no salían bien.

Ahora tenía sentido el motivo de su codicia. Tenía mucho que perder.

—¿Pero qué hay de la tierra que quería comprar en la isla?

—Pensé que preguntarías por eso —señaló Nick—. Había un comentario al respecto en uno de los archivos que encontraron arriba en la oficina. Resulta que estaba planeando construir un centro de actividades en la isla. Uno de esos lugares que tiene minigolf, láser tag, bolos, un campo de prácticas de golf cubierto. Un verdadero centro de experiencias.

—¿Cómo sabes esto?

—Porque estoy mirando el plano del arquitecto y las representaciones en 3D ahora mismo.

—Envíamelos —ordenó Tomek.

—¿Por qué?

—Es importante. Y envíame también el resto de la información. Quiero revisarla a mi propio ritmo.

—¿No tienes que asistir al cumpleaños de tu hija?

Tomek miró su reloj. —Eso terminará en unas pocas horas.

Nick suspiró, confirmó que le enviaría todo, y luego colgó.

La conversación había dejado a Tomek con un nuevo respeto por Charlene. A pesar de sus deudas abrumadoras —que sin duda le habrían causado noches de insomnio— ella todavía quería construir algo para la isla que les sirviera, que les beneficiara y entretuviera. Tomek no pensaba que fuera el monstruo que todos habían descrito. Y con las imágenes del artista, podría demostrarlo.

Pero primero, tenía que encontrar al verdadero monstruo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

Tomek llamó a la puerta de madera con tanta fuerza que sintió la reverberación por todo el brazo. El sonido resonó por las calles y pareció no detenerse hasta que finalmente la puerta se abrió. Allí, con aspecto de haber sido atropellado por un tractor y una manada de vacas, estaba Mick Thorne. Su pelo estaba desgreñado y grasiento, su barba gris sucia y descuidada. Tenía los ojos inyectados en sangre y la piel parecía más amarillenta que antes.

Pero por primera vez desde que Tomek había llegado a la isla, parecía casi sobrio, como si el vicio que lo había estado consumiendo durante semanas, meses, años, finalmente se hubiera ido. Como si por fin lo hubiera dejado en paz por un día.

—Tienes buen aspecto —dijo Tomek.

—No me siento así —murmuró el hombre, con voz áspera—. Pero he tenido noches peores.

—¿Puedo entrar?

Mick puso una mano en la puerta, cerrando sutilmente el hueco. —¿Para qué?

—Para hacerte algunas preguntas sobre Charlene y Derry. Lo intenté la otra noche, pero me mandaste a la mierda.

Una sonrisa burlona cruzó el rostro de Mick. —Probablemente con buena razón también. Si la memoria no me falla, pensé que estabas siendo un poco capullo.

—O quizás tenías algo que ocultar y querías deshacerte de mí.

Mick dudó en el umbral. Sus opciones eran simples: dejar entrar a Tomek y demostrar que no tenía nada que ocultar, o cerrarle la puerta y confirmar las sospechas de Tomek. Al final, se apartó y le permitió pasar. La casa parecía, olía y se sentía exactamente como Tomek había esperado, como si hubiera estallado una bomba en su interior. Era evidente que el hombre vivía en la miseria y no tenía a nadie que lo apoyara. El pasillo y las habitaciones estaban desnudos, sin nada en ellos excepto lo esencial. En la sala de estar no había ninguno de los complementos del siglo veintiuno que Tomek esperaba. Ni televisor. Ni lámpara de pie en la esquina. Ni mesa de café. Ni marco de fotos en el alféizar de la ventana. Solo un pequeño sillón y una vista que daba al jardín descuidado. Junto a él había un paquete de cuatro cervezas medio abierto. La alfombra y las paredes estaban cubiertas de manchas, sin duda de derrames en estado de embriaguez, y el espacio olía a humedad y frío.

Tomek buscó un lugar donde sentarse.

—Puedes tener el mejor asiento de la casa si quieres.

Un olor emanaba de los cojines. Tomek negó con la cabeza. —Es todo tuyo. Tú eres el hombre de la casa. Yo estoy bien de pie.

No hubo que decírselo dos veces a Mick. En un instante, se sentó y comenzó a parecer que se estaba quedando dormido. —Antes de que empieces, yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a Charlene. Estaba en casa, después de que ella me hubiera echado. Y cuando volví, me tomé una copa. Y luego otra. Y otra más después de esa. Probablemente me desmayé en el sillón poco después.

Tomek decidió que volvería a eso más tarde. —Cuéntame cómo ella hizo de *tu* vida un infierno. Por lo que he averiguado, hizo un buen trabajo haciendo eso con todos en la isla.

—Eso es porque era la mejor en ello —dijo Mick, con salpicaduras de saliva cayendo sobre su camisa—. Me desangró. Desangró a todos. Me hizo firmar un contrato que decía que no podía subir los precios de ningún pescado que capturara y vendiera cuando no estaba haciendo los tours, y que tenía que pagarle una cuota de membresía por formar parte de la regata. Es un tiburón, una charlatana. Y estoy seguro de que hizo un agujero en mi viejo barco. No puedo demostrar que fue ella, pero *sé* que fue ella. Lo siento.

—¿Por qué firmaste el acuerdo si sabías que era malo para ti? —preguntó Tomek.

—No tuve elección porque amenazó con alejar a la gente de mi negocio. Ella dirige el negocio más popular de esta isla. Su pub es adonde van todos los visitantes, y si no recomienda un sitio por cualquier razón, puedes apostar a que no van a ir allí. Es como una líder de culto o algo así. Escuchan cada palabra suya. Y con los costes como están, no podía permitirme perder el poco negocio que me quedaba.

—No parece mucho mejor estar bajo el contrato —dijo Tomek.

—Era el menor de dos males. Estaba entre la espada y la pared.

—¿Te complacería saber que estaba usando el dinero para construir un centro de actividades para la isla? Iba a crear un lugar para la comunidad.

Tomek estaba a punto de mostrarle al hombre las fotos y planes que Nick le había enviado cuando Mick se burló y dijo: —Una mierda. Probablemente era una oportunidad para exprimir hasta el último céntimo de todos los cabrones que viven en esta isla o deciden visitarla.

Tomek no lo había pensado de esa manera. Aún le gustaba pensar que había algo bueno en Charlene.

—¿Qué estabas haciendo anoche? —preguntó.

Mick pareció confundido por el repentino cambio en la conversación.

—¿Anoche? Estaba aquí. En la cama. Dormido en mi propia meada.

Tomek casi le preguntó al hombre si podía confirmar eso, pero luego decidió que no quería acercarse demasiado a las sábanas sucias de Mick.

—¿Por qué lo preguntas?

Tomek se lo contó. Sobre la desaparición de Derry. Sobre su barco descubierto.

—Eso *sí* que es extraño —dijo Mick en voz baja—. Derry era un buen nadador. *Muy* buen nadador. Si hubiera volcado o encallado, habría podido volver a un lugar seguro sin problema. Creo... ¿No

pensarás que alguien le ha hecho lo mismo que le hicieron a Charlene, verdad?

Tomek se encogió de hombros y evitó responder a la pregunta tanto como fue posible. Para alejar los pensamientos de Mick de Derry, dijo: —Ayer escuché algo interesante.

—¿Ah, sí?

—Era sobre tu perro —dijo.

—¡Tú y mi maldito perro, de verdad! ¿Por qué no dejas de hablar de ello? No paras de darme la lata todo el tiempo con él, por el amor de Dios. Le quería, ¿vale? Y ahora no está.

—Si le querías, ¿por qué le quitaste la correa y le abandonaste?

El color volvió a las mejillas de Mick, tiñéndolas de un tono rojo oscuro. Su ceño se frunció y su mirada se clavó en Tomek.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con severidad.

—La persona con la que hablé me dijo que sacaste al perro a pasear un día, lo abandonaste, y luego seguiste con tu día como si nada pasara.

Mick abrió la boca para discutir, pero Tomek le detuvo con un gesto de la mano. —Al principio no me lo creí. Pero luego pensé en tu reacción cuando nos encontramos en el agua; estabas sorprendido, y había un atisbo de reconocimiento. Y después, cuando encontramos al perro a la mañana siguiente... ¿Qué hiciste con el perro después de que nos alejáramos en kayak?

Los músculos de la mandíbula de Mick se tensaron mientras apretaba con fuerza los dientes. —Le di un entierro digno de un perro marinero. Como debería haber tenido.

—¿Así que admites que lo abandonaste?

La tensión en el rostro de Mick aumentó. Luego, de repente, desapareció, como si alguien hubiera apagado una luz en su cabeza. Su mirada se apartó lentamente de Tomek y se posó en un pájaro que había fuera.

—Qué cosa más curiosa, la vida. A veces es buena, a veces es una mierda. Pero mayormente es una mierda. Al menos para mí lo es, y siempre lo ha sido. A veces puede parecer que no hay salida, que la oscuridad nunca se desvanecerá, que estás destinado a permanecer en un lugar concreto de mierda y miserable de tu vida

para siempre. Así es como me he sentido durante tanto tiempo. He ido a la deriva, vagando sin rumbo, simplemente aguantando, dejando que la vida me deprimiera. Hasta hace unas semanas, que decidí que no quería seguir haciéndolo. La vida, el trabajo, los amigos —aunque no tengo ninguno de esos. El perro. No quería seguir haciendo nada. La vida se había convertido en un vacío, un agujero negro. Un abismo vacío. Así que decidí que iba a suicidarme. Quiero decir, ya lo estoy haciendo con esta mierda de aquí. —Mick señaló el paquete de cervezas a su lado, luego lo pateó indignado con el pie—. Pensé que podría acelerar el proceso, así que llevé a Jerry al campo cerca del agua, le dije que esperara, y luego simplemente... simplemente lo dejé allí. No podía soportar hacerlo y dejarlo vivo conmigo, intentando salvarme. Se habría vuelto loco. Y no podría haberlo matado yo mismo. No tuve el valor para hacer eso, así que lo dejé para que lo atropellara un coche y se arrastrara hasta morir en la cuneta. Supongo que quizá una parte de mí esperaba que volviera y me rescatara. Pero cuando no lo hizo, me fui al agua, me até un peso enorme a la cintura, y me quedé en el borde. Preparado para saltar.

—¿Qué te detuvo? —preguntó Tomek involuntariamente. Hasta ese momento había estado absorto en la historia del hombre.

—Cobardía. Para decirlo sin rodeos. Tomé la vía cobarde, me aparté del borde del barco y me fui a casa, odiándome aún más de lo que ya me odiaba, lamentando cada día lo que le hice a Jerry, reprochándomelo. He estado castigándome por cómo lo traté. Él no merecía morir. Yo sí, pero él no. Y ahora me atormento por ello cada momento de vigilia del día. Los días que tengo clientes son los más duros: no puedo beber, y es entonces cuando todo el arrepentimiento, el dolor y el odio vuelven. Me persigue. Me carcome. Y solo me hace querer suicidarme una y otra y otra vez.

El silencio descendió sobre la habitación. Durante un largo rato, Tomek no dijo nada. Estaba demasiado ocupado asimilando la gravedad y severidad de la afirmación del hombre. El hombre era suicida y necesitaba desesperadamente asistencia médica. No sabía cuánto tiempo más sobreviviría Mick a su ritmo actual.

—Siento lo de tu perro —dijo Tomek—. Y tengo el número de alguien que puede ayudarte, ¿sabes? Mi propia terapeuta. Es bastante buena, hace reuniones presenciales principalmente, pero estoy seguro de que si le explicaras la situación, podría hacer algunas videollamadas.

Mick giró lentamente la cabeza hacia Tomek.

—Gracias, pero no. No quiero ayuda. No la merezco. Dejé morir a mi propio perro, joder. Debería ser yo el que estuviera muerto.

—Nadie quiere eso —dijo Tomek lentamente, tratando de pensar en lo correcto que decir—. No voy a quedarme aquí diciendo que lo que hiciste no fue moralmente reprochable, porque lo fue, pero ahora que conozco el contexto... de lo que pasó con el perro y todas las tensiones que has estado sufriendo con Charlene... puedo *más o menos* perdonarte un poco. Pero no es demasiado tarde para enmendarlo. No puedes cambiar el pasado, pero puedes cambiar el futuro. Y, si quieres algo que te haga levantarte de la cama cada mañana, creo que podría saber qué puede ayudar.

La intriga se dibujaba en el rostro de Mick. —Continúa...

—Ayer tuve una conversación interesante con tu cuñado.

Mick se burló. —¡No quiero tener nada que ver con ese cabrón!

—¿Ni siquiera si descubrieras que él es quien hizo el agujero en tu barco el año pasado, y—

—¿Él hizo *qué* joder?

—¿Y si descubrieras que está teniendo una aventura a espaldas de tu hermana?

—¿Con quién?

—Ariana, la del Café Log Cabin.

Mick saltó de su silla, lo más rápido que Tomek le había visto moverse. —Ese pedazo de mierda. Ese maldito canalla. Voy a matarlo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

Tomek había perdido completamente la noción del tiempo. De alguna manera, cuando salió de la casa de Mick Thorne, después de quedarse a tomar un pequeño vaso de agua y tener la oportunidad de calmar a Mick y evitar que *realmente* matara a su cuñado, ya estaba oscuro fuera. El sol se había puesto, pero la humedad persistía, y tras un corto paseo, sintió que el sudor volvía a su espalda y que la camisa se le pegaba a la piel. Su charla con Mick había sido reveladora. Había visto desde lejos que el hombre estaba pasándolo mal —toda la isla lo sabía—, pero no se había dado cuenta de lo grave que era la situación. El hombre tenía problemas para pagar sus facturas, sus prestaciones sociales no eran suficientes para mantenerse y, por si fuera poco, Charlene le estaba desangrando económicamente. Tomek podía entender por qué Mick pensaba que no había salida, por qué había recurrido a la bebida y había pasado los últimos meses de su vida al final de una botella. Pero estaba fuera del control de Tomek. No había nada que pudiera hacer, excepto darle a Mick el nombre y número del terapeuta, y esperar que hiciera la llamada.

Mientras caminaba por las calles de West Mersea, Tomek revisó su teléfono: varios mensajes de Kasia dándole actualizaciones exactas sobre su paradero y movimientos. Después de que Montgomery regresara del paseo en barco, ella había dejado a Jacob y pasado por casa de Dayana, donde había disfrutado de otra lata de Coca-Cola y más galletas. En ese momento, estaba en casa, viendo

la televisión, sin duda desplazándose por su teléfono y picoteando algo malo para su salud. Tomek aceleró el paso.

Pero se detuvo de repente cuando oyó voces en la distancia. Estaba junto a la entrada trasera del pub. Un foco en lo alto del edificio iluminaba la zona de los contenedores, pero las figuras estaban fuera de vista detrás de la valla de madera que lo rodeaba.

Con cautela, manteniendo al mínimo el sonido de sus pies sobre el hormigón, Tomek se acercó al panel de la valla y miró a través de una pequeña rendija. Al otro lado estaba Leon, vestido con su uniforme blanco de chef, hablando con Tony Fowler, que seguía con los mismos pantalones sucios y el polo de antes. El chef estaba fumando un cigarrillo, mientras que el fontanero estaba en medio del proceso de encender uno.

—No me malinterpretes, lo que pasó fue terrible y no se lo desearía ni a mi peor enemigo —comenzó Tony Fowler, inhalando bruscamente de su cigarrillo—. Pero creo que recibió lo que se merecía, para ser sincero. La cantidad de gente a la que ha cabreado y jodido. Mi hermano pequeño ha tenido muchos problemas desde que ella introdujo todas sus tarifas. Y desde que vosotros empezasteis a servir desayunos y café, no ha podido competir.

—Lo siento por eso —murmuró Leon.

—Oh no, no te lo estaba reprochando. Solo digo que el negocio no ha sido el mismo para él desde entonces —Tony dio una larga calada a su cigarrillo.

—Lo entiendo. Hizo cosas bastante rastreras, pero no merecía morir. Nadie merece morir, tío.

Una pausa mientras Tony exhalaba lentamente los químicos de sus pulmones. —Sí, supongo que tienes razón. Oí que la golpearon en la cabeza primero antes de morir.

Leon se encogió de hombros. —Quizás.

—¿También oíste cómo la encontró Derry? Esa cadena alrededor de su garganta. Una locura. ¿Quién querría hacer algo así?

—Ni idea —respondió Leon suavemente, mirando fijamente el hormigón a sus pies.

—Tienes que estar bastante jodido de la cabeza para llegar a ese extremo. No hay vuelta atrás de algo así. Y todo este asunto con Derry también...

El interés de Leon se disparó repentinamente y se volvió hacia su amigo. —¿Qué has oído sobre Derry?

—No mucho. Solo que ha desaparecido. Aparentemente encontraron su barco antes, pero él no estaba por ninguna parte. Yo creo que la misma persona que se cargó a Charlene se lo ha cargado a él también —Tony tiró el cigarrillo al suelo y encendió otro—. Cargarse a dos personas en un fin de semana es una locura. Alguien está completamente mal de la cabeza.

Se quedaron en silencio por un momento. Tomek continuó observando a través del agujero en la valla. ¿Cómo sabía Tony tanto sobre la investigación? ¿Y cómo sabía sobre el modo en que murió Charlene? Tomek ciertamente no se lo había contado. Pero entonces recordó que las noticias corrían rápido en la isla, y había ojos y oídos en todas partes. Alguien sin duda lo había escuchado de alguien que lo había escuchado de otra persona, y así habían seguido naturalmente el orden de las cosas y se lo habían transmitido a otra persona, añadiendo un eslabón más imposible de rastrear a la cadena.

—¿Has hablado ya con ese detective gilipollas? —preguntó Tony.

—¿Ese era su nombre oficial?

Tomek supo inmediatamente de quién estaban hablando.

—Podría serlo. ¿Sabías que ni siquiera es detective? —continuó Tony.

—¿Qué dices?

—Bueno, lo *es*. Oficialmente, al menos. Solo está suspendido. Así que cualquier cosa que le digas, no puede hacer nada con ello.

Leon se apoyó en el borde de un escalón que conducía al pub. —¿Ha estado haciendo trabajo no autorizado todo este tiempo?

—Sí.

—¿Y qué hay de los otros? ¿Ese inspector y el inspector jefe?

—No, ellos son legítimos. Solo el que vive en el camping de Montgomery. ¿Te hizo alguna pregunta sobre Charlene?

Leon asintió, chupando lentamente su cigarrillo.

—A mí también. Pero sentí que realmente me estaba acosando. Haciéndome todas estas preguntas sobre dónde estaba y qué hacía —Tony sacudió la cabeza con frustración.

—Solo es un problema si tienes algo que ocultar... —dijo Leon, mirándolo.

—Bueno, sí. Obviamente. Solo... solo espero que no vaya husmeando, eso es todo. Lo último que necesito es que descubra lo de ese asunto con Bradley.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Aquel asunto con Bradley, como lo había llamado Tony, se refería a cuando había robado una gran suma de dinero del negocio familiar para comprar un conjunto de herramientas para su empresa de fontanería, y una entrada para un coche nuevo. Nadie en la familia sabía que había sido él, y cuando le preguntaron de dónde había sacado el dinero para comprarse un Range Rover nuevo, les dijo que había tenido un buen mes de trabajo, con la ayuda adicional de haber ganado algo de dinero en la lotería.

Esa era una forma de decirlo.

Tomek no pensaba que el robo mereciera investigarse, ni que estuviera relacionado de alguna manera con la muerte de Charlene y la desaparición de Derry. Solo significaba que Tony Fowler era un canalla egoísta al que no le importaban nada sus padres ni su hermano.

Mientras deambulaba por el camping, Tomek miró a través de las ventanas de sus vecinos. Muchos estaban en el salón, con los pies en alto, viendo la televisión, disfrutando de su tiempo juntos. Todos menos Dayana.

—Hola —le llamó ella.

El sonido repentino lo sobresaltó, haciendo que su ritmo cardíaco se acelerara.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Tomek.

Estaba sentada en su terraza, con los pies apoyados en una pequeña silla de jardín, mientras una cinta de humo ascendía hacia

el aire—. Observo a la gente y miro el cielo. Es una noche preciosa. Siempre salgo aquí en verano. Tengo este bonito espacio abierto, así que mejor aprovecharlo.

Tomek se acercó a ella—. Seguro que es una pesadilla en invierno.

—Resbaladizo como nada. Mis caderas, por desgracia, ya no son lo que eran.

Cuando llegó a lo alto de los escalones, Dayana levantó las piernas de la silla para dejarlo sentar. Al hacerlo, se quedó inmóvil y soltó un grito de dolor. Se llevó la mano a la parte baja de la espalda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tomek, alarmado.

Haciendo una mueca, dijo—: Es mi maldita espalda. Lleva molestándome semanas. Cuando llegas a mi edad, todo empieza a desmoronarse.

Intentó levantarse de la silla, pero no pudo.

—Deberías quedarte quieta —le dijo Tomek.

—No puedo quedarme aquí fuera toda la noche.

Buen punto—. Déjame ayudarte.

Tomek le cogió la mano, puso la otra debajo de su brazo y con cuidado la ayudó a ponerse de pie. Ella hizo una mueca y gimió de dolor. Tomek se disculpó mientras le rodeaba con un brazo y la ayudaba a entrar en el salón, donde la condujo hacia el asiento más cercano: una silla metálica junto a la mesa del comedor.

—Ahí no —espetó Dayana—. Las odio. Son muy incómodas. No recuerdo la última vez que me senté en ellas. Hace tiempo que quiero deshacerme de ellas. Ponme en el sofá.

Tomek hizo lo que le pidió.

—Eres un cielo —dijo ella, haciendo una mueca.

—Todo parte del trabajo —respondió él, sonriendo—. ¿Hay algo que pueda traerte?

—Sí —dijo, dejando el cigarrillo en el cenicero frente a ella—. Puedes sentarte. Y puedes contarme todo sobre Derry. ¿Qué es eso que estoy oyendo de que ha desaparecido?

Tomek acercó el sillón—. La alarma se dio esta mañana —comenzó—. Pero nadie lo ha visto. No recogió sus ostras esta

mañana, y nadie sabe adónde ha ido. Creo que desapareció en algún momento anoche; encontramos su barca esta tarde.

Dayana pareció pensativa, y jugueteó con las mangas de su jersey—. Madre mía. ¿Qué está pasando en nuestro pequeño pueblo?

—Todavía no lo sé. Ojalá lo supiera.

—¿Crees que más personas resultarán heridas?

Tomek tragó saliva—. No sabría decirte. Espero que no.

—¿Estás más cerca de descubrir quién es responsable de este horrible, horrible crimen?

Tomek negó con la cabeza—. Todavía no. Aunque la información que me diste la otra noche ha sido realmente útil.

Justo cuando Dayana estaba a punto de responder, dejó escapar un gemido corto y agudo y se llevó la mano a la espalda.

—¿Puedo traerte algo? —preguntó él.

—Estaré bien.

—Deberías hablar con Montgomery sobre accesibilidad. ¿Vas a estar bien subiendo y bajando esos escalones?

—Es fácil. Simplemente no bajaré por ellos. Soy más que feliz quedándome dentro. Tengo todo lo que necesito aquí. No tienes que preocuparte por mí.

—No me tientes —bromeó Tomek.

Dayana se rió, pero incluso eso pareció causarle dolor. Finalmente, después de que se detuvo, dijo—: Estabas diciendo sobre... sobre mi consejo...

Tomek se aclaró la garganta—. Parece que todo el mundo tiene algo que ocultar. Y todos tenían algo contra Charlene. Para ser sincero, me sorprendió la cantidad de trapos sucios que tenía de todos.

—El poder puede llevar a la gente a hacer cosas peligrosas —dijo ella—. Puede corromper incluso a los individuos más inocentes.

—La persona responsable de matarla no es inocente.

—Lo eran hasta que ella se convirtió en quien se convirtió. Si no hubiera abusado de su poder y molestado a todos tanto como lo hizo, no se habrían visto empujados a hacer lo que hicieron. No estoy diciendo que eso les excuse, ni lo más mínimo. Pero cada

acción tiene una consecuencia, y su consecuencia fue mayor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

—Has tenido un repentino cambio de opinión.

Dayana inhaló profundamente, su pecho subiendo y bajando con intensidad. —He tenido tiempo para pensar en ello, y sobre lo que dije la otra noche. Lo que ella le hizo a la gente no estuvo bien.

Tomek no sabía cómo sentirse al respecto. Que la persona que más le había apoyado en su investigación, que la persona que pensaba que estaba de su lado, hubiera tenido un cambio repentino de opinión.

—Quien haya hecho esto probablemente se está carcomiendo por dentro —continuó ella—. Conozco a esta gente. Sé que tienen corazones buenos y amables. Ninguno de ellos es malvado. No lo habrían hecho a menos que se vieran obligados, como te dije.

—Si ese es el caso, entonces ¿cómo explicas lo que le pasó a Derry? No mencionaste que alguien tuviera problemas con él. ¿Por qué alguien querría matarlo potencialmente?

Dayana se encogió de hombros, empezó a juguetear con sus dedos. —Derry y Charlene eran cercanos, pero nunca estuvieron vinculados de esa manera. Lo único que se me ocurre es que Derry estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. O podría ser porque él fue quien la encontró, y quienquiera que la matara pensó que había descubierto algo posiblemente.

El anillo.

—Llevaba un anillo con piedras verdes cuando la encontramos —explicó Tomek—. Pero entre que la arrastraron a la playa y la llegada del equipo forense, desapareció. ¿Sabes algo sobre ese anillo?

—Solo que valía mucho dinero. Una reliquia familiar, creo, de su abuela. Sobrevivió a ambas Guerras Mundiales, vaya que sí.

—Creo que Derry podría haberlo cogido. ¿Se te ocurre por qué habría hecho eso?

Dayana negó con la cabeza. —Por el dinero, quizás. Estaba en un apuro económico. Probablemente pensó que podría ayudarle a salir del agujero en el que sus amiguitas le habían ayudado a meterse.

O tal vez iba a usarlo para pagar por más compañía femenina, pensó Tomek.

—¿Entonces no crees que el anillo tenga algún tipo de importancia? —preguntó.

Ella volvió a negar con la cabeza. —No veo que sea un factor relevante.

—Así que debe haber alguna otra razón por la que ha desaparecido.

Dayana se encogió de hombros, inclinando la cabeza hacia un lado. —Como dije, quizás estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. —De repente se puso alerta y sacudió la cabeza—. Dios mío, perdóname. ¿Dónde están mis modales? No te he ofrecido nada de beber.

Tomek se dio una palmada en la rodilla. —No pasa nada. Probablemente debería irme ya. Kasia me está esperando.

—¿Te gustaría una lata de Coca-Cola para el camino y otra para Kasia?

Tomek negó con la cabeza, le agradeció por su tiempo y le preguntó si necesitaba algo, antes de abandonar la caravana. Lo único en lo que podía pensar mientras salía y se dirigía hacia su hogar temporal era en lo que ella había dicho. Sobre cómo Derry podría haber estado en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Y que el asesino ahora estaba cubriendo sus huellas.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Kasia soltó un pequeño grito cuando él abrió la puerta.

—¡Podrías haber llamado! —siseó, llevándose una mano al pecho.

—Solo te mantengo alerta.

—Podrías haberme matado.

—No seas tan dramática. Me sorprende que no me estuvieras siguiendo con la aplicación de localización del iPhone.

—Se me olvidó. Y sabes que no se llama así.

Tomek cerró la puerta tras él y se quedó inmóvil, con la mirada fija en el bonsái que estaba colocado sobre la mesa del comedor. Una sonrisa se extendió por su rostro mientras lo cogía y lo trasladaba a la encimera de la cocina. De repente, se había olvidado de todo lo demás, como si no importara. Abrió el grifo, llenó un vaso de agua y luego lo vertió sobre la tierra. Después centró su atención en las hojas. Con el calor del verano, el crecimiento del árbol había explotado, y los nuevos brotes se extendían mucho más allá de su forma original. Como resultado, necesitaba desesperadamente un recorte, así que cogió unas tijeras desafiladas, poco ideales, de un cajón y comenzó a podar las ramas, recortándolas para que tuvieran la longitud adecuada, cortándolas justo después de la hoja. Pronto, las ramas se endurecerían y comenzaría un nuevo crecimiento desde ellas. Mientras examinaba el bonsái desde todos los ángulos, era vagamente consciente del sonido que venía del sofá. No fue hasta que Kasia gritó «¡Papá!» cuando tomó conciencia de su entorno.

—¿Me estás escuchando? —preguntó ella.

—No realmente. —Señaló el árbol con las tijeras—. Estaba ocupado...

—Ya lo veo. Pensaba que iba a hacer eso yo. Se supone que es mi árbol.

—Vaya. Lo siento. Puedes hacerlo la próxima vez. Te enseñaré cómo.

Ella se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Ya no quiero.

—Venga, no te pongas así. No puedes estar disgustada en tu cumpleaños.

—Sí puedo si acabas de disgustarme.

La culpa de repente se enroscó en su estómago.

—Lo siento, pequeña —le dijo mientras dejaba las tijeras en la mesa y se acercaba al sofá. Se sentó a su lado y puso los pies sobre la mesa de café que tenía delante—. ¿Qué tal tu tarde con Jacob?

Kasia se llevó la mano al corazón con cariño.

—Es tan dulce. A veces solo lo miro y quiero darle un gran abrazo y traerlo a casa conmigo.

—No vas a tener un nuevo hermano o hermana. No tengo tiempo para nada de eso.

Ella puso los ojos en blanco.

—No es eso lo que quería decir, papá. Además, no creía que pudieras a tu edad. Ya sabes, una vez que pasas cierto punto, ¿no dejas de...?

Él levantó una mano para hacerla callar.

—¿Por qué no paramos la conversación aquí? —dijo—. Estoy perfectamente bien y sano en ese aspecto, gracias. Eso es lo último de lo que deberías preocuparte. —Inspiró bruscamente—. En fin, *cambiando de tema*...

—Hoy jugamos a Dungeons and Dragons. Es este juego de aventuras de rol. ¿Has oído hablar de él?

Tomek fingió que no. Era agradable ver la sonrisa en su cara mientras explicaba el juego; no quería quitarle eso.

—Me llevó un tiempo acostumbrarme —continuó Kasia—. Como, mucho tiempo. Pero Jacob fue muy paciente, el pobrecito. Tenía que

preguntar continuamente qué significaban las diferentes cosas, y cada vez me cogía de la mano y decía: «Kasia, querida, significa...» como un anciano. Es tan dulce, y es *tan* inteligente para su edad.

—Y tú también lo eres.

—Sí, pero ni de lejos tan lista como él. Después, me estaba enseñando sus libros del colegio. Está haciendo matemáticas más avanzadas que yo. No sé, él simplemente... lo pilla. Ojalá pudiera hacer eso.

—Eres inteligente en diferentes aspectos. Te gusta la historia. Te gusta hornear. Te gustan las palabras.

—Me gustan las *palabras*. ¿Qué significa eso siquiera?

No lo sabía. Había estado divagando.

—Solo que... solo que eres de un tipo o de otro. O te gustan las matemáticas o te gusta la lengua. Rara vez encuentras a alguien a quien le gusten ambas.

Su expresión sugería que no se lo tragaba, pero optó por no presionarlo más.

—¿Qué más hicisteis? —preguntó Tomek.

—Intentamos bajar al sótano porque tiene algunos de sus libros viejos del colegio allí, y una insignia de *Blue Peter* que ganó una vez por enviar un dibujo que hizo de un barco, pero estaba cerrado.

—Ya veo.

—Y luego volví a casa. He quedado en verlo de nuevo mañana.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Cuándo nos vamos? —preguntó suavemente, con un tono de tristeza.

—No lo sé. Tengo que hablar con Montgomery sobre extender nuestra estancia. Idealmente hasta que lleguemos al fondo del asesinato de Charlene. Pero tendremos que volver a tiempo para cuando yo empiece a trabajar de nuevo y cuando tú vuelvas al colegio.

Su rostro se iluminó con entusiasmo.

—¿Así que al menos tenemos un par de días más?

—No si te envío con tus abuelos...

Ella tiró su móvil en el sofá.

—¡No! No voy a ir a ninguna parte. No puedes obligarme.

Tomek extendió la mano para coger la suya, pero ella la apartó de un tirón.

—Eso es exactamente lo que puedo hacer. No es seguro para ti aquí.

—No me importa. He hecho un amigo y no quiero despedirme de él todavía.

—Tendrás que hacerlo en algún momento.

—*Ya lo sé*. Pero no ahora. No quiero irme hasta que tengamos que hacerlo.

Tomek sabía la verdadera razón por la que ella quería quedarse. Claro, la relación que había creado con Jacob era parte de ello. Pero era nueva, reciente, una distracción bienvenida del pensamiento de tener que ir a la escuela para el nuevo curso en un par de semanas. Sus profesores habían accedido a que se incorporara un tiempo después de que el resto del colegio regresara, pero eso solo retrasaría lo inevitable. No lo detendría por completo. Aquí, en la isla de Mersea, era libre, lejos de la realidad. Tan pronto como se fuera, todo volvería a caer sobre ella.

Le puso una mano en el hombro.

—Vale —dijo con suavidad—. Puedes quedarte, pero si ocurre algo más, voy a...

Un fuerte estruendo sacudió la caravana cuando el cristal de una ventana cercana se hizo añicos en cientos de pedazos y se esparció por el sofá del otro lado. Un ladrillo entró con él y aterrizó en la alfombra, golpeando el mueble de la tele. Los gritos de Kasia llenaron el aire. Tomek la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí.

—¿Estás bien? —le preguntó.

En cuanto ella confirmó que estaba bien, Tomek corrió hacia la puerta principal, saltó los escalones y recorrió con la mirada el camping de caravanas. El lugar estaba desprovisto de cualquier señal de vida. Completamente vacío. Silencioso. Ni siquiera se oían los sonidos de pasos apresurados alejándose de la escena del crimen.

—¿Quién ha hecho eso? —vociferó Tomek, su voz reverberando entre las caravanas—. ¿Quién anda ahí? Vuelve y da la cara.

Pero no hubo respuesta, tal como él sabía que ocurriría.

Esperó unos momentos más. Escuchando. Aún no había nada, salvo el sonido de Kasia moviendo los cristales dentro. Dando la espalda a la oscuridad, regresó a la caravana y la encontró agachada sobre sus talones, recogiendo trozos de cristal con un recogedor y un cepillo. Ella dejó el cepillo y le mostró el ladrillo.

—Papá...

Con cautela, Tomek se lo cogió. Reconoció al instante la marca impresa en el ladrillo: DW Bricks.

—Damien... —susurró.

—Papá...

Tomek bajó el ladrillo y volvió su atención a Kasia.

—Esto venía con él...

Ella alcanzó una pequeña tira de papel en el suelo y se la pasó. En ella, escrito con tinta roja, había unas palabras: MANTENTE ALEJADO DE LA INVESTIGACIÓN. ESTÁS AVISADO.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

MARTES

Tomek seguía ardiendo de rabia a la mañana siguiente. Su instinto paternal de proteger a su hija estaba en alerta máxima. Y desde los sucesos relacionados con Zeus y el culto de Las Arpías del que Kasia había formado parte, este instinto había alcanzado nuevas cotas. Daría su vida por ella. De hecho, más que eso, si fuera posible. Por eso había tomado la decisión ejecutiva, tan pronto como bajara la marea, o al menos cuando estuviera a un nivel que le permitiera atravesarla sin arriesgar el motor, de dejarla en casa de sus padres. Quizás a ella no le gustara, quizás le guardara rencor por tomar esa decisión, pero no le importaba. Era por su bien, y estaba poniendo su seguridad en primer lugar. En realidad, reflexionó, debería haberlo hecho antes —en cuanto descubrió el cuerpo de Charlene— pero ninguna parte de él había esperado que las cosas se intensificaran tanto en tan poco tiempo. La situación se estaba descontrolando. El asesino ahora los estaba señalando. Mejor dicho, a *él*. Y su mensaje era alto y claro. Pero Tomek, siendo el idiota y egoísta cabrón que era, decidió no hacer caso al mensaje. ¿Quiénes se creían que eran para amenazarle así? Si querían hacerle daño, él estaría allí y estaría preparado. No caería sin luchar.

Afortunadamente, sus padres vivían a poca distancia en coche. De regreso, condujo en silencio, dejando que sus pensamientos tomaran forma, dándose tiempo para reflexionar sobre todo lo que había visto, aprendido y escuchado. Y entonces se enfrentó a la cruda realidad de que no tenía ni idea de lo que estaba pasando, ni de quién había sido responsable de la muerte de Charlene Harris y la desaparición de Derry Waterman. No había evidencia física que situara a nadie en la escena. La habían golpeado en la cabeza con un ladrillo, la habían llevado al agua y luego la habían atado a una boya, donde se ahogó. No había habido oportunidad ni tiempo para examinar forense todos los más de cien barcos anclados alrededor de la isla. Tampoco había quedado ninguna evidencia física en su

cuerpo, nada que indicara quién podría haberla matado. Lo mismo ocurría con Derry. Sí, habían encontrado su barco, pero hasta que apareciera su cuerpo, en una condición u otra, permanecería exactamente donde estaba, sin examinar.

El derrotismo se había instalado cómodamente en el cerebro de Tomek, y teñía cada pensamiento con una actitud pesimista. Solo podía recurrir hasta cierto punto a su experiencia y a su intuición, y hasta ahora, ninguna de las dos funcionaba a pleno rendimiento.

Después de quince minutos sentado en silencio, dirigió el coche hacia el Strood. A estas alturas, la marea estaba baja y el camino despejado. Al menos, debería haberlo estado, de no ser por la cantidad de coches aparcados y el pequeño grupo de gente que se había formado en medio de la carretera.

Tomek aparcó detrás del coche más cercano, apagó el motor y se apresuró con un ligero trote. Redujo el paso en cuanto divisó el cuerpo destrozado que había dejado la marea y que ahora estaba envuelto alrededor de un poste de la valla. Tomek lo reconoció al instante.

Derry Waterman.

Vestido con la misma ropa con la que Tomek lo había visto por última vez. Solo que ahora, su cara y sus manos estaban tan pálidas como se sentía Tomek. En su garganta había un gran corte de oreja a oreja de al menos dos centímetros y medio de ancho. Con el tiempo, el agua salada del mar lo había decolorado, casi petrificado. Grandes trozos de carne colgaban de la herida, y sus ojos estaban completamente abiertos.

Entre la multitud, dos mujeres se abrazaban, consolándose mutuamente. Un hombre hablaba apresuradamente por teléfono, mientras otro estaba inclinado junto al cuerpo.

—Aléjese de ahí —ordenó Tomek con calma—. Por su propio bien. No querrá ver esto más de lo necesario. Soy detective. ¿Alguien ha llamado a la policía?

—Está hablando con ellos ahora mismo —dijo el hombre junto al cuerpo, señalando al otro a su lado.

—Están de camino. Solo me mantengo en línea. —La mirada del hombre estaba fija en el cuerpo—. ¿Es quien creo que es?

—Demasiado pronto para afirmarlo —respondió Tomek, aunque todos sabían quién era—. Voy a necesitar que se alejen, por favor. Yo me encargo a partir de aquí.

El grupo no necesitó que se lo dijeran dos veces. En pocos momentos, se retiraron a sus respectivos coches. Tomek le pidió al hombre del teléfono que le mantuviera informado sobre la ubicación de la policía, y mientras se agachaba, el hombre gritó: «Tiempo estimado de llegada: dos minutos».

Tomek le dio las gracias y luego inspeccionó el cuerpo. El pelo de Derry estaba enmarañado y pegado a su cara, muy parecido a como había estado el de Charlene. Su cuerpo estaba rígido y frío, a pesar del sol de media mañana, y mientras Tomek empezaba a registrar los bolsillos del hombre buscando evidencias, sus dedos se sentían entumecidos. Como si la sangre hubiera dejado de fluir hacia ellos. Como si se estuviera viendo abrumado por sensaciones que no había sentido en mucho tiempo. Miedo. Pavor.

Por alguna razón, su cerebro le impedía inspeccionar el cuerpo del hombre muerto. Y antes de que pudiera combatirlo, el sonido de las sirenas aproximándose rápidamente lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Aléjate de ese puto cuerpo ahora mismo!

Tomek reconoció la voz antes de ver a Hadland. Tomándose su tiempo, se levantó cuidadosamente y se apartó de Derry.

—¿Por qué siempre estás aquí en el momento adecuado, eh? —entonó Hadland mientras se detenía a pocos centímetros de la cara de Tomek. Justo detrás venía Aidan, con expresión en blanco mientras miraba fijamente a Derry.

—Alguien tiene que estarlo —replicó Tomek.

Hadland hizo ademán de moverse hacia el cuerpo, pero Tomek se interpuso en su camino.

—No pensé que tendría que repetírtelo —dijo Hadland—. No debes tener nada que ver con ninguna de mis escenas del crimen. Para ser un sargento detective, eres bastante imbécil si no puedes entender esa instrucción básica.

Tomek apretó la mandíbula, mordiéndose la lengua mientras observaba a Hadland agacharse junto al cadáver y comenzar a

ladrar instrucciones a Aidan. Haz esto. Haz aquello. Llama a esta gente. Deshágase de aquellos.

—No olvides despejar el Strood —añadió Tomek, con una rápida mirada a Aidan y un guiño—. Se te da bien eso.

El agente de policía respondió al comentario desenfadado con una sonrisa burlona, luego les dio la espalda y se dirigió hacia el otro extremo del Strood. Tomek lo observaba alejarse cuando Hadland se interpuso en su línea de visión, encarándole. El hedor del café matutino le subió por las fosas nasales y le bajó por la garganta.

—Si no te quitas de mi cara...

—En realidad, usted es quien está en *mi* cara, señor, creo yo —interrumpió Tomek.

Hadland se acercó un centímetro más. Tomek reprimió el impulso de fruncir los labios en broma, como si fuera a besarlo. —¿Está demasiado cerca para ti, Sargento? —preguntó Hadland—. Si no te quitas de mi cara y de mi investigación en los próximos dos segundos, te arrestaré ahora mismo y te meteré en la parte trasera del coche patrulla, sin ventanas abiertas y sin aire acondicionado, donde sudarás y te costará respirar... como un perro.

Tomek miró fijamente a los ojos negros del hombre.

—Uno...

Quería tentar a su suerte. Quería poner a prueba los cojones del tipo, ver cuánto era ladrido y cuánto mordisco.

Pero entonces recordó el panorama general. No serviría de nada ni a Charlene ni a Derry si lo arrestaban. No sería útil para nadie si lo metían en la parte trasera de un coche patrulla.

Justo cuando Hadland abría la boca para pronunciar la siguiente palabra, Tomek dio un gran paso hacia atrás, manteniendo la mirada fijamente clavada en el inspector jefe.

—Así me gusta, buen perrito —dijo Hadland, antes de darle la espalda a Tomek y hacer una llamada telefónica.

Para cuando Tomek regresó a su coche, Hadland estaba ladrando órdenes a algún pobre desgraciado al otro lado de la línea. Al cerrar la puerta tras de sí, sus ojos se posaron en el ladrillo que había atravesado la ventana la noche anterior. Kasia lo había envuelto en una camiseta y lo había dejado en el hueco de los pies. Tomek lo

cogió y lo inspeccionó. En ese momento, no deseaba otra cosa que lanzarlo contra la nuca del inspector, pero sabía que eso no resolvería nada.

Unos momentos después, Aidan había llegado al extremo de la isla del Strood, y el tráfico comenzó a despejarse. Tomek metió la marcha y se dirigió hacia la isla.

Al pasar junto al cuerpo de Derry, Hadland, como por un sexto sentido, se giró y lo miró fijamente, ofreciéndole un pequeño saludo condescendiente mientras pasaba.

Maldito gilipollas cabrón. Seguro que aún vive con su madre, el calzonazos.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

Tomek quería pensar que no era una persona que guardaba rencores. Que no era alguien que permitía que la nube de frustración y resentimiento flotara sobre él durante demasiado tiempo. Pero el trato que Hadland le había dado era la excepción a la regla. El inspector lo había avergonzado y menospreciado. Para Tomek, eso era inaceptable, y mientras conducía hacia la zona este de la isla, había decidido que necesitaba canalizar su enfado y frustración hacia otra cosa.

O mejor dicho, hacia *otra persona*.

El desafortunado en cuestión era Damien Westwood.

Mientras Tomek se dirigía al taller del albañil, jugueteaba con el ladrillo en sus manos como si fuera una pelota de tenis. Encontró a Damien saliendo de otra habitación del taller, con un gran saco de material colgado sobre su hombro. El hombre se quedó paralizado en cuanto vio el ladrillo.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué haces con eso? No quiero problemas.

Dejó caer el saco al suelo. Aterrizó con un fuerte golpe seco, y envió una nube de polvo que se elevó en el aire.

—Solo quiero hacerte unas preguntas —dijo Tomek.

—¿Más? Ya me has hecho un montón.

—Es sobre este ladrillo. —Tomek se detuvo en la entrada del almacén, y por primera vez notó música sonando al fondo de la habitación.

—Ya te lo dije, no tuve nada que ver con ese ladrillo que atravesó la ventana de Charlene.

Tomek negó con la cabeza y agitó su dedo hacia el hombre. —Ladrillo equivocado, ventana de persona equivocada.

—¿Entonces de qué estás hablando?

Metiendo la mano en el bolsillo de su pantalón, Tomek sacó la nota que había acompañado al ladrillo. —¿No tuviste nada que ver con esto entonces?

—¡No! Ni siquiera sé qué es *esto*. No has dicho nada. ¡Solo estás apuntándome con un jodido ladrillo!

—Pareces nervioso.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me ponga de rodillas y me dibuje una puta diana en la frente? Déjate de tonterías.

Tomek pasó el ladrillo de una mano a otra. Estaba disfrutando de esto. El poder. La satisfacción de controlar la conversación. Era uno de los aspectos del trabajo que nunca cansaba.

—Anoche, este pequeño ladrillo, el mismo ladrillo que lleva el nombre y logotipo de tu empresa, atravesó la ventana de la caravana donde nos alojamos mi hija y yo. Con él, venía este mensaje, diciéndome que me echara atrás.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Es tu ladrillo.

—Mis ladrillos están por todas partes —siseó Damien. La firmeza había vuelto a su voz ahora, y se irguió, más recto—. Están por toda la isla. ¿Sabes cuántas casas y extensiones he ayudado a construir? Montones.

—Sí, pero los ladrillos son como piezas de un puzle, ¿no? —respondió Tomek—. Cada pieza tiene un lugar. Nunca sobra ninguna. No es como si cada casa fuera un set de LEGO con algunas piezas sobrantes. Todos los sobrantes vuelven a ti. Así que, pregunto de nuevo, ¿por qué uno de tus ladrillos habría atravesado mi ventana?

—No. Lo. Sé. No tiene nada que ver conmigo.

Finalmente, Tomek bajó el brazo a su costado. El simple movimiento pareció diluir la tensión en el aire; los hombros de Damien visiblemente se relajaron, y la expresión de preocupación en su rostro se disipó.

—¿Quién más tiene acceso a estas instalaciones? —preguntó Tomek.

—Yo. Es mi negocio y soy el único con llave.

Tomek hizo una pausa para inspeccionar el taller. Desde su última visita, el número de ladrillos en palés en la explanada había crecido. Estaban sujetos con abrazaderas y cuerdas. Varios ladrillos sueltos se habían caído y estaban esparcidos por el suelo.

—¿Y estos de aquí fuera? —preguntó Tomek.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Qué haces con ellos por la noche?

—Los dejo ahí. No tiene sentido meterlos y sacarlos todos los días. Nadie va a venir a robar un palé de ladrillos, ¿verdad? Y si lo hicieran, me enteraría. Tengo cámaras de seguridad por todas partes, los vería.

El cuello de Tomek giró hacia Damien tan rápido que casi se da un latigazo.

—¿Cámaras de seguridad?

—¿Has oído hablar de ellas entonces? —murmuró Damien con sarcasmo. Su actitud había cambiado desde que se dio cuenta de que Tomek ya no iba a lanzarle el ladrillo.

—En mi línea de trabajo, vivo y respiro con las cámaras de seguridad. Pero si no te preocupa que te roben, ¿entonces por qué las tienes?

—Ian... —Damien señaló en la dirección general del viñedo más abajo en la carretera—. Después de su "allanamiento", las instalé.

—¿Por qué?

Damien se encogió de hombros. —Porque, para ser sincero, no quería involucrarme más con él y todo eso. Le dije que si quería mentir a su compañía de seguros, podía hacerlo, pero yo no quería tener nada que ver. La cantidad de sueño que perdí mientras su reclamación estaba en proceso fue una locura. No estaba muy contento, así que pensé que era en mi propio interés instalar algunas cámaras. Por si acaso, ya sabes.

Tomek metió el papel en su bolsillo. —Muéstramelas. Quiero verlas.

Como un niño emocionado, Tomek siguió a Damien hasta la oficina trasera. La habitación era estrecha, pero contenía todo lo esencial, y en pocos momentos, Damien había llamado al software de las cámaras en la pantalla.

—Muéstrame lo de anoche —ordenó Tomek.

—¿Cuándo?

—Justo antes de las diez. —Dejó el ladrillo sobre el escritorio—. Esta cosa atravesó la ventana sobre las diez y media.

Damien hizo lo que se le ordenó, y ambos pasaron las siguientes dos horas revisando las grabaciones, comprobando los diferentes ángulos alrededor del taller, buscando signos de una figura acercándose a los ladrillos sueltos y cogiendo uno. Examinaron casi doce horas de grabación, a una velocidad de reproducción diez veces mayor, y aun así no encontraron nada. Ningún indicio de que alguien entrara en el patio delantero, ninguna señal de que alguien robara un ladrillo.

Nada. Era un callejón sin salida.

—Lo siento —dijo Damien, sonando casi tan derrotado como se sentía Tomek.

—Hazme un favor y sigue buscando, por favor. Si ves algo interesante, házmelo saber.

Damien confirmó que lo haría.

Justo cuando Tomek estaba a punto de marcharse, se le ocurrió una idea.

Dos, de hecho.

Cogió una libreta del escritorio y arrebató un bolígrafo de un portalápices junto al monitor del ordenador, y luego se lo tendió a Damien.

—Quiero que escribas "Mantente alejado de la investigación. Has sido advertido" en letras mayúsculas.

Damien abrió la boca para protestar, pero rápidamente se contuvo. Sin decir nada, tomó el bolígrafo de manos de Tomek y garabateó el mensaje en el papel. Cuando terminó, Tomek dio la espalda al hombre y lo examinó, comparándolo con el mensaje que había llegado por la ventana.

No coincidía. La caligrafía de Damien era mucho más elaborada que la nota que había recibido. Damien no había sido quien la escribió.

—Una última cosa —dijo Tomek.

—No pides mucho, ¿verdad?

Tomek se rio. —Quiero que hagas una lista de todas las personas de la isla que están relacionadas con Charlene y para las que has trabajado en el pasado, ya sea un pequeño muro de ladrillos para su camino de entrada o una casa completamente nueva.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Stuart Simms encabezaba la lista de Damien.

También había estado en lo más alto de la lista mental de Tomek.

Pero por una razón diferente. No solo había Damien realizado algunos trabajos para el dueño del puesto del mercado, lo que le daba acceso potencial a algunos de los ladrillos de Damien Westwood, sino que también era una de las pocas personas en la isla que sabía exactamente en qué caravana se habían estado alojando Tomek y Kasia.

Eso lo situaba firmemente en lo más alto de la lista de sospechosos de Tomek.

Tomek agradeció poder salir del coche. Era otro día sofocante. La temperatura exterior rondaba los veinticinco grados, pero el interior del coche había sido como una sauna, y el indicador de temperatura en el salpicadero marcaba treinta y un grados centígrados. Tomek se limpió una gota de sudor de la frente mientras cerraba la puerta y se dirigía hacia la casa de Stuart Simms. El jardín delantero era impecable y parecía sacado de la Exposición de Flores de Chelsea. El color explotaba desde todos los ángulos, abrumándolo. No sabía dónde mirar, en qué fijar primero la vista. Era evidente que Stuart, o posiblemente su esposa, dedicaban mucho tiempo a cuidarlo, convirtiéndolo en la obra de su vida. En el suelo había baldosas de pizarra, expertamente colocadas entre un lecho de piedras blancas. A su izquierda había una pequeña fuente que llenaba el espacio con

un sonido suave, casi terapéutico. Posado en su borde, un pequeño petirrojo observaba a Tomek con cautela mientras bebía agua.

Tomek lo rodeó con amplio margen, acercándose a la puerta principal. Justo cuando estaba a punto de pulsar el timbre, se abrió la puerta lateral, y Tony Fowler salió cargando una bolsa de herramientas grande y pesada. El hombre se quedó paralizado en cuanto cruzó la mirada con Tomek.

—Qué casualidad verte por aquí —dijo Tomek.

—Solo estaba haciendo un trabajo rápido. Stu tiene algunos problemas de riego en su cobertizo.

Tomek optó por no decir nada, y Tony dudó un momento, decidiendo si continuar hablando o seguir su camino. Al final, pasó despreocupadamente junto a Tomek, evitando su mirada, asegurándose de evitar el contacto físico con él.

Tomek esperó hasta que el hombre llegó a su Range Rover antes de decir algo. —Bonito coche —le gritó.

—Eh... gracias —respondió Tony, inseguro—. Decidí darme un capricho.

—Debe de haber costado una fortuna. Aunque debes estar agradecido a tus padres por permitirte sacar ese dinero del negocio.

De repente, Tony tenía cara de haber recibido una bofetada: roja y desconcertada, como si hubiera recibido mucho más de lo que esperaba. Pero antes de que pudiera responder, Stuart emergió por la puerta lateral. Él también se quedó paralizado en cuanto vio a Tomek parado junto a la puerta principal.

—Detective... —comenzó Stuart—. Qué... qué agradable sorpresa.

—Lo mismo digo.

—¿Le... le gustaría pasar?

Tomek miró la canasta de cabezas de flores marchitas que Stuart llevaba en la mano. —Espero no haber llegado en mal momento.

—Al contrario. Solo estaba haciendo un poco de jardinería ligera.

Stuart le indicó a Tomek que entrara por la puerta lateral. Tomek lo hizo con la banda sonora del Range Rover de Tony alejándose a toda velocidad por la estrecha carretera rural.

Tomek se detuvo al final del sendero y se quedó maravillado, contemplando el jardín trasero. Si pensaba que el jardín delantero era impresionante, el trasero era impresionante. El espacio era un caleidoscopio de colores que simultáneamente se mezclaban y destacaban entre sí. Cada sección del jardín tenía un tema, y cada planta tenía un propósito. El césped estaba perfectamente cortado hasta el punto de parecer algo sacado de un dibujo animado, y las plantas eran de varias alturas, ofreciendo escala y profundidad. Tomek deseaba poder explorar algo similar para su jardín, pero no era ni de lejos lo suficientemente grande. Sin mencionar que lo compartía con su vecino de abajo. Cierto, Edith hacía un buen trabajo manteniéndolo ordenado y plantando verduras durante la temporada, pero no era un espacio propio. Ni lo sería nunca.

—¿Qué te parece? —preguntó Stuart.

—Bonito —dijo, optando por restar importancia a su asombro.

—Gracias. Sally y yo hemos pasado mucho tiempo cuidándolo.

Al mencionar su nombre, una mujer pequeña y pulcra asomó la cabeza por detrás de un arbusto y les saludó con unas tijeras de podar.

—No la había visto —comentó Tomek.

—A veces la pierdo entre la maleza, es tan pequeña. Especialmente en esta época del año cuando todo está en plena floración.

Tomek abrió la boca para responder, pero entonces recordó la razón por la que estaba allí.

—¿Podemos hablar dentro?

Stuart abrió rápidamente la puerta trasera e hizo pasar a Tomek. Sirvió dos vasos de agua del fregadero y los colocó sobre la mesa de la cocina. Mientras Stuart se acomodaba en el borde del asiento opuesto, echando una rápida mirada por la ventana trasera, Tomek puso el ladrillo sobre la mesa. Hizo un fuerte *golpe*.

Los ojos de Stuart se agrandaron al verlo.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó Tomek.

—Un ladrillo.

—Diez puntos.

—¿Sabes de dónde viene?

—¿De la casa de Damien?

—Otros diez puntos.

—¿Sabes dónde lo encontré?

Esta vez, Stuart tardó más en responder. Finalmente, se encogió de hombros y bebió un sorbo de agua.

—Anoche tuve el placer de recogerlo del suelo de mi caravana. Junto con un montón de cristales. No sabrás nada de eso, ¿verdad?

Los ojos de Stuart se abrieron aún más, hasta el punto de que Tomek pensó que casi iban a estallar.

—¿Tiraste esto a través de mi ventana, Stuart?

El hombre no podía apartar la mirada del ladrillo. —¿Qué... qué te hace pensar que fui yo?

—El hecho de que vi un puñado de estos junto a tu casa, y que eres una de las cuatro únicas personas que saben dónde nos hemos estado alojando mi hija y yo.

—¿Yo?

—Sí, tú. Viniste a mi puerta el otro día, ¿no es así? Acosándome para obtener información sobre la muerte de Charlene.

—Sí, pero...

—Intentando sonsacarme información confidencial.

—Ya hemos pasado por esto —respondió Stuart, poniéndose a la defensiva—. Te dije que era mi amiga. Solo sentía curiosidad. Además, ya ni siquiera estás trabajando en el caso, así que qué derecho tienes...

—Nunca dije que estuviera aquí por Charlene. Estoy aquí para averiguar quién arrojó esto a través de mi ventana. Y tu nombre está en lo alto de la lista. ¿Qué trabajo te hizo Damien?

—Arregló el muro de ladrillos de la entrada. Mick se estrelló contra él hace un tiempo. El idiota había estado bebiendo y "olvidó" que estaba ahí.

—¿Y guardaste algunos de los ladrillos?

Stuart se encogió de hombros. —Pensé que podría necesitarlos para algo.

—¿Como para tirar uno a través de la ventana de Charlene hace un par de semanas?

La pregunta, y la insinuación que había detrás, pareció desconcertar a Stuart. Su boca se abrió y se cerró como la de un pez. —No sabía nada de eso... —murmuró.

—¿Estás seguro?

—Lo juro.

—¿No fuiste tú?

—¡No! No fui yo. No he tenido nada que ver con todo esto. Lo prometo. Y realmente no me gusta que vengas aquí acusándome de cosas. Igual que la última vez que nos vimos.

—Fue entonces cuando vi salir tu ira —respondió Tomek—. Tienes un lado bastante desagradable, ¿verdad, Stuart?

—Lo tengo cuando amenazas con arruinar a mi familia.

—Creo que tú mismo lo hiciste cuando empezaste a tener una aventura con Ariana.

La puerta principal se abrió justo cuando Tomek estaba hablando, y Sally Simms se quedó paralizada en el umbral. Tomek estaría mintiendo si dijera que no la había visto entrar y había esperado el momento oportuno para soltar esa bomba concreta delante de ella. Dejó las tijeras de podar en la encimera de la cocina y volvió a salir, cerrando la puerta de un portazo.

Stuart se levantó de un salto para ir tras ella, pero Tomek se interpuso en su camino.

—Tú y yo no hemos terminado aquí —dijo.

—Por supuesto que sí. ¡Acabas de arruinar mi matrimonio! Necesito ir tras ella.

—Como he dicho, la culpa es tuya. Siéntate. Cuanto antes respondas a mis preguntas, antes podrás perseguir a tu esposa.

Tomek pudo ver en la cara del hombre la indecisión sobre si enfrentarse a él; si era lo suficientemente fuerte y valiente como para apartar a Tomek del camino. Rápidamente perdió la batalla interna y volvió a su asiento.

—Buen chico —dijo Tomek. Por el rabillo del ojo, vio un bloc de notas y un bolígrafo. Los alcanzó y los puso frente a Stuart.

—¿Qué es esto?

—Quiero que escribas una carta a tu esposa.

—*¿Qué*?

—Ya me has oído. En mayúsculas. Una carta a tu esposa sobre lo arrepentido que estás.

—No puedes hablar en serio...

—Si no quieres hacerlo por tu esposa —si no puedes soportar el dolor y afrontar el hecho de que eres un capullo— entonces hazlo por tu cuñado. Pídele disculpas por hacer un agujero en su barco.

Enfadado, Stuart hizo ademán de marcharse, tirando la silla, pero Tomek le detuvo con una mano levantada. Señaló su reloj. —El tiempo corre. Tu esposa probablemente pronto estará fuera de la isla.

Stuart gruñó, se abalanzó sobre el ladrillo que había sobre la mesa y lo blandió en el aire.

—¡Quítate de mi puto camino!

—Ahora estamos hablando —respondió Tomek, manteniéndose firme. No tenía el más mínimo miedo. Se había encontrado con hombres más grandes y más aterradores que Stuart. El hombre era un ratón en comparación—. ¿Es esto lo que sentiste anoche? ¿O cuando tiraste el ladrillo a través de la ventana de Charlene? ¿O cuando la mataste a ella y a Derry? ¿Es así como te sentiste?

Una furia salvaje brilló tras los ojos del hombre, y por un momento Tomek pensó que iba a hacer algo con el ladrillo. Pero al final, lo dejó caer sobre la mesa, agarró el bloc de notas y el bolígrafo, y comenzó a garabatear en el papel. Tomek observó con avidez, con el corazón en un puño, hasta que Stuart terminó y le entregó la nota.

La escritura era, sorprendentemente, legible. Stuart había escrito: "Siento haber hecho un agujero en tu barco, pero te lo merecías".

No era el mensaje que Tomek esperaba, pero ese no era el punto, no era la razón por la que había obligado a Stuart a escribir. En su bolsillo estaba la nota que había sido adjuntada al ladrillo. La sacó y las sostuvo una al lado de la otra, analizando las letras, observando la forma en que se habían escrito la "S" y la "B" y todas las demás letras.

Y, como esperaba, había una similitud. No era perfecta, pero tampoco estaba a años luz. Lo suficiente como para que Tomek

sospechara que el hombre había sido quien escribió la nota.

El único problema era que Stuart Simms ya no estaba allí. Tomek había estado tan preocupado con las letras que se le había escapado por completo que Stuart se había escabullido por la puerta trasera.

—¡Mierda!

Tomek salió tras él, corriendo por un lado de la casa. Para cuando llegó a la puerta principal, Stuart ya no estaba a la vista.

—¡Joder!

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

Tomek estaba sin aliento cuando entró en el Victory Inn diez minutos después. No había aparcamiento disponible en la entrada, así que se había visto obligado a aparcar en el espacio más cercano, a unos cientos de metros de distancia.

El interior del pub era como una sauna, y el calor opresivo se le pegaba a la garganta y de inmediato empeoró el sudor en su línea del cabello y en la parte baja de la espalda.

En el centro de la sala, en medio de una llamada telefónica, estaba el agente Hadland. En cuanto vio a Tomek, se abalanzó sobre él y lo empujó hacia atrás, conduciéndolo fuera del pub. Tomek apartó la mano del hombre y dijo:

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

—Deteniéndote.

Tomek se defendió con un fuerte empujón.

—Te dije que si te acercabas a esta investigación, iba a detenerte.

Hadland colgó el teléfono y guardó el dispositivo en su bolsillo. En ese breve momento, Tomek había aprovechado la oportunidad para crear cierta distancia entre ambos. Ahora les separaban unos tres metros; Tomek fuera en el jardín de la cervecería, Hadland a punto de cruzar el umbral.

—Yo no haría eso si fuera tú —dijo Tomek.

—¿Por qué no?

—Sé kung fu.

Una mirada perpleja se dibujó en el rostro de Hadland.

—¿No eres fan de *Matrix*? Bueno, da igual.

—Suéltalo ya. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Creo que podría saber quién es responsable de los asesinatos de Charlene y Derry.

Eso pareció funcionar. Simple y directo al grano. Hadland, con expresión seria, se apartó. Cautelosamente, Tomek se acercó al hombre, manteniendo su cuerpo tenso por si le había tendido una trampa. Pero una vez que pasó el umbral del pub, Tomek relajó los hombros y abrió el puño que tenía cerrado.

Mientras se sentaba en una silla del comedor, Tomek colocó el ladrillo sobre la mesa.

—¿Vas a golpearme en la cabeza con eso? —preguntó Hadland sin un ápice de ironía en su voz.

—Eres la tercera persona que me pregunta eso hoy. Y también la tercera persona que me da exactamente esa misma mirada.

Hadland arqueó una ceja.

—No te preocupes —dijo Tomek—. No es lo que piensas.

Y entonces procedió a explicar lo que había sucedido la noche anterior con el ladrillo, con quién había hablado sobre ello desde entonces, y lo que quería mostrarle a Hadland. Finalmente, el inspector se acercó a la mesa con cautela. Al sentarse, cogió ambos trozos de papel y comenzó a analizarlos.

—¿Crees que estos fueron hechos por la misma persona?

—Stuart Simms —respondió Tomek.

—¿Y crees que asesinó a Charlene Harris y a Derry Waterman?

Tomek asintió.

—¿Por qué? ¿Qué pruebas tienes?

Tomek abrió la boca, pero luego se contuvo. Y entonces, de repente, cayó en la cuenta. No tenía ninguna prueba. Al menos, nada que fuera físico, tangible. Nada que no fuera su intuición y su instinto. Nada que pudiera utilizarse como prueba en un juicio. Nada que pudiera pasar el filtro de la Fiscalía.

—Él... —comenzó Tomek.

—Déjame adivinar. ¿Crees que él arrojó el ladrillo a través de tu ventana?

—Sí...

—Y déjame adivinar, ¿has estado manoseando esa cosa todo el día?

Tomek miró el objeto.

—¿No se te ocurrió que podríamos haberlo examinado para buscar huellas?

No se le había ocurrido.

—Y que tal vez podríamos haber hecho lo mismo con el papel.

Eso tampoco.

—Si hubieras hecho alguna de esas cosas, quizás tendrías más posibilidades de encontrar quién arrojó ese ladrillo por la ventana. Pero eso no te habría dicho quién mató a nadie.

Tomek frunció el ceño.

—Has leído la nota, ¿verdad? La advertencia es clara. Solo podría haber venido del asesino.

—Qué estrechez de miras la tuya —comentó Hadland—. Con la cantidad de gente a la que has cabreado durante esta investigación, no me sorprendería que lo hubiera hecho tu vecina.

—Dayana... —susurró Tomek para sí mismo. Por un momento consideró la posibilidad de que ella hubiera arrojado el ladrillo por la ventana, pero luego la descartó inmediatamente. Era absurdo.

—No tienes pruebas —dijo Hadland, apartando la silla de debajo de la mesa—. No has logrado nada. Todo lo que has hecho es entrometerte, involucrarte, meter tus narices donde no te llamaban, y causarme un montón de problemas al tener que limpiar tus líos. Has sido un auténtico dolor en el culo, y te has perdido lo más obvio de todo esto.

—¿El qué? —Tomek intentó ocultar la emoción en su voz, pero no lo consiguió.

—Mick Thorne.

Le llevó un tiempo asimilar el nombre.

—¿Mick? ¿Crees que lo hizo Mick?

—Hemos hablado con varias personas que estaban en el pub la noche que ella murió, y todos han dicho que él se mostró agresivo y amenazante hacia ella. Sin mencionar que estaba completamente borracho y no puede dar cuenta de su paradero.

—Exacto, porque estaba totalmente borracho.

Hadland desestimó el comentario con un gesto. Una sonrisa petulante se dibujó en su rostro.

—Aún no has oído lo mejor.

Tomek sabía que Hadland estaba esperando que preguntara, pero no le daría esa satisfacción.

—Le tenemos en cámaras de vigilancia doméstica la noche de la muerte de Charlene, caminando hacia el pub, alrededor de la hora en que murió.

—¿Cómo?

—Alguien se presentó con las grabaciones.

Esto era una novedad para Tomek. Especialmente considerando que Mick no le había mencionado nada al respecto el día anterior. —Eso no demuestra que él la matara, del mismo modo que mi ladrillo no demuestra que fuera el asesino quien lo arrojó por la ventana.

Hadland se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta. —Ya veremos. Dado su estado actual, estoy seguro de que estará más que dispuesto a confesar todo una vez que lo tengamos en la sala de interrogatorios.

Hadland abrió la puerta principal, dejando el gesto perfectamente claro.

Mientras se levantaba del asiento, Tomek se llevó consigo el ladrillo y las notas. Al salir, murmuró a Hadland: —Creo que está cometiendo un gran error. Mick tiene sus problemas, pero no es su hombre.

—Bueno, estoy a punto de ir a buscarlo y averiguarlo. Serás la primera persona de mi lista a quien se lo cuente... *No*. —Y entonces cerró la puerta de golpe tras Tomek, haciendo que el sonido resonara en los edificios y sobre el agua.

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Tomek movía distraídamente la comida en su plato con el tenedor; removiendo las alubias hasta crear un pequeño remolino en el centro, rodando las salchichas de un lado a otro, aplastando los huevos revueltos hasta dejarlos tan planos que parecían fritos.

En realidad, por lo poco que había probado, era uno de los mejores desayunos ingleses que había tomado nunca, mucho mejor que el del fin de semana, pero simplemente no tenía hambre. No tenía apetito, ni deseo de comer nada; solo se había encontrado allí por costumbre porque era la hora de comer y su estómago pensaba que era hora de ingerir algo.

Miró el plato de comida y luego lo apartó, asqueado consigo mismo por no disfrutarlo. Esa era la gracia de los desayunos ingleses; se podían disfrutar en cualquier lugar y a cualquier hora del día. Por supuesto, no todos los desayunos ingleses son iguales, pero no importaba si te lo estabas comiendo en el aeropuerto a las cuatro de la madrugada o si lo disfrutabas como un tentempié a altas horas de la noche. Estaban hechos para ser disfrutados. Pero no para Tomek, no en ese momento.

Lo único que le hacía sentir más asqueado eran sus pensamientos sobre Mick Thorne.

A estas alturas, el operador turístico ya habría sido arrestado y estaría camino a la comisaría. Tomek sintió una punzada de compasión. Mick no había hecho nada malo. Había estado completamente borracho, así que no sabía lo que había hecho la

noche del asesinato de Charlene. Pero quizás ese era parte del problema. Quizás lo había hecho él, simplemente no lo sabía.

Tomek consideró la posibilidad y luego dejó caer el cuchillo y el tenedor en el plato con frustración. Ya no sabía qué pensar.

Quizás debería haberlo dejado en manos de la policía local desde el principio. Haber dado la responsabilidad a personas con acceso a un equipo y un presupuesto. En cambio, se había encargado él mismo, había intentado inmiscuirse y convertirse en el centro de atención. ¿Y qué había conseguido? Otro cadáver había aparecido y estaban interrogando a un hombre inocente, mientras el asesino seguía suelto.

Una figura se cernió sobre su hombro, flotando a su lado. Se quedó allí durante unos segundos. Tomek supuso que sería Rick, Hadland o Aidan, que por fin venían a detenerlo.

Fue una agradable sorpresa cuando, al levantar la mirada, vio a Bradley flotando sobre él.

—¿Está ocupado este asiento?

—Es todo tuyo.

Bradley se deslizó en el asiento, apoyando los codos sobre la mesa. Miró la comida.

—¿Algo malo con ella?

Tomek negó con la cabeza. —Solo que no tengo hambre. Lo siento. Pero transmite mis felicitaciones al chef.

—Dice que gracias.

Tomek ladeó la cabeza confundido.

—Hoy yo soy el chef. Solo estoy yo.

Tomek miró hacia la cocina. No había notado que faltaba el empleado de Bradley.

—Está enferma —dijo Bradley—. Ya sabes cómo son los adolescentes. Probablemente el fin de semana le ha pasado factura.

Nos está pasando factura a todos...

—Así que eso significa que me he quedado a cargo de la cocina. No quiero presumir, pero por algunos de los comentarios que he escuchado hoy, hago el mejor desayuno inglés de la isla.

Tomek se rio. —No dejes que Leon te oiga decir eso.

—Leon está bien. Nos conocemos desde el colegio. Es excepcionalmente talentoso. Solo que está en el lugar equivocado. Aunque, ahora que Charlene no está, podría intentar hacerse cargo del pub.

Tomek hizo una pausa. Nunca había considerado esa posibilidad antes. Leon, el chef discreto. Alguien que trabajaba con Charlene todos los días, la veía de cerca, sabía cómo trataba con la gente y cómo les exprimía. Quizás había tenido acceso a información financiera sensible en las cuentas. Quizás había querido una parte del pastel, se lo había pedido y cuando Charlene dijo que no... Quizás él había sido quien la mató.

La mente de Tomek saltó de Stuart Simms a Leon Holland. Luego volvió bruscamente al presente: Bradley había estado hablando, pero Tomek solo había sido vagamente consciente de las palabras que salían de su boca.

—Esperemos que el año que viene sea mejor... —terminó el dueño de la cafetería—. ¿Vendrás el año que viene?

—No si va a ser como este año —bromeó Tomek.

El rostro de Bradley se tornó solemne. —Espero que no sea así. Este pequeño lugar subsiste gracias a la gente que viene a la regata. Odiaría que hubiera menos actividad debido a lo que ha pasado este año.

Tomek tamborileó con el dedo en la mesa. —Seguro que estará bien. La gente tiene memoria de pez, tío; habrán olvidado todo esto en unos meses.

Bradley se rio. —Espero que tengas razón. De lo contrario, no estoy seguro de que podamos sobrevivir el próximo año...

La confesión era condenatoria, y un reflejo de todos los negocios en el mercado actual. Pero Tomek sabía que tendría una profundidad extra para Bradley; heredar el negocio de sus padres y ver cómo su sangre, sudor y lágrimas fracasaban de esa manera. Eso sería mucho más duro.

—¿Tienes alguna noticia positiva para mí? —bromeó Bradley, mientras comenzaba a levantarse de su silla.

—No estoy seguro de si es positiva, pero la policía está realizando una detención.

—¿Una detención?

Tomek le explicó la situación.

—No me lo puedo creer... *Mick*... Es una locura.

—No creo que pase mucho tiempo antes de que lo suelten —dijo Tomek, y añadió—: Eso espero.

—¿Crees que es inocente?

Tomek se encogió de hombros. —Eso espero. Tiene sus problemas, claro. Pero no creo que matara a ninguno de los dos. Y, lo que es más preocupante, es que no tengo ni idea de quién lo hizo.

CAPÍTULO
CINCUENTA

Tomek necesitaba despejar su mente, mover su cuerpo, respirar algo de aire fresco del mar y, con suerte, quemar algunas calorías y activar nuevamente los sensores de hambre en su cerebro.

Esa tarde, no había movimiento en el aire y el agua estaba perfectamente quieta, como si no hubiera problemas en el mundo, como si las vibraciones del planeta se hubieran detenido después del arresto de Mick.

Tomek cortaba el agua con elegancia, rítmicamente, sin esfuerzo. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Labrando la superficie. Deteniéndose de vez en cuando para que el kayak simplemente se deslizara, como si no pesara nada.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba rodeado de nada. Sentía paz. Afortunadamente, esta sensación se veía favorecida por el hecho de que no estaba Kasia chapoteando y quejándose continuamente en la parte trasera de la embarcación. Se detuvo, dejando que el kayak flotara hasta pararse por completo. Se reclinó y contempló el cielo. Un azul perfecto, desprovisto de cualquier mancha blanca, le devolvió la mirada. Una suave brisa empujó su barca haciéndola girar.

Desde su conversación con Bradley, Tomek no había podido sacarse a Leon de la cabeza. El chef discreto y que no levantaba sospechas. Cómo podría tener sentido que ese hombre hubiera matado a Charlene. Cómo había trabajado estrechamente con ella.

Cómo había sido uno de los últimos en abandonar el pub antes que ella.

Eso tenía cierta lógica. Pero, ¿y Derry? Tomek no tenía motivos para sospechar que Leon tuviera algún desacuerdo o razón para matar a Derry. Si matar a Charlene había sido parte represalia y parte financiero, entonces ¿cuál era el motivo detrás de Derry?

Tomek no veía ninguno.

Y entonces recordó lo que Dayana había dicho: que Derry había muerto porque había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado.

¿Habría visto Derry a Leon matar a Charlene y le había confrontado por ello, solo para terminar siendo asesinado?

Tomek no lo sabía. En su estado de ánimo actual, estaba perdido respecto a todo. Nada tenía sentido para él en ese momento. Todo era gris y confuso, los diferentes tonos mezclándose en uno solo. Tanto que el cielo había comenzado a adquirir un tono apagado y opaco.

Levantó la cabeza y examinó sus alrededores. Estaba en medio de aguas abiertas. A su alrededor no había nada. La única excepción era el Packing Shed a unos cientos de metros de distancia. La pequeña cabaña, construida hacía más de cien años, se erguía sobre un pequeño montículo de tierra. Fabricada con madera, había resistido todo lo que los elementos habían arrojado contra ella. Marejadas. Vientos huracanados. Lluvias torrenciales. Y, aun así, seguía siendo uno de los puntos de referencia más famosos de la isla de Mersea.

Tomek comenzó a dirigirse hacia allí, hundiendo los remos profundamente en el agua para llegar lo más rápido posible. Justo cuando colocaba el remo izquierdo en el agua, su teléfono vibró.

Era Kasia llamando.

Apoyó el remo en el kayak y contestó la llamada.

—¿Está todo bien? —preguntó, preocupado.

—Estoy aburrida. ¿Puedo volver ya?

—No —respondió él.

—¿Por qué no?

—Porque no te gustaría donde estoy —dijo, bajando el teléfono y convirtiéndola en una videollamada con solo pulsar un botón. Había veces en que agradecía que Kasia hubiera entrado en su vida; sin ella, no habría sabido cómo hacer eso sin cortar accidentalmente la llamada o añadir a un completo desconocido de su agenda.

—¿Puedes verme? —preguntó.

—Sí. Puedo verte.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la esquina inferior de la pantalla, papá —dijo ella, sin impresionarse.

—Sí, ya lo sé. ¿Dónde estás físicamente?

—Ah —dijo ella—. En el jardín. La abuela está preparando una bebida y el abuelo está en el garaje.

Como siempre, pensó Tomek.

—¿Te gustaría ver dónde estoy?

Con la gracia de una jirafa sobre hielo, Tomek giró la cámara frontal trescientos sesenta grados.

—Estoy en el agua —explicó.

—¿Qué estás haciendo ahí? ¿Te has perdido?

—Muy graciosa. Pensé en despejar mi mente, tomar algo de aire.

—¿No dijiste que el aire en la isla de Mersea era de los más limpios que se podían respirar?

Listilla.

—Quería aire *más limpio* —respondió.

Antes de que Kasia pudiera responder, su abuela llegó con las bebidas. Tomek saludó, mantuvo una pequeña charla, colgó y luego continuó hacia el Packing Shed.

Llegó unos minutos después. El agua lamía suavemente la orilla, robando piedras y conchas al retirarse. Tomek dejó que el kayak se detuviera a la deriva y desembarcó. Su pie se hundió en el agua más de lo previsto, hasta los tobillos, y sus calcetines se empaparon rápidamente. Sus palabrotas resonaron en la distancia.

Una vez en la pequeña isla, Tomek se dirigió hacia el Packing Shed. Lo primero que notó fue el olor: tripas de pescado en descomposición que habían estado expuestas al sol durante demasiado tiempo. Era un milagro que no hubiera bandadas de

pájaros dando vueltas o festejando con los buenos trozos. Quizás ya habían estado allí y se habían marchado, y todo lo que quedaba era el aroma de la muerte y la descomposición.

Solo esperaba no encontrar más ejemplos dentro.

Tomek se acercó a la entrada y probó la puerta. Para su sorpresa, el pomo cedió y entró.

—Qué extraño... —se dijo en voz baja a sí mismo.

La cautela y el temor comenzaron a apoderarse repentinamente de su cuerpo, y sintió que se le erizaban los pelos de la nuca, su ansiedad intensificándose con cada segundo que pasaba. Antes había entrado en situaciones precarias y potencialmente peligrosas, pero normalmente había una vía de escape, una carretera o un edificio separado donde podía refugiarse. Pero aquí... Aquí estaba en medio de la nada. Un blanco fácil. Una presa indefensa.

El interior del Cobertizo de Empaquetado apestaba a pescado, un olor tan abrumador que le cortó la respiración a Tomek. Estaba oscuro. No había luces encendidas, y la poca luz que se filtraba por las pequeñas ventanas en los laterales de la cabaña no era suficiente. Para combatir la oscuridad, Tomek encendió la linterna de su móvil y la dirigió por el interior. A lo largo de un lado del Cobertizo de Empaquetado había una máquina que se usaba para destripar y limpiar ostras y pescado. A su lado había una pequeña sección de almacenamiento, donde se guardaban herramientas y equipos de pesca. En el otro lado había una fila de congeladores, sus puertas firmemente cerradas. Junto a estos, casi en la parte delantera del espacio, había una mesa y una caja registradora, un lugar donde Derry vendía los frutos de su trabajo matutino.

Fuera, Tomek podía oír el sonido de un avión volando sobre su cabeza. Tan pronto como pasó, comenzó a inspeccionar el cobertizo, empezando por el mostrador delantero, pulsando los botones de la caja, dando golpecitos con los dedos sobre la superficie, levantando las tapas de los congeladores, preparándose para lo que pudiera haber dentro, sintiéndose como en una película de gánsteres mientras las levantaba, solo para encontrar paquetes congelados de pescado en lugar de los cadáveres que esperaba ver.

Se detuvo de repente cuando su linterna iluminó la parte trasera del edificio.

Allí, empapada en el suelo de madera, había una mancha oscura, del color de la sangre. Tomek se quedó paralizado, con los ojos fijos en la mancha, imaginando lo que había ocurrido.

Y entonces lo vio. La causa.

Desechado en el suelo, brillando bajo la luz blanca, había un cuchillo de pesca de quince centímetros de largo. El mismo que Tomek había visto a Derry usar cuando pescaba ostras la otra mañana.

La misma arma que se había utilizado para destripar pescado había sido la que se usó para destripar a Derry Waterman.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

El equipo forense llegó en barco casi una hora después. A esas alturas, la marea estaba retrocediendo a un ritmo alarmante, por lo que se vieron obligados a tomar las muestras de sangre y el resto de las pruebas mucho más rápido de lo que les habría gustado, para evitar quedar atrapados en la pequeña isla. Pero mientras tuvieran el arma homicida, Tomek estaba satisfecho. No le importaba la sangre. Era obvio a quién pertenecía. La verdadera victoria era el cuchillo de pesca.

Después de despedirse del equipo de SOCO, Tomek había comenzado el arduo viaje de regreso a tierra. Remar fue más difícil esta vez, agravado por la marea que luchaba contra él en cada brazada. Y el viento de frente también había aumentado, provocando que el agua antes perfectamente tranquila formara pequeñas olas agresivas.

Veinte minutos después, con los hombros y bíceps fatigados, llegó al embarcadero. Mientras desembarcaba, el barco policial que contenía a los investigadores forenses se dirigía hacia el continente. Pronto llegarían al laboratorio y comenzarían a analizar la hoja. Era demasiado pronto para decir cuándo podrían obtener los resultados, pero Tomek esperaba que fuera dentro de los próximos uno o dos días, aunque sabía por experiencia que era una expectativa imposible.

Ató el kayak al pontón, asegurándolo con una cuerda gruesa, y luego comenzó a caminar hacia tierra firme, donde el mundo no se

sacudía ni se balanceaba a cada segundo. Llegó hasta el punto medio antes de divisar a un pequeño grupo de personas que reconoció paradas junto a la carretera.

Flynn, Monty, Jacob e Ian Kidd.

A Tomek le pareció que parecían estar rodando una nueva versión de *Tres hombres y un bebé*, excepto que esta vez el bebé tenía diez años más y el tiempo no había sido clemente con los personajes principales.

Tomek se acercó con cautela, llevando el remo a su lado como si fuera un caballero preparándose para entrar en batalla, aunque su bíceps rápidamente le reprochó por ello.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Flynn, señalando con la cabeza en dirección al barco policial.

—Asuntos oficiales de la policía —murmuró Tomek.

—Estás suspendido, así que ¿eso significa que no formas parte *oficialmente* de este asunto "oficial" de la policía? —preguntó Ian, haciendo comillas con los dedos en la palabra oficial. A Tomek no le gustó ni el tono con el que lo dijo ni la expresión desdeñosa en su rostro.

—Soy más oficial que tú, así que sí.

—Vamos —dijo Flynn, con un toque de urgencia en su voz—. Cuéntanos. ¿Encontraron algo?

—No. *Yo* lo encontré.

—¿Qué?

Tomek dudó. Quería contárselo. En parte para alimentar su ego y hacer un gesto obsceno a Hadland indirectamente. Y en parte para correr la voz, para que el asesino supiera que habían encontrado el arma homicida y que pronto encontrarían su ADN por todo el cuchillo.

Pero entonces miró al pequeño Jacob. El niño le sonreía educadamente, casi expectante.

Montgomery pareció entender la preocupación de Tomek y colocó sus manos sobre los oídos de su hijo. El niño permaneció perfectamente quieto, manteniendo la misma expresión inocente en su rostro.

—Encontré el arma homicida —explicó Tomek—. La navaja de pesca de Derry.

Un tapiz de tres rostros conmocionados, horrorizados y ligeramente aterrorizados le devolvió la mirada a Tomek, acentuados por la cara inocente y cándida del pequeño Jacob.

—¿Había algo más allí? —preguntó Flynn.

—¿Como qué?

Flynn se encogió de hombros.

—No sé. Cualquier cosa.

—Sangre. Mucha sangre.

—Me cago en la puta —dijo Ian suavemente, con la voz quebrada—. ¿Qué crees que pasó allí?

Tomek fue cuidadoso con su elección de palabras.

—Creo que Derry fue llevado allí y asesinado. Después, lo pusieron en su barco y lo arrojaron al agua, donde más tarde apareció en el Strood.

—Pero ¿quién podría haber hecho algo así? —preguntó Flynn.

—Alguien que tuviera motivos para matarlo. Alguien que tuviera acceso a su barco y un medio para regresar a la isla después de hacer lo que hizo.

Montgomery levantó la mano para hacer una pregunta, pero al hacerlo soltó el agarre de la cabeza de su hijo, y Jacob gritó:

—¡He visto a mi mamá hoy!

Ambos hombres a cada lado de Montgomery se volvieron hacia él, con una nueva emoción añadida al tapiz: sorpresa.

Montgomery respondió volviendo a poner sus manos sobre los oídos de Jacob y diciendo:

—Vimos a una mujer que se parecía mucho a ella, pero no tuve valor para decirle que no era ella. Probablemente no fue lo mejor, claro. Tuve que decirle que estaba demasiado ocupada para hablar con él y que era secreto. Pobre chico, solo quiere ver a su madre de nuevo.

En ese momento, el rostro de Montgomery se arrugó, y casi estalló en lágrimas.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, no pretendo...

—No tienes nada por lo que disculparte —dijo Ian, colocando una mano reconfortante en el brazo de Montgomery.

Flynn puso una mano en su otro brazo. Era evidente que ambos hombres, y en cierta medida toda la isla, sentían tanta simpatía por el matrimonio roto de Montgomery como por la muerte de dos de sus residentes más prominentes.

—Todos los niños pequeños necesitan a su madre —continuó Ian —. Estás haciendo todo lo que puedes.

Montgomery asintió lentamente. Se sorbió las lágrimas y el nudo en la garganta, luego agradeció a los hombres por sus amables palabras y apoyo. Tocando el hombro de su hijo, dijo:

—Vamos, pequeño, veamos si podemos encontrarte un helado.

—¡Helado! —repitió Jacob con la emoción de un adolescente al que le dan un billete de cincuenta libras.

Con eso, padre e hijo se dieron la vuelta y pasearon calle abajo, caminando de la mano.

Una vez que estuvieron fuera del alcance de sus oídos, Ian dijo:

—Pobre desgraciado. Han sido meses muy duros para él.

Tomek ofreció una sonrisa comprensiva al dueño del viñedo, intentando no dejar entrever que él, un forastero, conocía toda la historia del hombre y su mujer por lo que Dayana le había contado el domingo por la noche. Que ella había encontrado a alguien más joven y atractivo en Colchester y se había enamorado de él.

—Entonces, ¿qué ocurre ahora?

La pregunta había venido de Flynn y tomó a Tomek por sorpresa.

—Bueno, eso depende de Montgomery y su mujer —dijo.

—No me refiero a esos dos —respondió Flynn—. Hablaba de Derry, del arma homicida...

—Ah. Eso es sencillo. Se enviará para un examen forense y, con suerte, deberíamos poder encontrar huellas dactilares y una coincidencia de ADN. Tenéis suerte de que no os haya pedido muestras a ninguno de vosotros. Pero estoy seguro de que vendrán a llamar a la puerta de alguien en su momento.

Ambos hombres parecieron preocupados por un instante, hasta que Flynn dijo:

—He oído que han detenido a Mick por ello esta mañana.

—Así es. Pero eso no significa que tengan razón.

—¿Entonces crees que el asesino sigue ahí fuera?

—Sí. Ha estado entre nosotros todo el fin de semana. Camina entre nosotros. Y no tardará mucho en ser atrapado.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

La caravana se sentía extrañamente vacía y silenciosa sin Kasia en ella. Sin la televisión de fondo y las constantes instantáneas erráticas de vídeos en su móvil mientras pasaba por ellos. Tomek siempre se asombraba de la rapidez con la que su joven cerebro determinaba qué vídeo quería o no ver en una fracción de segundo. Era como si un interruptor automático se encendiera y apagara para cada uno, desplazándose y consumiendo medios sin cesar. En su lugar, todo lo que tenía era el sonido del silencio y su monólogo interior.

Había ido directamente a casa después de su reunión con Ian, Flynn y Montgomery. No tenía nada más que necesitara hacer. Y quería descansar los músculos, poner los pies en alto, dejar que sus hombros y bíceps se recuperaran del remo. Había estado mirando distraídamente la pantalla silenciosa del televisor, dejando que las imágenes parpadeantes se deslizaran sobre sus ojos mientras ocurría muy poco en su cabeza.

De repente volvió a la realidad cuando un pequeño petirrojo aterrizó en la terraza junto a la puerta principal. Tomek lo miró, con una sonrisa dibujándose en su rostro. La visión del pájaro le recordó inmediatamente a Nathan Burrows, a la caja nido que le había enviado a Tomek unos meses antes. Y entonces la mente de Tomek se dirigió a Michał, su hermano fallecido.

—Hola, colega —dijo Tomek, balanceando las piernas fuera del sofá—. ¿Has venido a ver cómo estoy? ¿Te ha enviado Kasia?

El pájaro no respondió; simplemente saltó de una tabla de madera a otra.

—Te dejaría entrar, pero siempre fuiste el más desordenado cuando crecías, y he pagado una fianza por este lugar que me gustaría recuperar.

Como si entendiera el comentario, el pájaro voló lejos. Regresó un momento después a la ventana de la cocina en el lado opuesto de la caravana. Tomek se levantó de un salto del sofá y se apresuró hacia él. En la encimera estaba el bonsái que le había comprado a Kasia para su cumpleaños. Ella le había dicho que lo mantuviera allí con él, para que le sirviera como un recordatorio de ella.

El pájaro saltó más cerca de él.

—¿Te gusta? —preguntó Tomek—. ¿Apuesto a que te recuerda al que tenías junto a mi ventana? Bueno, la buena noticia es que ahora habrá uno nuevo allí, así que puedes traer a todos tus amigos y familiares y todo.

El pájaro trinó.

—¿Has ido a ver a mamá y papá? —preguntó.

Sin respuesta.

—Yo tampoco. Al menos, no como es debido. Los vi cuando dejé a Kasia, pero no me quedé mucho tiempo. Mamá me preguntaba si había visitado tu tumba durante el verano. Creo que olvidó lo que le pasó a Kasia... No estaba realmente de humor. Lo siento, tío. Además, te tengo aquí ahora, ¿no?

Tomek miró al petirrojo durante un largo momento. Sabía que era una tontería hablar así con un animal salvaje, pero lo calmaba, lo distraía, le hacía olvidar toda la mierda que estaba ocurriendo a su alrededor. Lo elevaba, lo reconfortaba.

Y entonces la realidad volvió de golpe cuando su teléfono empezó a sonar en el sofá. El sonido lo alarmó. Miró hacia él, y cuando volvió a mirar, el petirrojo había volado.

Tomek rodeó furioso la encimera de la cocina y respondió a la llamada.

—Sí, Nick, ¿en qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes a ti también —respondió el DCI Cleaves—. Espero no estar interrumpiendo nada.

—Solo estaba teniendo un momento a solas.

—Cristo. Cuanto menos sepa de *eso*, jodidamente mejor.

Tomek suspiró y puso los ojos en blanco. —No es eso, idiota. No seas asqueroso. Solo estaba viendo la tele.

—¿Dónde está Kasia?

—Con mis padres.

—¿Y tú sigues en Mersea?

Tomek confirmó que así era, y luego procedió a explicar el motivo.

—Ves, esto es lo que consigues cuando metes tus narices en algo —comentó Nick.

—¿Cómo puedes decir eso?

—No he terminado. Esto es lo que consigues por meter las narices *y* cabrear a la gente al mismo tiempo. Lo cual, en tu caso, ocurre casi tan pronto como respiras.

—Dame el número de Recursos Humanos. Quiero poner una queja.

Nick se burló. —Esto es extraoficial, ¿recuerdas?

Tomek de repente bajó la voz para reflejar el tono de la conversación. —¿Tienes algo para mí?

—Solo los resultados de la autopsia de Derry Waterman que pensé que te gustaría escuchar.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Otra conversación con el DCI Carlisle. Esta vez fui yo quien lo llamó para quejarme de tu participación. Creo que en secreto te adora, por la forma en que hablaba de ti. Si sigues a este ritmo, puede que te invite a pasar la Navidad.

Tomek se rio falsamente y luego le dijo al inspector jefe que fuera al grano.

—La causa de la muerte fue una profunda laceración en la garganta —explicó Nick.

—Lo sé.

—¿Qué quieres decir con "lo sé"?

—Encontré su cuerpo esta mañana. Vi el tamaño del corte. Y encontré el arma homicida esta tarde. ¿Tienes algo *nuevo* para mí?

—¿Nuevo? ¿Como qué?

—Como el estado de Mick Thorne. Lo llevaron a interrogatorio esta mañana. Hadland parece convencido de que es él.

—¿Y tú no estás de acuerdo? —preguntó Nick.

—Naturalmente. Ya me conoces, no me doblego a la conformidad. No sigo las normas sociales. Hago lo mío.

—Se te dan bien dos cosas en este mundo. Y tocar las narices a los demás haciendo lo tuyo en lugar de lo que se te dice es una de ellas.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

MIÉRCOLES

Tomek se despertó sobresaltado. Se incorporó de golpe, con el corazón ya acelerado en el pecho y los niveles de cortisol por las nubes. Podía oír el sonido de unos gritos. Al principio pensó que eran un eco lejano de una pesadilla, los sonidos de su madre gritando en la escena del crimen de su hermano, pero a medida que continuaban —y se hacían cada vez más fuertes— Tomek supo que algo iba mal.

Algo iba muy mal, de hecho.

Era ese tipo de gritos histéricos, fuera de control, que surgen del peligro, de presenciar una situación que amenaza la vida. Como un atentado terrorista o un accidente de coche. Era algo visceral, que hizo que se le erizaran los pelos de los brazos por el miedo.

En el dormitorio, estaba rodeado de oscuridad, salvo por un suave resplandor anaranjado que provenía de la ventana. Apartando las sábanas de un tirón, se puso unos pantalones cortos de chándal y corrió a la cocina. Allí, el resplandor rojo y los gritos del exterior se intensificaron. Su primer pensamiento fue que su caravana estaba en llamas y que los gritos que oía eran de sus vecinos temporales suplicando por su vida.

La realidad era mucho, mucho peor.

Tomek abrió la puerta de golpe, bajó los escalones de un salto y se dirigió hacia la fuente de la iluminación. Se detuvo tan pronto como la vio.

Grandes nubes, espesas y negras, se elevaban en el cielo nocturno. Un torrente de llamas lamía ferozmente toda la caravana, bañando el lugar con un suave resplandor anaranjado. Un grupo de personas, algunas demasiado cerca para su seguridad, observaban horrorizadas cómo el hogar de Dayana era devorado por las llamas.

Tomek corrió hacia el grupo. Muchos seguían en pijama, con la excepción de un hombre de mediana edad que había honrado a

todos con su presencia vistiendo simplemente unos calzoncillos y nada más.

—¿Dónde está? —preguntó Tomek a la persona más cercana—. ¿Dónde está Dayana?

—¡Sigue dentro! —gritó la mujer histéricamente—. ¡Nadie la ha visto salir!

Tomek miró fijamente el incendio que rugía en el interior, destruyendo los muebles, destruyendo a Dayana y sus recuerdos. Las llamas alcanzaban los seis metros de altura, elevándose cada vez más hacia el cielo. Podía sentir el calor calentando su cuerpo, a unos diez metros de distancia.

Conocía todas las estadísticas y cifras sobre el fuego y la inhalación de humo. Todas las formas en que podía atraparte, dejarte encerrado dentro. Pero no le importaban. No mientras Dayana siguiera dentro. No mientras potencialmente siguiera viva.

Tenía que saberlo. Tenía que...

Dejó de pensar y se dirigió hacia la puerta principal.

—¡Llamad a los bomberos! —gritó—. ¡Que venga una ambulancia!

Había avanzado unos metros cuando sintió una mano agarrándole el antebrazo. Se giró para ver a Montgomery sujetándolo, con las llamas reflejándose en sus ojos.

—¡No puedes entrar ahí! —exclamó.

—Tengo que intentarlo.

Tomek se sacudió al hombre y comenzó a dirigirse de nuevo hacia la caravana. Inmediatamente, sus piernas comenzaron a sentirse pesadas, como de gelatina —su cerebro señalando que era una mala idea, una muy mala puta idea— pero continuó de todos modos, sin hacer caso a los gritos y llantos que desde atrás le decían que se detuviera, que volviera.

Un segundo después, llegó a la puerta principal. Cuando agarró el ardiente tirador y abrió la puerta, una bola de fuego explotó en su cara, chamuscando los pelos de sus brazos y pecho, derribándolo hacia atrás y succionando el aire de sus pulmones. Se tambaleó sobre la hierba, protegiéndose la cara, y permaneció allí durante unos momentos, en estado de shock, jadeando y boqueando en

busca de aire, hasta que finalmente este regresó a su cuerpo. Y entonces comenzó la tos. Dura, profunda, que paralizaba su cuerpo mientras un dolor agonizante se hinchaba en su pecho y abdomen.

Poco después, se vio rodeado por sus vecinos.

—¿Estás bien?

—Vamos, salgamos de aquí.

—¿En qué estabas pensando?

Eso era. No había estado pensando. Y mientras se arrastraba hacia atrás, alejándose de la estructura en llamas, se dio cuenta de lo estúpido que había sido, de lo insensato que había sido lanzarse de cabeza hacia un incendio así. ¿Qué habría pasado si hubiera muerto? ¿Qué habría hecho Kasia? Habría perdido a sus dos padres. Uno en prisión y el otro muerto. Era idiota. *Él* era idiota.

Un momento después, alguien le puso una botella de agua en la cara. Levantó la vista para ver a Montgomery ofreciéndosela. Tomek la cogió lentamente y se la acercó a los labios. Con las manos temblando incontrolablemente, la adrenalina inundándole ahora, el agua no dio en su boca y goteó sobre su pecho. Una mujer se la quitó, le inclinó la cabeza hacia atrás y le vertió el agua en la boca. El líquido estaba helado contra su garganta reseca, y rompió involuntariamente en otro ataque de tos, salpicando agua por todas partes.

—Estoy bien —dijo con voz ronca entre toses—. Dejadla ahí. Beberé... beberé cuando pueda.

Pero no podía beber nada. Apenas podía respirar. El humo se adhería a sus pulmones y se negaba a salir.

Misericordiosamente, veinte minutos después, luces azules y blancas comenzaron a combatir el tono anaranjado en el cielo cuando un camión de bomberos llegó con las sirenas sonando. Tomek agradeció que fuera marea baja y que pudieran cruzar el Strood.

El vehículo se detuvo junto a la caravana de Tomek, e inmediatamente, el equipo comenzó a combatir el incendio, empapándolo con agua. Tomek observó cómo comenzaba la batalla, fascinado por ella, por su malvada belleza, mientras su respiración se aliviaba gradualmente.

Lentamente, su cerebro comenzó a funcionar de nuevo, y mientras miraba fijamente el menguante incendio, solo podía pensar en una cosa.

Dayana.

Que estaba muerta.

Y que el recuento del asesino ya ascendía a tres víctimas.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Algo más de una hora después, los bomberos finalmente habían conseguido controlar el incendio. Todo lo que quedaba de la casa de Dayana era una estructura metálica ennegrecida que seguía humeando bajo la luz de la mañana. Tomek había ayudado hasta cierto punto, asegurando la zona al escoltar a los civiles a una distancia segura, antes de que el ardor en sus pulmones se hubiera vuelto tan intenso que se había visto obligado a consultar con los paramédicos presentes. Una mujer de unos veinticinco años le había proporcionado oxígeno para detener la tos. Para su sorpresa, había funcionado; sin embargo, hizo poco para aliviar el dolor en su pecho que se agudizaba con cada respiración.

La paramédica le había recomendado que se tomara las cosas con calma, pero él no tenía ninguna intención de hacerlo. Alguien había matado a Dayana. Alguien la había quemado viva. Y en su mente solo había una razón detrás de todo esto. Ella también, o bien había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado, o bien se había corrido la voz de que había estado hablando con Tomek, revelando los secretos de todos. Y así habían tomado represalias de la manera más deplorable posible.

No había robado a nadie. No había ofendido a nadie. No había molestado a nadie.

Excepto a una persona: la misma persona que había matado a Charlene y a Derry.

Tomek se acercó a la cinta policial que había sido colocada en las caravanas cercanas para crear un cordón, y habló con la agente de policía que estaba a cargo de registrar las entradas y salidas.

—No puedo dejarle pasar —dijo la mujer.

—Soy sargento —le informó él—. En Southend.

—Sin identificación no lo es, sargento.

Tomek se palpó la camiseta y los vaqueros que se había puesto, como si hubiera perdido su carné de identidad.

—Vamos... —insistió.

Detrás de la agente, Tomek vio a Hadland conversando con dos oficiales de bomberos, aún vestidos con su uniforme completo.

—Si es usted sargento como dice, entonces sabrá que no puedo dejarle pasar sin su identificación.

Le había pillado ahí. Tomek conocía bien las normas y había intentado saltárselas algunas veces, incluyendo ahora. Excepto que, durante esas instancias anteriores, había llevado su identificación consigo. Ahora, no tenía argumentos a su favor.

Afortunadamente para él, todo resultó académico, porque un momento después, el inspector Hadland y los dos individuos con quienes acababa de hablar, pasaron por debajo de la cinta y caminaron junto a él.

—Inspector —llamó Tomek.

Hadland le ignoró y siguió caminando.

—Inspector, tengo algo que necesito decirle.

El hombre consideró la idea, dudó, y luego se detuvo.

—¿Qué quiere? —espetó Hadland.

—Nada. Solo dije eso para que se detuviera.

—Está de coña.

Tomek le ofreció al hombre una sonrisa esperanzada, la misma que había intentado con Nick tantas veces en el pasado, sin éxito.

—¿Qué dijeron los investigadores de incendios?

Tomek estalló en otro ataque de tos.

—¿*Usted* es el idiota que intentó entrar en la caravana mientras ardía? —preguntó Hadland.

—¿Le hablaron de mí?

—No. Solo dijeron que algún gilipollas estúpido intentó entrar allí, medio desnudo, y que luego inhaló un montón de humo. —Hadland recorrió con la mirada a Tomek de arriba abajo—. Acertaron con lo de gilipollas, pero veo que se ha cambiado desde entonces.

—Órdenes médicas. Además, la cobertura de la oscuridad se acabó después de un rato, así que tuve que cambiarme.

—Gracias a Dios. Ya hay suficientes cosas desagradables en el mundo. Lo último que necesita es ver sus pezones y el vello de su pecho.

Tomek esbozó una sonrisa. ¿Estaba Hadland siendo más amable con él?

—¿Qué dijeron los investigadores sobre el incendio? —repitió Tomek.

—Se inició desde dentro —respondió Hadland.

—¿Qué lo causó?

—Un cigarrillo.

—¿Creen que fue accidental o deliberado?

—Accidental. Sospechan que el fuego se originó junto a la mesa del comedor. Lo que quedaba del cuerpo se encontró en una de las sillas. Se había fundido con el metal, y la causa sospechada del incendio fue una cortina cercana.

Tomek negó con la cabeza frustrado. —No me lo creo. Conocía a Dayana...

—La conoció este fin de semana. Sabe tanto sobre ella como yo sobre biología molecular.

—Quizás, pero sé que ha estado fumando toda su vida. No habría dejado caer un cigarrillo así.

—¿Ha considerado la posibilidad de que se quedara dormida con él?

Tomek negó con la cabeza. No lo creía. No lo haría.

—Tenía setenta y tantos años. Quizás simplemente se quedó dormida.

—No estoy de acuerdo. Todavía estaba en forma y saludable, y no mostraba signos de fatiga ni de estar enferma. Además, se había lastimado la espalda el día anterior, y odiaba esas sillas, decía que eran súper incómodas incluso en el mejor de los casos y quería

deshacerse de ellas. No hay manera de que se hubiera sentado en una de ellas para fumar. Alguien preparó esto, se lo estoy diciendo.

—No lo sabremos hasta que se haga la autopsia —dijo Hadland con un sutil encogimiento de hombros.

Tomek lanzó una rápida mirada a los escombros, a lo que suponía que eran los restos carbonizados de Dayana desplomados en la silla metálica, una de las pocas piezas de mobiliario que no habían sido consumidas por el fuego.

—No hay absolutamente ninguna puta manera de que pueda averiguar eso —dijo Tomek.

Hadland se encogió de hombros otra vez. —No sé qué decirle.

Colocando las manos en las caderas, Tomek negó con la cabeza. —Creo que está equivocado —comenzó—. La asesinaron, igual que a Derry y Charlene. Y si no puede ver eso, entonces no sé cómo ayudarle.

Tomek había esperado que Hadland reaccionara a esa declaración con agresividad y resentimiento. En cambio, se mordió el labio y evitó la mirada de Tomek, moviendo los pies de un lado a otro.

—Sobre eso... —comenzó—. Nos... nos equivocamos sobre Mick.

—¿Ah, sí?

Era difícil para Tomek no sentirse satisfecho. Sin embargo, hizo un buen trabajo ocultándolo.

—Él no lo hizo —continuó Hadland.

—¿Qué le ha hecho llegar a esa conclusión?

Encogiéndose de hombros, Hadland dijo:

—Llámelo intuición.

Finalmente, la sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Tomek.

—¿Qué le está diciendo su intuición ahora?

—Flynn Berryman.

—¿Quién?

—El señor Berryman. Era el fotógrafo local de la regata del fin de semana.

Y entonces Tomek se dio cuenta de que no sabía el apellido de su amigo.

—¿*Flynn*? —repitió Tomek.

—Ha oído hablar de él.

—¿Cree que Flynn tiene algo que ver con esto? Pero, ¿por qué?

—Dígamelo usted —dijo Hadland—. Usted es quien ha pasado más tiempo con él. Usted es quien tiene información sobre todo el mundo. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que él podría estar involucrado?

No se le había ocurrido. No hasta ese momento.

Y entonces fue todo en lo que podía pensar. En cómo Flynn había estado a su lado casi desde el principio. En cómo habían estado juntos en el pub la noche en que Charlene había muerto. En cómo habían estado juntos cuando encontraron su cuerpo. En cómo había sido el único, aparte de Derry, en tocar el cuerpo de Charlene y entrar en contacto con el anillo antes de que desapareciera. En cómo Derry podría haberle visto robándolo, y por eso había asesinado al hombre en defensa propia. En lo nervioso que parecía después de que Tomek regresara del Packing Shed el día anterior. En cómo sabía dónde se alojaban Tomek y Kasia, y cómo su nombre había aparecido en la lista de Damien Westwood.

De repente, todos los indicios apuntaban a Flynn Berryman, el hombre que había estado a su lado, el hombre al que había pasado por alto.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

El problema era que Flynn Berryman no aparecía por ninguna parte. Tomek y Hadland habían conducido hasta la casa del fotógrafo, pero no lo encontraron. Era demasiado tarde para que aún estuviera en su carrera matutina, y no había ningún coche en la entrada. Tomek había preguntado rápidamente a los vecinos si lo habían visto, pero nadie lo había hecho.

Eso hizo que las alarmas saltaran en la cabeza de Tomek.

Y también habían saltado en la Comisaría de Policía de Colchester, tanto que habían enviado a la isla a un puñado de agentes uniformados y de paisano para buscarlo. Habían pasado dos horas y seguía sin haber rastro de él. A estas alturas, la marea había subido y estaban atrapados durante las próximas horas.

Tomek dio un sorbo suave a su vaso de Coca-Cola. Él y Hadland estaban en el Victory Inn. Ninguno había dicho nada durante un rato. Tomek había considerado la posibilidad de conocer al inspector a nivel personal, pero no quería por dos razones: primero, estaba agotado después de estar despierto desde la madrugada, los efectos del incendio de la caravana y de bombear su cuerpo con cafeína en cada oportunidad disponible, y segundo, dudaba que volviera a ver al hombre alguna vez, lo que hacía redundante cualquier charla trivial.

Al final, encontró un tema de conversación que le interesaba vagamente.

—¿Cómo está el bebé de Rick? —preguntó.

—Bien. Tanto la madre como el bebé están sanos y felices.

—Bien. Seguro que está deseando volver al trabajo después de sus dos semanas de baja por paternidad —dijo Tomek con sarcasmo —. Dejar el momento más feliz de su vida después de tan poco tiempo... Es bastante indignante.

—Ni que lo digas —dijo Hadland—. Me pasó lo mismo con mi hija. Me sentí muy culpable por dejar en casa lo más precioso del mundo para mí después de lo que básicamente fue unas vacaciones. Te digo, fue el mejor día de mi vida, y nunca olvidaré cuando la sostuve por primera vez.

—Ya.

—¿Y tú? —continuó Hadland, aunque Tomek no tenía nada que añadir al respecto—. ¿Cómo te sentiste cuando nació tu hija?

—No sabría decirte —respondió Tomek, dando otro sorbo a su bebida, esta vez con más incomodidad.

—¿Oh?

—No sabía que existía hasta el año pasado por estas fechas. Llamó a mi puerta una tarde y —chasqueó los dedos— así sin más me convertí en su padre y tutor legal todo en uno.

Hadland abrió la boca para hablar pero se contuvo. Tomek percibió que el inspector tenía muchas preguntas, así que decidió responderlas todas de una vez.

—Su madre y yo estuvimos juntos durante un tiempo, pero después de que rompiéramos nunca me habló de Kasia. Así que me perdí todo. El nacimiento, los primeros pasos, el primer cumpleaños, el primer día de colegio. Todo. Ahora estoy recuperando el tiempo perdido.

—Eso está bien —respondió Hadland—. ¿Las cosas van bien?

—Tan bien como cabría esperar. Todavía estoy en una curva de aprendizaje pronunciada, y tenemos nuestros buenos y malos momentos. Pero vamos avanzando, y confío en que estaremos bien. Ella sabe cuidarse sola, estoy seguro.

—Qué bonito. Tengo algo parecido con mi hija. Parecido, pero no exactamente igual.

—¿Ah sí?

—Mi mujer murió hace unos años, cuando Katie tenía seis. Por entonces yo trabajaba a todas horas para llegar donde estoy ahora, y después de que mi mujer muriera, sentí que no conocía a mi hija en absoluto. La había descuidado durante los primeros seis años de su vida. Y entonces decidí que cambiaría. Bueno, no tuve elección. Ella tendría que ser lo primero. Así que cambié mis hábitos y mis horarios, y me alegro de haberlo hecho: fue la mejor decisión que he tomado nunca. Ella ilumina mi vida y hace que disfrute al levantarme por la mañana y al volver a casa por la tarde.

—Rick tiene todo esto por delante. Y más.

—Sí... —dijo Hadland.

La conversación entró en una pausa natural, como sucede cuando dos tíos están discutiendo asuntos personales y se han quedado sin cosas que decir. Ambos habían respondido con torpeza a las confesiones sentidas del otro, y al final, Tomek había desarrollado un nuevo nivel de respeto por Hadland. Quizás el tipo no era tan capullo después de todo.

Mientras Tomek daba otro sorbo a su bebida, observando las gotas de condensación descender por el vaso, la puerta principal del pub se abrió y entró de golpe Damien Westwood. En su mano sostenía un ladrillo. De inmediato, Tomek y Hadland se pusieron en pie y se prepararon.

Damien se detuvo repentinamente en el umbral y, tras unos momentos de duda, bajó el ladrillo.

—Es Ian —dijo—. Vi a Ian robando un par de mis ladrillos del taller la otra noche.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

Ian Kidd estaba sentado en su escritorio, mirando fijamente la pantalla de su ordenador, cuando Tomek y Hadland entraron.

—Caballeros —dijo con cierta determinación en su voz. Se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio—. Supongo que no están aquí para la visita a la bodega. Aunque si lo están, quizás puedan unirse al grupo que acaba de salir.

—No bebo —dijo Hadland.

—No hace falta beber para disfrutar de la belleza del viñedo —contraatacó Ian.

—Tampoco me gustan las uvas —respondió Hadland—. Esperábamos que pudiera responder a algunas de nuestras preguntas.

Ian se frotó la cara con fuerza y luego se masajeó la parte superior de su cabeza calva.

—¿Es esto sobre Charlene, Derry o Dayana? Porque son tragedias por derecho propio, pero yo no tuve nada que ver con ninguna de ellas.

—Ninguna de esas —dijo Tomek, y procedió a dejar caer el ladrillo de Damien Westwood sobre el escritorio—. ¿Reconoce esto?

Ian lo miró durante apenas un segundo antes de dirigir una mirada de desdén a Tomek.

—Es un ladrillo. Se usan para construir cosas.

—O para lanzarlos a través de las ventanas de la gente. ¿No sabrá usted algo de eso, verdad?

Ian negó con la cabeza, mirando fijamente a los ojos de Tomek.

—La otra semana, uno de estos atravesó la ventana del pub de Charlene. El lunes por la noche, un ladrillo similar atravesó la ventana de mi caravana.

Cruzando los brazos, Ian se reclinó en su asiento.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Pensamos que podría saber algo al respecto —respondió Hadland antes de que Tomek pudiera hacerlo.

—¿Por qué?

Hadland metió la mano en su bolsillo, sacó su teléfono y lo puso sobre la mesa frente a Ian. En la pantalla había un video de CCTV. Hadland pulsó reproducir.

Tan pronto como comenzó el video, un destello de reconocimiento apareció en el rostro de Ian. Se mantuvo hasta que el video terminó.

—Estas imágenes son de la noche anterior a que el ladrillo atravesara la ventana de Charlene —comentó Hadland, recuperando el teléfono y guardándolo en su bolsillo—. ¿Para qué necesitaba esos ladrillos, Ian?

—Puedo explicarlo...

—Esperábamos que pudiera.

Ian entrelazó los dedos y se balanceó hacia delante en la silla.

—La otra semana, alguien, uno de mis empleados, chocó accidentalmente contra un muro. Accidentalmente puso la marcha atrás, ya saben, como se ve en las películas, así que simplemente cogí un par de ladrillos para repararlo.

Esa no era la respuesta que Tomek había estado esperando. Pero, por otra parte, tampoco esperaba que Ian confesara haberlos lanzado a través de ventanas y haber matado a tres personas.

—¿Por qué los robaría en lugar de pagarlos? —preguntó Hadland.

—Porque Damien me debe.

—¿Por qué?

—Me pidió prestado dinero. Necesitaba comprar una nueva maquinaria para su negocio, así que le presté algo de efectivo, que aún no me ha devuelto. Considera esto mis intereses. —Ian dio un golpecito al ladrillo para resaltar su punto—. Sí, de acuerdo, robé los

ladrillos, pero no tuve nada que ver con lo que ha estado pasando aquí. Pregúntenle al sargento detective. Ha venido a hacerme preguntas montones de veces, y hasta ahora no ha encontrado razón para sugerir que lo hice yo, ¿verdad?

Tomek no esperaba que le pusieran en ese aprieto. Sus mejillas se sonrojaron.

—Tal vez por eso estamos aquí —dijo, sin convicción.

—Si ese fuera el caso, ya me habríais puesto las esposas. —Ian se colocó las gafas de nuevo en la nariz—. Estaba en casa las noches que Charlene y Derry murieron, durmiendo. Sé que eso no ayuda mucho, pero es la verdad. El noventa y nueve por ciento de las personas generalmente lo están, y yo soy una de ellas. No tuve nada que ver con la tragedia que ocurrió anoche. No tuve nada que ver con Dayana, y no sé cómo descubrió mis problemas con el seguro, pero eso no significa que la matara, y no tuve nada que ver con esos ladrillos lanzados a través de ventanas. Les deseo lo mejor en encontrar al uno por ciento de personas que andaban por ahí en medio de la noche, porque no tengo ni idea de quiénes podrían ser. Ahora, si me disculpan, caballeros, tengo que volver a mi negocio.

Tomek no iba a permitir que le hablaran así. No por un mequetrefe como Ian Kidd. Pero antes de que pudiera decir algo, sonó el teléfono de Hadland. El inspector miró su pantalla, decidió que era importante, y salió de la habitación, respondiendo a la llamada.

Eso dejó a Tomek e Ian a solas. Tomek miró fijamente al hombre que ya había empezado a tratarle como si fuera invisible.

Rodeó el escritorio, se agachó para coger el enchufe que conectaba el ordenador a la red eléctrica, y lo desconectó.

—Vaya —dijo Tomek—. Ha sido un error por mi parte. Espero que no estuviera trabajando en algo importante.

—¡Maldito cabrón! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Dándote una lección —replicó Tomek—. El karma nos alcanza a todos. Puede que no sea ahora, pero viene a por ti. Y tengo la sensación de que va a ser un golpe gordo.

Fue interrumpido por Hadland, que entraba en la habitación.

—Tenemos que irnos —le dijo a Tomek.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Tomek mientras seguía a Hadland hacia el coche.

Hadland no dijo nada, abrió la puerta y se metió dentro.

Tan pronto como Tomek cerró la puerta tras él, el inspector se volvió hacia él y dijo:

—Flynn Berryman acaba de llegar a casa. Tengo a un agente de uniforme de guardia por si va a algún otro sitio.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Al abrirse la puerta principal, Tomek sintió que se le tensaba el nudo en el estómago. Y por la expresión sorprendida y confusa en el rostro de Flynn Berryman, a él también se le acababa de formar un nudo en el estómago.

—Buenas tardes, señor Berryman —comenzó Hadland—. ¿Podríamos pasar?

—¿Los dos? —Sus ojos saltaron de izquierda a derecha, de Hadland a Tomek, donde se demoraron un momento más.

—Sí, por favor.

Con cautela, mientras las líneas de su frente se profundizaban, Flynn se apartó y los dejó entrar a ambos. Señaló hacia la cocina antes de que Hadland pudiera desaparecer por la casa.

—¿Quieren una taza de té, caballeros? El agua está hirviendo.

—No estaría mal —respondió Tomek.

La cocina era pequeña y estrecha. Apenas suficiente para dos personas, mucho menos para los tres. El suelo y las encimeras estaban ocupados por bolsas de la compra y diversos artículos de una compra semanal: leche, huevos, pan. Todos los básicos. Como resultado, Tomek se quedó en el umbral de la puerta.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Flynn mientras se movía por la cocina, sacando tres tazas de un armario.

—Teníamos algunas preguntas que hacerle sobre Charlene, Derry y Dayana.

—¿Dayana? ¿Qué le ha pasado? —preguntó Flynn, sorprendido.

—¿No se ha enterado? ¿No lo ha visto?

Flynn parecía como si le acabaran de pedir que asistiera un parto. —¿Ver qué?

—Prendieron fuego a su caravana en plena noche —dijo Tomek.

—Su caravana *se incendió* —interrumpió Hadland, lanzando a Tomek una mirada despectiva—. No sabemos con certeza que fuera deliberado.

—Lo sabemos, y usted también lo sabe —espetó Tomek.

—Dios mío, eso es una locura —respondió Flynn mientras el hervidor terminaba de hervir—. No vi ni escuché nada sobre eso, no.

Empezó a verter el líquido hirviendo en sus tazas.

—¿Dónde ha estado todo el día? —preguntó Hadland.

Flynn dejó el hervidor y señaló al resto de la habitación. —¿No es obvio?

—¿Pasó toda la mañana y la tarde en el supermercado? —preguntó Hadland—. Menuda coartada.

—Primero fui a casa de mi madre. Vive fuera de la isla. Hace un par de semanas que no la veo, así que pensé en hacerle una visita.

Tomek tomó nota mental, aunque sabía que no tenía mayor importancia. No le preocupaba tanto dónde había estado el hombre esa mañana. Le interesaba más su paradero en las noches en que Charlene y Derry fueron asesinados.

—No vive usted muy lejos del lugar. ¿No escuchó nada?

Flynn negó con la cabeza y continuó preparando el té. —Tengo el sueño profundo. Especialmente después de haber bebido algo.

—¿Estuvo bebiendo anoche?

—Solo una cerveza. —Puso un paquete de seis cervezas sobre la encimera—. Una cada noche es suficiente para mandarme a la cama. Estaba realmente mal la mañana después de la fiesta en la playa.

Tomek recordó aquella noche. ¿Había estado Flynn borracho? Ya había bebido un par cuando empezaron a charlar. A menos que su cuerpo no lo tolerara muy bien. Su físico grande, robusto y fornido, que sin duda era lo suficientemente fuerte como para someter a un hombre y a una mujer...

—Pero ¿qué hay de la noche en el pub? —preguntó Tomek—. La noche de la regata. Entonces estaba bebiendo.

—Lo mismo, me temo. Me sentía fatal.

Tomek no se lo estaba tragando.

—Estaba lo suficientemente bien como para salir a correr conmigo ambas mañanas.

Flynn pasó las tazas de té a Tomek y Hadland. Para alguien al que estaban interrogando sobre el asesinato de tres personas inocentes, estaba sorprendentemente tranquilo. Casi demasiado tranquilo para el gusto de Tomek.

—Yo lo veo así —comenzó Flynn—, o te compadeces de ti mismo o sigues adelante. Yo no soy de los que se revuelcan en su propia autocompasión. Me metí en esa situación, así que iba a asegurarme de salir de ella. Aunque deshidratarme aún más probablemente sea lo incorrecto.

Tomek seguía sin estar convencido.

—¿Qué hizo después de salir del pub la noche de la muerte de Charlene? —preguntó Hadland—. ¿Dónde estuvo?

—En la playa, en la fiesta posterior.

Tomek recordó lo que Tony Fowler había dicho al respecto.

—¿Después de los fuegos artificiales? —preguntó Tomek.

Flynn asintió.

—¿Quién más estaba allí? —preguntó Hadland, interviniendo.

—Varios de nosotros. Damien, Leon, algunos de los chicos de la cocina del pub. Tony, Bradley... aunque él solo estuvo un rato antes de irse porque tenía que abrir la cafetería temprano.

—¿Qué estaban haciendo?

—Solo bebiendo. Relajándonos junto al fuego. Tony había traído algo de marihuana, pero a ninguno nos apeteció.

—¿A qué hora terminaron todos?

—Sobre la una... las dos o así. No fue una noche particularmente larga.

—¿Y se fue a casa después de eso?

Flynn asintió. La mente de Tomek avanzaba a un kilómetro por hora; eso era todo lo que podía lograr en su estado de privación de sueño.

—¿Vio a alguien de camino a casa? ¿Algo sospechoso?

Flynn negó con la cabeza. —No paso cerca del Victor Inn de camino a casa, lo siento.

Tomek hizo una pausa, sumido en sus pensamientos. Repasó la lista de personas que habían estado en la playa la noche del asesinato de Charlene. Solo una de ellas destacaba para él. Una persona que había mentido y le había dicho que se había ido directamente a casa después de que cerrara el pub.

—¿Dónde estaba la noche del asesinato de Derry? —preguntó Hadland, sacando a Tomek de sus pensamientos.

—Estaba dormido —explicó Flynn—. Me había acostado temprano. Y, antes de que pregunten, nadie puede corroborarlo. Vivo solo en este lugar. Pero hice una videollamada con mi madre por la noche.

—¿Cuándo? —preguntó Hadland.

—Sobre las diez.

Había mucho tiempo entre la videollamada y el momento en que Derry desapareció, y nada impedía que Flynn saliera a matar a Derry justo después de colgar con su madre.

—¿Qué sabes sobre el anillo de Charlene? —preguntó Tomek.

—¿El anillo de Charlene? ¿El verde?

El interés de Tomek se avivó. —Sí...

—Sé que fue un regalo de su madre, y de la madre de esta antes que ella. Más allá de eso, no sé nada más.

—Ha desaparecido —dijo Hadland—. ¿No lo tendrás por casualidad por aquí?

Flynn puso una mueca. —¿Aquí? ¿Por qué iba a estar aquí?

—Lo viste en su mano cuando tú y Tomek encontrasteis su cuerpo. Quizás te gustó su aspecto. Pensaste que tal vez lo querrías para ti. Creíste que nadie lo notaría. Que se te había olvidado cogerlo cuando la mataste.

—¿Matarla? ¿De qué coño va todo esto? Yo no la maté. Tomek te lo confirmará. Encontramos su cuerpo juntos. Estaba destrozado. Todavía no puedo creer que alguien le haya hecho esto. ¿Qué os hace pensar que tuve algo que ver?

Hadland decidió no responder a la pregunta. El cerebro de Tomek estaba demasiado ocupado trabajando a toda máquina como para pensar en algo que decir. Hadland metió la mano en su bolsillo y sacó una foto en su móvil del ladrillo que había atravesado la ventana de Tomek.

—¿Esto te dice algo?

Flynn miró la imagen. —Es un ladrillo.

—¿Tiene algo que ver contigo?

—Por supuesto que no. —Flynn cogió las tazas de Tomek y Hadland, y las dejó en la encimera—. No sé qué es esto, pero parece que me estáis acusando de algo que no he hecho. Ahora, si hemos terminado, me gustaría pediros a ambos que os marchéis.

Tomek miró fijamente al hombre, su mente vacía de pensamientos.

—No hemos terminado —dijo Hadland, llevándose la mano a la espalda y sacando un par de esposas. Mientras se las colocaba a Flynn en las muñecas, dijo—: Señor Berryman, queda usted detenido como sospechoso de los asesinatos de Charlene Harris y Derry Waterman. No está obligado a decir nada, pero cualquier cosa que no mencione durante el interrogatorio y que luego utilice en su defensa en el juicio podría perjudicarle. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada como prueba.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

Tomek sabía que detener a Flynn había sido una decisión equivocada, pero debido a su suspensión, no tenía voz en el asunto. Tampoco se le permitía acercarse a la comisaría ni a la sala de interrogatorios. Estaba furioso con Hadland por comportarse como un idiota, de nuevo. Primero Mick, ahora Flynn. Deteniendo a todos con los que se cruzaba o que pensaba que le habían mirado mal.

La falta de sueño y el agotamiento no ayudaban en absoluto a mejorar su humor. Las sinapsis en su cerebro solo funcionaban al cincuenta por ciento, y nada parecía conectar. Tomek esperaba que una pinta fría de Coca-Cola y una comida contundente pudieran ayudarle de alguna manera. Por no mencionar que el Victory Inn era el siguiente paso en su lista.

Por una razón importante.

Mientras una gota de condensación alcanzaba la base de la pinta, Leon Holland colocó un plato de comida frente a Tomek. Pollo a la cazadora con patatas asadas y verduras. Proteínas, carbohidratos y vegetales. Todos los elementos esenciales.

—Que aproveche —dijo Leon.

Tomek le detuvo antes de que desapareciera.

—En realidad, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó, señalando el asiento de enfrente—. Hay algo que quería comentarte.

Leon miró el asiento con recelo. Tras un momento de deliberación, finalmente se acomodó en el reservado junto a Tomek.

Tomek comenzó a comer. No se había dado cuenta, pero de repente estaba hambriento, el aroma de la comida había despertado su apetito.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo chef? —preguntó mientras se llevaba un tenedor lleno de comida a la boca.

—¿No habíamos tenido ya esta conversación? —preguntó Leon. Ya se estaba poniendo nervioso: miraba alrededor, asomándose por el lado de Tomek, jugueteando con sus dedos.

—No lo recuerdo —respondió Tomek—. Han pasado muchas cosas este fin de semana. ¿Siempre has querido ser chef?

—Sí... —dijo Leon, con voz recelosa—. Desde que tengo memoria.

—¿Alguna vez has soñado con tener tu propia cocina?

Dudó. —Quizás. Tal vez algún día.

—¿Así que eres ambivalente al respecto?

—¿Qué significa eso?

—¿No lo has convertido en la misión de tu vida?

Leon se encogió de hombros. El tema de conversación no estaba haciendo nada para aliviar sus preocupaciones. —Como he dicho, estaría bien. Pero no me estoy matando para que suceda.

Solo estás destrozando las vidas de otras personas y matándolas, pensó Tomek.

—¿Tú y Charlene habíais hablado alguna vez de la posibilidad de que fueras dueño de parte de este local? —preguntó Tomek.

Y entonces Leon cayó en la cuenta. Sus ojos se abrieron de par en par y se retrajo en su asiento, distanciándose de Tomek tanto como le fue posible en el reducido espacio del reservado.

—¿Sigues con eso? Te dije que no tuve nada que ver con lo que le pasó.

La voz de Leon se elevó drásticamente. Tomek continuó comiendo, esta vez metiendo en su boca un delicioso trozo de pollo. Sus papilas gustativas estallaban y, como resultado, los engranajes de su cerebro comenzaban a girar de nuevo.

—Una vez escuché a un hombre sabio decir que no hay problema si no tienes nada que ocultar...

El reconocimiento amaneció en la expresión de Leon.

—¿Estabas escuchando a escondidas mi conversación con Tony?

—Oí algunas partes al pasar. Después de todo, fuiste tú quien lo dijo... Así que, si eso es lo que realmente crees, ¿qué tienes que ocultar?

Una familia con tres niños entró en el pub y se dirigió hacia una mesa cercana. Mientras se sentaban, Tomek dijo: —Pensaba que esto iba a ser el cuartel general temporal de la policía. ¿Cuándo cambió eso?

—Cuando ese inspector jefe me llamó antes para decirme que ya no se necesitaba para ese propósito.

Carlisle. Quizás era él quien estaba poniendo todas sus esperanzas en Mick Thorne y Flynn Berryman, y Hadland solo era el títere que seguía órdenes.

—Muy bien —dijo Tomek—. Intentaré no retenerte demasiado tiempo. Ahora tienes un negocio que atender, después de todo. Te ha salido bastante bien, ¿no dirías?

—Nunca fue mi intención. Nunca maté a Charlene para poder quedarme con este sitio.

—Entonces dime por qué me mentiste sobre dónde estabas la noche que murió. Sé que estuviste en la fiesta de la playa, pero cuando te pregunté qué hacías, dijiste que te fuiste directamente a casa a dormir. ¿Por qué mentiste? ¿Y qué estabas haciendo realmente?

Leon aspiró una gran bocanada de aire. La mantuvo ahí durante unos momentos, observando casualmente la sala, mirando a la familia que tenían al lado. La indecisión se extendió por su rostro. Para cuando finalmente exhaló, Tomek ya había terminado la pechuga de pollo y estaba empezando con las verduras.

—Estuve en la fiesta, sí. Me reuní con todos los de la cocina después de salir de aquí.

Tomek no dijo nada. Dejó que continuara hablando mientras disfrutaba de su comida.

—Solo... te dije que me fui directamente a casa porque... porque no quería que se supiera la verdad.

—¿La verdad?

Leon se lamió los labios y tragó saliva. Otra mirada cautelosa alrededor de la sala. —No estaba solo esa noche. Es decir... Alexander y yo fuimos a mi casa después.

Tomek asintió lentamente.

—Nos... nos hemos estado viendo durante un par de semanas. Todo esto es muy nuevo para mí. Es nuevo para los dos. Nunca... nunca nos habíamos fijado el uno en el otro de esa manera hasta que las cosas empezaron a ocurrir. Y... hemos estado intentando mantenerlo en secreto. No porque nos avergoncemos, sino porque todavía estamos tratando de averiguar si buscamos algo serio o si solo queremos divertirnos un poco.

—¿Charlene lo sabía?

Leon negó con la cabeza. —Lo único que no le habría gustado es la idea de que pudiera causar distracciones en el trabajo, interfiriendo con nuestra productividad. Quería que estuviéramos concentrados al cien por cien, todo el tiempo. Si hubiera sabido que teníamos algo, se habría asegurado de que trabajáramos en turnos diferentes de alguna manera. Obviamente, yo nunca habría permitido que eso ocurriera —defendería a mi equipo hasta el final— pero habría hecho que tener una relación con él fuera más difícil.

Tomek dejó el cuchillo y el tenedor. —Me parece que sí sabes lo que quieres de ese pequeño "algo" que tenéis los dos.

Leon meditó sobre ese comentario un momento. Se frotó los pulgares uno contra otro, luego se masajeó el brazo izquierdo. —Quizás. Todavía lo estoy pensando.

—¿Y esa fue la razón por la que no me contaste lo que estabas haciendo la noche que ella murió?

Leon agachó la cabeza avergonzado, luego asintió. —Lo siento. No voy a tener problemas, ¿verdad?

Tomek se rio. —No tenías nada que ocultar. Creo que estarás bien —Empujó el plato hacia el centro de la mesa—. Por cierto, estaba delicioso. Mis felicitaciones al chef. ¿Quién lo ha preparado?

La parte izquierda de los labios de Leon se movió ligeramente. —Alexander.

—Qué casualidad. ¿Podrías llamarle? Me gustaría agradecerle en persona por haber preparado una comida tan deliciosa.

Una expresión de inquietud apareció en el rostro de Leon.

—Solo será un momento —añadió Tomek.

Finalmente, Leon se deslizó fuera del reservado, cogió el plato vacío de Tomek y se dirigió hacia la cocina. Volvió un minuto después, acompañado por un joven chef de unos veinticinco años con pelo rizado y despeinado.

—¿Eres Alexander? —preguntó Tomek.

—Sí... —respondió el chef con cautela.

—Genial. Siéntate. Gracias, Leon, ya no te necesitaré más.

Los dos chefs dudaron, antes de que Leon pusiera una mano reconfortante en el brazo de Alexander, acompañada de un asentimiento, y luego se marchó.

Tan pronto como Alexander se sentó, Tomek dijo: —Gracias por cocinar mi comida. Fue una de las mejores cosas que he probado en mucho tiempo. Tienes mucho talento.

—Eh... gracias.

—Y modesto también, por lo que parece —Tomek alcanzó su vaso y dio un largo trago—. También quería hacerte una pregunta rápida sobre tus movimientos la noche del asesinato de Charlene. ¿Sabes de qué noche estoy hablando?

—Sí. La conozco... —respondió Alexander tentativamente.

—¿Dónde estabas?

Directo a la yugular. Sin rodeos.

—Estaba... estaba fuera con mis amigos.

—¿Dónde?

—En la playa. Bebiendo, relajándonos.

—Suena divertido. ¿A qué hora terminó eso?

—Sobre las dos o así.

—¿Y después dónde acabaste?

Alexander dudó, evitando la mirada de Tomek.

—Puedes decírmelo —dijo Tomek.

—Nosotros... quiero decir *yo* fui a casa de Leon. Con Leon, *obviamente*.

—Suena divertido —respondió Tomek, relajándose ligeramente—. Gracias por confirmarlo. Puedes irte.

Alexander no necesitó que se lo dijeran dos veces. Se deslizó fuera de la silla y se dirigió hacia la cocina.

—Una última cosa, antes de que te vayas. Creo que le gustas a Leon. Creo que, si tenéis algo, deberíais intentarlo. Solo se vive una vez, y si os hacéis felices el uno al otro, ¿por qué no intentar sacarle el máximo partido?

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

A medida que se había hecho mayor, Tomek había notado que disfrutar de grandes cantidades de comida estaba teniendo un efecto adverso en él: le daba sueño. El cómodo sofá tampoco ayudaba mucho. Ni las cortinas cerradas, que hacían todo lo posible por evitar que el sol de última hora de la tarde se filtrase. Sus ojos se cerraban, cada vez más pesados con cada segundo que pasaba. Se abrían y cerraban repetidamente. El problema era que le costaba interesarse por la televisión. Los acontecimientos apocalípticos de todo el mundo no eran suficientes para mantenerle despierto. Eso fue, hasta que vio aparecer un pequeño segmento en las noticias regionales sobre la isla de Mersea.

—En las primeras horas de la mañana, los bomberos fueron llamados a un incendio en una casa prefabricada en la isla de Mersea. Combatieron el fuego durante más de una hora hasta que finalmente se extinguió a las cuatro y diez de la madrugada. Se cree que el incendio fue provocado deliberadamente, y al menos una vida se ha perdido. Este es el último de una serie de muertes en la isla, lo que ha provocado que algunos de los residentes locales huyan de la isla por temor a su seguridad. La policía afirma que sus investigaciones continúan y que cualquier persona con información debe comunicarse llamando al número que aparece en la parte inferior de la pantalla.

Deliberadamente. Tomek repitió esa palabra una y otra vez en su mente. Por fin, Hadland, o Carlisle, cualquiera de los dos, había

entrado en razón y se había dado cuenta de que todo estaba conectado, todo era...

Y entonces, así sin más, el cansancio regresó de repente, esta vez más potente y abrumador. Un bostezo explotó entre sus labios y sus párpados volvieron a sentirse pesados.

Lo último que Tomek vio antes de que sus ojos se cerraran fue una imagen de los restos carbonizados de la caravana de Dayana, todavía humeando suavemente bajo el sol de la mañana temprana, su cuerpo soldado a la silla metálica.



Para esto, tendría que ser rápida. Súper rápida. La más veloz que jamás había sido.

Según la aplicación, su conductor de Uber estaba a unos minutos de distancia. Había estado siguiendo los movimientos del coche por los caminos rurales, suplicándole internamente que se diera prisa.

Pasar junto al abuelo sería fácil. Estaba ocupado en el garaje, arreglando algo o creando algo; no sabía qué.

Era la abuela quien representaba la mayor amenaza. Tenía un oído de murciélago y entraría como una exhalación si creía haber oído a Kasia respirar de forma extraña.

La cuenta atrás en la aplicación le indicaba que el conductor estaba a menos de dos minutos.

Kasia revisó sus bolsillos por decimoquinta vez. Tenía todo lo que necesitaba, que no era nada en absoluto: su teléfono, monedero y llaves. Del resto podía prescindir.

Tan pronto como el coche se detuviera fuera, tendría que salir corriendo de la sala de estar, atravesar el pasillo y salir por la puerta principal, todo antes de que la abuela saliera de la cocina blandiendo su cuchara de madera.

En la televisión, las noticias locales seguían emitiéndose. Las había visto por casualidad. Simplemente habían estado sonando de fondo, y no les había prestado atención. Hasta que oyó mencionar la isla de Mersea. Entonces las imágenes de un incendio violento en

una de las caravanas la habían dejado helada. Papá. Su primer pensamiento había sido para él. No había tenido noticias suyas desde su videollamada, y no respondía a sus mensajes. Inmediatamente empezó a temer lo peor. Que era *su* caravana la que se había incendiado. Que había tenido un accidente y de alguna manera había prendido fuego. O que alguien más, el asesino, le había hecho eso a él.

En ese momento, había decidido tomar el asunto en sus propias manos. Si no le contestaba los mensajes, entonces tendría que ir a buscarlo. Tendría que asegurarse de que no le pasara nada.

No quería ni empezar a pensar cómo sería la vida sin su padre. Él había hecho tanto por ella durante los últimos meses... el último año, de hecho. Había empezado a quererle. Al principio, cuando se acababa de mudar, pensaba que eso nunca sería posible. Que nunca podrían crear un vínculo y cuidarse mutuamente. Pero él la había cuidado, se había preocupado por ella, la había *protegido*. Era el mejor padre del mundo, y no podía imaginar un mundo en el que él no existiera.

El pequeño icono del coche en la pantalla se detuvo junto a su ubicación, y apareció una pequeña notificación en la parte superior de la pantalla.

Tu conductor está esperando.

Había llegado el momento. Hora de moverse.

De inmediato, saltó del sofá, irrumpió en el pasillo, agarró sus zapatos y se dirigió hacia la puerta principal. Afortunadamente, se abrió con facilidad. Saltó al camino de entrada y luego corrió en calcetines hacia el Toyota Prius que la esperaba al final. Para cuando cerró la puerta del coche tras ella, casi dejando caer uno de los zapatos en el proceso, Izabela Bowen estaba saliendo por la puerta principal, persiguiéndola.

CAPÍTULO
SESENTA

Tomek se despertó sobresaltado en el sofá. Algo le había perturbado —un fuerte ruido de golpes— pero ahora no podía oír nada. El silencio impregnaba la caravana como un mal olor.

Todavía había luz fuera, y antes de mirar su reloj para ver la hora, se lamió los labios. Fue entonces cuando notó la baba en su barbilla. Mientras se la limpiaba, observó la pequeña mancha oscura que había dejado en su camisa. Hacía mucho tiempo que no babeaba así mientras dormía. Debía de haber necesitado realmente esa siesta.

Comprobó la hora.

Las seis y media de la tarde.

Solo había dormido una hora, pero parecía que hubiesen sido diez. Un bostezo le asaltó de repente y se apoderó de todo su cuerpo. Estiró las piernas y los brazos, extendiéndose a lo largo de todo el sofá.

Entonces sonó un golpe en la puerta. Fuerte, único. Como un enorme toque en el cristal. Una figura apareció, distorsionada tras el panel de vidrio texturizado.

Otro golpe. Esta vez fueron varios. Nerviosos, apresurados.

—¡Ya voy! —gritó Tomek—. ¡Dame un segundo!

Gruñendo, se arrastró fuera del sofá, se estiró hasta que sus manos tocaron el techo de la caravana, y luego se dirigió hacia la puerta principal, frotándose los ojos con la palma de la mano con

tanta fuerza que comenzaron a bailar estrellas en su visión. Mientras abría la puerta, otro bostezo le asaltó.

Allí estaba Montgomery, con una expresión de consternación escrita en su rostro. La visión de él rápidamente devolvió a Tomek a la vigilia.

—¿Montgomery? —comenzó—. ¿Qué ocurre? ¿Qué va mal?

—Es Jacob. Por favor... se ha caído, ¡y ahora no se levanta! ¡Creo que está gravemente herido!

Montgomery se dio la vuelta y corrió hacia su casa. Tomek no se paró a pensar; salió corriendo tras él, dejando que la puerta se cerrara a sus espaldas. Montgomery se movía más rápido de lo que Tomek le había visto moverse antes, y le costaba alcanzarlo. Era solo una distancia corta, pero Montgomery ya le llevaba diez metros de ventaja.

—¡Por favor, tiene que venir rápido! —le llamó Montgomery, con voz baja, casi un susurro contenido—. ¡Hay algo que necesita ver!

Tomek le siguió hasta dentro de la casa. Inmediatamente, sintió que algo no iba bien. A pesar de ser otra cálida tarde de verano, la casa estaba fría. Y no era gracias a un aparato de aire acondicionado. Había un frío sombrío en el ambiente.

—¿Qué ha pasado, Montgomery? —preguntó Tomek mientras el hombre le guiaba por el pasillo.

Montgomery no dijo nada.

—¿Está sangrando?

Nada.

Doblaron la esquina y entraron en la cocina. El espacio era exactamente como Tomek lo recordaba del otro día, cuando Kasia y Jacob habían estado jugando en la sala de estar. Al otro lado de la cocina había una pequeña puerta, abierta hacia una pequeña escalera que conducía abajo al sótano que Kasia había mencionado el otro día. Inmediatamente, Tomek pensó que Jacob se había caído de alguna manera, había rodado por los escalones y se había lesionado.

Se preparó para la visión del joven niño tumbado en el fondo, con las extremidades destrozadas, sangre manando de su cráneo.

La realidad era diferente.

Montgomery se detuvo junto a los escalones y señaló.

—Ahí abajo —susurró—. Lo verá cuando baje.

Tomek no dudó. No lo haría. No podía. No estaba en su naturaleza. Su mente y cuerpo estaban ahora en máxima alerta, la adrenalina corriendo por sus venas, el cansancio que había sentido solo unos momentos antes no era más que un recuerdo lejano.

Tomek comenzó a bajar por las escaleras de hormigón. La temperatura del aire bajó repentinamente, y los pelos de la nuca se le pusieron de punta. Detrás de él, la puerta se cerró, pero continuó de todos modos. Sobre su cabeza, una tenue luz iluminaba la escalera.

Y entonces llegó al fondo.

El nivel subterráneo era mucho más grande de lo que había esperado, y no había ningún Jacob allí abajo, ningún inocente niño de diez años que se hubiera hecho daño y necesitara desesperadamente atención médica. Pero eso no era lo que había captado su atención: era la visión del anillo de Charlene en el suelo junto al cadáver, brillando bajo la luz.

Quería moverse. Darse la vuelta y enfrentarse a Montgomery, pero algo le retenía, una fuerza impenetrable. Finalmente, el sonido de movimiento le sacó de su ensimismamiento, y misericordiosamente la nube impenetrable que le rodeaba se disipó. Pero cuando se dio la vuelta, ya era demasiado tarde. Montgomery estaba justo frente a él, y con un gran impulso, descargó una mano sobre la cabeza de Tomek.

Justo antes de que todo se oscureciera, Tomek reconoció el ladrillo.

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

—¿Aquí mismo, cariño? —llamó el conductor de Uber desde el asiento delantero.

Kasia no esperó para responder. En cuanto el coche se detuvo, le dio las gracias, saltó fuera y se dirigió hacia el recinto de caravanas. La belleza de Uber era que el pago ya estaba gestionado en la aplicación, por lo que no tendría que rebuscar en su bolso y retrasarse aún más.

El viaje había sido largo. Muy, muy largo. No solo había habido mucho tráfico en hora punta, sino que también había habido algunos idiotas en la carretera intentando cruzar el Strood durante la marea alta, y habían quedado atrapados. Naturalmente, el conductor no había querido cruzar el agua, y Kasia tampoco. No había sido capaz de enfrentarse a su miedo y vadear el agua, incluso si hubiera podido aferrarse a la valla de madera que recorría toda la longitud de la calzada. Era una tarea imposible para ella.

Y así, se habían visto obligados a esperar, poco más de una hora antes de que el nivel del agua descendiera a un nivel aceptable.

Kasia agradeció que el hombre hubiera arriesgado su motor para llevarla hasta allí. Por eso le daría cinco estrellas. Una vez que encontrara a su padre y se asegurara de que estaba bien, claro.

Corrió por la calle, pasó el cementerio, siguió por un estrecho sendero y entró en la entrada del parque de caravanas. Era el anochecer, el sol acababa de ponerse, y la única luz que tenía provenía de las caravanas a su alrededor. Parecía que todo el mundo

estaba en casa, divirtiéndose, habiendo vuelto a la normalidad como si nada hubiera sucedido. Los tendederos de ropa ondeaban suavemente con el viento, la música retumbaba desde el interior, y mientras corría hacia su caravana y la de Tomek, esperaba ver a su amiga Dayana asomada por la ventana.

Unos momentos después se detuvo de golpe frente a la casa estática de Dayana. El acre hedor a carbón y mobiliario quemado persistía en el aire. Kasia se llevó la mano a la boca y comenzó a llorar.

Se había equivocado. No era su caravana la que había ardido en llamas. Había sido la de Dayana.

¡Lo que significaba que su padre estaba vivo!

Se permitió un momento de reflexión silenciosa, un momento para rendir respetos a Dayana, antes de salir corriendo hacia su caravana. Llegó un momento después, emocionada, con una radiante sonrisa en su rostro. Solo necesitaba verlo, sentirlo, darle un abrazo a su padre; y entonces todo estaría bien.

Podría relajarse.

En la caravana, saltó las escaleras hasta la puerta. Colocando las manos alrededor de su cabeza, apoyó la cara contra el cristal y miró a través. Nada. Entonces llamó a la puerta, por si estaba dormido o en el baño. Al no recibir respuesta, cogió el pomo. Para su sorpresa, el pomo cedió y la puerta se abrió. En su prisa, tropezó al entrar.

—¿Papá? Papá, ¿estás aquí? Necesitaba ver si estabas bien —llamó—. He oído lo del incendio.

La sala de estar estaba vacía, sin signos de vida, salvo por el televisor que parpadeaba de fondo. Extraño, pensó. Papá no habría dejado eso encendido.

—¿Papá? ¿Estás aquí?

Tentativamente, empezó a caminar hacia el otro extremo de la caravana. Las tablas del suelo crujían ruidosamente bajo sus pies, y su hombro rozaba contra el cartón yeso en el estrecho pasillo. La puerta se cerró detrás de ella, sumergiéndola en la oscuridad.

—¿Papá? —llamó, pero no hubo respuesta.

Miró en el baño: vacío.

Su dormitorio: vacío.

El dormitorio de él al final del pasillo: también vacío.

Toda la caravana estaba vacía. Su padre no se veía por ninguna parte.

Pero la puerta principal había estado abierta. ¿Por qué? Él nunca la habría dejado sin cerrar de esa manera. A no ser que hubiera una emergencia.

En este tipo de situación, habría ido a buscar a Dayana. La amable vecina habría sabido dónde estaba su padre. Pero ahora... ahora que ella ya no estaba, solo había una persona en la que podía pensar que sería capaz de ayudar.

Dando la espalda a la silenciosa caravana, corrió hacia la casa de Montgomery, sus piernas de repente sintiéndose como gelatina, un nudo formándose en su estómago, paralizándola. No había sentido tanto miedo desde aquella noche en el castillo.

Un minuto después, llegó a la casa de Jacob. Golpeó la puerta delantera con sus puños repetidamente —pam, pam, pam— hasta que finalmente, después de lo que pareció una eternidad, su pequeño amigo abrió la puerta. Alrededor de su cabeza llevaba unos auriculares con micrófono, y en sus manos sostenía un mando de PlayStation.

—¡Kasia!

Su sonrisa emocionada era radiante.

—Mi padre —respondió ella—. ¿Has visto a mi padre?

—Entra —dijo Jacob, arrastrándola del brazo—. He estado jugando a videojuegos. Papá me ha dejado jugar a videojuegos hoy.

—Eso es estupendo —dijo, recordando quién era su interlocutor —. Hablando de papás, ¿has visto al mío hoy?

—No le he visto, no. Pero ¿adivina a quién sí he visto?

Kasia no escuchó la pregunta al principio. Su mente estaba demasiado ocupada divagando, pensando en dónde más podría estar Tomek. ¿El pub? ¿Entrevistando a más personas? No lo sabía.

Entonces sintió un tirón en su camisa y bajó la mirada hacia el pequeño Jacob.

—Adivina a quién vi el otro día —repitió.

No tenía tiempo para charlas. Necesitaba encontrar a Tomek. Pero sabía que no podía dejar su pregunta sin responder. Solo lo

disgustaría.

—¿A quién? —preguntó.

—¡A mamá!

Kasia no creía que fuera cierto, no después de lo que había oído sobre el matrimonio de sus padres de boca de Dayana, pero no quería herir sus sentimientos.

—¿En serio?

—¡Sí! Vino a casa, me dio un abrazo y luego habló con papá en la cocina. Yo quería hablar con mamá y averiguar dónde había estado, pero papá dijo que necesitaban tener una conversación de adultos. Así que me dio el mando de la PlayStation y me dijo que subiera arriba. No volví a verla.

—¿No se despidió?

Jacob negó con la cabeza. —Se fue sin más. Papá dijo que tenía que marcharse. Es una mujer muy ocupada, al parecer.

A Kasia le dolía el corazón por Jacob. No era agradable para él verse atrapado en medio de los problemas matrimoniales de sus padres, pero los sentimientos de un niño de diez años eran el menor de sus problemas en ese momento.

Todavía necesitaba encontrar a su padre.

Cuando empezaba a salir del pasillo, Jacob la llamó.

—¡Espera! ¿No vas a preguntarme?

—¿Preguntarte qué?

—Sobre tu padre.

—¿Qué pasa con él?

Jacob bajó los auriculares hasta su cuello. —Me preguntaste si lo había *visto*.

—¿Sí?

Su paciencia se estaba agotando rápidamente.

—No lo *vi*. Pero sí lo *oí*. Vino hace una hora, mientras yo estaba en mi habitación. Parecía un poco alterado y preocupado, como si algo anduviera mal.

—¿Estaba bien?

Jacob se encogió de hombros. —No lo sé. Lo único que sé es que bajaron al sótano porque oí cerrarse la puerta.

—¿El sótano? —repitió Kasia, su mente empezando a trabajar lentamente—. Enséñamelo.

—No, no podemos entrar en el sótano. Ya lo sabes.

—Me da igual. Necesito comprobarlo. Es importante.

Kasia no esperó una respuesta. Pasó bruscamente junto a Jacob y se dirigió a la cocina. Encontró la puerta del sótano al otro lado de la habitación y, deteniéndose un momento con la mano suspendida sobre el pomo, la abrió.

Una ráfaga de aire frío pasó junto a ella, haciendo que se le erizara el vello de los brazos. Encendió el interruptor y luego comenzó a bajar las escaleras con cuidado, colocando ambos pies en cada escalón antes de pasar al siguiente. A medida que más y más partes del sótano aparecían ante su vista, se agachó para poder ver mejor. La sangre en el suelo fue lo primero que notó. Dos áreas distintas. Una seca, de varios días; la otra más fresca y esparcida por el hormigón. Antes, habría gritado al ver la sangre, se habría vuelto inconsolable, paralizada por el miedo. Ahora, temía lo que significaba. Lo que podría haberle pasado a Tomek allí abajo.

Entonces sus ojos se posaron en el anillo del que Tomek había hablado tanto, brillando bajo la luz, y lo entendió todo, comprendió todo completamente.

Oyó el sonido de pasos detrás de ella. Su cuerpo se tensó mientras se daba la vuelta, esperando a medias que Montgomery estuviera detrás de ella. En su lugar, encontró a Jacob bajando lentamente las escaleras, aún aferrándose a su mando de PlayStation como si su vida dependiera de ello.

—¡No! —gritó—. ¡Quédate donde estás! No bajes aquí. No es seguro. Hay... hay agua por todas partes. Es peligroso.

Jacob no necesitó que se lo dijeran dos veces. Comenzó a subir de nuevo las escaleras con Kasia siguiéndolo de cerca. Arriba, ella cerró la puerta de golpe y la cerró con llave. Su mente corría, sus pulmones bombeaban, su corazón latía con fuerza en su pecho, enviando adrenalina por todo su cuerpo.

Montgomery había matado a Charlene y Derry. ¿Había matado también a Dayana? ¿Y estaba a punto de hacer lo mismo con su padre?

Necesitaba pensar, concentrarse. Pero no había tiempo. Por lo que Jacob había dicho, Tomek había venido hacía una hora. A estas alturas, podría estar en cualquier parte. Tal vez incluso flotando en el agua como lo habían hecho Charlene y Derry...

Obligó a ese pensamiento a retirarse a un segundo plano.

Y entonces recordó. ¡Claro! ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo no lo había pensado antes?

Buscar Mis Amigos.

Si Tomek todavía llevaba su teléfono encima, le mostraría dónde estaba.

Frenéticamente, rebuscó en el bolsillo de sus pantalones cortos de mezclilla y sacó su móvil. Rápidamente navegó hasta la aplicación Buscar y tocó la cara de Tomek. Al instante, apareció un pequeño mapa. En él había un pequeño marcador con su cara encima.

La ubicación era obvia para ella. El único problema era, ¿cómo se suponía que iba a llegar allí?

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

Por segunda vez aquel día, Tomek se despertó sobresaltado. Pero esta vez no estaba en la cálida comodidad de la caravana, ni había estado descansando plácidamente en el mullido sofá. En lugar de eso, se encontraba en la nave de embalaje, rodeado de oscuridad, tumbado sobre el duro hormigón. La parte posterior de su cabeza le dolía como si alguien le hubiera taladrado el cráneo y aún estuviera hurgando en su interior. Su visión estaba distorsionada y, como resultado, todo lo que le rodeaba era borroso.

Todo excepto lo que yacía a su lado: una mujer, apoyada contra la pared y una pieza de maquinaria. Su cabeza colgaba hacia delante, reposando a pocos centímetros por encima del cuchillo que sobresalía de su pecho. El olor a putrefacción comenzó a registrarse gradualmente en su cerebro. Rancio, pútrido. Se adhería a su garganta y le provocaba arcadas.

Colocando una mano en su cabeza en un vano intento por aliviar el dolor, comenzó a examinar su entorno. Estaba en la parte trasera de la habitación. A la izquierda se encontraba la hilera de congeladores, zumbando suavemente en segundo plano, y a su derecha estaba la pared de maquinaria y equipos para procesar pescado. Sus manos estaban libres, y cuando puso la mano libre sobre el hormigón, se dio cuenta de que la superficie estaba costrosa, seca. Y entonces recordó lo que había estado allí: los restos secos de la sangre de Derry Waterman.

Tomek levantó la mirada para examinar el resto de la habitación. Al fondo había una figura, una silueta en medio de la oscuridad, posada sobre una superficie. El débil sonido de sollozos hacía eco en el espacio.

—Siento que hayamos llegado a esto, Tomek —susurró Montgomery, con un quiebre en su voz.

—¿A qué se refiere?

Tan pronto como Tomek formuló la pregunta, un dolor cegador atravesó su cabeza. Hizo una mueca y cerró los ojos.

—A todo esto —dijo Montgomery—. Nunca debió descontrolarse tanto. Las cosas han... han escalado muy rápido.

En sus manos, Tomek vio que el hombre jugaba con algo. No hacía falta ser un genio para deducir de qué se trataba. El único problema era que su cabeza le dolía demasiado como para poder hacer algo al respecto. Por ahora.

—¿Es aquí donde trajo a Derry cuando lo mató? —preguntó Tomek.

Hazlo hablar. Hazlo responder preguntas. Ganar tiempo, ganar tiempo, se dijo a sí mismo.

Montgomery sorbió por la nariz. —No sabía dónde más llevarlo. Pensé que era... pensé que era bastante apropiado.

Esa era una forma de describirlo.

—¿Y es aquí donde lo mató? —preguntó Tomek.

No hubo respuesta, pero Tomek pudo distinguir el imperceptible asentimiento en la oscuridad. Su visión volvía gradualmente a la normalidad.

Fuera, el sonido de las olas golpeando suavemente contra la orilla proporcionaba una banda sonora a la conversación. Este era el lugar perfecto para traerlo, se dio cuenta Tomek. Estaba aislado y en medio del agua. Solo había una entrada y una salida. Y la única manera de volver a tierra era mediante un largo y frío nado, o arrastrándose por el fango.

Tomek rápidamente comprendió que sus posibilidades de salir de allí eran mínimas.

—¿Por qué lo mató, Montgomery? ¿Qué le hizo a usted?

Una pausa.

—Él... él *lo sabía*.

—¿Lo de Charlene?

—Oh, sí. Lo de Charlene. Él... me vio llevarla en el barco aquella noche. —La figura se movió en la oscuridad, sus movimientos solo perceptibles por el sonido—. Me vio cuando intentaba sacar de la isla a la prostituta con la que acababa de acostarse.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Tomek, mientras su cerebro procesaba lentamente lo que estaba escuchando.

—Derry me lo dijo, el muy idiota. Llamó a mi puerta. Me enseñó el anillo. Dijo que podríamos llegar a algún tipo de acuerdo.

—¿Acuerdo? —repitió Tomek mientras se acomodaba en una posición más confortable contra la pared.

—Prometió no decir nada siempre y cuando yo cancelara su deuda.

—¿Estaba en deuda con usted? ¿Cómo?

—¿Cómo cree? Charlene. Ella le había quitado todo, así que le ofrecí algo de apoyo financiero. Por supuesto, quería recuperar el dinero, pero no tenía prisa particular por ello. Y luego pasó el tiempo. Seis meses, un año, dieciocho meses. Empezaba a tomarme el pelo un poco, así que le llamé la atención. Y entonces... entonces me vio con Charlene, y pensó que podía chantajearme.

Había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado, pensó Tomek.

—No podía permitir que conociera mi secreto. No podía tener eso pendiendo sobre mí. Así que lo maté. Lo metí dentro, le golpeé la cabeza, luego lo traje aquí. Pero entonces el maldito barco encalló y supe que estaba jodido.

—¿Qué hizo?

—Arrojé su cuerpo al mar, limpié el barco lo mejor que pude y luego nadé de vuelta. Me llevó una eternidad, y casi me ahogo por el camino, pero al menos él había desaparecido.

—Dijo que tenía el anillo con él. ¿Lo cogió?

—Sí. Robó a una mujer muerta para poder empeñarlo y conseguir algo de dinero, el muy codicioso.

¡Y eso viniendo del hombre que la había matado!

Tomek se tomó un momento para asimilar todo, y el martilleo en su cabeza empeoró. Cerró los ojos, tratando de expulsar el dolor, pero no sirvió de nada. Quitando la mano de la parte posterior de su cabeza, la colocó en el suelo e intentó levantarse. El impulso duró poco. Se desplomó de nuevo en el suelo y se golpeó la cabeza contra la pared en el proceso. Dejó escapar un fuerte gemido.

—¿Cómo va esa cabeza? —preguntó Montgomery, con cierta determinación volviendo a su voz, como si la idea de Tomek sufriendo le estuviera dibujando una sonrisa en la cara.

—Me duele un huevo, tío —replicó Tomek—. Me has golpeado la puta cabeza con un ladrillo. ¿Le pegaste tan fuerte a Charlene?

—Demasiado fuerte —respondió sin rodeos—. Casi la maté. Tuve que esperar un montón para que volviera en sí.

—¿Por qué fue necesario? —preguntó Tomek.

—No lo fue. Solo quería que sufriera. Quería que se asfixiara lentamente, que le arrancaran el último aliento igual que ella está haciendo con todos en esta isla.

—¿Incluido usted mismo?

—Sí.

Tomek repasó rápidamente la lista de nombres que Dayana le había dado.

—Usted era una de las pocas personas que no tenía problemas con ella. Todos los demás la odiaban, mientras que... mientras que yo pensaba que ustedes dos se llevaban bien. Pensaba que *usted* era uno de sus pocos aliados.

Montgomery se rio entre dientes. —Lo fui, durante un tiempo. Hasta que descubrí que ella sabía sobre la infidelidad de mi mujer desde hacía semanas y nunca me lo dijo.

—¿Es por eso que la mató?

Tomek distinguió un pequeño encogimiento de hombros. —Entre otras razones. Era un cáncer para la comunidad. Al principio empezó siendo pequeña y pasó desapercibida, hasta que poco a poco se volvió más codiciosa y destructiva. Y ahora... ahora ha extendido la enfermedad por toda la isla, matándonos a todos uno por uno.

—¿Así que decidió tomar el asunto por su cuenta y matarla?

Otro encogimiento de hombros.

—¿Qué hizo Dayana para merecer su destino?

Montgomery dejó escapar un suspiro largo y pesado. —No pretendía que muriera. Fue un accidente.

—¿Cómo?

—Estás sentado junto a ella.

La declaración fue tan brusca y abrupta que tomó a Tomek por sorpresa. Giró lentamente la cabeza hacia la mujer muerta a su lado. Una parte de él había esperado que se moviera, que se hubiera acomodado en una posición más cómoda, que estuviera un poco más animada. Y entonces recordó que estaba muerta. Agradeció que su cabeza estuviera mirando hacia otro lado.

—¿Quién es ella? —preguntó Tomek, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

—Mi mujer.

—¿Qué tiene que ver ella con la muerte de Dayana?

—Dayana me vio con ella.

Tomek hizo el cálculo mentalmente. —No puede ser. Jacob dijo que vio a su mami el lunes. Eso fue hace dos días. Si conozco a Dayana como creo que la conozco, me habría dicho inmediatamente si le hubiera visto matar a su mujer.

—No vio *eso* —respondió Montgomery, bajando la voz—. Tuvimos una discusión cuando ella vino. Una estúpida y trivial discusión. Pero me cegué de rabia y... y una cosa llevó a la otra. Y entonces... cuando intentaba deshacerme de su cuerpo, Dayana me vio. Estaba... estaba asomada a la ventana, fumando. Lo vio todo. Y entré en pánico. Sabía que no podía tenerla como testigo. Sabía que tenía que ocuparme de ella. No quería. Joder, no. Me caía bien Dayana. La admiraba, la respetaba, me parecía graciosa. Nos llevábamos bien. Era una buena inquilina, siempre pagaba sus facturas a tiempo. Nunca había tenido ningún problema con ella hasta ahora.

—Y entonces le prendió fuego a su caravana. ¿Por qué? ¿Por qué no matarla como al resto de sus víctimas?

—Me asusté. Puede que fuera mayor y se hubiera lesionado la espalda, pero era ruidosa y seguro que no se rendiría sin pelear. Así que hice lo que tenía que hacer. Intenté que pareciera lo más posible

un accidente. —Montgomery inhaló profundamente. Lo que una vez había sido culpa y arrepentimiento se había convertido ahora en ira —. Tenía la boca más grande que he conocido. Me preocupaba que estuviera tan cerca de ti. Sabía que te estaba dando información sobre todos, susurrándote al oído. Estaba muy preocupado de que te contara sobre mí.

—Lo hizo —respondió Tomek con franqueza—. Pero no pensé que usted fuera sospechoso.

—¿No lo pensaste? —preguntó Montgomery, sonando repentinamente esperanzado.

—No. Pero eso no significa que no habría sido atrapado. La policía habría encontrado su ADN en el arma del crimen y aquí dentro. La verdad le habría alcanzado eventualmente.

El pecho de Montgomery se infló pesadamente. Mantuvo el aire en los pulmones durante unos momentos antes de dejarlo escapar lentamente por la nariz.

—Si estaba preocupado por Dayana y por mí, ¿por qué me sacó de ese incendio? Podría haber muerto si me hubiera dejado entrar.

Los hombros de Montgomery se encogieron.

—Tenía que hacerlo, ¿no? Era mi camping, mi caravana la que se incendió. No podía quedarme sin hacer nada. Tenía que parecer que salvaba al menos una vida esa noche.

—Cuando en realidad ya habías quitado dos... —dijo Tomek lentamente.

—No, te equivocas. Maté a mi mujer el día que vino.

Tomek pensó en eso por un momento, se transportó al pontón, cuando había hablado con Montgomery, Jacob, Flynn e Ian sobre sus hallazgos en el cobertizo de embalaje. De lo tranquilo y seguro que había estado Montgomery. Cómo había hablado de su mujer tan abierta y tranquilamente, sabiendo que yacía muerta en su sótano. Y Tomek no se había dado cuenta. Los había engañado a todos.

—No puedo creer que haya llegado a esto —comenzó Montgomery—. Nunca me imaginé capaz de asesinar. Nunca pensé que podría hacer cosas tan horribles, pero las hice. No sé qué me pasó. Era como si estuviera poseído. Me he estado matando por dentro desde entonces. Reprochándomelo, luchando por aceptar lo

que he hecho. Quería presentarme y contártelo todo, confesar. Hubo tantas oportunidades, tantas veces que quise llamar a tu puerta y sincerarme. Pero... pero no pude. Tenía que pensar en Jacob.

—Jacob, que ahora no tiene ni madre ni padre.

—No se suponía que fuera así.

—¿Cómo se suponía que fuera?

Montgomery gruñó. —Lo he repasado tantas veces en mi cabeza. Si no hubiera lanzado ese ladrillo por la ventana de Charlene... si no hubiera salido de casa esa noche, ella seguiría con nosotros. Podría haber tenido una buena conversación con ella. —Se golpeó repetidamente la cabeza, gruñendo con cada golpe—. Podría haberlo manejado de otra manera.

—No puede cambiar el pasado ahora, Montgomery. Lo hecho, hecho está. Tiene que vivir con sus errores.

Tomek no sentía ninguna simpatía por el hombre. Había matado, matado, matado y vuelto a matar. Lo que llevaba a la pregunta:

—¿Por qué me cuenta todo esto?

Montgomery hizo una pausa, y luego giró lentamente la cabeza hacia Tomek. —Porque necesitaba limpiar mi conciencia. Necesitaba que alguien de tu profesión supiera lo que he hecho. Quizás incluso que me perdonara. Pero ahora me doy cuenta de que no importará al final. Después de esto, voy a matarte. Y luego voy a matarme a mí mismo.

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

La respuesta era obvia: remar.

Pero en realidad, no era tan sencillo. No solo el nudo paralizante en su estómago le impedía subirse al kayak, sino que su mente petrificada se lo prohibía. Y no solo iba a tener que enfrentarse a su mayor miedo al lanzarse al agua, sino que tendría que hacerlo en la oscuridad. Y sola.

Permaneció allí al final del embarcadero, con el remo en una mano, el móvil en la otra, el chaleco salvavidas ajustado al torso, suavemente iluminada por las luces de la calle cercana. El agua golpeaba suavemente contra el embarcadero, y una ligera brisa le acariciaba las piernas.

Llevaba cinco minutos mirando fijamente el kayak, obligándose a moverse. Pero no podía. El miedo la había atrapado y no la soltaba.

Pero sabía que tenía que hacerlo. Tomek estaba en peligro, en riesgo. Su vida bien podría estar pendiente de un hilo. Y nunca podría perdonarse si hubiera podido hacer algo para protegerlo pero no lo hizo por miedo.

Intentó recordar qué habría hecho Tomek. Él no habría esperado. No habría perdido el tiempo. No habría permitido que el miedo lo detuviera. Habría actuado, habría hecho algo al respecto.

Y eso era exactamente lo que ella iba a hacer.

Exhalando profundamente, bajó el pie del embarcadero y lo colocó en el asiento.

—Igual que hiciste el otro día —se dijo a sí misma.

Excepto que el otro día, Tomek ya estaba en el kayak y le había ayudado a mantener el equilibrio mientras ella entraba. Ahora no tenía ese lujo, y la embarcación se balanceaba sin control bajo su peso. Agarrándose al embarcadero como si le fuera la vida en ello, se introdujo en la barca. Al caer en el asiento, se le cayó el móvil sobre el regazo. Dejó escapar un pequeño grito y lo sujetó entre las piernas. No podía permitirse perderlo. El remo sí; podría usar las manos si fuera necesario, pero si no tenía ni idea de adónde iba, sería completamente inútil.

Un momento después, el kayak dejó de balancearse de lado a lado, y ella levantó la mirada. El cielo no era más que oscuridad, salvo por la luz de la luna que se filtraba entre la fina capa de nubes. Su corazón latía con fuerza en su pecho, y la voz en su cabeza le decía que era una idea terrible, que debía volver a un lugar seguro.

Pero la ignoró. Le dijo que se callara, se recordó a sí misma que ya lo había hecho antes, y que estaría bien. Si Tomek podía hacerlo, ella también.

Remadas suaves y fáciles, se dijo a sí misma. Eso era todo lo que hacía falta. *Tranquila y serena. El kayak me mantendrá a flote.*

Y así, sin fuente de iluminación y sin apoyo detrás de ella, se adentró en la oscuridad, usando el pequeño icono en la pantalla de su móvil como guía.

CAPÍTULO
SESENTA Y CUATRO

Kasia se tambaleó hacia delante cuando el kayak encalló en la arena. Arrojó el remo a la isla y luego salió con dificultad de la embarcación. Puso demasiado peso en un lado, se enganchó el pie en el extremo del kayak y tropezó, cayendo con fuerza sobre su hombro mientras la arena húmeda empapaba rápidamente su camiseta. Mientras se ponía de pie, un ruido estalló desde el interior del Packing Shed.

Ignorando el dolor pulsante en su hombro, corrió hacia el edificio que apenas era visible en la oscuridad. Al irrumpir dentro, la puerta golpeó contra la pared adyacente, interrumpiendo el sonido. Allí de pie, cernido sobre su padre, estaba Montgomery. El hombre que les había dado la bienvenida al camping con los brazos abiertos y una cálida sonrisa. El hombre que había asesinado a sangre fría a tres personas. Y estaba a punto de añadir una cuarta a esa lista.

—¡Papá! —gritó.

Al instante, ambos hombres se giraron para mirarla.

—¡Aléjate de él! —Amenazó con el puño a Montgomery—. ¡Déjalo en paz!

Montgomery no dijo nada. En su lugar, se volvió lentamente hacia Tomek, lo miró por un momento, y luego se giró y corrió hacia ella, abalanzándose a toda velocidad. En un instante, casi estaba sobre ella, saltando por encima del mostrador. Kasia gritó, y de inmediato dio media vuelta y salió corriendo del cobertizo hacia la pequeña isla.

Había sido una idea estúpida. ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde iba a ir? Él era dos veces su tamaño. Y tenía unas manos enormes e intimidantes que eran casi del tamaño de su cabeza. Perfectas para estrangularla. Pronto estaría sobre ella y se encontraría indefensa, sola.

No había pensado con suficiente antelación.

Antes de que pudiera pensar en algo, su pie se enganchó en un trozo de cuerda y salió volando por el aire, aterrizando en un pequeño parche de algas secas. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que había ocurrido, Montgomery estaba encima de ella, sus grandes manos sujetando sus hombros contra el suelo. Gritó hasta que sus pulmones estuvieron a punto de explotar y pataleó con sus pies, pero fue inútil. Era demasiado fuerte para ella.

Entonces oyó el sonido de pasos corriendo por la arena. Un momento después, Tomek apareció cargando y placó a Montgomery contra el suelo. Cayeron con un fuerte *golpe*, y los dos comenzaron a forcejear en la arena, rodando y retorciéndose, luchando el uno con el otro por la superioridad.

—¡Déjalo ir! —gritó Kasia.

Pero Montgomery no le prestó atención. Para entonces ya estaba sobre Tomek, a horcajadas sobre él de la misma manera que lo había hecho con ella solo momentos antes. Kasia intentó saltar sobre su espalda, pero él era demasiado fuerte y se la quitó de encima.

Una vez que recuperó el equilibrio, se quedó allí, observando, paralizada en el sitio, clavada en su posición por el mismo miedo que había atormentado su cuerpo en el embarcadero.

Y entonces lo vio claro. El embarcadero. El kayak. El remo.

Corrió hacia él, se deslizó por la arena, lo recogió y luego volvió corriendo hacia Montgomery. Antes, el remo se había sentido pesado en sus brazos cansados y débiles. Pero ahora, con la adrenalina recorriendo su cuerpo, el peso pasó desapercibido.

—¡Suéltalo! —gritó Kasia por última vez, antes de finalmente balancear el remo hacia la cabeza de Montgomery. El borde del remo silbó en el aire antes de chocar contra la sien del hombre.

Lentamente, casi de manera teatral, Montgomery se desplomó sobre Tomek y cayó en la arena hecho un ovillo.

Tomek reaccionó de inmediato, saltó sobre sus pies y luego se abalanzó sobre el hombre inconsciente, inmovilizándolo en el suelo, asegurándose de que no se levantaría.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, jadeando pesadamente—. Estoy bien, estoy... ¿Estás *tú* bien?

—Ahora lo estoy, gracias a ti —le dijo.

Entonces, después de considerar que era seguro dejar al hombre en el suelo momentáneamente, se apartó de Montgomery y la abrazó, atrayéndola con fuerza contra su pecho. Kasia se relajó inmediatamente en sus brazos.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo—. Has venido hasta aquí. ¡Y por el agua!

—Alguien tenía que salvarte —respondió ella.

Tomek se rio.

—Ahora estamos en paz —continuó ella, hablando contra su pecho—. Los dos nos hemos salvado mutuamente de la muerte. Por favor, no más. No puedo soportarlo.

Él la apartó suavemente, acariciándole el pelo.

—Yo tampoco, pequeña. Yo tampoco.

CAPÍTULO
SESENTA Y CINCO

Tomek había perdido la cuenta del número de funerales a los que había asistido durante su tiempo en la policía. Algunos habían sido por compañeros y colegas, donde todos se reunían para presentar sus respetos a uno de los suyos. Pero la mayoría silenciosa de ellos eran por las víctimas, aquellas cuyas vidas fueron truncadas por accidente, error o la insensibilidad de la condición humana. Aquellos que fueron derribados por la codicia, la furia y la maldad.

Excepto que este no tenía nada que ver con ninguno de esos factores.

El funeral en el que había estado merodeando al fondo era por alguien que se había perdido, solo, arrastrándose por la oscuridad de su vida sin ninguna guía ni apoyo.

Poco después de ser liberado de la comisaría, Mick Thorne había salido a caminar. Un paseo largo, muy largo. Hacia el mar, dirigiéndose cada vez más hacia el Mar del Norte en el este. Hasta que no pudo caminar más. Hasta que la ropa que llevaba se volvió tan pesada, y sus músculos tan cansados y letárgicos, que dejó de caminar y de nadar por completo.

Su cuerpo fue encontrado días después, arrastrado por la corriente a lo largo de la orilla, unos kilómetros al sur, en Bradwell.

El funeral de Mick había sido el quinto al que asistía Tomek ese mes. Uno por cada una de las víctimas de Montgomery, incluida su esposa, y ahora el de Mick. La asistencia fue sorprendentemente numerosa. Muchos miembros de la comunidad de la Isla de Mersea

estaban presentes. Su hermana Sally, su cuñado Stuart, Flynn, Tony, Bradley, Ian, Damien. Las mismas personas que habían asistido a los funerales de las víctimas de Montgomery. El ambiente era naturalmente solemne y lúgubre, aunque Tomek percibía que había un nivel más profundo de desesperación por debajo; que la historia de Mick había conmovido al resto de la comunidad de una manera diferente; que él había luchado para hacer frente al colapso de su mundo, que se había quitado la vida, y que nadie en la isla, nadie a su alrededor, había hecho nada para ayudarle a salir del agujero en el que se encontraba.

Tomek se mantuvo al fondo de la iglesia, como siempre hacía, sin querer entrometerse, sin querer imponerse a aquellos que habían conocido a Mick Thorne durante más tiempo que las setenta y dos horas que él había tenido. Observó, escuchó, y luego dedicó una silenciosa oración al hombre mientras salía. Fuera, se había formado un claro entre las nubes, y el sol brillaba sobre ellos. Tomek se acercó con cautela a la hermana de Mick. Extendió una mano y estrechó la de ella.

—Lo siento —dijo. Entonces, cuando se dio la vuelta para marcharse, ella lo detuvo.

—No tiene nada de qué disculparse —le dijo, mirándolo a través de unos ojos llenos de lágrimas—. Ha hecho más por mí y por mi familia de lo que podría imaginar. Fue el único que vio lo que él estaba pasando. Ni siquiera yo pude verlo.

—No debería culparse —le dijo él—. Nada bueno puede salir de eso. Lo único que puede hacer es mirar hacia adelante.

Con eso, se dio la vuelta y se marchó. No tenía motivos para permanecer allí más tiempo del necesario.

Mientras caminaba hacia el coche, sintió que su teléfono vibraba. Abriendo el coche, respondió la llamada y se llevó el dispositivo a la oreja sin comprobar el identificador de llamadas.

—Sargento detective Bowen al habla.

—Buenas tardes, Tomek —llegó la voz familiar—. Hace mucho que no hablamos.

—¿En qué puedo ayudarte, Nathan?

—¿Recuerdas aquella vez que te ayudé a encontrar a tu hija?

—Sí...

—Te hice un favor entonces, ¿no es así?

—Sí...

—Bien, ha llegado el momento de que me lo devuelvas. Hay algo que me gustaría que hicieras por mí.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

Descargar Las Garras de la Muerte

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

Descargar El Beso de la Muerte

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

Descargar El Sabor de la Muerte

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Cada ángel merece sus alas... Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera. Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Descargar El Ángel de la Muerte

LIBRO 7: EL SALVADOR DE LA MUERTE

Durante una fuerte tormenta, un DJ de radio local es brutalmente asesinado en su mansión de Essex. Cuando las nubes y la lluvia se disipan a la mañana siguiente, el DS Tomek Bowen y su equipo descubren una escena del crimen que parece sacada de los libros de historia.

Las pruebas sugieren que se trata de un asesinato aleatorio. Pero a medida que Tomek va desvelando las capas de la vida de la víctima, se da cuenta de que hay más en el DJ de lo que aparenta.

Descargar El Salvador de la Muerte

LIBRO 8: EL ALIENTO DE LA MUERTE

Isla de Mersea. Más de 2.500 acres de tierras de cultivo, marismas y varios parques de caravanas. Normalmente, alberga a 7.000 personas. Pero durante el fin de semana festivo de agosto, cuenta con dos residentes más: el DS Tomek Bowen y su hija, Kasia, que buscan aprovechar al máximo el final de las vacaciones

escolares, el final del verano y el final del prolongado tiempo de Tomek fuera del trabajo.

Descargar El Aliento de la Muerte

DEJA UNA RESEÑA

Aquí estamos. Fin.

Bueno, digo "nosotros"... Me refiero a ustedes. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y acompañarme mientras imagino estas historias tan disparatadas y extrañas en mi cabeza, y luego las traduzco al papel (o mejor dicho, a archivos digitales).

Amazon está repleto de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber qué libro leer a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que ¿qué haces?

Mira las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Unos auriculares. Casi todo está regido por los pensamientos de otras personas.

Una locura, ¿verdad?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Puede que lo rechaces. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es oro. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie lo hace. Y yo no quiero eso para ti. A veces me preocupa que le pase lo mismo a esta historia. Pero hay una solución.

Una reseña es muy valiosa. Y me da la confianza para seguir dándole vueltas a las ideas locas que tengo en la cabeza. Si tienes

un momento libre, te agradecería mucho que dejaras una reseña. No tiene que ser larga, solo unas palabras sobre tu opinión del libro.

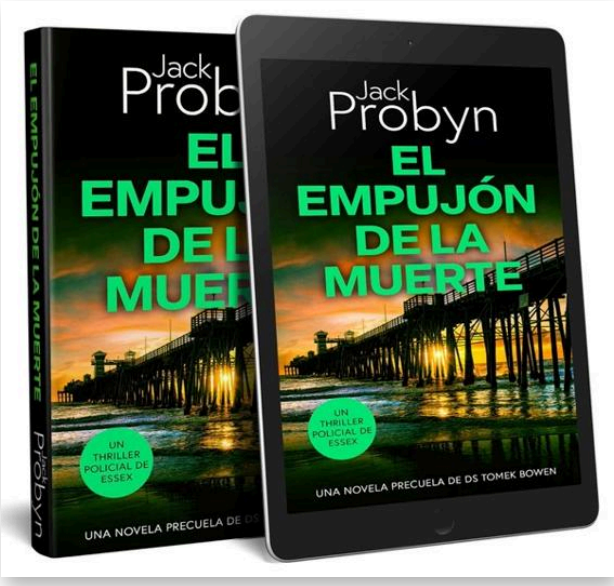
Gracias.

Tu amable autor,

Jack Probyn

ÚNETE AL CLUB VIP

Tu libro GRATIS te espera



Disponible al unirte al club

Consigue tu copia GRATIS de la novela precuela de la serie DS Tomek Bowen ahora en jackprobynbooks.com al unirte a mi club VIP por correo electrónico.

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

